

# ¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?

Historia de investigadores  
(Segunda Entrega)

**Alejandro Herrero**  
(Coordinador)

Gabriela Águila  
Luciano Alonso  
Mariana Alvarado  
Darío Barrera  
Paula Bruno  
Alejandro De Oto  
Patricia Funes  
Leandro Losada  
Diego Mauro  
Marcos Olalla  
Ricardo Pasolini  
Roberto Pittaluga  
Soledad Quereilhac  
Paula Ripamonti  
Javier Trimboli  
Gustavo Vallejo  
Julio Vezub  
José Zanca





¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?

**Historia de investigadores**

**(Segunda Entrega)**

Alejandro Herrero

UNLa-USAL-CONICET

Alejandro Herrero

Revista Perspectivas Metodológicas

Umbral de Revistas Científicas de la UNLa

ISSN 2618 - 4125 / marzo 2022

Recibida. 28/05/2022 Publicado: 16/07/ 2022



# Índice:

## **Alejandro Herrero:**

Presentación

### **1.- Gabriela Águila:**

La historia social del pasado reciente en clave personal e historiográfica

### **2.- Luciano Alonso:**

La hibridación como clave para una historia del presente

### **3.- Mariana Alvarado:**

De la historia de las ideas de las mujeres de nuestra América a los Feminismos del sur

### **4.- Darío G. Barriera:**

Una conversación entre tradiciones para formular mejores preguntas: búsquedas en el camino hacia una historia relacional

### **5.- Paula Bruno:**

Entre vidas, sociabilidades y circulaciones

### **6.- Alejandro De Oto:**

Del taller al oficio. Cronotopos de un viaje intelectual

### **7.- Patricia Funes:**

Aquiles y la tortuga entre textos oblicuos

### **8.- Leandro Losada:**

Elites, democracia y republicanism

### **9.- Diego Mauro:**

La historiografía argentina no escapa a los límites estructurales que le impone ser parte de la periferia científica del mundo

### **10.- Marcos Olalla:**

Leopoldo Zea: el enemigo de todos

### **11.- Ricardo Pasolini:**

Entre el magisterio y el arte de la combinación

### **12. Roberto Pittaluga:**

Leer en las entrelíneas

### **13.- Soledad Quereilhac:**

Perspectivas interdisciplinarias para leer la literatura argentina

**14.- Paula Ripamonti:**

Prácticas confusas. Narrativa de formación

**15.- Javier Trímboli:**

Lo que nos trajo hasta aquí

**16. Gustavo Vallejo:**

Aproximaciones a la historia cultural de la ciencia desde una perspectiva crítica

**17.-Julio Vezub:**

Por historias regionales conectadas antes que comparadas

**18.- José Zanca:**

Sobreviviendo a Escila y Caribdis: entre la historia de los intelectuales y la historia religiosa

## ¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?

### Historia de investigadores (Segunda Entrega)

Alejandro Herrero

Siempre hay una historia, en realidad muchas historias. Este dossier, obviamente, tiene las suyas, y me gustaría contar al menos una versión que reúna a colegas que guardo siempre en mi memoria y a otras y otros con quienes nos encontramos, a veces, en ese mundo virtual de las nuevas comunicaciones o en reuniones académicas.

Un hilo conductor liga y organiza esta breve narración. Me preocupa y me ocupa como historiador la preservación de los archivos documentales y la creación misma de fuentes. Me resulta muy revelador conocer la experiencia de la cocina de la investigación, de la enseñanza, de los modos de lecturas y de las diversas estrategias de escrituras.

Creo que el haber hecho, desde la década de 1990, reportajes, encuestas y cuestionarios a las y los colegas del campo científico y de la enseñanza universitaria sintetiza las tres inquietudes que me acompañan desde siempre.



Con mi hermano Fabián, emprendimos varios trabajos en este sentido.

Una primera experiencia, aunque nunca se sabe si fue la primera, consistió en una encuesta a investigadores de historia de las ideas de nuestro país. Por entonces, la practicábamos los dos, y nuestro interés sobre cómo se la practicaba o el misterio entorno a cuáles habían sido los comienzos de nuestros referentes, nos motivaron a lanzarnos a esta tarea.

Los resultados se difundieron en un Dossier con dos entregas en la Revista *Estudios Sociales*<sup>1</sup>, y luego en un libro, *Las ideas y sus historiadores*, que amplió la convocatoria a los entonces jóvenes investigadores<sup>2</sup>.

1 En la primer entrega del Dossier sobre “Historia de las Ideas”, respondieron: Hugo Biagini, Hebe Clementi, José Carlos Chiaramonte, Fernando Devoto, Ezequiel Gallo, Arturo Roig, Félix Weinberg y Gregorio Weinberg; y en la segunda entrega del Dossier: Víctor Tau Anzoátegui, Natalio Botana, José Emilio Burucúa, Jorge Dotti, Marcelo Montserrat,

Ezequiel de Olaso, Beatriz Sarlo, Oscar Terán, Hugo Vezzetti (Herrero y Herrero, 1994). Las encuestas de Biagini y de Terán, a su vez, se editaron más tarde en: “Las ideas y sus historiadores. Entrevista a Hugo Biagini” en: Hugo E. Biagini, *Fragmentarias: entrevistas, prólogos y reseñas*, Buenos Aires, CECIES, 2019, pp. 202-28; y “Sobre la historia intelectual”, en: Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, siglo veintiuno editores, 2006, pp. 61-76.

2 En el libro se reproducen todas las encuestas de las dos entregas del Dossier editados

Alejandro Herrero: [herrero\\_alejandro@yahoo.com.ar](mailto:herrero_alejandro@yahoo.com.ar) UNLa-USAL-CONICET  
<https://orcid.org/0000-0003-4726-5236> Docente en Universidad Nacional de Lanús y Universidad del Salvador. Investigador del CONICET.

Además, abocado a las encuestas publicadas en *Estudios Sociales*, Roger Chartier escribió un hermoso ensayo para el libro: “El espejo invertido” (Herrero A. y Herrero F., 1996).

Se nos impuso continuar con este proyecto explorando a otros historiadores que leíamos con enorme placer. Así nace *La cocina del historiador*, focalizada en la historia de la cultura europea. Roger Chartier, siempre tan generoso con nosotros, nos puso en contacto con Peter Burke, Robert Darnton y Daniel Roche, quiénes respondieron nuestro cuestionario por escrito. Otros referentes notables, Pierre Bourdieu, Carlo Ginzburg y Arlette Farge, también contactados gracias a Roger, nos respondieron en hermosas cartas que serían lectores de nuestro libro, pero la agenda de trabajo no les permitía comprometerse a responder el cuestionario en los tiempos que nos demandaba la editorial. Colegas de nuestro país, muy queridos por nosotros, como Daniel Lvovich, Silvia Delfino, Cristina López Meyer y Karina Vázquez, nos ayudaron en las distintas etapas de ese libro. En el caso de Roger, su contribución consistió en una deliciosa charla que grabamos con Fabián, y que en realidad fue una clase magistral (Herrero A. y Herrero F., 2002).

En esa misma década del 90, junto con Alberto Lettieri, convocamos a colegas que dictaban las materias de historia Argentina en Universidades de nuestro país, y el resultado de esta exploración se editó en línea con todo lo anterior en la Revista *Estudios Sociales*. Respondieron la encuesta: Susana O. Bandieri, Susana Belmartino, Oreste en *Estudios Sociales*, y se agregaron otro conjunto de preguntas para la nueva promoción de investigadores, que por entonces estaban cursando sus posgrados. Respondieron ese cuestionario: Alejandro Cattaruzza, Jorge Cernadas, Silvia Delfino, Daniel Omar De Lucía, Adrián Gorelik, Eduardo Hourcade, Alberto Rodolfo Lettieri, Jorge Myrs, Elías José Palti, Pablo Emilio Pavesi, Leticia Prislei, Sylvia Saitta y Eduardo Zimmermann (Herrero A. y Herrero F., 1996).

Carlos Cansanello, Noemí Girbal de Blacha, Noemí L. Goldman, Darío Macor, María Silvia Ospital, e Hilda Sabato (Herrero A., Herrero F., Lettieri A., 1996-1997).

Dos décadas después y en pleno inicio de la pandemia mundial se me impuso, a título personal, continuar con esta tarea. Se me impuso, esa es la palabra, y me dí cuenta de lo que estaba haciendo mientras les escribía a colegas, primero preguntándoles por su salud y la de los suyos, y luego comentándoles la propuesta.

La primer entrega se editó en marzo de 2021, y respondieron el cuestionario: Omar Acha; Adriana Arpini; Alejandro Blanco; Liliana Brezzo, Alejandro Dagfal, Beatriz Figallo, Daniel Lvovich, Marisa Muñoz, Andrea Nicoletti, Gerardo Oviedo, Dante Ramaglia, Darío Roldán, y Fabio Wasserman.

Se me impuso hacer una segunda entrega, y además realizar otro dossier convocando a colegas de Argentina y de otras partes de nuestra América que practican la historia de la educación. En marzo del 2022, se publicó el Dossier Hablemos de Historia de la educación, y respondieron el cuestionario: José Bustamante Vismara, Patricia Cardona Zuluaga, Carlos Escalante Fernández, Antonio Espinoza, Flavia Fiorucci, Gerardo Garay Montaner, Laura S. Guic, Laura Graciela Rodríguez, Isidora Amparo Salinas Urrejola, Pablo Scharagrodsky, Pablo Toro Blanco, y Nilce Vieira Ferreira.

De hecho uno y otro dossier se me impusieron porque desde hace una década practico historia intelectual, historia política e historia de la educación.

Esta segunda entrega se preparó durante el 2021, y se publica en 2022 con un agregado, el subtítulo: historia de investigadores.

Sin duda, este subtítulo podría imponerse como el título de los dos Dossier, porque de eso se trata, de un cuestionario que apunta a los inicios, a la formación, y la práctica de

investigación de colegas. Si en uno designé historia de las ideas o historia intelectual y en el otro historia de la educación, fue porque a todos ellos los leo desde esas perspectivas. Tal como indiqué en la presentación del primer dossier, yo, como lector, soy el que une a todas y todos los colegas, y de ninguna manera cada uno de ellos debe ser calificado de forma aplastante como investigadores de historia de las ideas, historia intelectual, o historia de la educación sino como investigadores.

Por cada una y uno de los colegas que ha participado en las distintas entregas de estos Dossier, siento un gran aprecio y cariño personal. A muchas y muchos los conozco desde mis inicios en la carrera de historia en mi Santa Fe natal, a otras y otros desde mi residencia en la ciudad de Buenos Aires y, obviamente, en los distintos espacios de encuentro que tiene la labor que realizamos tanto en nuestro país como en el extranjero. Soy lector de todas y todos ellos, y quiero expresar mi agradecimiento y el gran placer que me dieron cuando aceptaron mi propuesta.

## Referencia bibliográfica:

— Chartier R. (1996). “El espejo invertido”, en: Herrero, A. y Herrero F. *Las ideas y sus historiadores*, Santa Fe, Universidad del Litoral.

— Herrero, A. y Herrero F. (1994). “Dossier: Historia de las Ideas, encuestas respondidas por Hugo Biagini, Hebe Clementi, José Carlos Chiamonte, Fernando Devoto, Ezequiel Gallo, Arturo Roig, Félix Weinberg y Gregorio Weinberg”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 6, 2do semestre.

— Herrero A. y Herrero F. (1994). “Dossier sobre Historia de las Ideas, encuestas respondidas por Víctor Tau Anzoátegui, Natalio Botana, José Emilio Burucúa, Jorge Dotti, Marcelo Montserrat, Ezequiel de Olaso, Beatriz Sarlo,

Oscar Terán, Hugo Vezzetti”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 7, 1er semestre.

— Herrero, A. y Herrero F. (1996). *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa (Con un estudio preliminar escrito por Roger Chartier)*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

— Herrero, A., Herrero, F. y Lettieri, A. (1995-1996), en: “Dossier Cómo se enseña Historia Argentina en las Universidades Nacionales», *Estudios Sociales*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 8 y 9.

— Herrero, A. y Herrero F. (2002). *La cocina del historiador. Reflexiones sobre la historia de la cultura europea. Entrevistas a Roger Chartier, Robert Darnton, Peter Burke y Daniel Roche*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús. Segunda edición, 2006.

— Herrero, A. y Herrero F. (2006) “Sobre la historia intelectual”, en: Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, siglo veintiuno editores, 2006, pp. 61-70.

— Herrero, A. y Herrero F. (2019). “Las ideas y sus historiadores. Entrevista a Hugo Biagini”, en: Hugo E. Biagini, *Fragmentarias: entrevistas, prólogos y reseñas*, Buenos Aires, CECIES, pp. 202-228.

— Herrero, A. (2021). “¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?”. *Perspectivas Metodológicas*, Maestría en Metodología de la Investigación Científica, Departamento de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada. Marzo, Vol. 21.

— Herrero, A. (2022). “Hablemos de Historia de la Educación”. *Perspectivas Metodológicas*, Maestría en Metodología de la Investigación Científica, Departamento de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada. Marzo, Vol. 22.

## La historia social del pasado reciente en clave personal e historiográfica

Gabriela Águila

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Ingresé a la Universidad Nacional de Rosario durante la dictadura, a comienzos de 1982. Historia fue mi segunda opción porque quería estudiar Antropología –o más bien Arqueología- pero la carrera había sido cerrada en 1977 por las autoridades designadas por el gobierno militar. En esos primeros años de vida universitaria estudié lo necesario para aprobar materias con contenidos y docentes retrógrados, leí y debatí con mis



pares, amigos y compañeros de facultad con quienes compartíamos ciertos modos críticos de ver el mundo que nos rodeaba, hice algunos cursos improvisados sobre grandes temas que me/nos inquietaban, como la lingüística o el marxismo y, sobre todo, milité mucho (y también me formé) en la izquierda del movimiento estudiantil y político contra la dictadura.

No fue sino hasta 1985, cuando terminé de aceptar que me apasionaba la Historia –no sólo estudiarla sino dedicarme profesionalmente a ella, dejando de lado el sueño adolescente de ser arqueóloga- y en eso incidió mucho el reingreso en la facultad y en la carrera de docentes que volvían de exilios internos o

externos: Nidia Areces, Marta Bonaudo, Élide Sonzogni, Ricardo Falcón, y sobre todo Alberto J. Pla, quienes nos mostraron que había otros modos de enseñar, pensar y hacer Historia.

Los inicios de mi formación intelectual datan de esos años de la transición democrática, de renovación académica y de recomposición de la vida universitaria que coincidieron, además, con mis tres últimos años en la carrera, así como la elección de los campos a los que me dedicaría durante gran parte de mi labor académica y hasta hoy: la historia social y la historia de América Latina. Gran parte de

**Gabriela Águila:** gbaguila@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0002-4747-3345>, Universidad Nacional de Rosario-CONICET. Es Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Rosario. Investigadora Principal del CONICET, con sede en el ISHIR. Profesora Titular regular de Historia Latinoamericana contemporánea (Escuela de Historia, UNR). Sus líneas de investigación refieren a la historia de la última dictadura militar y el ejercicio de la represión, al estudio de la transición y de las izquierdas. Es autora de *Dictadura, represión y sociedad en Rosario* (2008), coordinadora de los volúmenes colectivos *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur* (con L. Alonso, 2013), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina* (con S. Garaño y P. Scatizza, 2016), *La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo XX* (con S. Garaño y P. Scatizza, 2020) y directora de *Territorio ocupado. La historia del Comando del II Cuerpo de Ejército en Rosario* (2016). Es co-coordinadora de la Red de Estudios sobre Represión y Violencia Política (RER).

esa formación la realicé en un espacio colectivo de docencia e investigación que dirigía Alberto J. Pla, en la cátedra de Historia de América Contemporánea, a la que ingresé como auxiliar alumna en 1986 (y donde fui sucesivamente Jefa de Trabajos Prácticos, Profesora Adjunta, Profesora Asociada y, desde hace casi dos décadas, Profesora Titular). Alberto fue mi maestro —un maestro extraordinariamente generoso—, tanto en el equipo de la cátedra y la labor docente, como en la iniciación en la investigación. Me dirigió en presentaciones, becas, proyectos, en mi tesis de licenciatura y también, en un momento de mayor madurez intelectual, en la tesis doctoral, acompañándome en un largo trayecto en el que fui definiendo mis propias búsquedas y reorientando mis temas de interés, de la historia del movimiento obrero a la historia social del pasado reciente.

En los desolados años noventa, Pla fue principal impulsor de espacios colectivos y de articulación con colegas e investigadores/as de otras universidades, en los que participé activamente. Menciono en particular la creación en 1990 del Centro de Estudios de Historia Obrera (CEHO), que integramos junto con compañeros/as de la Universidad de Buenos Aires que investigaban sobre estas problemáticas y, un poco más adelante, la formación de la Red Intercátedras de Historia de América Latina (la primera reunión fue en 1993), que nos puso en contacto con equipos docentes dedicados a la enseñanza y el estudio de la historia contemporánea de América Latina de distintas universidades del país. Asimismo, y en el marco de la carrera de Historia, formé parte de ámbitos colectivos animados entre otros por Marta Bonaudo y junto a colegas de mi generación: en programas y proyectos de investigación, en espacios de producción

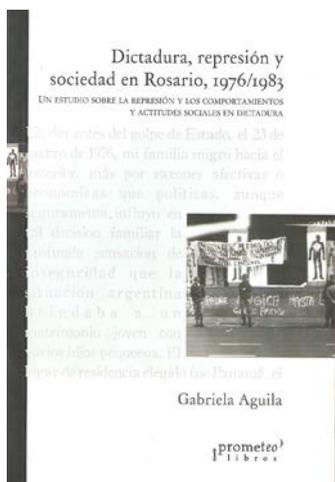
académica y editorial, en el devenir de la vida institucional, gremial y político-académica de la facultad y la universidad.

La historia latinoamericana fue mi principal núcleo de interés y ámbito de formación y labor docente, desde mis años de estudiante y hasta hoy: en la cátedra de Historia de América Contemporánea (hoy Historia de América III) de la carrera de Historia, junto a Alberto J. Pla; a cargo durante veinte años de una materia afín en la carrera de Antropología (Historia Social Latinoamericana), que compartí con Silvia

Simonassi, además de un breve paso por la materia de Historia Latinoamericana que dictaba Ricardo Falcón en la carrera de Ciencia Política de la UNR, quien me invitó a sumarme a su equipo. Por otra parte, apenas graduada ingresé en otra materia, Historia de Europa contemporánea, a la que me dediqué con entusiasmo y dicté durante dos décadas. Mi recorrido y formación en el área europea fue completamente diferente, casi en solitario y a pulmón, a mi modo y sin directores ni maestrxs. Años

de búsquedas, lecturas y trabajo arduo, de establecer contactos con colegas de otras universidades y adentrarme en el estudio de temas, problemas y autores europeos, en particular del siglo XX, muchos de los cuales fueron centrales en mi formación como historiadora y en mi trabajo de investigación sobre la historia reciente argentina.

Para fines de los años noventa, y por un conjunto de razones que interrumpieron durante varios años mi labor en investigación pero no mi trabajo en la docencia universitaria —la situación por la que transitaba la universidad pública en esos tiempos crudamente neoliberales, la imposibilidad de acceder a becas, los cambios a nivel personal

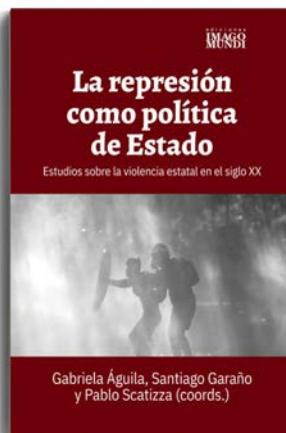


debidos sobre todo a la maternidad-, abandoné mis indagaciones sobre los comunistas en los años treinta y cuarenta y me volqué al estudio del pasado reciente a escala local. En 1999, una invitación de Alberto J. Pla para sumarme a la escritura de un libro colectivo sobre historia de Rosario en el siglo XX (*Rosario en la historia. De 1930 a nuestros días*, publicado por la editorial de la UNR en el año 2000) me llevó a elegir un período aún inexplorado por la investigación académica en el ámbito local: el de la última dictadura militar.

En esa fase de mi labor investigativa ya no hubo maestrxs ni guías, sino un trabajo conjunto y el acompañamiento de mis pares, primero con Cristina Viano (con quien trabajamos unos cuantos años sobre identidades políticas en los años sesenta y setenta en el espacio local y regional), y cuando definí que mi tema de tesis doctoral sería la dictadura de 1976-1983, con colegas y amigxs con los que compartíamos similares preocupaciones e intereses, en particular con Daniel Lvovich, Luciano Alonso y muchxs de quienes nutrieron el todavía en ciernes campo de la Historia reciente.

Soy una historiadora que no puede hacer gala de mucha coherencia temática, sino más bien de una trayectoria sinuosa, en la que abordé períodos, temas y cuestiones diversas y, a primera vista, desconectadas entre sí. Con todo, la pretensión de hacer historia social, el interés por la historia de América Latina y la historia del siglo XX, así como la vocación de estudiar y pensar mi propio caso de estudio en una dimensión más amplia, desbordando el ámbito

local, regional y nacional y conectándolo con el devenir de la historia latinoamericana y mundial, creo que se muestran como articulaciones (incompletas e inacabadas) de aquellos intereses plurales.



Más allá de todo ello, no podría separar esa trayectoria de las condiciones de trabajo y de producción académica. Durante gran parte de mi carrera me dediqué sobre todo a la docencia en la universidad pública, muy lejos de ser una investigadora a tiempo completo, si bien a lo largo de los años orienté una parte importante de mi tiempo y energía a la investigación y a completar el trayecto de posgrado, sin becas ni relevo de la tarea docente. Solo el ingreso como investigadora del CONICET

(tardíamente, cuando había pasado los cuarenta y cinco años) posibilitó que realizara un cambio radical en el porcentaje de tiempo destinado a la investigación respecto de la docencia, lo que redundó en la sistematicidad en la indagación y, por añadidura, en dotar de mayor coherencia a mi producción en investigación.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Sin dudas, y haré referencia solo a dos tradiciones teóricas o dos vertientes intelectuales, en las que filio mi producción, si bien reconozco otras influencias e inspiraciones muy variadas a lo largo de mi carrera académica. Cronológicamente diría que primeramente fui deslumbrada por la historia social renovada por los marxistas ingleses y la historia desde abajo (y a la izquierda) de E.P. Thompson, Eric Hobsbawm o George Rudé, entre otros. Una historia social de matriz marxista, que se pretendía crítica y totalizadora y que, sin

dejar de lado el análisis de las estructuras y sin desdeñar la teoría, incorporaba la dimensión humana, a los sujetos y sus relaciones sociales, permitiendo que los hombres y mujeres ingresen en la historia.

Llegué a esas lecturas desde lugares distintos: en las clases de Historia Social que dictó Alberto J. Pla en 1985, cuando nos mostró la Historia como problema, pero también nos introdujo en la teoría y en los debates que atravesaban a la disciplina en otras geografías, luego del aislamiento intelectual al que nos había condenado la dictadura militar; en el marco del CEHO, cuando leímos y discutimos (al menos en lo que a mí respecta, con mucha ingenuidad teórica), la polémica Thompson/Anderson o fuimos testigos fuertemente involucrados en la polémica “clase obrera/sectores populares”, en la que Pla tuvo un papel central y que agitó un poco las aguas de la historiografía argentina en aquellos años; en mi propio recorrido por la historia europea contemporánea, en particular en el estudio a conciencia de la historia de las revoluciones y la protesta social y, también, en la historia del marxismo en los siglos XIX y XX. Mis primeras investigaciones sobre la historia de los partidos comunistas y la historia del movimiento obrero en los años treinta y cuarenta, abrevaron en aquella matriz teórica y en esos modos de concebir y abordar la historia social.

Más adelante, para comienzos de los años 2000, serían la historia del presente y los estudios sobre la historia y la memoria social de procesos de exterminio masivo los que sacudieron mi universo teórico-metodológico y mi modo de abordar los problemas históricos, como parte de un largo proceso en el que reorienté mis intereses dando inicio a una línea de trabajo centrada en el

estudio del pasado reciente a escala local y, en particular, en el estudio de la última dictadura militar.

El punto de inicio estuvo directamente relacionado con las derivas de mis estudios sobre la historia europea del siglo XX, cuando en 2002 y 2003 viajé a Estados Unidos para cursar varios seminarios sobre historia del holocausto, mientras desarrollaba mi investigación doctoral sobre la dictadura militar argentina. Casi todo lo que allí escuché, leí y aprendí era prácticamente desconocido

en el país; de hecho, recién en esos años unxs pocos intelectuales (que serían muy influyentes en el recién inaugurado campo de estudios sobre la memoria en la Argentina, como Elizabeth Jelin o Hugo Vezzetti) daban a conocer trabajos que utilizaban esas matrices teóricas e interpretativas para abordar el pasado reciente argentino.

Este trayecto personal, que tuvo un fuerte influjo en el proceso de elaboración de mi tesis de doctorado, coincidió temporalmente con la irrupción de la memoria como objeto de estudio que se produjo en la Argentina para comienzos de los años 2000, que acercó a nuestro ámbito académico trabajos y autores especializados en el fascismo europeo y en el holocausto, en la memoria social de pasados traumáticos, en el estudio de pasados que no pasan, dejando su huella en el presente de individuos y sociedades. Lo que siguió fue el auge del testimonio y de la historia oral como práctica historiográfica —asociada al boom memorialístico que se había iniciado en los años noventa y se desplegó en las décadas siguientes—, el arrollador avance de los estudios sobre la memoria que se nutrió de cultores también en el campo de la disciplina histórica (muchxs de los cuales habían denostado la posibilidad de hacer historia del presente)



y la paulatina pero sostenida conformación del campo de la Historia reciente, en la que participé activamente.

Con todo, el núcleo de mi indagación no sería la memoria de la dictadura –de hecho, batallé conmigo misma para no centrar mi trabajo en la dimensión memorial- sino la pretensión de escribir la historia de la dictadura militar desde un particular punto de observación y análisis (Rosario), pero sabiendo que era necesario incorporar a la memoria como un elemento fundamental de aquel proceso histórico. La historiografía sobre las experiencias fascistas europeas y, sobre todo, la historia social de los regímenes autoritarios de entreguerras y de procesos de violencia política y represiva acaecidos en el siglo XX, con las que dialogué –y dialogó- en forma recurrente, proveyeron una gran parte del andamiaje teórico-metodológico y fueron una inspiración fundamental en mis abordajes sobre la dictadura militar, el ejercicio de la represión y los comportamientos y actitudes sociales en aquel contexto.

### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

El trabajo del/la historiador/a es en, en gran parte, un trabajo en solitario: en el archivo, en el proceso de reflexión, en la escritura. Sin



III Jornadas RER, UNLP, 2017 Gabriela Águila, Pilar Calveiro, Santiago Garaño, Pablo Scatizza, Aníbal Viguera

embargo, me reconozco parte de una tradición de pensar, debatir y producir colectivamente, que he tratado de sostener, generar y cultivar a lo largo de toda mi vida académica.

Leo todo el tiempo a otrxs autores, escucho presentaciones de colegas en instancias muy diversas (jornadas, congresos, mesas redondas, presenciales y, como ahora, también en forma virtual), muchas veces doy a leer mis trabajos a colegas que respeto y con lxs que compartimos espacios de reflexión y debate. Presento regularmente avances de investigación en jornadas y congresos, de carácter abierto, o en talleres o workshops de los equipos o las redes de investigadores en los que participo. He escrito textos en coautoría y ocasionalmente lo hago, aunque la mayor parte de mi producción es de autoría individual. Organizo o participo en la organización de seminarios internos, talleres o workshops, jornadas y congresos y aliento a quienes trabajan conmigo a presentar sus avances o resultados en estas y otras instancias. Dirijo, co-dirijo o integro proyecto de investigación colectivos, radicados en la universidad o el sistema científico-técnico, y he impulsado y sostenido con entusiasmo redes de investigadores/as, como la Red de Estudios sobre Represión y Violencia Política (RER).

Todo ello no cambia el hecho de que la mayor parte de mi labor en investigación la realizo a título individual -sobre todo, la instancia de la escritura-, si bien gran parte de lo que sostengo, indago y exploro debe mucho al hacer y pensar junto a colegas y compañerxs de ruta académica.

### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Mi campo de investigación es el de la Historia reciente y quienes nos dedicamos a ella realizamos un trabajo no muy diferente al de lxs

historiadorxs especializados en otros períodos. Entre otras tareas, propias del oficio, éste suele incluir la exploración y lectura crítica de la producción disponible, la reflexión y puesta a prueba de categorías y conceptos, el trabajo en archivos y/o la realización de entrevistas orales -con su nunca sencilla secuencia de localización o identificación, relevamiento y análisis, crítica y contrastación de las fuentes-, la formulación de hipótesis y su verificación, el poner a consideración de los pares los avances y resultados de la investigación, la elaboración de papers, artículos o partes de libros, etc.

Sin embargo, me gustaría señalar dos elementos que denotan la práctica de la Historia reciente y, en ese campo, el estudio de la última dictadura militar y la violencia política y represiva. Por un lado, se trata de un período que no es materia o territorio exclusivo de lxs historiadorxs: su análisis e interpretación ha convocado

no sólo a investigadorxs de diversas disciplinas, sino también a actores y sectores muy diversos, desde las víctimas o afectados directos por la violencia estatal y el activismo en el campo de la memoria y los derechos humanos, hasta los medios de comunicación y ciertas agencias o ámbitos estatales, como el judicial. Todo ello pone en tensión el rol del/la historiador/a que se ocupa de tales temas, sea por su coetaneidad con el objeto de estudio (porque ha vivido el período en el que indaga o por los nexos que ese pasado tiene con el presente en el que vive), sea porque su producción entra en debate, competencia e incluso colisión con otros relatos y narrativas (tal el caso de la “verdad jurídica” cuando se trata de los crímenes de la dictadura), memorias y sentidos, mucho más difundidos en el espacio público y político

que cualquier investigación proveniente del campo académico. Por otro lado, el estudio de la historia y la memoria de un pasado denotado por la violencia política y la violación de los derechos humanos reciente suele estar asociado con el compromiso ético y/o la vocación de intervención de lxs académicos en ámbitos públicos y políticos -en movimientos sociales, en espacios de memoria o en la gestión estatal vinculada a los derechos humanos, colaborando con las investigaciones judiciales en causas por delitos de lesa humanidad, etc.-. Esta dimensión, señalada entre otros por Luciano Alonso, otorga a la práctica de la historia reciente un plus de politicidad que probablemente no poseen otras formas de hacer historia.

Se trata, en resumen, de temas que siguen abiertos y que tocan a sujetos sociales vivos o sus descendientes, que se articulan con memorias sociales muy presentes, y que



II Jornadas RER, UNSAM, 2016, Daniel Lvovich, Patricia Flier, Gabriela Águila, Marina Franco, Pablo Scatizza, Santiago Garaño

demandan al/la investigador/a que indaga en ellos, además de las competencias y destrezas propias de su oficio, de sensibilidad y empatía tanto como del necesario distanciamiento crítico de aquellas memorias y representaciones, con el horizonte de construir conocimiento histórico original y fundado empíricamente.

## 5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

El campo historiográfico argentino actual tiene una fecha aproximada de constitución: mediados de los años 80, a la salida de la dictadura y en el contexto de recuperación de la democracia. Fue en esos años cuando las universidades iniciaron su normalización, se produjeron cambios en los planes de estudio y el cuerpo de profesores, se gestaron diversos espacios de intercambio disciplinar (jornadas, congresos, centros de estudio e investigación) y el mercado editorial comenzó a alojar la producción de las y los académicos locales. Fue, además, el contexto en el que se delinearon los contornos de la Historia como disciplina profesional, perfilándose un conjunto de historiadores e historiadoras reconocidos e influyentes en las distintas áreas, cuando se fijaron las agendas de investigación en los temas más convocantes, se amplió el acceso a los organismos de investigación nacionales y provinciales y el financiamiento a proyectos e investigadorxs, a la vez que el campo historiográfico se abrió a los influjos de las tendencias internacionales, en un proceso que no fue lineal y mostró variaciones en las distintas provincias y regiones del país. Es sabido que, en particular, para la década de 2010 se produjo una expansión muy significativa del sistema científico-técnico y de los ingresos a CONICET, acrecentando en forma notable la cantidad de becarixs e investigadorxs que pudieron dedicarse a la investigación a tiempo completo. En lo que respecta a la disciplina histórica, no sólo se trató de un crecimiento numérico o de la incorporación de nuevas camadas de investigadorxs, sino también del desarrollo de nuevos temas y campos de estudio, entre los que sobresale el de la Historia reciente.

En términos generales, el campo historiográfico argentino es un campo fragmentado,

lo que en principio impide plantear miradas generalizadoras o, incluso, identificar debates que lo atraviesen globalmente. Dicho esto, también podría plantear que el debate sobre los 70, sobre la violencia política y represiva y sobre la última dictadura, constituye uno de los grandes nudos problemáticos de la historia argentina del siglo XX, si bien los debates más relevantes sobre aquel tópico no se produjeron en el ámbito historiográfico sino en un espacio público y político ampliado.

Para acotar la cuestión, en el campo de la Historia reciente y, específicamente, en el de los estudios sobre la violencia estatal y la dictadura militar, ciertos problemas han adquirido relevancia en los últimos años: junto a los debates aún inacabados sobre la caracterización (o la naturaleza) de la última dictadura y el debate teórico-conceptual para definir el ejercicio de la violencia represiva, se han perfilado otros como el de las temporalidades de la violencia estatal y la represión, las potencialidades y limitaciones de las escalas de observación y análisis (los estudios a escala local y regional, la dimensión transnacional, la historia comparada y conectada), las intersecciones entre clase, etnia y género, por solo citar algunos de los más relevantes.

## La hibridación como clave para una historia del presente

Luciano Alonso

### 1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Las primeras fases de mi formación intelectual se desarrollaron en el nada favorable contexto del terror de Estado y de la última dictadura. Realicé estudios secundarios en una escuela santafesina que en esa época era prestigiosa —el Instituto Almirante Brown, que por entonces tenía una dirección unificada para primario, secundario y terciario— y cargaba con un fuerte bagaje de lecturas de tradiciones intelectuales de una u otra manera asociadas a la militancia comunista de mi padre. Pero también había incursionado en textos muy



variados, fruto del intercambio intelectual y político con algunas compañeras de escuela o de las recomendaciones de una eminente historiadora a la que el exilio interno había llevado a mi vecindad en Santo Tomé: Haydée Gorostegui de Torres. Como fuera, para cuando ingresé en 1980 a la Escuela Universitaria del Profesorado de la Universidad Nacional del Litoral —antecesora de la actual Facultad de Humanidades y Ciencias—, ya había leído algunos pocos textos de Karl Marx, Georg Hegel y Friedrich Nietzsche, de José Luis Romero, León Pomer y Tulio Halperín Donghi, aunque es dificultoso que hubiera entendido algo de ellos. Quizás de esa temprana etapa formativa provenga

mi acentuado eclecticismo, para el cual muchos años después encontraría justificación teórico-metodológica en las consideraciones de Edward Palmer Thompson.

La carrera de grado que seguí fue el Profesorado en Historia, que era lo disponible en las universidades nacionales de la zona —aunque yo no tenía mucha noción de las posibilidades laborales en las ciencias humanas y sociales y hubiera querido cursar sociología—. Más allá de la buena

voluntad y desempeño de muchas docentes, en la UNL no había tradición en investigación social o había sido cortada por la dictadura.

**Luciano Alonso:** lpjalonso8@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0001-5728-9747>, Universidad Nacional del Litoral. Profesor en Historia (UNL), Magister en Historia Latinoamericana (UNIA), Magister en Ciencias Sociales con orientación en Sociología Política (UNL) y Doctor en Humanidades con mención en Historia (UNR). Se desempeña como docente-investigador en la Universidad Nacional del Litoral (Facultad de Humanidades y Ciencias e Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (UNL/CONICET), donde tiene a su cargo asignaturas de historia europea del medioevo a la contemporaneidad. Su campo de estudios prioritario es la historia argentina del presente, en el cual ha publicado trabajos sobre la movilización por los derechos humanos desde los años de 1970 a la actualidad, la relación entre la política y el campo cultural en los años de 1960-1980, las formas de la represión y las identidades culturales. También ha realizado trabajos comparativos con espacios latinoamericanos e ibéricos.

Ahí ya afloraron otras dos constantes de mis desempeños posteriores: el privilegio de la docencia sobre la investigación y el intento de pasar por arriba de los moldes disciplinares. De esa etapa la influencia más fuerte que recibí provino de Ricardo Ahumada, un autodidacta con una fuerte carga hegeliano-marxista que daba Historia Social de la Literatura y el Arte y a quién seguí luego como oyente en otras materias de la carrera de Letras. Es difícil sintetizar en pocas palabras el influjo de esa persona tímida y retraída, que traducía directamente del alemán en las clases, estaba al tanto de autores que no pasaban por las otras asignaturas, escribía ponencias con abordajes psicoanalíticos de Kafka y renunció porque no toleraba la idea de no haber sido dejado cesante como sus compañeros y compañeras de unos años antes.

Luego de eso, mi formación en investigación no comenzaría hasta el cruce de las décadas de 1980 y 1990, cuando ya siendo auxiliar docente universitario pero sobreviviendo como empleado administrativo provincial, salí de Santa Fe para buscar orientaciones en otras universidades. Mis preferencias iniciales se volcaban hacia la historia europea moderna y entonces me contacté con Marta Bonaudo, que daba esa asignatura en la Universidad Nacional de Rosario. Pero razones de praticidad y el interés por problemas que años más tarde se identificarían con la “historia presente” me llevaron a participar en un equipo interdisciplinario conducido por la geógrafa María Luisa D’Angelo (UNL). Allí se forjó mi primera experiencia seria de



Roberto Pittaluga, Daniel Lvovich y Luciano Alonso

investigación empírica y comencé a pensar la articulación de mis lecturas sobre historia social y cultural o de la teoría crítica con cuestiones planteadas en el marco de la teoría de los sistemas-mundo.

Mis carreras de posgrado fueron tardías, iniciándose en los 2000 tras dejar atrás la labor administrativa y destacándose en sus inicios la influencia de Waldo Ansaldi (UBA/UNL). Pero para ese momento mi consolidación en los estudios socio-históricos ya dependía mucho de mi participación primero discontinua y luego constante en el Colectivo de Trabajo sobre Historia Reciente que desde 2003 organiza las jornadas nacionales

de la especialidad. La interacción con personas como Gabriela Águila, Marina Franco, Daniel Lvovich, Roberto Pittaluga y muchas más que es imposible mencionar pese a lo injusto de la omisión, fue un complemento indispensable para mi construcción como investigador. Las dos primeras nombradas han impactado mucho en mi

definición de objetos de estudio, el tercero —que era estudiante cuando mis inicios en la docencia universitaria en la UNL— me ha afirmado en mi adhesión a la historia social y a algunas referencias que no por clásicas son menos poderosas que las que están a la moda, y del cuarto he aprendido a repensar constantemente la articulación entre pasado y presente.

De las mil influencias que recibí me parece importante destacar dos que fueron particularmente intensas, una para la

reflexión teórico-conceptual y la otra para los estudios empíricos. La primera corresponde a José Sazbón, a quien conocí en los años '90 y que me instó a presentar por primera vez ponencias en los ámbitos académicos, algo a lo que hasta entonces yo me negaba pensando que no tenía muchas cosas originales que decir. La segunda fue la de Julio Aróstegui, quien me dirigió en una maestría española y me instó repetidamente a realizar el doctorado. Del primero recogí enseñanzas sobre el análisis de textos y las formas de ejercicio de la crítica, del segundo respecto de los modos de trabajo historiográfico y la articulación entre teoría y empírea.

Tal vez entonces se pueda pensar que tuve tres maestros con imágenes poderosas de autoridad intelectual: Ahumada, Sazbón y Aróstegui, que a su vez eran imágenes paternas y guías en cuestiones prácticas. Pero ese reconocimiento no opaca las influencias de otras personas como Haydée, Marta, María Luisa, Waldo y mis compañeras y compañeros del grupo de Historia Reciente, que fueron capitales para mi formación investigadora.

Por fin, y esto no es demagogia sino reconocimiento, siempre aprendí mucho no solo de las personas que integran desde hace casi 20 años los equipos que dirijo en la UNL, sino también de mis estudiantes—entre los cuales destacó alguna vez el compañero que compila este dossier—. Tanto de unas como de otros he recibido desafíos, inquietudes y cuestionamientos que constantemente me hacen repensar mis marcos teóricos y mis formas de trabajo.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Como he dicho antes, pienso que soy eminentemente ecléctico. No sé si será un dejo de irenismo—que Fernando Devoto ha propuesto como la característica del pen-

samiento de Haydée Gorostegui— o quizás la aceptación de la máxima de Anthony Giddens según la cual no puede haber una teoría comprensiva de todo el mundo social y lo mejor que puede hacerse es combinar distintas teorías. Para atemperar esa imagen ecléctica podría decir que trato de combinar tres tradiciones en particular: a) la historia socio-cultural anglosajona, b) la teoría de los sistemas-mundo y c) los estudios sobre la dominación en la estela de la teoría crítica y de las propuestas foucaultianas. A veces he recogido aportes de las teorías de la movilización para abordar esas luchas (v. g. Doug Mcadam, Sidney Tarrow y Charles Tilly) o de la teoría crítica de la cultura para analizar los conflictos político-culturales (v. g. Fredric Jameson o Peter Bürger), pero esos recursos son más puntuales y no suponen la adhesión a una u otra corriente.

No pienso que esas tradiciones sean incompatibles, sino que pueden resultar complementarias, y es lo que he tratado de mostrar por ejemplo en mis abordajes de las luchas pro derechos humanos (*Defensa de los derechos humanos y cultura política: entre Argentina y Madrid, 1975-2005*, 2010; *Luchas en plazas vacías de sueños. Movimiento de derechos humanos, orden local y acción antisistémica en Santa Fe*, Prohistoria, 2011; o *“Que digan dónde están”. Una historia de los derechos humanos en Argentina*, Prometeo 2022). Concretamente, traté en esos casos de mostrar cómo se desplegaron movimientos sociales en defensa de derechos fundamentales violentados por el terror de Estado en Argentina y de políticas subsiguientes de memoria, verdad y justicia, considerando las condiciones de posibilidad en un momento histórico concreto del sistema mundial capitalista, la contienda política al interior de estados nacionales y las condiciones locales de gubernamentalidad que pueden explicar las variaciones y los tiempos sincopados de esas luchas. Luchas en las que por otro lado se juegan aspectos de la dominación social y de las resistencias, entendidas éstas últimas como

puntos idealtípicos extremos, entre los cuales corren los posicionamientos cambiantes de los diversos sujetos sociales e individuales.

No me considero entonces inscripto en alguna tradición de historia intelectual o de las ideas, sino que incorporo elementos o problemas que hacen a esas especialidades en el marco de una historia social o socio-cultural. Quizás quedé muy impactado por el viejo artículo “De la historia social a la historia de la sociedad”, de Eric Hobsbawm, con su planteo de que un estudio sobre la poesía provenzal difícilmente pueda ser historia económica y uno sobre la inflación del siglo XVI no será historia intelectual, pero las dos materias pueden ser estudiadas en tal forma que sean historia social. Trato entonces de abordar mis variables objetos de estudio con un enfoque relacional y a partir de allí voy incorporando temáticas relativas a las ideas, a lo intelectual o a lo cultural en tanto resultan necesarias.

Mis trabajos sobre cuestiones intelectuales en sentido estricto han sido limitados. Probablemente podrían ponerse bajo ese acápite escritos menores sobre la historiografía modernista, sobre la historia reciente argentina o sobre la obra de algunas personas destacadas como Diego Abad de Santillán y el mismo José Sazbón –uno de los cuáles está incluido en la magistral compilación que de este último hicieron Daniel Lvovich y Alberto Pérez, *José Sazbón: Una antología comentada de su obra*–.

En cambio, sí tengo muchos más trabajos sobre cuestiones culturales, como ser las identidades locales en contexto de globalización, las luchas memoriales en torno a las representaciones del terror de Estado o los carnavales y el teatro santafesino entre las dictaduras y los gobiernos constitucionales. Ahí es donde recupero los aportes de la teoría crítica –ora explícita, ora implícitamente– y me detengo en la circulación de ideas o en las representaciones que generan determinados agrupamientos. Me

interesa particularmente la construcción de las subjetividades disidentes; por ejemplo, respecto de los integrantes de agrupaciones de derechos humanos ver cómo el impacto interno de la movilización se traduce en la constitución de identidades militantes, cómo quienes han sufrido una experiencia traumática producen una resiliencia o qué ideas de justicia y qué lazos interpersonales se generan en esas luchas. O respecto de las personas que participaban de actividades como el teatro en contextos autoritarios, cómo se inscribían en un espacio de disidencias sin presentar claramente una oposición cultural o política y cómo desarrollaban una suerte de “educación sentimental” a lo largo de trayectorias complejas, por fuera y más allá de las instituciones educativas de las que participaban. La noción de “gubernamentalidad” extrapolada de Michel Foucault, me sirve para pensar los contextos en los cuales se construyen esas subjetividades y reiteradamente he intentado articular esa categoría con el recorte micro de los espacios locales.

Precisamente la articulación de distintas dimensiones espaciales ha sido una cuestión recurrente para mí y ahí es donde entra el intento de considerar un nivel global que favorece o desalienta determinados procesos sociales aunque más no sea en el plano de las condiciones de posibilidad. El viraje del último Wallerstein a las problemáticas culturales (*El moderno sistema mundial. IV. El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914*), me permitió profundizar mi reconciliación con la teoría de los sistemas-mundo luego de muchos años en los que insistía en sus limitaciones. Quizás pueda pensar en una combinatoria teórica como la que hace Eduardo Grüner (*El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico, o La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*), pero mi sesgo historiográfico y la influencia de la historia social anglosajona hacen que vaya por un camino algo diferente.

Esas variadas y cambiantes articulaciones implican a su vez un trabajo constante de definición y redefinición de las categorías analíticas. Al respecto mi posición es la de un cierto pluralismo conceptual e incluso de una cierta torsión de los conceptos tomados de otros autores, que permitan dar cuenta de la diversidad de lo real. Me interesa particularmente el desarrollo de ejercicios como el que realiza Michael Baxandall en su postulación del “Principio Bouguer”, que consistiría en modificar un término para que coincida en algo con otro, pero sabiendo lo que se modifica y evitando la confusión absoluta; por ejemplo a propósito de “movilización social” y “producción de subjetividad”, o “gubernamentalidad” y “condiciones locales”.

Si tuviera que poner una etiqueta a lo que hago, diría que intento producir estudios empíricos y reflexiones teóricas en la senda de un materialismo histórico y cultural, con lo cual la “tradicición” en la que quiero inscribirme podría ser amplísima. En los últimos tiempos he encontrado en los textos de William H. Sewell Jr. una referencia fuerte para sostener esa etiqueta, que me permite superar las dicotomías y solipsismos en los que se suele caer a veces inadvertidamente. Creo que sus propuestas sobre las relaciones entre agencia y estructura, acontecimiento y totalidad, prácticas semióticas y entornos construidos, lenguaje y materialidad, o discursos y prácticas, permiten fundar trabajos en los que se articulen dimensiones y miradas tan variadas como las expuestas. En lo que hace al vínculo y diferenciación entre historia y memoria me decanto por la concepción de Raphael Samuel, siendo fiel a la lectura que del mismo hizo José Szabón como un autor que podía orientarnos en una concepción dialógica, ajena al formalismo de otras propuestas.

Con todas esas consideraciones, no sé si estaría claramente reflejado en alguna tradición argentina de estudios históricos, y

a veces llego a sentir que no practico ni una historiografía ni una sociología identificables con corrientes o instituciones concretas. Otra vez, es en el Colectivo de Trabajo sobre Historia Reciente donde reconozco un espacio común de producción historiográfica o socio-histórica hecha por gente que tiene titulaciones en historia, sociología o antropología, aunque no sabría decir si ese grupo informal y asambleario puede ya identificarse como una corriente o tendencia más amplia. En todo caso, con varios de sus integrantes y allegados comparto intentos de hibridación de tradiciones como las antes citadas y preocupaciones temáticas.

### **3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?**

En primer lugar, mi tarea investigativa es muy discontinua. Durante muchos años mi ocupación laboral principal fue la actividad administrativa, que me llevó a recorrer todo el escalafón del sector en las áreas de educación y cultura del gobierno provincial. Luego, el peso de las actividades docentes y de gestión académica fue (y es) también muy grande. En esas condiciones, mi dedicación a la investigación siempre ha adolecido de falta de tiempo y sistematicidad. Eso en rigor no me pesa tanto, pues no me imagino la producción historiográfica como algo que pueda realizarse sin articulación con otros espacios de trabajo o sociabilidad y de potenciales conflictos político-culturales.

Aunque aborrezco el progresivo reemplazo de los archivos tradicionales por los digitales –algo sobre lo que Julio Aróstegui advirtió hace ya 20 años–, debo conceder que la disponibilidad de fuentes en línea me ha facilitado la tarea. En lo que toca a la producción de fuentes orales hago entrevistas solo o con otras investigadoras y en ocasiones grupos focales. Esa parte de la labor de

investigación me parece maravillosa, con todo lo que las fuentes orales implican en términos de producción dialógica y reservas epistemológicas, pues facilita una empatía que siempre debe ser controlada.

No tengo un sistema fijo de intercambio con otros investigadores e investigadoras aparte de los talleres de los proyectos en los que participo. Lo que hago frecuentemente es compartir mis escritos—sea en etapa de elaboración, sea ya terminados— con personas muy variadas que creo que pueden ofrecerme una devolución o hacerme un comentario, que pueden ser tanto colegas como estudiantes de posgrado o tesis. Frecuentemente, para esa altura ya se han producido intercambios previos a la escritura, ya que como mi labor investigativa es discontinua sucede que el proceso de producción de un texto se dilata y crecen las posibilidades de recibir advertencias, observaciones o meras inquietudes por parte de compañeros y compañeras.

Pero además muchos de mis trabajos están escritos en colaboración o recopilan aportes plurales. Mi primer libro relevante fue escrito a cuatro manos con una todavía estudiante Natalia Vega (*La invención de un lugar. Itinerarios culturales de una localidad santafesina entre la colonización y la globalización*, 2000) con quien mucho después compilaría otro texto (*Lugares de lo colectivo en la historia local. Asociaciones, trabajadores y estudiantes en la zona santafesina*, 2017). Con Adriana Falchini, docente-investigadora de la UNL proveniente de la carrera de Letras, también he compilado otros dos libros (*Memoria e Historia del Pasado Reciente. Problemas didácticos y disciplinares*, 2009 y *Los archivos de la memoria. Testimonios, historia y periodismo*, 2013) así como otro con Gabriela Águila (*Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*, 2013). Y no es menor la lista de artículos o capítulos elaborados con personas como María Laura

Tornay, Julieta Citroni, José Larker o Luisina Agostini.

Jamás dejo de leer, esté o no produciendo un escrito. En oposición a la noción de “higiene mental” de Comte, creo que cuantas más cosas vea en paralelo al proceso de escritura mayor será la puesta en cuestión de lo que estoy elaborando y que eso es un aspecto positivo. Pero por otro lado, no cierro mi espectro de lecturas en función de un tema determinado ni siquiera al momento de realizar un estado del arte. Las obligaciones de cátedras y seminarios sobre temáticas históricas muy variadas, la coexistencia de distintas líneas de investigación, la hibridación de aportes de distintas tradiciones o el simple aburrimiento hacen que mis lecturas sean en todo momento dispersas. Y creo que eso a veces redundante en la posibilidad de analogías, extrapolaciones y trasposiciones que enriquecen—y/o amplían en demasía— los estudios empíricos o las reflexiones teóricas.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Quisiera inscribirme en la práctica de una historia social o socio-cultural, que en ocasiones está más cerca de la sociología histórica, aunque dada mi tendencia a la transdisciplinariedad o directamente a la hibridación disciplinar, no me preocupó mucho por la definición del tipo de investigación que realizo. Pienso que lo mejor que puedo hacer es movilizar todas las fuentes primarias y secundarias, practicar todos los modos de abordaje de los que sea capaz y ser lo más honesto que pueda al mostrar mis elecciones y sus connotaciones ético-políticas.

Nunca he seguido una única metodología ni he producido una metodología propia unificada. Eso no solo se corresponde con mi eclecticismo, sino que se fundamenta

en algunos aspectos que creo defendibles: a) si no es posible separar tajantemente una metodología de la teoría con la que se corresponde, entonces un proceso investigativo que articule distintos aportes teóricos tiene que reconocer la posibilidad del pluralismo metodológico, b) si más allá de nuestros preconceptos debemos tratar de sostener la primacía del objeto de estudio, entonces no podemos aplicar la misma metodología a dos objetos de estudio diversos, aunque más no sea sin cambios menores, y c) siendo evidentes los límites para el conocimiento del pasado tanto por cuestiones de fuentes como de sentidos divergentes entre nuestro contexto y lo que estudiamos, el forzamiento y combinación de las metodologías puntuales puede ampliar el conocimiento, aunque en el extremo del proceso no tengamos datos ciertos sino solo especulaciones fundadas que deben ser escritas en el modo condicional.

Ese pluralismo metodológico –que es más un horizonte de hibridaciones cambiantes que una receta cerrada–, puede referenciarse a la combinación de dos estrategias globales. A grandes rasgos, diría que la investigación que practico se construye en la intersección de un método histórico-crítico proveniente de la historia social anglosajona y de un método hipotético-deductivo proveniente de la teoría de los sistemas-mundo –la teoría crítica y los estudios foucaultianos me parecen responder a esos dos grandes modelos a un mismo tiempo–. Respecto de esos dos grandes enfoques defino luego técnicas y actividades, de acuerdo con la temática o problema que aborde.

No sabría hablar de mi propia tarea en términos de destrezas, pues soy sumamente crítico respecto de mi formación y trabajo. Lo que en todo momento pretendo es: a) desconfiar de las fuentes escritas y orales dado su carácter de enunciados / discursos situados, triangulándolas o contrastándolas todo lo posible, b) atender a los elementos compartidos que pueden predicar lo colec-

tivo, pero también al modo en el cual los individuos concretos se inscriben en esos constructos sociales –y esto es algo a lo que actualmente me dedico con más atención que antes–, c) considerar no solo los discursos, sino también las espacialidades, la disposición de los objetos y sus usos, las formas de las prácticas, es decir todo lo que hace a una dimensión material en sentido estricto, d) distinguir niveles o dimensiones espaciales (v. g. locales, estatal-nacionales e internacionales o sistémicos) y tratar de encontrar vínculos y mediaciones entre ellos, e) tratar de identificar movimientos en el tiempo, sean temporalidades superpuestas o imbricadas, sean periodizaciones o secuencias, sean saltos o reversiones. Por otro lado estimo que el ejercicio de la crítica no refiere solo a un análisis metódico y sistemático, sino también a la dimensión ético-política de la labor investigativa, en una concepción de tipo marxiano que recupero de los trabajos de E. P. Thompson, Immanuel Wallerstein o Nancy Fraser.

En el plano de la escritura de la historia me esfuerzo por superar la aridez de mi forma de expresión, pero por sobre todo intento ser sistemático en la exposición de los resultados de la investigación y en el abordaje de todas las facetas del objeto de las que pueda dar cuenta. Sinceramente, quisiera saber escribir de una manera literariamente más atractiva sin que eso lesionara la calidad disciplinar de mis textos. Amén del ya aludido uso del condicional, dejo abiertas constantemente líneas e interrogantes que puedo detectar o sugerir, aunque sepa que yo mismo no podré dar cuenta de ellos. Me preocupo también por tratar de mostrar el “movimiento de lo concreto”, usando constantemente vocablos y giros que den cuenta de la temporalidad. Tal vez también en la dimensión de la escritura pueda identificarse en mis textos una cierta afectividad. Pienso que, así como las emociones pueden ser objeto de estudio o considerarse como facetas respecto del abordaje de otros objetos, son también un

componente con el cual lidiar respecto de la investigación y la producción académica. El distanciamiento es necesario para no caer en una identificación total y en una anulación del espíritu crítico, pero el acercamiento empático y afectivo es un aspecto que no veo criticable ni respecto de una historia que involucre a las generaciones vivas ni respecto de cualquier tema historiográfico por más lejano temporalmente que esté.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Aunque he producido trabajos de sociología histórica respecto de cuestiones no solo contemporáneas sino también temprano-modernas, o directamente reflexiones teórico-conceptuales, lo que yo hago en el plano de la investigación se inscribe mayormente en lo que en Argentina recibe el poco adecuado nombre de “historia reciente” y que yo prefiero definir como una historia del presente. Ese es el marco en el que mis abordajes solidarios con el enfoque de una historia social y cultural encuentran un espacio de intercambios y potenciaciones con la muy variada producción de muchos compañeros y compañeras.

Al mismo interior de ese espacio se han producido debates o se distinguen enfoques o explicaciones contrapuestos, pero tanto unos como otros se intersectan con los producidos por personas que están fuera de ese vínculo académico y de sociabilidad. Creo que el más relevante es el que hace a la relación entre memoria (o memorias), historia y política, que a su vez se desgrana en distintos problemas.

La inclusión de la experiencia peronista de los '70 en la construcción del terror de Estado ya no se discute y hay estudios muy relevantes respecto de la conflictividad social y política previa a la última dictadura y a

las formas represivas de ambos períodos, aunque las discusiones sobre su nominación son constantes. Creo que en cambio la consideración de la violencia revolucionaria constituye un debate no cerrado, sino simplemente a veces aquietado o desplazado. En la perspectiva de los últimos diez años, por caso, veo una diferenciación que repite anteriores posicionamientos a favor de una lectura que podríamos llamar agencial, que se detiene en las derivas y decisiones de los agentes, y otra que podríamos llamar estructural, que hace hincapié en las ideologías como elementos estructurantes de la acción. Eso a su vez se cruza –no se superpone– con otro clivaje que hace a la evaluación de la responsabilidad de las agrupaciones armadas, según la interpretación suponga una suerte de lógica de estímulo/respuesta en la evolución hacia el terror estatal o por el contrario mire con mayor profundidad temporal su construcción.

Otro debate imbricado con los anteriores y fuertemente marcado por posicionamientos ético-políticos es el que hace a las diferencias respecto de cómo interpretar (y qué actitud tomar frente a) los juicios por delitos de lesa humanidad contra los responsables del terror de Estado y la elaboración de ese pasado traumático en su conjunto. La consideración de las memorias sociales y de su relación con diversos niveles o agencias del Estado, o el papel del movimiento por los derechos humanos y de un complejo de agentes y agencias difícil de subsumir bajo esa denominación pero dedicadas a la lucha por la memoria, la verdad y la justicia, son temas que recurrentemente vuelven a estar en la palestra.

Me parece que también se puede identificar una tensión soterrada, que tiene que ver con el impacto del feminismo y los estudios de género. Allí se están produciendo nuevos abordajes, que por ejemplo van desde la represión específica a las mujeres hasta las culturas juveniles. Pero a pesar de su importancia y al

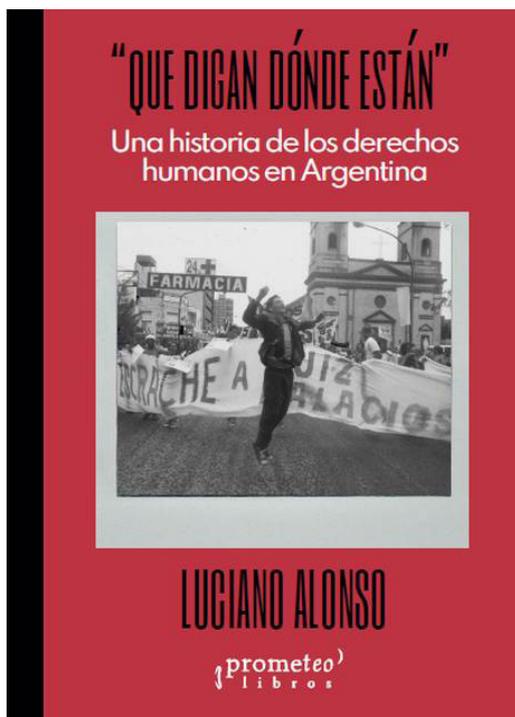
hecho de que sean ampliamente aceptados y alentados, todavía tienen escaso impacto en la reformulación temática y de enfoques por parte de muchos de nosotros. Respecto del universo de producciones académicas y lides políticas al cual pueden remitir esos enfoques, mi posición es claramente la de un “aliado” y a veces me siento como el personaje de la vieja serie televisiva británica *Morse*, interpretado por el actor John Thaw: un poco al lado del camino, pero no tanto como para no saber cuál es la dirección correcta.

Por fin, hay un espacio de intercambios muy interesante en lo que hace a los estudios sobre el campo cultural entre los años de 1960 y 1990. Allí se aprecian concepciones diversas respecto de los límites a la libertad creativa o a la comunicación alternativa. Mi propia visión se decanta por no desmerecer la represión y las restricciones impuestas a las artes y a su vínculo con las militancias políticas en ese pasado-presente argentino, pero al mismo tiempo considerar la complejidad de los escenarios sociales y las posibilidades de los actores de correrse del guion, habilitando espacios disidentes en los intersticios de las estructuras de dominación.

Como se puede apreciar, los debates que registro aquí son aquellos que más inmediatamente están en relación con mis propios trabajos. Quisiera decir sí que respecto de esos temas como de cualquier otro que entre en el espacio de intereses de la historia reciente

/ historia del presente, hay elaboraciones muy cuidadas respecto de los enfoques teórico-conceptuales por parte de investigadores e investigadoras, movilización de variadas fuentes y acceso cada vez más amplio a archivos, evitación de explicaciones simples o solipsistas y producción de genealogías bien construidas sobre uno u otro aspecto bajo análisis. Con toda seguridad, el problema con el cual nos

encontramos los que hacemos una historiografía que se define con esas denominaciones es cómo pensar una multiplicidad de temporalidades que van más allá o más acá de un período que se ha transformado en núcleo de nuestros estudios. Creo que la apertura de nuevas líneas temáticas y la reformulación de otras están transformando en ese sentido lo que hasta este momento se englobó en la noción de “historia reciente”.



## De la historia de las ideas de las mujeres de nuestra América a los Feminismos del sur

Mariana Alvarado

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras sin saber en qué consistía una carrera universitaria. ¿Quién puede saberlo antes? Mi acercamiento a la filosofía tuvo lugar en la escuela secundaria en un espacio curricular llamado Mundo Contemporáneo cuando, con los bancos en círculo cada una de nosotras, llevábamos artículos de periódicos para pensar en conversación lo que pasaba en la provincia de Mendoza, en la Argentina, en el mundo. Asumí que había una diferencia enorme



entre ser profesora y ser filósofo en la mitad de la carrera cuando no pude optar entre la licenciatura y el profesorado y preferí asumir las dos trayectorias conjuntamente. Recuerdo haber participado en una intervención que desplegó, en las paredes del pasillo del cuarto piso de la Facultad, una Historia de la Filosofía Occidental (en mayúsculas) que incorporaba nombres de filósofas (en minúsculas) al tiempo que formulaba preguntas al cuerpo docente respecto de su incorporación en los programas de estudio; entre denuncia y queja advertía la ausencia, el olvido, el silenciamiento de quienes con el tiempo y, mucho después, empezaron a ser nombradas. Con el título en mano entendí que los cinco años de formación universitaria se reducían a un campo específico con incumbencias precarias - “Profesora para el Tercer Ciclo de la EGB y de la Educación Polimodal en Filosofía” - que respondían a las transformaciones de la Ley Federal

**Mariana Alvarado:** elotro4to@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0001-5562-1697>, Universidad Nacional de Cuyo-CONICET Mariana Alvarado (Mendoza, 1976) es Doctora en Filosofía (FFyL-UNCuyo), Especialista en Constructivismo y Educación (FLACSO), Diplomada en Cultura y Comunicación (MEL-FCPyS-UNCuyo), Profesora de Grado Universitario en Filosofía (FFyL-UNCuyo). Investigadora Independiente (INCIHUSA - CCT - Mendoza / CONICET Argentina). Desarrolla su quehacer investigativo en la frontera discursiva que vincula epistemologías feministas latinoamericanas, pedagogías disidentes e historia de las ideas de mujeres en Nuestra América. Ha publicado *Feminismos del Sur* (Prometeo, 2020); ha compilado junto a Adriana Arpini y Paula Ripamonti. *Lenguajes de la Filosofía. Cuerpos Comunidades Experiencias*. (Qellqasqa, 2019); editora junto a Alejandro De Oto *Metodologías en contexto. Intervenciones en perspectiva feminista/poscolonial/latinoamericana* (CLACSO, 2017); co-autora junto a Marcos Olalla y Paula Ripamoni (Qellqasqa, 2016) *Pensar y hacer: el oficio de El Instructor Popular en la educación argentina de fines del siglo XIX. y junto a VVAA El Humanismo, los humanismos. Ideas y prácticas revisadas desde nuestra América* (2015, EDIUNC); ha generado “Propuestas para la incorporación del pensamiento latinoamericano en la escuela” para los tres volúmenes de la colección *Diversidad e integración en Nuestra América* (2017, 2011 y 2010: Biblos).

de Educación n° 24195 desde 1993 hasta su derogación en el 2006; habilitada para ejercer la docencia en determinados espacios curriculares, en determinadas modalidades, en Colegios de la Universidad y Escuelas de la Provincia, había sido exceptuada de ocupar cargos universitarios hasta que con algunos cursos supletorios pude acceder a un segundo título “Profesora de grado universitario en Filosofía” dos años más tarde, en 2004.

A mitad de carrera y de la mano de Adriana Arpini entendí cómo desde la Antropología Filosófica la preguntar por el Hombre articulaba la posibilidad de ciertas mediaciones que los filósofos de la sospecha y la Escuela Frankfurt pudieron operar; junto a Clara Alicia Jaliff de Bertranou ingresé a la pregunta situada y en contexto sobre un pensamiento alternativo, original y propio que venía a alojar a la Filosofía Argentina y Latinoamericana; desde la Filosofía del Lenguaje con Luis Rabanaque naufragué en la Fenomenología y la Hermenéutica; ingresé al mundo de la Epistemología con María Cristina Perceval; con Yolanda Russo desde la Filosofía Contemporánea avisaré que para optar a una beca de CONICET no era necesario ser licenciada, porque los profesores también investigan.

Rosa Adelina Licata de Lopez Jonte -miembro del Instituto de Filosofía Argentina y Americana (IFAA) creado en 1984 en la FFyL- fue mi contacto con la exterioridad de la filosofía y las posibilidades de educar. Me adscribí ad honorem a la Cátedra de Antropología Filosófica (2002/04) de la por entonces Facultad de Educación Especial y Elemental de la UNCuyo. Con todas las escuelas primarias de la provincia de Mendoza

y en vínculo con el Ministerio de Educación, implementamos Comunidades de Indagación Filosófica en las que los equipos docentes se acercaron al Programa de Filosofía para Niños de Matthew Lipman.



Instancia de Co-formación en Filosofía y Educación a cargo de Walter Kohan en la FFyL, UNCuyo. 2003. De frente Mariana Alvarado, Silvana Vignale, Natalia Fischetti y Walter Kohan. De espaldas Fabiana Olarieta, Maximiliano López, María José Guzman, Adriana Arpini y Rosa Licata

En aquellas primeras experiencias de pensamiento pudimos sostener la práctica filosófica afectuosa y cuidadosa entre Alejandra Gabriele, Natalia Fischetti, Maximiliano López, Socorro Giménez, Fabiana Olarieta, María José Guzmán y Silvana Vignale<sup>1</sup> para

1 Alvarado, Mariana y Silvana Vignale “Incertidumbres de una pedagogía: silencio y goce” en: *Alcances. Revista de filosofía*. Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. 2010.

Alvarado, Mariana y Silvana Vignale. “Comunidad de indagación” en: Biagini, Hugo y Arturo A. Roig. *Diccionario de pensamiento alternativo II*. Buenos Aires, 2009. ISSN 1852-3625. En línea en: <http://www.cecies.org/articulo.asp?id=185>

Vignale, Silvana y Mariana Alvarado. “Experiencia de pensamiento” en: Biagini, Hugo y Arturo A. Roig. *Diccionario de pensamiento alternativo II*. Buenos Aires, 2009. ISSN 1852-3625. En línea en: <http://www.cecies.org/articulo.asp?id=187>

Alvarado, Mariana y Silvana Vignale. “Filo-

animarnos a pensar interdisciplinariamente diferencias entre filosofía y filosofar, la filosofía como saber de la vida y como impulso vital, el sentido de la educación, las preguntas filosóficas, el lugar de las infancias y el adultocentrismo, los modos de establecer relaciones con la alteridad, las posibilidades de pensar en diálogo, las condiciones de un diálogo filosófico, los usos del lenguaje, la construcción de un



Señalador obsequio; invitación abierta y gratuita al Oráculo

ruptores, subversivos. Junto a Silvana transitamos la trama del programa Lipman hasta Walter Kohan atentas a los aportes de Vera Waksman y, más allá, hasta El Oráculo,

sofía con niños” en: Biagini, Hugo y Arturo, A. Roig. *Diccionario de pensamiento alternativo II*. Buenos Aires, 2009. ISSN 1852-3625. En línea en: <http://www.cecies.org/articulo.asp?id=186>

conocimiento colectivo, la potencia de un pensamiento analógico y los pensamientos alteradores, dis-

el café filosófico que nomadeó la ciudad de Mendoza por un lapso de cinco años en versiones diversas<sup>2</sup>.

Acompañé la inquietud en reflexionar, producir y difundir, revisar, ahondar y transformar la práctica de la Filosofía con Niños y Jóvenes desde y para nuestra América participando en la organización de Jornadas, Congresos, Cursos y Encuentros e implementando talleres desde el 2005 hasta el 2011; surgen textos fundacionales,

<sup>2</sup> Vignale, Silvana y Mariana Alvarado. “Partenón Urbano” en: *Revista Sul-Americana de Filosofia e Educação*. www.unb.br/filoesco/resafe. -DF Noviembre 2003 / Abril 2004. n° 1. Brasilia



**POSTULACIÓN:**  
DEL 01 AL 31  
DE AGOSTO DE 2016

**DURACIÓN:** dos años en total,  
18 meses de cursado y 6 meses para  
la elaboración del trabajo final  
(Proyecto de Innovación Educativa)

**TÍTULO:**  
ESPECIALISTA EN FILOSOFÍA  
CON NIÑOS Y JÓVENES

**INFORMES:**  
filcon2013@gmail.com

**INSCRIPCIONES:**  
Facultad de Filosofía y Letras,  
Secretaría de Posgrado, 4° piso.  
Centro Universitario, Mendoza  
Teléfono: 54 261 4135000,  
int. 4168 / 54 261 4494168  
Correo electrónico:  
carreras@ffyl.uncu.edu.ar

## ESPECIALIZACIÓN EN FILOSOFÍA CON NIÑOS Y JÓVENES SEGUNDA COHORTE

ACREDITADA POR CONEAU COMO NUEVA CARRERA  
TÍTULO CON VALIDEZ NACIONAL (RES. 1317/2015 ME)

**2017-2018**



Flyer de difusión. Apertura a postular a la segunda coorte de la Especialización en Filosofía con Niños y Jóvenes

Adriana y Rosa tuvieron a cargo *Educación* (qellqasqa, 2002), junto a Adriana Arpini y Silvana Vignale compilé escritos en *Pensamiento y Experiencia* (qellqasqa, 2006).

Pudimos tensionar estas derivas en el 2005 cuando, en la Facultad de Filosofía y Letras, fundamos el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Filosofía en la Escuela (CIIFE)<sup>3</sup>, dependiente del IFAA, con la dirección de Adriana Arpini desde donde fue posible en 2016 institucionalizarlas en la Especialización en Filosofía con Niños y Jóvenes con la coordinación de Adriana y el acompañamiento de Paula Ripamonti y Cristina Rochetti en el marco de la que ocupé la cátedra Producción de materiales didácticos para la práctica de la filosofía con niños y jóvenes para la que acompañé y dirigí tesinas de posgrado. Prácticas-teóricas desde las que



Seminario Producción de materiales didácticos para la práctica de FeNyJ a cargo de Mariana Alvarado en la Especialización de Filosofía con Niños y Jóvenes

pude elaborar “Propuestas para la incorporación del pensamiento latinoamericano en la escuela” para los tres volúmenes de la colección *Diversidad e integración en Nuestra América* (Biblos, 2017, 2011 y 2010).

Entre el 2002 y el 2004 participé como graduada en un proyecto de investigación financiado por la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, denominado “Argentina, ¿el espejo de los vencidos? La construcción de la autoimagen en el ensayo argentino durante la primera mitad del siglo XX”; bajo la dirección de la historiadora de la filosofía argentina y latinoamericana Clara A. Jalif de Bertranou; donde pude acercarme al pensamiento Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento,

**SEMINARIO DE POSGRADO**  
Una mirada filosófica sobre la educación latinoamericana.  
Polémicas y perspectivas en los discursos y las prácticas pedagógico-políticas.  
Siglos XIX y XX

Mendoza, 29 de julio al 3 de agosto de 2013  
Lunes a viernes de 9 a 21 / sábado de 9 a 13hs

**CO-FORMADORAS**  
Adriana Arpini y Mariana Alvarado

**DESTINATARIOS**  
Graduados universitarios y de nivel superior en ciencias sociales, filosóficas y de la educación.  
Profesores y alumnos avanzados de carreras de posgrado.  
Docentes en ejercicio, coordinadores, directores, supervisores.

**ARANCEL**  
250 pesos argentinos

**INFORMESE INSCRIPCIÓN**  
posgrado@ccossuncu.edu.ar  
054-02614494108

**OBJETIVOS**  
Promover un espacio de encuentro para vivenciar la filosofía como tarea crítica a los sujetos y alianzas de algunos proyectos educativos latinoamericanos de los siglos XIX y XX.  
Conocer las teorías y metodologías para el análisis de pensares y quehaceres educativos.  
Dirigir la mirada a propuestas educativas latinoamericanas alternativas y a lo alternativo en propuestas educativas latinoamericanas.  
Potenciar los vínculos entre filosofía, pensamiento latinoamericano y educación.  
Ejercer el rol docente como profesional reflexivo de la propia práctica educadora.  
Proyectar las posibilidades de incorporar la filosofía latinoamericana en la escuela.

**EES**  
Una mirada filosófica situada y comprometida.  
Pensares pedagógicos latinoamericanos.  
Quehaceres educativos latinoamericanos.  
Mujer, filosofía y educación entre pensares y quehaceres latinoamericanos.

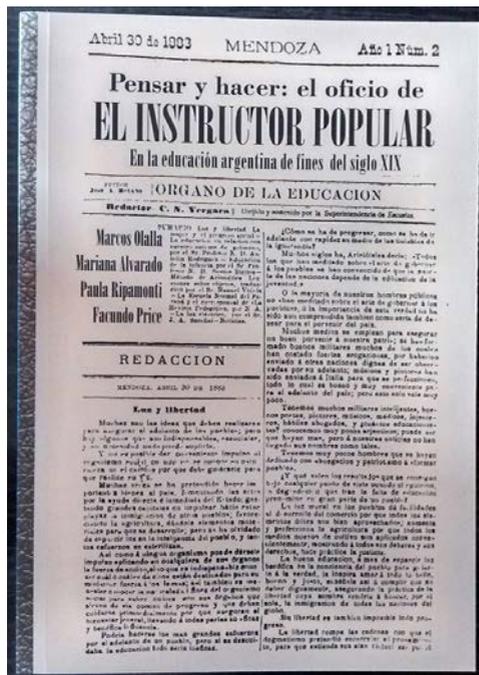
Flyer de difusión. Seminario de Posgrado Una mirada filosófica sobre la educación latinoamericana a cargo de Adriana Arpini y Mariana Alvarado

3 <https://filosofiaeducacion.uncuyo.edu.ar/fundamentacion40>  
<https://congresofyeenna.wordpress.com/>

Florentino Ameghino, Paul Groussan, Pedro Scalabrini, Agustín Álvares, José Martí, José Ingenieros, Ricardo Rojas, José Enrique Rodó, Coroliano Alberini, Alejandro Korn, Alberto Rougés, Saúl Taborda vinculándose especialmente con la producción de Leopoldo Lugones desde sus ensayos periodísticos<sup>4</sup>.

Entre el 2005 y el 2007 Clara A. Jalif de Bertranou me convocó a ser parte del proyecto “El pasado y el presente. Construcciones discursivas sobre la Argentina desde el medio siglo a nuestros días”. Por entonces, lo que parecía constituirse en “mi” tema de investigación pude enunciarlo como “La argentina querida en los discursos de Perón ante el honorable Congreso Nacional en la inauguración de sesiones (1946-1952)”. Entre el 2007 y el 2009, la vinculación entre las cátedras de Antropología Filosófica y las de Historia de la Filosofía –Argentina y Latinoamericana– propició la indagación en torno a la temática: “Reconocimiento, diversidad, integración. Aportes acerca de la interculturalidad” (SECTyP, UNCuyo 2007-2009). Había aprendido de algún modo que el territorio en el que me preocupaba ensayar ideas era el que caminaba: el pensamiento latinoamericano desde la historia de las ideas con los aportes del análisis del discurso. Me propuse nombrar un problema que tomó la producción discursiva de fines del siglo XIX y principios del XX del pedagogo Carlos Norberto Vergara como eje de una ruta que se extendería por tres becas CONICET (tipo I, II y posdoctoral). Como tesista becada conté con la guía Clara A. Jalif de Bertranou y el acompañamiento intelectual y académico de Adriana Arpini; destiné siete años a la producción

<sup>4</sup> “Leopoldo Lugones en sus ensayos periodísticos” en: Clara Alicia Jalif de Bertranou. *Comp. Argentina en el espejo. Sujeto, Nación y existencia en el medio siglo. 1900-1950*. Mendoza, EDIUNC, 2006. p. 159 – 194



Tapa libro Pensar y hacer el oficio del Instructor Popular

discursiva<sup>5</sup> que pudo traducirse en una tesis

5 Junto a Adriana dictamos el Seminario que puede visitarse en línea <https://unamiradafilosofica.wordpress.com/>

“Educación Republicana en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX” en: *Revista de Historia Pasado Por-venir* N° 8, Año 7, Sección IV Enseñando y Aprendiendo. Miradas sobre educación. set 2013 (segundo semestre). Trelew, Chubut. 177-201

“La política solidaria de una república escolar en Carlos Norberto Vergara”. *Childhood & Philosophy*, an electronic Journal of the International Council for Philosophical with Children, ICPC. Vol 8, No 16 (2012), pp 405-420.

“Notas desde Krause y Hegel para pensar el lugar de la diversidad en Carlos Norberto Vergara.” *SOLAR, Revista de Filosofía iberoamericana*, Lima, Universidad Científica del Sur - Centro Cultural de España, N° 6, año 6, 2011.

“Naturaleza infantil, educación para la libertad y escuela de la acción libre en un texto de Carlos Norberto Vergara: El libro de los niños y de los que a ellos se parecen.” En *Cuyo*.

doctoral y, luego, por el lapso de cuatro años en un proyecto de investigación coordinado por Marcos Olalla y Paula Ripamonti “La dimensión jurídica del discurso político educativo en la provincia de Mendoza a fines del siglo XIX” (SECTyP, UNCuyo, 2011/13 y 2013/15) del que generamos una publicación: *Pensar y hacer: el oficio de El Instructor Popular en la educación argentina de fines del siglo XIX* (qellqasqa, 2016).

Si bien las versiones sobre el humanismo ya se hacían escuchar en el formato “Dimensiones del humanismo en Nuestra América. Pensamiento filosófico latinoamericano del Siglo XX” (SECTyP, UNCuyo, 2009-2011) y también como “Reconocimiento y diversidad. Para un humanismo crítico de América Latina en el siglo XX” (SECTyP, UNCuyo, 2011-2013) –ambos proyectos dirigidos por la historiadora de las ideas Adriana Arpini– mis contribuciones estuvieron vinculadas a la mediación pedagógica y, sobre todo, a la práctica educativa propiciando intervenciones que permitieran transformar y traducir, trasladar y aplicar, interrumpir y desmoronar lo que empezaba a configurarse como alternativa a la educación desde y en nuestras escuelas mendocinas.

En el lapso 2009-2010, tiempo de quiebre intelectual tal como se traduce en el paso de las becas doctorales de tipo I a la II de CONICET y, que muchos recorridos investigativos anticipa, pude colaborar con Clara A. Jalif de Bertranou en un proyecto bienal que nombraron “Redes epistolares en América Latina: Francisco Romero, la constitución de la filosofía como disciplina y la historia de las ideas”. No había leído en profundidad a ninguno de los pensadores con los que Romero pudo cartearse, pero

---

*Anuario de Filosofía Argentina y Americana.* Mendoza. IFAA. FFyL. UNCuyo. Vol 15-15, años 2008-2009

había escuchado todos sus nombres. Al tener que elegir qué cartas leer, opté por primera vez en nombres de mujeres. Pude configurar un archivo precario desvinculado del canon; aparecieron entre letras las experiencias de mujeres que transitaron Nuestra América y hablaban la lengua no filosófica del normalizador de la filosofía en la República Argentina. Bajo el formato epistolar que, escapaba a lo que hasta ese momento había conocido como filosofía pero se presentaba como pensamiento en acción, aparecían los nombres de las argentinas Margarita Arguas, María Mercedes Berdada, Beatriz Bosch, Olga Cossettini, Carmen Gándara, Angélica Mendoza, Victoria Ocampo, Lidia Peradotto, así como de la chilena Amanda Labarca, la puertorriqueña Concha Melendez, la mexicana Concha Romero James y la española María Zambrano. En un escrito breve pude compartir algunas notas impugnando lo que para el pensamiento argentino ha sido conocido como la institucionalización de la filosofía<sup>6</sup>.

Encuentro en esta trayectoria algunas puntas para pensar desde mi experiencia académica el contexto de formación, de producción, de vinculación y transferencia así como visibilización de un tema que abre a preguntas en un campo para la conformación de un contra-canon y la emergencia de un archivo que desestabiliza un campo y lo desborda: entre el pensamiento latinoamericano, la historia de las ideas, la educación alternativa como alternativa a la educación y las mujeres de nuestra América. La Universidad Nacional de Cuyo, en el recorrido que detallo líneas arriba, ha financiado proyectos de investigación

---

<sup>6</sup>“Rostros femeninos en el epistolario romeriano de inicios del Siglo XX” con algunas modificaciones y ampliaciones fue publicado como “La ausencia femenina en la normalización de la filosofía argentina. Notas al epistolario de Francisco Romero.” En: *RAUDEM. Revista de Estudios de las Mujeres.* Vol 2, 2014, pp. 25-40.

que contribuyen a la producción de conocimiento situado en Nuestra América; desde los proyectos de investigación se establecen coaliciones políticas y alianzas ideológicas no solo entre investigadores sino también con estudiantes, graduados, becarios y tesistas para la conformación y el sostenimiento de un campo disciplinar en el que se fortalecen nudos categoriales y se actualizan problemas y debates.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

El pensamiento latinoamericano nombra los escritos que han circulado en al menos los últimos 150 años en la región. La mayoría de ellos son ensayos, con lo cual apertura y desborda lo que ha sido conocido como filosofía occidental configurando un archivo situado y en contexto. Contamos con antologías, compilaciones de escritos de autores latinoamericanos o sobre pensadores que han formado parte de la gran intelectualidad iberoamericana, grandes monumentos a los rostros masculinos periodizados según criterios de continuidad eurocentrado.



INCIHUSA Grupo Filosofía Práctica e Historia de las Ideas de izquierda a derecha Silvana Vignale Marisa Muñoz Mariana Alvarado Natalia Fischetti Adriana Arpini Federica Scherbosky

El historiador de las ideas Arturo Andrés Roig, referente indiscutido del pensamiento latinoamericano, director (1986-1989) y fundador del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA- CCT – Mendoza) en el que coordinó el grupo de investigación Filosofía Práctica e Historia de las Ideas Latinoamericanas, apoyado en Michel Foucault, instala la sospecha sobre la continuidad sostenida por la tradición historiográfica occidental. Esta continuidad planteada como exigencia proviene de cierto ejercicio del poder cuya expresión reviste de “necesidad racional” el “proyecto de continuidad” y la “desesperación por una continuidad”. Exigencia y desesperación que dentro de la historiografía clásica conlleva recursos de “sobrevivencia”, “apropiación” y “silenciamientos” apoyados en un pasado histórico que justifica (o no) y sostiene (o no) a determinada clase (Roig, A. 2008, 137).

La filosofía latinoamericana lidia con miradas euronortecentradas y androcéntricas. Incluso el movimiento crítico de la historia de las ideas en Argentina y en América se ha desplegado en su mayoría con rostros masculinos (Alvarado, 2010-

2016). Francisco Romero a través de las nociones de “normalización” y “fundadores” propuso una idea de filosofía y de su periodización que configuraron no sólo un modo de organización para las instituciones educativas argentinas sino, además una ideología academicista retomada recurrentemente en los panoramas filosóficos argentinos (Ramaglia 2007: 65-69). El mismo panorama que delinea la normalización en la Argentina es visualizada

en los países hispanoamericanos (Romeo, 1957). La normalización filosófica que sostuvo la ausencia femenina como norma de una praxis netamente masculina y la invisibilización de las voces de mujeres de Nuestra América que esa normalidad supuso, constituyó más que un olvido respecto de “lo femenino” y del lugar de las cuerpos, de los quehaceres, decires y sentires de las mujeres de Nuestra América. Delinear un *corpus* en las voces de mujeres y (re) situar la pregunta por el *locus* de algunas de nosotras entre los discursos de identidad y los ensayos de género (Prat, 2000), entre el pensamiento latinoamericano y el feminismo descolonial (Ochy Curiel, Espinosa-Miñoso 2012-13), posibilitaría (re) pensar los procesos de canonización desde la experiencia entre mujeres y visibilizar claves metodológicas en la desobediencia epistémica (Alvarado, De Oto, 2017).

Advertida la ausencia de referencias a escritos y pensadoras procedentes de América Latina en el archivo latinoamericano que se configura en los debates que cruzan modernidad-colonialidad-patriarcado, así como en lo que conocemos como pensamiento latinoamericano e historia de las ideas, asumí que a pesar de la vigilancia epistemológica que las expulsó de la filosofía occidental, de la historia iberoamericana, del pensamiento argentino, de la comunidad de intelectuales y de la tradición falogocentrada, las mujeres de Nuestra América han operado un desplazamiento como parte de la posibilidad de hacer de la experiencia corpórea y local el *locus* de enunciación para saberes fronterizos (Alvarado, 2010: 61; Alvarado, 2018). Las “obreras del pensamiento” ligan con ciertas genealogías que despliegan un modo de hacer manada anudada entre algunas, con las otras de aquellas occidentales blancas del norte incapaces de advertir sus privilegios y de renunciar a las complicidades con el capitalismo patriarcal, racista, neocolonial. Entre ellas, nosotras, algunas, intuimos

un *contra-canon* como invención de una cuerpo capaz de ser fecundada por ensayos de mujeres que proponen alternativas que interrumpen el monólogo androcentrado que se niegan en consumir y (re)producir (Cfr. Alvarado, 2016; Alvarado, 2017).

Como condición para ensayar esos pensamientos aparece la afirmación de un “nosotros” que en su carácter de sujeto histórico, plural y empírico se autoreconoce y se posiciona axiológica y no noéticamente (desde un cogito o una conciencia), respecto de su propia historia. La posibilidad de un (re)comienzo requiere que un(a) sujeto(a) histórico que “se tenga a sí mismo como valioso absolutamente” y tenga como valioso conocerse a sí mismo y a su propia historia. Tal formulación es el llamado “a priori antropológico” (Roig, 1981). El comienzo del filosofar no se refiere a un origen fundante, sino a toda expresión del hacerse y gestarse del hombre (de las mujeres hermandas de Nuestra América y de cada una de ellas en su singularidad), de su conciencia de alteridad y subalternidad desde un reencuentro con su historicidad y situacionalidad que deviene política de género. Cuando el historiador de las ideas mendocino insiste en los “recomienzos” desde una “filosofía auroral” afirma la historicidad de un “nosotros”, anclado en la conflictividad de lo cotidiano y en la vitalidad de su presente histórico, cabe entonces, advertir las modulaciones de un recomienzo en un nosotras las mujeres latinoamericanas.

Me aboqué entonces, desde el 2017 al 2020, como Investigadora Adjunta en el INCIHUSA-CCT-Mendoza a identificar (Re) comienzos en las voces de mujeres de Nuestra América<sup>7</sup> provocada por la posibilidad

7 “Mujeres de América Latina: des(re)encuentros, tráfico de ideas y traducción” *Revisita Estudios. Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. Mendoza, quellqasqa, 2014, vol.16, n.1, [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-94902014000100002&script=sci\\_arttextpp](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-94902014000100002&script=sci_arttextpp). 13-22



Estancia en Perú Sara Beatriz Guardia y Mariana Alvarado 2016



Estancia en Perú Mariana Alvarado Rocío Ferreira 2016

“Cociendo pensares a hurtadillas en América del Sur. Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner”. En: Millcallac. Revista digital de Ciencias Sociales. Mendoza, UNCuyo, FCPyS. 2016. Vol III, nro 5, 1-18.

“Voces del Sur que hacen experiencia de frontera”. En: *Revista Intersticios de la política y la cultura. Intervenciones latinoamericanas*. Vol. 5, Núm. 8, Septiembre de 2016

“Centros de interés, tribunales infantiles y educación sexual” en: Eduardo Mancini y Mariana Caballero (Comp.) *Maestras Argentinas entre mandatos y transgresiones* Tomo 1.

de insistir en una “historia subterránea”, una “historia secreta” o la “historia no historizada” frente a una “historia oficial”, una “historia periódica” aunque continua. Una “historia episódica” o (re)comienzos cuyo sujeta no asegura su continuidad sino más bien la interrumpe. Para los (re)comienzos solo cabe ensayar pensamientos sexuados (Cfr. Roig, A. A. 2008, 131-140).

Nada de esto hubiera sido posible sin mi estancia de investigación desarrolla en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima, Perú hacia el 2016. Las caminatas en conversación con Sara Beatriz Guardia, directora del Centro de Estudios de la Mujer en la Historia de América Latina; la solidaridad académica de Rubén Quiroz Ávila, director del grupo de investigación en Estudios Peruanos y Latinoamericanos Pedro Zulen; el encuentro que con Rocío Ferreira nos anudó a la figura de Clorinda Matto de Turner y su *Aves sin Nido*; la hospitalidad incondicional de Tania Pariona Icochea en Magdalena del Mar donde surgió la posibilidad de fungir una red de pensadoras latinoamericanas y del Caribe anudadas en el Dossier que coordiné *Epistemologías Feministas Latinoamericanas* (Solar, 2016/17).

En la presentación de mi autoría Voces (a)liadas hago espacio a la activista costarricense Gabriela Arguedas Ramírez; a la pensadora feminista antirracista decolonial afrodescendiente Yuderkys Espinosa Miño; la lesbofeminista, fotógrafa activista

Centro Cultural de la Toma Ediciones. Rosario, Asociación Civil Inconsciente Colectivo. Cooperativa Margarito Tereré, 2020.

“Florencia Fossatti”. Educadores y educadoras que hicieron Escuela. Serie de podcast Ilustrados. Episodio 6. del INFoD. OEA. 2020

de Porto Alegre maríam Pessah; la filósofa académica chilena Cecilia Sanchez, ecofeminista indígena mexicana Delmy Tamhí Cruz y, las argentinas, Alejandra Ciriza, militante académica feminista, la filósofa intercultural María Luisa Rubinelli y la epistemóloga feminista Natalia Fischetti en una “zona de contacto” que hace “frontera” entre el olvido, la ausencia, la omisión y la exclusión de decires, pensares y quehaceres de mujeres de Nuestra América.

El desarrollo de la conciencia intelectual americana ha tenido protagonistas femeninas que bien pueden alimentar una historia capaz de atravesar la topología masculinizante. Entre ellas cuentan como antecedentes los rostros y las voces de Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) con su Carta a Sor Filotea de la Cruz de 1691; la franco-peruana fundadora del feminismo moderno Flora Tristán (1803-1844); la poetisa y escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873); las escritoras peruanas Clorinda Matto de Turner (1852-1909) y Margarita Práxedes Muñoz (1848-1904) así como la geógrafa e historiadora, también peruana, Teresa González de Fanning (1835-1918); las argentinas Josefina Pelliza de Sagasti (1844-1932) y Florencia Fossatti, María Rosa Oliver, Hebe Clementi (Cfr. Fornet-Betancourt, Raúl, 2009: 54-63. Alvarado, 2014).

Sin embargo, una antología reduciría las posibilidades de transitar los feminismos latinoamericanos en catálogos de lecturas seleccionadas por una sola persona. Por ejemplo, los discursos de Juana Manuela Gorriti, Clorinda Matto de Turner o Francesca Gargallo, cuya producción ha tenido lugar en distintos momentos y espacios, no sólo permiten visibilizar criterios de compilación desde la diferencia que postulan las mujeres que escriben sobre mujeres sino además estrategias que repli-

can sin explicitar: la construcción de sus compilaciones son colectivas tanto por la intertextualidad referida como por las redes entre mujeres conocidas que se cruzan e intervienen en la producción. Allí podrían encontrarse claves epistemológicas propias de una epistemología feminista latinoamericana. El gesto que en ellas tiene la forma de una genealogía del pensamiento y la acción feminista reivindica los feminismos como práctica política (Cfr. Alvarado, 2016).

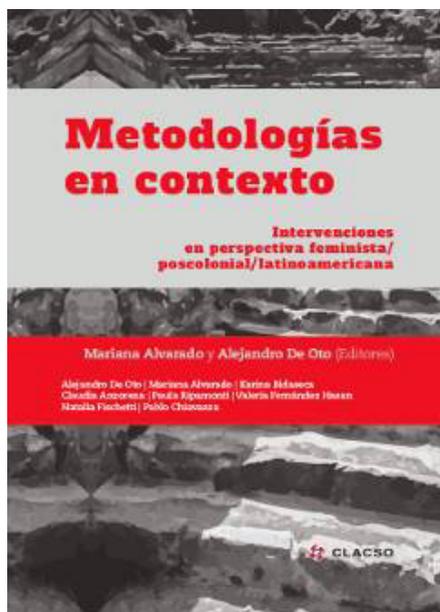
Del esfuerzo por volver audibles las contribuciones de las mujeres de Nuestra América y el Caribe y denunciar la intransitabilidad de nuestras prácticas-teóricas, tramé una antología de pensamiento social latinoamericano y caribeño *Juego de Meninas entre Susurros, ahogos y agites*. (In) *ciertos Feminismos Latinoamericanos y del Caribe. Siglo XXI* con la que postulamos a la convocatoria Pensamientos silenciados. Mujeres intelectuales de América Latina y el Caribe (CLACSO, 2016). En esa trama fue posible fortalecer los vínculos puertas adentro del INCIHUSA, en acciones conjuntas hacia el 2017/19 entre algunas investigadoras asistentes y adjuntas de dos grupos de trabajo (Filosofía Práctica e Historia de las Ideas y Teoría Crítica y Estudios de Género).



Equipo CLACSO 2015/2016 de izquierda a derecha Mariana Alvarado Jimena Aguirre Claudia Anzorena Paula Ripamonti Leticia Katzer Alejandro De Oto

### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

En lo que sigue me referiré al menos cuatro prácticas-teóricas que me permiten resituar esta pregunta y anclarla dentro-afuera de la academia a horcajadas de los activismos y las militancias. Conecté y animé a investigadores asistentes, adjuntos e independientes de dos grupos de trabajo del INCIHUSA-CCT-Mendoza y docentes e investigadores de la FFyL de la UNCuyo para postular a la convocatoria para dictar Seminarios de posgrado online en CLACSO. Pudimos diseñar una propuesta junto a Alejandro De Oto hacia el 2015 que titu-



Libro Metodologías en contexto Intervenciones en perspectiva feminista poscolonial latinoamericanas Mariana Alvarado Alejandro De Oto

lamos *Epistemologías críticas y metodologías poscoloniales en contexto: genealogías, procesos, temas y materiales*. El Seminario fue seleccionado y dictado online en la plataforma como Seminario 1509. El equipo que coor-

dinamos contuvo a seis docentes/tutores y, fue seleccionado para replicarse como Seminario 1603 bajo nuestra coordinación, con algunas modificaciones en el 2016. Esas modificaciones estuvieron vinculadas a la reflexión crítica sobre las formas en las que transferimos lo que producimos y los modos en los que sostenemos que se aprende lo que enseñamos. Una pedagogía desobediente que asumía la decolonización del ejercicio docente con el soporte epistemológico venido de los modos en los que producimos conocimiento cuando investigamos.

De estas dos experiencias consecutivas de producción colectiva de contenido para alojar en el site, de revisión y actualización bibliográfica y de transferencia pedagógica devino la posibilidad de compilar junto a Alejandro De Oto el libro Metodologías en Contexto: Intervenciones en perspectivas feministas/poscolonial/latinoamericana (Bs. As.: CLACSO, 2017). El libro de acceso abierto socializa lo que hacemos cuando investigamos; como intervenciones en el campo epistémico-metodológico de las Ciencias Sociales y Humanas tensiona en la relación experiencia-investigación-educación como modos alternativos de hacer huella y transitar trayectorias de indagación como prácticas políticas académico-afectivas.

Sabido es que el canon filosófico es la maquinaria que introduce los parámetros y criterios de exclusión y/o consideración, de reconocimiento, legitimación y prestigio académico. Esa maquinaria –sostenida por prácticas concretas y acuerdos implícitos– se institucionaliza en el currículo de pre-grado, en carreras de grado y programas de posgrado, en el número de cursos, en tesis de graduación, en proyectos de investigación, en cátedras concursadas y cargos ofrecidos, en movilidad académica de especialistas formados para dirigir tesis, en cursos y seminarios de verano presenciales u online, en la aprobación de informes de investigación, en los subsidios destinados a temáticas priorita-

rias por agencias internacionales y consejos nacionales, con los instrumentos evaluadores que en áreas y sub-áreas del saber circunscriben un tema a un campo jerarquizando entre disciplinas. Esta maquinaria distribuye lugares a saberes, haceres y sujetos: el lugar de la filosofía latinoamericana aquí en el Sur, de la filosofía argentina en la carrera de filosofía, de los discursos de mujeres en la filosofía de Occidente, de la experiencia de las mujeres como saberes expropiados, de los feminismos filosóficos en los bordes de la academia, de los decires, quehaceres y sentires de mujeres entre y con mujeres activistas-académicas. Esta distribución efecto de la maquinaria institucionalizada está animada por tradiciones, legados y herencias puesto que entre prácticas y acuerdos hay gentes que leen, escriben, publican, compilan, indagan, evalúan. Gentes con autoridad reconocida en la materia—por las instituciones que habitan— determinan los quiénes. Se trata de un círculo legitimado, un grupo de intelectuales que eligen los discursos, seleccionan los textos, agrupan autores que han de ser incluidos en diccionarios, antologías, obras de referencia e historias de la filosofía y dicen qué es lo que hay que leer e incluso cómo hay que hacerlo.

Atenta a estos privilegios que, en tantos casos, constituyen obstáculos epistemológicos y, frente a la urgencia de visibilizar los modos en los que producimos conocimiento me animé a gestar canales de conversación para ampliar la escucha de nuestras propias producciones como escritoras académicas y volver audibles nuestras contribuciones como investigadoras feministas así como denunciar la intransitabilidad de nuestras propuestas teórico-prácticas en nuestros propios territorios académicos y trayectorias de investigación.

Este ánimo devino desafío; en mi lugar de trabajo hizo cuerpo en la demanda de reunirnos entre colegas de

dos grupos de trabajo anudando líneas de investigación que podían potenciarse desde y en la pluralidad de enfoques (filosóficos, epistemológicos, históricos, literarios, desde la comunicación, hacia políticas públicas). Junto a Valeria Fernandez Hasan, Fabiana Grasselli y Natalia Fischetti nos conectamos puertas adentro del INCIHUSA CCT-MENDOZA en acciones conjuntas hacia el 2017/19. Nos presentamos con un equipo interdisciplinario en la convocatoria para el dictado de Seminarios de posgrado *online* (CLACSO, 2017). La propuesta presentada para la cátedra Berta Cáceres fue seleccionada y se desarrolló como Seminario Virtual de Posgrado 1718 *Feminismos del Sur. Experiencias, narrativas y activismos*. Habilitamos un espacio online para recorrer trayectos de producciones de mujeres de Nuestra América que se encuentran en el espacio fronterizo del activismo y la academia; gestionamos un territorio de reflexión sobre las propias experiencias, testimonios y narrativas en torno a temas que (nos) preocupan en nuestra región: violencia, derechos sexuales y reproductivos, aborto, comunicación, formas de decir, toma de la palabra, teoría-política feminista.



Articulación Grupos Historia de las Ideas y Género Mariana Alvarado Natalia Fischetti Claudia Anzorena Valeria Fernandez Hasan Fabiana Grasselli



Colaborador Feminismos del Sur Paula Caldo Soledad Gil Natalia Fischetti Mariana Alvarado Mariana Guerra Federico Cabrera Juliana Enrico

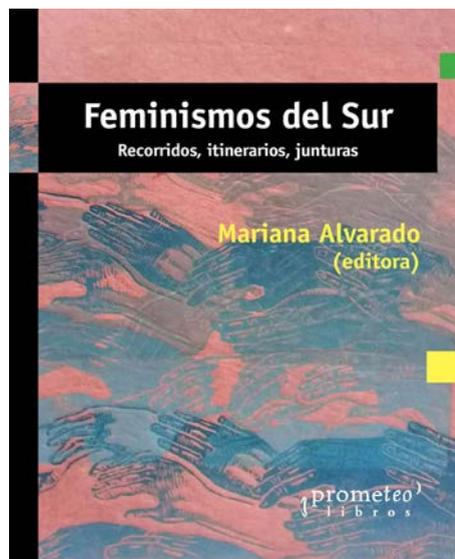
Gestioné lazos y propicié puentes con investigadoras miembros de CCT de la Universidad de Rosario, de la Universidad de San Juan, de la Universidad de Córdoba y del CCT-Mendoza para postular a la convocatoria de AGENCIA a PICT 2016 con el proyecto: Feminismos del sur. Experiencias y Narrativas Contemporáneas en la Frontera Academia/Activismos. La propuesta fue seleccionada y el PICT 2016/0590 FONCyT ha desarrollado diversos momentos productivos previstos en el plan de trabajo bajo mi dirección. El problema central situado en el marco del feminismo poscolonial, el feminismo descolonial, las teorías feministas, las



PICT Cartografía Feminismos del Sur

epistemologías feministas, el pensamiento latinoamericano y la historia de mujeres de nuestra América se propuso visibilizar las formas en las que algunos feminismos latinoamericanos reflexionan sobre sí mismos reconociendo aquellas prácticas políticas feministas que pueden construir pensamiento teórico en contexto para la configuración de un archivo situado.

El PICT Feminismos del Sur nos mantuvo en cordada durante cuatro años en los que propiciamos por un lado, momentos de co-formación: un taller, una muestra, tres seminarios internos abiertos a la comunidad académica para estudiantes avanzados, graduados, becarios y tesisistas en Humanidades y Ciencias Sociales, miembr\*s de colectivos y organizaciones no gubernamentales; estuvieron a cargo del equipo responsable y colaboradores del PICT: Mariana Alvarado, Claudia Anzorena, Valeria Fernandez Hasan, Fabiana Grasselli, Natalia Fischetti, Federico Cabrera, Valeria Flores. Estas instancias de co-formación tuvieron espacio en el CEA-



Tapa Libro Feminismos del Sur (Biblos, 2020)

FCS-UNC, Córdoba con un *(des)encuentro lúdico de co-formación: cartografiando los feminismos del sur* (2018) y en el ISHIR, CCT

Rosario *Estrategias epistémicas de subversión e insurrección de los feminismos del sur* (2019).

Por otro, momento de sistematización, edición y publicación del libro colectivo *Feminismos del sur: recorridos, itinerarios, junturas* (Prometeo, 2019) que reúne escritos producidos en el marco del PICT 2016 0590 (FONCyT / MINCyT) con los presentamos aportes al campo de la teoría feminista, las epistemologías feminista y la historia de las ideas de mujeres de nuestra América.

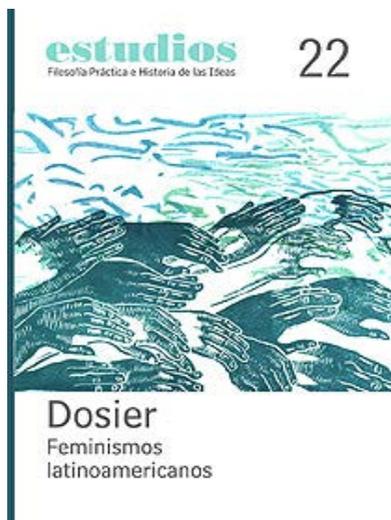
Finalmente, un momento de fortalecimiento y alianzas academia/activismo traducido en la organización del Coloquio *Feminismos del sur: experiencias y narrativas en la frontera academia/activismos* (2019).

Los encuentros entre nosotras propician espacios de engendramiento cuando el cuidado y la afectividad son la trama intelectual y política de un trabajo transgresivo que, a punto de colapsar cada vez, nos re-sitúa en relación unas con otras/es/os. Encuentros entre diferencias a ser traducidas; ahí es donde

emerge la zona de contacto. Bordes epistémicos entre saberes cuyo (con)tacto adquiere la piel de la lengua que lo enuncia y por ello están plagados de choques, conflictos, divergencias, diferencias, desigualdades y solidaridades. Encuentros, espacios, zonas sin dueño devenidas de la carencia, del malestar, del inconformismo, del silenciamiento. Tierras a caminar entre nosotras desde la experiencia del cuerpo colectivo encarnado. Disponernos a escuchar y articular con otras con las que no compartimos ni mundo, ni saberes, ni experiencias, ni privilegios, es el supuesto inicial para propiciar traducciones que potencien nuestras voces de modo que los saberes ausentes y las prácticas residuales para el canon y la academia adquieran pronunciabilidad, contemporaneidad y simultaneidad para dejar de estar juntas repitiéndonos sin escucharnos.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Estimo que he respondido en parte con lo ya compartimentado. Sin embargo asumo que desde mi ingreso a la Universidad hasta mi ingreso



Revista Filosofía Práctica e Historia de las Ideas (INCIHUSA) Dossier Feminismos Latinoamericanos a cargo de Mariana Alvarado.



Seminario Experiencias y Narrativas en los Feminismos del Sur

a la carrera de Investigador en CONICET he adquirido habilidades y desarrollado competencias para gestionar, organizar, coordinar, dialogar, articular, solidarizarme, tensionar, mediar y tramitar conflictos; también y, sobre todo para revisar (auto)críticamente la ruta y trazar itinerarios colectivos que habiliten y aperturen la producción teórico-práctica hacia dentro/fuera del CCT, entre grupos del INCIHUSA y, hacia fuera del CCT en vínculo con teóricas feministas decoloniales y comunitarias. En la trama que me propongo fortalecer como Investigadora Independiente, feminismos del sur, he generado conocimiento en tres líneas de investigación: epistemologías feministas latinoamericanas; re-comienzos en las voces de mujeres de Nuestra América; pedagogías desobedientes.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Las nociones de episodios y recomienzos empiezan a marcar una línea epistemológica de trabajo que quiere poner en cuestión los modos en los que han sido encorsetadas las voces de la elite letrada para aperturar estrategias que habiliten y autoricen voces (in)audibles. Mientras el comienzo es local, regional, continental y corresponde a una historia lineal que da cuenta de un pasado, a un presente o a un futuro, el re-comienzo se relaciona con la renovación constante de categorías, influencias, resignificaciones y ampliaciones metodológicas cuyos soportes se corren de las formas en las que han sido canonizada la filosofía occidental e incluso el pensamiento latinoamericano. En este territorio quiero poner en valor las experiencias de mujeres como punto de vista generador de conocimiento en América Latina para una historia desde abajo en cada episodio localizado en las interrupciones al monólogo misógino, patriarcal, blanco, euronortecentrado. El reconocimiento de estas interrupciones

como re-comienzos cuestiona la posibilidad de integrarlas a una historiografía que apeló a la ausencia como normalización filosófica y provoca la emergencia de claves metodológicas heterogéneas que legitiman otros andares. Inscribir esos andares y experiencias de mujeres en el mundo reglado que organiza la producción científica, es decir, poner en diálogo esas interrupciones con un monólogo para el que son (in)audibles, permite no sólo advertir las formas en las que estas mujeres disputaron un espacio de saber sino además visibilizar claves en la construcción de esos saberes y en los procesos que las (des)legitimaron; esas claves abren caminos otros en andares anclados a la experiencia.

Desde la opción descolonial (Zulma Palermo); en la emergencia de los ensayos de mujeres y relaciones de género en Abya Yala (Francesca Gargallo, Silvia Rivera Cusicanqui, Ochy Curriel, Yuderlys Espinosa Miñoso, Cherrie Moraga); a la escucha de voces silenciadas y subalternizadas; ubicándome en la exterioridad de los paradigmas euronortecentrados, aunque en contexto; atenta a las heridas generadas por la matriz moderna-colonial-patriarcal-racista (Breny Mendoza, María Lugones); motivada en la articulación y la generación de espacios y tiempos para pensar en conversación y hacer sentipensando (Paulo Freire, Boaventura de Sousa Santos, Catherine Walsh) me propongo construir conocimiento situado y en contexto, local-global, para la identificación de claves epistemológicas, venidas de los feminismos comunitarios e indígenas, sensibles a las otras del feminismo global que habiliten ampliaciones epistémico-metodológicas desde las que podría configurarse una historia de las resistencias discursivas de las mujeres de Latinoamérica y el Caribe. Tarea provocadora que no deja de presentar desafíos de hallazgos, acceso y registro de materiales, sólo franqueables desde el diálogo y la traducción de saberes propiciadas por las potencialidades críticas de los feminismos del sur en tanto prácticas teóricas, prácticas de traducción, prácticas de manifiesto.

## Una conversación entre tradiciones para formular mejores preguntas: búsquedas en el camino hacia una historia relacional

Darío G. Barrera

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Mi formación intelectual comenzó antes de entrar a la Universidad. Me nutrieron largas conversaciones mantenidas con personas preparadas y generosas que se prolongaban en lecturas que ellas mismas me recomendaban. Eso—y una preparación más formal— fue vital para



que el tránsito a la vida universitaria fuera no solamente más amable sino, como comprendí muchos años después, fértil. Después hubo relaciones (con pares, con profesores) y sobre todo, maestros—voluntarios e involuntarios—de quienes aprendí diferentes cosas. Entre los primeros, María Inés Carzolio estimuló mi curiosidad y el apetito por volverme un lector competente y un redactor cuidadoso. También me abrió mundos. Fue mi codirectora durante el doctorado y sus devoluciones (que podían llegar en cualquier formato y horario) terminaban siempre empujándome más allá. María Inés—lo he dicho muchas veces— es un faro de inteligencia y de cariño. Y la lista de

gente que ha podido abrir los ojos gracias a su luz es enorme. Ella me presentó a Bernard Vincent, quien pocos meses después de conocernos me propuso hacer la tesis bajo su dirección en París. Hoy tenemos una relación que va mucho más allá de lo profesional, es afectivamente muy profunda. Su forma de ser maestro es increíblemente sutil: no busca ser seguido ni imitado. Se comportó siempre como un *sparring*, al mismo tiempo, como alguien dispuesto a abrir los caminos convenientes para su dirigido incluso

**Darío G. Barrera:** dgbarriera@yahoo.com.ar ,<https://orcid.org/0000-0003-3708-8301>, Universidad Nacional de Rosario-CONICET, Darío G. Barrera es licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Rosario (1996), doctor en Historia por la EHESS (París, 2002) y realizó su posdoctorado en la UNAM (México, 2003). Se desempeña como Profesor Titular Regular en la carrera de Historia de la UNR y es Investigador Principal del CONICET con sede en el ISHIR (CCT Rosario), Unidad Ejecutora de la cual es vicedirector. Fue *Chercheur Invité* por la MSH (París), Director de estudios por la EHESS (París) y Profesor invitado por la Universidad Autónoma de Madrid, entre otras. Ha sido titular de la *Chaire de l'Amérique Latine* por el IPEAT (Toulouse) e Investigador de la Casa de Velázquez (Madrid). Es investigador asociado del FRAMESPA (Toulouse, Francia), director del Programa Malvinas y Atlántico Sur (UNR) y de la Diplomatura de Estudios Superiores del mismo nombre. Coordina RIESGA (Red Internacional de Estudios sobre el Gobierno de Archipiélagos) y la Red de Historia de la Justicia (RHJ). Desde 1997 dirige la revista *Prohistoria* y, en la misma editorial, las colecciones *Historia Argentina e Historia & Cultura*. Su libro *Abrir puertas a la tierra* ganó el Premio de la Academia Nacional de la Historia en 2015 y el Premio Internacional de Historia del Derecho Indiano en 2018.

si eso significaba resignar posiciones o tener que atravesar alguna sensación incómoda. Desde el mismo día en que llegué a su oficina en la EHESS, Bernard Vincent me contactó con docentes que representaban lo mejor de la historiografía americanista residente en o de paso por París (Juan Carlos Garavaglia, Serge Gruzinski, Zacarías Moutoukias—los primeros— Enrique Tandeter, Jorge Gelman, Oscar Mazín—los segundos—) quienes, en diferente medida y por distintos motivos se transformaron para mí en *maestros involuntarios*. En el seminario del Colegio de España conocí a un grupo de colegas—entonces todos éramos muy jóvenes, pero eso ya se nos ha curado— con los cuales aún mantengo una relación de colaboración y amistad fluida y fecunda (Jean-Frédéric Schaub, Jean-Paul Zuñiga, José Javier Ruiz Ibáñez, Alessandra Russo, Natividad Planas, Gabriela Vallejo, Juan Francisco Pardo Molero y François Godicheau). En los seminarios de la EHESS (en realidad sobre todo después de ellos) aprendí mucho sobre ambientes de trabajo: no tanto para emular *acá* algo que no se puede hacer sino que absorbí enseñanzas sobre dinámica de grupos armados a partir de coincidencias en algunos puntos fuertes pero admitiendo disidencias de opinión ni de método.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

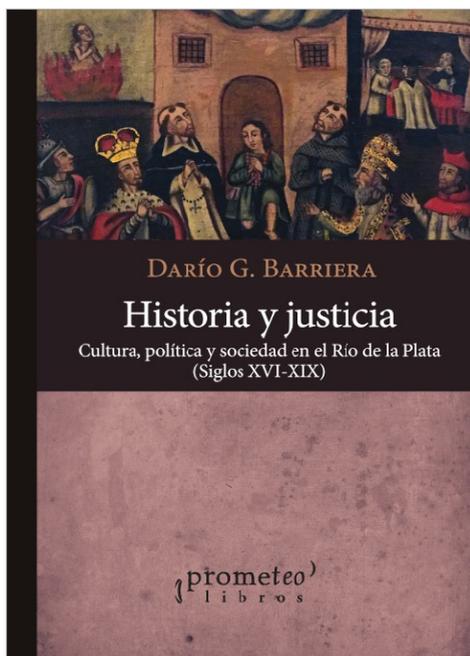
Creo que mi trabajo tiene todo que ver con las condiciones en las cuales lo realizo, por lo tanto, las tradiciones intelectuales extranjeras que pudieran incidirlo se *localizan* en la medida en que mi forma de pensar está atravesada completamente por la realidad en la que elegí vivir y, al revés, las tradiciones argentinas que pudieran hacerlo se internacionalizan en la medida en que mis claves de lectura no son un *fruto de la tierra*.

Me cuesta mucho imaginar que una tradición intelectual pueda tener un ori-

gen exclusivamente nacional (de cualquier nación). Sí es cierto que muchos de nuestros problemas tienen una expresión nacional y que muchas de las soluciones que nuestros problemas encuentran también pasan por gestión política nacional. La pandemia ha puesto de manifiesto que un grave problema global pasó mucho por los marcos nacionales, es decir, las gestiones finalmente eficientes pasaron por naciones, provincias, municipios. Pero las *tradiciones intelectuales* me parece que son transnacionales por naturaleza, son historias conectadas en sí mismas.

## 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Estoy tentado a responder que hago mi tarea “lo mejor que puedo”. Esto quiere decir con honestidad, con toda la dedicación de la cual soy capaz (lo que me conduce siempre mucho más allá de las ocho horas laborales recomendables) y trato de que sea, también,



con un permanente reconocimiento de las limitaciones materiales e intelectuales con las que me voy encontrando. Por supuesto discuto avances de mis trabajos con amigos, con colegas que apenas conozco o en encuentros de diverso tipo. Tengo unos pocos *sparring* preferidos y también soy primer lector de unos pocos colegas—entre quienes la primera, si puede, suele ser mi compañera, Miriam Moriconi, de quien también soy lector de primeras versiones—. A eso hay que sumarle el intercambio permanente con tesis y becarios/as: cada uno/a de ellos/as es un mundo, me propone desafíos diferentes y me han enseñado, me enseñan y me enseñarán cosas distintas.

Todo el tiempo estoy leyendo y todo el tiempo estoy escribiendo, no siempre sobre lo mismo. A veces tengo necesidad física de leer algunos autores o algún género que me permita oxigenar la cabeza. Otras, deambulo enojado entre dos o tres libros que no me convencen, hasta que encuentro un tablón—suele ser un clásico, una novela regalada o una recomendación bien esperada— que me vuelve a la corriente. Llevo tres pasadas por el Quijote, la última, la más divertida de todas. En este momento estoy releendo a Johnatan Swift, en una magnífica edición del Fondo de Cultura que me regaló mi esposa, quien siempre sabe sorprenderme con lo que necesito leer aunque yo lo ignore: por caso, me hizo descubrir a Fernando Aramburu cuando casi nadie hablaba de él. Leer cosas bien escritas en mi lengua—pueden ser algunos consagrados como Leonardo Padura, Juan Forn, Roberto Bolaño o el último Ricardo Piglia, pero también jóvenes brillantes, como Samanta Schweblin, Federico Bianchini o María Gainza— es parte de mi formación permanente; leo también en otras, pero menos literatura (lo último que leí en francés fue algunas novelas de Carrère) y más “trabajo”—muchas cosas sobre Malvinas y sobre historia del siglo XVIII en inglés—.

Subrayo mucho, vuelvo sobre las cosas. Anoto, guardo, marco, pongo señales. Me fabrico caminos para desandar y muchas veces los transito. Para escribir soy insoportable conmigo mismo, lo único que impide que siga corrigiendo un texto es el gong, que el tiempo se haya agotado por completo y haya que entregar.

#### **4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?**

Relacional. Aunque muchas veces tengo que hacer cosas que necesito para seguir avanzando (como prospecciones conceptuales o genealogías institucionales, que a veces llevan mucho tiempo), suelen ser estaciones para después volver a la pista, que es siempre el microanálisis radical y relacional. Cuando está claro el problema general y se ha seleccionado el tema, tirar del hilo relacional puede llevar por caminos imprevistos, pero siempre fecundos. La otra cuestión importante es no perder de vista el objetivo de fondo y examinar los materiales sin pedirle peras al olmo.

Una destreza importante para cualquier investigador me parece justamente esa, la habilidad de saber qué preguntas se le pueden hacer a qué fuentes y qué fuentes pueden dar respuestas a cuáles preguntas. Otras dos, también muy importantes, leer en varios idiomas y manejar bien la expresión oral y escrita al menos en el propio. Pero en función de la investigación que practico, que es a lo que iba la pregunta, lo más difícil es mantener un equilibrio entre lo relacional y aquello que rápidamente se llamaría “lo contextual”: desconfío de los contextos preexistentes, y prefiero que sean el resultado de la conversación que se entabla entre los hilos que uno sigue y la parte del tejido que la investigación quiere hacer visible. Esa es, sin duda, la parte

más delicada del trabajo, porque además no todos los formatos aceptan las revistas

**5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

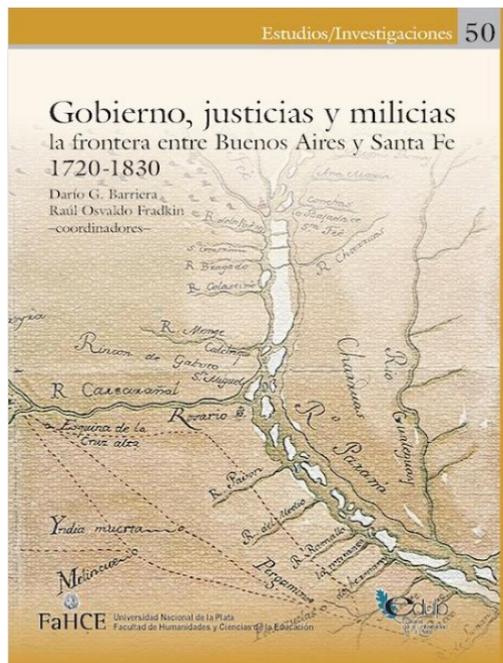
La situación actual de la historia... ojalá tuviera un mirador que me permitiera echar un vistazo para saber cómo está en este momento. Lamentablemente no podría hacerlo sin tomarme mucho tiempo para buscar información.

los tiempos entre las fases de investigación y de publicación. Esto último podría explicarse parcialmente en que, gracias a la familiaridad con el mundo digital, se pierde menos tiempo a la hora de coleccionar insumos (bibliografía y fuentes); pero también en que existe una competencia descarnada por una parte muy pequeña del presupuesto del sistema nacional de investigación (lo que toca a “Historia y Geografía” permite definir su proporción como casi mínima) y eso ejerce una presión sobre una franja de investigadores—en ciernes o ya formados— que tienen que alimentar sus antecedentes en el rubro publicaciones de manera veloz y perentoria.

No creo que sea la única razón, pero estoy casi seguro de que es una de las que concurren para explicar esto. Seguramente no es la menos importante de todas. También hay, me parece, una escasez relativa de espacios donde hacer una digestión lenta y grupal de lo que se está investigando. El primer punto incide también en este, porque se han acortado los tiempos que debieran dedicarse a metabolizar algunas cosas y eso resta sentido a la existencia de los espacios para hacerlo.

El pensamiento teórico tanto como el dominio metodológico —que no hace falta explicitarlo, pero que organiza el tratamiento de los datos y del análisis de los procesos— sale evidentemente resentido de un momento con estas características. La misma sensación me provoca la incidencia de la amplia disposición de objetos digitales —como fuentes o bibliografía—. Creo que eso y la despiadada disputa para ingresar “al sistema” provoca una carrera siniestra detrás de números mágicos que no pueden alcanzarse si no es asumiendo las peores consecuencias de la aceleración como un costo que hay que pagar.

Si, al contrario, lo que miramos es lo que ocurre con la permanencia dentro de ese mismo sistema, la situación me parece menos exigente: si bien somos permanentemente evaluados y, en ocasiones estamos sometidos



Sobre la primera parte me atrevo a una respuesta dentro del marco nacional y sin ninguna pretensión de científicidad; es una opinión basada en impresiones. Diría que la disciplina, en la Argentina, parece estar en una fase de crecimiento —en cuanto a la masa de gente que la practica y a los renglones sobre los cuales esta gente trabaja— y de aceleración en el *output*, esto es, en un acortamiento de

a algunos períodos de estrés por completado de formularios de los más diversos, cantidad y velocidad de producción están sometidos ahí a otras claves, están regulados por otras maneras de colaboración y de disputa por los recursos que se diferencia bastante con la situación que describí para las instancias de ingreso al sistema formal de investigación.

En lo que concierne al contenido, es muy difícil emitir una opinión general. Tengo una mirada sobre un recorte muy parcial del campo, muy reducido. También lo veo cuando otros colegas hacen síntesis historiográficas: cada uno pinta más o menos su aldea que, por más global que sea, no deja de ser una aldea.

En los últimos 25 años, por caso, los debates a los que podemos reconocer alguna centralidad han ido variando y, una vez más, varias veces hubo sintonía fina entre lo que sucede en la Argentina y en el mundo. Un poco porque nunca estuvimos aislados y otro poco porque nuestras prácticas, si no estuvieran inscriptas en debates que interesen en otras parte del mundo, directamente hubieran desaparecido. En esta línea, la estrella de los últimos meses ha sido sin dudas la historia de las pandemias y de las respuestas de los sistemas de salud, tanto como el modo en que las pandemias han atravesado diferentes registros de la vida cotidiana (desde la educación hasta la vida íntima de las personas, pasando por la biopolítica); pero también parecen haber cobrado nueva intensidad los debates sobre el estado y las soberanías (en parte, insisto, porque la gestión de la pandemia puso negro sobre blanco que no son conceptos vacíos), las cuestiones sexo-genéricas, la racialidad y otros problemas de amplio alcance como los que rodean al agua potable—su cotización en bolsa alertó al mundo entero—, el odio o la incidencia de las *fake news* en las vidas de las personas (desde la antigüedad hasta nuestro mundo de redes, algo sobre lo cual llamó la atención hace un par de años Carlo Ginzburg cuando estuvo en Rosario).

Para terminar, y de un modo muy general, creo que al menos en nuestro país, la disciplina se volvió cada vez menos *oscurantista*. Lo digo en un sentido muy positivo: algunos grupos académicos que se dedican a temas que no forman parte del *mainstream* ni tienen un fuerte impacto en la opinión pública se han fortalecido en cantidad y calidad. Al mismo tiempo, cada vez más historiadores e historadoras de “la academia” participan activamente en la comunicación masiva de los resultados de sus propias investigaciones. Esto me parece un síntoma de buena salud disciplinar, académica y científica.

## Entre vidas, sociabilidades y circulaciones

Paula Bruno

### 1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Realicé mi formación de grado y doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Entre ambas experiencias, cursé una maestría en investigación histórica en la Universidad de San Andrés. Fueron experiencias diferentes y acompañadas por distintos aprendizajes y entornos.



Los años iniciales de la carrera estuvieron marcados por las movilizaciones generadas por la Ley de Educación Superior y este hecho hizo que la experiencia universitaria deviniera efervescente para mí, tanto dentro como fuera de las aulas. Eran años de ajeteo y predominaba un aire de resistencia a las políticas de los noventa que era inspirador. En este sentido, en algún momento fui parte de una agrupación estudiantil llamada “La conspiración de los iguales”, un pequeño círculo de debate que recuerdo con gran afecto. Otras coordenadas que se dibujan en mis recuerdos para contextualizar ese clima son la conformación de la agrupación estudiantil “Los verdaderos niveladores” -que irrumpió públicamente colgando en el cuarto piso de la facultad un mural que caricaturizaba las jerarquías universitarias que nunca olvidaré-, la publicación de un documento conocido como “Manifiesto de octubre”, y la aparición de la revista *La Escena Contemporánea*, que recuerdo leer siempre de inicio a fin con avidez.

**Paula Bruno:** pbruno@conicet.gov.ar, <https://orcid.org/0000-0003-2877-617X> Universidad Di Tella-CONICET, Paula Bruno (Buenos Aires, Argentina, 1975) es Doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido investigadora o profesora visitante en las siguientes casas de estudio: École des Hautes Études en Sciences Sociales (Paris), Universitat de Barcelona, Universitat de Girona, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Cdad. de México), Universidad Nacional Autónoma de México, Università degli Studi di Venezia “Ca’ Foscari”, Università degli Studi di Verona, Universidad Complutense de Madrid y European University Institute (Firenze), Madrid, Institute for Advanced Study (MIAS), Ibero-Amerikanisches Institut (IAI, Instituto Ibero-Americano, Berlín), entre otras. Es miembro de la Carrera de Investigador Científica del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. Fundó y dirige la Red de Estudios Biográficos de América Latina (REBAL); dirige el Grupo Interuniversitario de Estudios sobre Diplomacias y Culturas (GIEDyC); fue Directora del Departamento de Estudios Históricos y Sociales de la Universidad Torcuato Di Tella, dónde fundó el primer laboratorio de Historia Pública del país. Recibió becas y subsidios de investigación de instituciones argentinas y de entes de investigación y cultura de México, Alemania, Italia y España, entre otros, para estudiar temas vinculados con la historia de las ideas, la vida cultural y de los intelectuales en Argentina, América Latina y Europa. Recibió premios por sus obras, entre ellos: Premio Pensamiento de América “Leopoldo Zea”, Premio Especial “Eduardo Mallea” y Premio “Gregorio Weinberg”.

De los pasillos, las asambleas, el bar “Platón” -y algunas veces el “Sócrates”-, y otros espacios de sociabilidad universitaria tengo lo mejores recuerdos. Tuve la fortuna de coincidir con compañeras y compañeros que hasta hoy forman parte de nuestro ámbito académico (circulaban por entonces en la facultad Omar Acha, Ezequiel Adamovsky, Leandro Benmerghi, Martín Bergel, Victoria Basualdo, Gabriel Di Meglio, Paula Halperin, Federico Finchelstein, Nicolás Kwiatkowski, Karina Ramacciotti, José Zanca, y tantos otros). Como nota de color, comento también que en esos tiempos promovía la publicación de un fanzine que se llamaba *Penélope* y contaba con un pequeño suplemento llamado *Ataraxia*. En estas “publicaciones” -se trataba de una impresión en papel que se reproducía por fotoduplicación- aparecieron textos e imágenes de escritores y artistas plásticos emergentes. El fanzine se repartía extendidamente en Puán -no soy de las personas que usa la expresión “Filo” o “la facultad”, no sé si estas preferencias dan pie a algún tipo de reflexión sociológica-



Paula Bruno en la entrega del Premio Pensamiento “Leopoldo Zea”, junto con el Secretario Ejecutivo para el Desarrollo Integral de la OEA, Embajador Alfonso Quiñónez, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 2008

me permitía interactuar con estudiantes de otras carreras en pasillos, cafés y reuniones. Creo que el diálogo con pares que estudiaban

otras disciplinas fue central para mí en esta época y dejó una marca perdurable en las formas de pensar mis investigaciones.

En lo referido a las aulas, recuerdo gratamente las conversaciones e intercambios con



Cristina Mantegari: Cristina Mantegari y Paula Bruno en la entrega de Premios Municipales, Otorgados por el Ministerio de Cultura, Dirección General de Promoción Cultural, Casa de la Cultura, Buenos Aires, 2008

profesores y profesoras que enriquecieron mi formación, pero que no demandaban lealtades extremas e incondicionales, y estuvieron siempre dispuestos a recomendar un libro (y prestarlo para fotocopiar, pese a saber que eso lo destalaría), leer un trabajo, y sugerir caminos. Como cursé parte de la carrera de Filosofía, además, vivía los días de estudiante casi en dos dimensiones paralelas al vivir las dinámicas de aulas de disciplinas que podrían ser en ocasiones cercanas, pero que, definitivamente, no lo son. Recuerdo en particular experiencias muy positivas en las clases de Fabián Campagne, Fernanda Gil Lozano, Eduardo Glavich, Cecilia Macón, y otros. Quiero mencionar, en particular, a Nora Pagano, que fue una profesora de las que dejan recuerdos imborrables; fue generosa conmigo, me aconsejó, me prestó libros y me animó a pensar en la biografía como posibilidad de indagación histórica. A su vez, una experiencia como adscripta en la Cátedra de Historia Argentina I (a cargo de Noemí Goldman) me mostró también

que era posible vincularse con colegas desde lugares enriquecedores y en los que la conversación era una posibilidad siempre abierta, como Nora Souto y Fabio Wasserman. Desde ya, cursé también materias con profesores y profesoras cuyas exposiciones recuerdo con la fascinación típica de quien escucha y piensa: “esta clase me abrió la cabeza”. En particular, menciono en este sentido a José Emilio Burucúa, Jorge Dotti, Jorge Gelman, Mirta Lobato, Hilda Sabato, Enrique Tandeter, Horacio Tarcus, y Oscar Terán.

En general, soy reticente a las relaciones maestro-discípulo. No me interesó alimentarlas cuando era joven, y no las propicio con las personas que dirijo o aconsejo. Puede que esto se deba a rasgos de mi personalidad, pero también es cierto que en mis años de formación se escuchaban historias desgarradoras sobre problemas con los directores, acosos encubiertos, abusos de poder, y cuestiones afines que eran difíciles de digerir. Por suerte, esa tendencia se revirtió y estamos atravesando un contexto en el que es posible hacer públicas las consecuencias indeseadas de las asimetrías -que pueden truncar trayectorias y generar marcas perdurables- sin temor a las represalias.

Durante los años en los que cursé la maestría en la Universidad de San Andrés descubrí nuevas formas de sociabilidad profesional. En intercambios con Paula Alonso, Lila Caimari, Roberto Di Stefano, Roy Hora, Eduardo Zimmermann, y otros, fui entendiendo de manera más concreta las dinámicas de intercambio intelectual y sus matices. Este era un ámbito en el que el carácter verticalista de las relaciones no se cultivaba y predominaba un clima, a la vez, humano y profesional. Recuerdo de manera muy grata los momentos

de intercambio en recreos y más tarde en el bar “La escalerita”. Tuve, además, la suerte de compartir estos años con compañeras y compañeros como Rosa Aboy, Isabella Cosse, Marcela Gené, Cristina Mantegari, José Zanca, y otros. La camaradería reinaba y en las aulas



Carlos Altamirano y Paula Bruno, Presentación del libro Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930, Congreso de Historia Intelectual de América Latina, Sociedad Científica Argentina, 2014

tuvimos la ocasión de cursar seminarios con Tulio Halperin Donghi, Roberto Cortés Conde y otros; pero también de escuchar en seminarios periódicos a personas como Diego Armus, Anahí Ballent, Pablo Buchbinder, Beatriz Colombi, Judith Farberman, Sandra Gayol, Elías Palti, Mariano Plotkin, y tantos otros investigadores de ese corte etario, que estaban publicando libros que habían llegado para agitar el avispero en esos años (inicios de la década del 2000). Por entonces, además, la Universidad de San Andrés y la Universidad Torcuato Di Tella

organizaban iniciativas comunes y concurrí a varias de ellas. Así pude conocer a Ezequiel Gallo, que conversó amablemente conmigo sobre mi proyecto de tesis doctoral en una ocasión, y muchísimas más veces sobre Miguel Cané. Recuerdo de estos años también que las Jornadas de Historia de la Di Tella, impulsadas por Klaus Gallo desde el 2000, me parecían siempre interesantes y con muchos contemporáneos esperábamos con ansias el momento en que se organizaban cada año.

Durante los años del doctorado, por su parte, elegí cursos que me llevaron, sobre todo, a convivir con gente de Letras (dictados por Cristina Iglesia, Eduardo Romano y Beatriz Sarlo); en esas aulas descubrí lecturas y formas de pensar la vida cultural que dejaron marcas fuertes en mis elecciones metodológicas e interpretativas. En estos

tiempos, además, gané relaciones valiosas con colegas con los que posteriormente coincidí en diferentes ámbitos, y a los que leo siempre con el máximo interés, como Pablo Ansolabehere, Sandra Gasparini, Claudia Román y Claudia Torre.

Además de estos apuntes, considero fundamental para mi etapa formativa las posibilidades que tuve de realizar estadias en el exterior financiadas con becas. Durante el doctorado, en particular, destaco una en el Instituto de Investigaciones “Dr. José Luis María Mora”, Ciudad de México (2005) y otra en la Università Ca’ Foscari, en Venecia (2004). La estadia en México fue realmente movilizante para mí, además de estar en una ciudad fantástica, pude interactuar con colegas de distintas generaciones dispuestos a escuchar a una doctoranda con la mejor predisposición, destaco en este sentido las reuniones con Carlos Marichal, Alexandra Pita González, Laura Suárez de la Torre, Mónica Szurmuk, y Liliana Weinberg, con quienes sigo interactuando e intercambiando ideas, proyectos y ámbitos.

En Venecia, mi tutor fue Giovanni Levi. Levi fue conmigo siempre generoso, se mostró interesado en que le cuente las vidas de las figuras que estudiaba, y tengo gratísimos recuerdos de los encuentros que hemos tenido a lo largo de los años. Le debo, además, la resolución de un problema que me atormentaba en 2010: el subtítulo de mi libro *Pioneros culturales de la Argentina*. El cuento es así: en un restaurante de Belgrano, y mirando las posibilidades que yo había escrito en una libretita, después de reflexionar un rato y de combinar mis opciones, me sugirió la fórmula “Biografías de una época”. Atesoro el momento en el que me propuso ese subtítulo sonriendo, porque creo que sintetiza el vínculo de respeto y generosidad intelectual que tuve la suerte de poder entablar con él.

Ya en las instancias de formación posdoctoral destaco la experiencia realizada en la École des Hautes Études en Sciences

Sociales, en la que fue mi tutora Sabina Loriga, de quién aprendí muchísimo. Siempre se mostró dispuesta a conversar y aconsejar. Escucharla hablar en seminarios, cafés y otros espacios siempre me resultó inspirador. Como anécdota que sintetiza este vínculo, recuerdo con mucha felicidad su naturalidad cuándo le pedí uno de sus textos para publicar en un dossier que estaba compilando sobre estudios biográficos. Ante mi actitud -tensionada entre timidez y desenfado-, me respondió con contundencia: “claro, sería un placer”. Destaco también como experiencia posdoctoral una estancia realizada en el marco del Grup d’Estudis d’Història de la Cultura i els Intel.lectuals de la Universitat de Barcelona. Encontré en este grupo un nivel máximo de amabilidad y apertura para poder presentar mi trabajo e intercambiar opiniones.

En el ámbito local, espacios como el Centro de Historia Intelectual de Quilmes y el Seminario “Oscar Terán” de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura, me resultaron siempre familiares y cercanos. Por un lado, porque tuve el privilegio de publicar mis libros en colecciones dirigidas por Oscar Terán (La ideología argentina) y Carlos Altamirano (Metamorfosis e Intersecciones). Ambos fueron para mí referentes fuertes en los años de formación, y me considero afortunada por haber entablado vínculos con ellos desde la experiencia de repensar, pulir y publicar libros. Desde ya, considero sus obras referencias fundamentales. Por otro lado, más cerca en el tiempo, publiqué también un libro en la colección dirigida por Jorge Myers (La ideología argentina y Latinoamericana). Él, como Adrián Gorelik y Elías Palti, son investigadores que leí por primera vez en mis años de formación y siempre me resultaron sugerentes. He tenido la suerte de compartir diferentes instancias con todos ellos. Por último, los colegas de mi edad que despliegan sus actividades en estos ámbitos, y también en el marco del CeDInCI, son los pares con los que com-

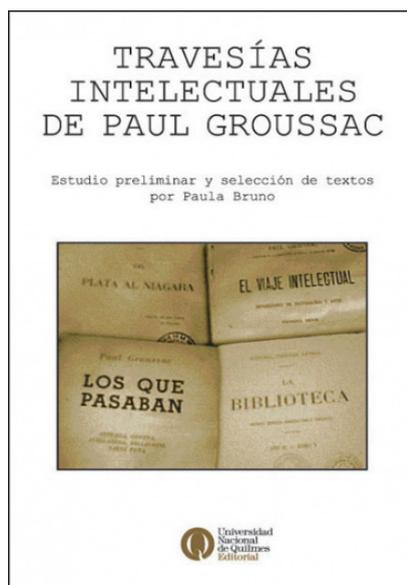
parto intereses e iniciativas, también los que publicaron los libros que fui leyendo en la última década con mayor interés.

Quiero destacar, por último, como instancia formativa, el intercambio que pude entablar con colegas del mundo editorial. Mientras preparaba algunos de mis libros, Mariana Rey (Fondo de Cultura Económica), Caty Galdeano, (Siglo XXI Editores), y Rafael Centeno (Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes), me enseñaron distintas formas de cuidar las palabras y mostraron dedicación frente a mis manuscritos; esta experiencia la sentí incluso con mis libros iniciales, publicados en 2004 y 2005, cuando estaba pisando los 30 años.

Sobre las lecturas: confieso que para responder a este cuestionario traté de hacer una lista de lecturas formativas, pero devino larguísima y en ocasiones comencé a dudar de las fechas que les atribuía a algunas de ellas. Así que voy a mencionar algunos libros que me parecieron notables al leerlos y que me generaron inquietudes y fascinación -y gran alegría cuando pude tenerlos entre las manos como objetos y no como fotocopias: *Paris fin de siècle. Culture et politique*, de Christophe Charle; *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, de Wolf Lepenies; *Intellettuali militanti e intellettuali funzionari. Appunti sulla cultura fascista*, de Mario Isnenghi; *Mussolini imaginario. Storia di una biografia 1915-1939*, de Luisa Passerini; y *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, de Julio Ramos.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Siempre intenté nutrirme de líneas historiográficas distintas de historia social, cultural, intelectual, pero también he sido muy lectora de obras producidas en las áreas de Letras y Sociología. Como es sabido, algunas veces

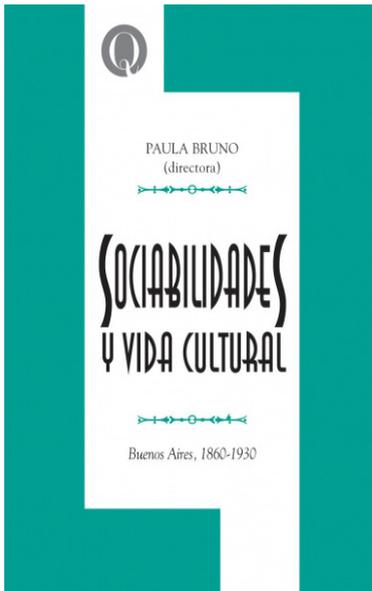


los mismos rótulos que nos definen nos aprisionan; me sucede en ocasiones que alguien me presenta como “historiadora cultural” y pienso si me siento cómoda con esta definición. Otras veces yo misma digo con seguridad que hago “historia de la vida intelectual”, y al rato reflexiono sobre las posibilidades y los límites de esa descripción. Creo que en cada trabajo pueden convergir líneas diferentes y abono

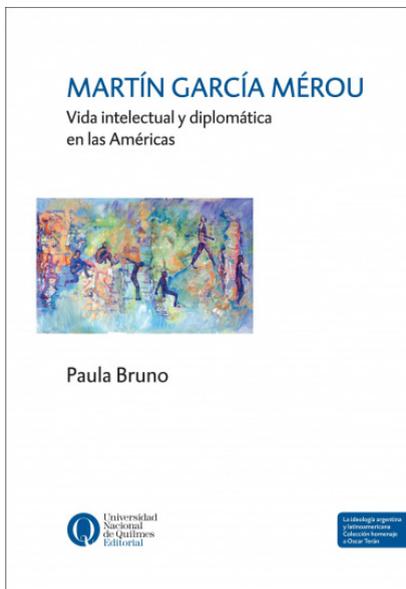
**paula bruno**  
**pioneros culturales**  
**de la argentina**  
 biografías de una época



siglo veintiuno



siempre la mayor apertura posible. En particular, como señalaba en la pregunta 1, la posibilidad de conversar con especialistas que desarrollan sus carreras en otras disciplinas y otras latitudes me ha permitido ser lo suficientemente plástica para “entrar y salir” de líneas interpretativas, o hacerlas confluir en alguna dimensión de mis propias investigacio-



nes. Lo que escribimos, desde mi perspectiva, siempre es tributario de otras lecturas. Por ejemplo, la forma en que escribo biografías de intelectuales no responde a un solo esquema metodológico, pero se ha visto nutrida por obras tan diferentes como las de Jean-François Sirinelli, Christophe Charle, y los ya mencionados Altamirano y Terán. En un sentido complementario, para pensar en los problemas y desafíos que proponen los estudios biográficos siempre busco referencias que plantean disconformidades con la biografía, y no solamente las que la celebran. En suma, sí, creo que se pueden encontrar puentes y diálogos entre mis producciones y otras. En todo caso, dejo la respuesta a esta pregunta sobre encuadres y filiaciones a quienes lean las cosas que voy publicando.

### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

En general, voy eslabonando las investigaciones y pensando en líneas de continuidad o cambio mientras me adentro en cada tema. Siempre trato de no ilustrar con mis indagaciones líneas historiográficas ya conocidas e intento, dentro de mis posibilidades, generar preguntas nuevas. Tengo como modalidad -no siempre de manera consciente- acopiar materiales de archivo con anterioridad a la escritura y muchas veces llega la hora de revisarlos cuatro o cinco años después de relevarlos. Trato siempre de compatibilizar fuentes de archivo con materiales editados, y tengo cierta preferencia por ver, en el último caso, todas las ediciones de las obras que puedo consultar. Busco siempre ampliar las miras a la hora de seleccionar lecturas y trato de evitar recortar los “estados del arte” de mis indagaciones con textos que se circunscriban a una cronología breve, una única escala de análisis, o una geografía demasiado acotada.

Casi como cábala, converso sobre los temas que voy explorando con una colega antropóloga, que conozco desde el Ciclo Básico Común, Mariana Sirimarco. Me interesa ver sus reacciones ante mis “cuentos” y siempre



De izquierda a derecha: Ana Clarisa Agüero, Martín Bergel, Flavia Fiorucci, Vania Markarian, Adriana Petra, Paula Bruno y Laura Fernández Cordero, Comité Organizador del II Congreso de Historia Intelectual de América Latina, Sociedad Científica Argentina, 2014

me sorprenden gratamente sus preguntas. Tengo, además, la suerte inconmensurable de poder discutir en mi ámbito doméstico sobre las ideas, derroteros y avances de las investigaciones que desarrollo.

En lo que a espacios de intercambio se refiere, siempre he tenido preferencia por discutir proyectos y avances en instancias como workshops y seminarios de discusión, donde se puede escuchar detenidamente a los otros, con tiempo, y sin las prisas de los papeles que anuncian que los minutos se agotan. A lo largo de los años, por su parte, fui desarrollando la práctica de discutir mis ideas desde la comodidad y la confianza que me brindan algunos colegas que siempre se muestran abiertos a pensar desde mis inquietudes, pero también a desafiarlas, como Martín Albornoz, Maximiliano Fuentes Codera y José Zanca. En parte, los proyectos que cristalizaron en los libros *Visitas culturales en la Argentina (1898-1936)* y *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*,

son fruto de esas dinámicas de intercambio que me resultan nutritivas.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Con el objetivo de estudiar la vida cultural argentina y latinoamericana, llevo adelante un programa de investigación, hace ya dos décadas, que combina el estudio de trayectorias biográficas, ámbitos de sociabilidad cultural, espacios asociados a las funciones estatales de la vida diplomática, y eventos transnacionales en los que se manifestaron tensiones identitarias. A lo largo de los años, he puesto foco en distintas áreas de interés, mis trabajos iniciales versaron sobre Paul Groussac (mi tesis de maestría es la base del libro

publicado en Fondo de Cultura Económica, y, en parte, dio pie al primer libro que publiqué en la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes), reconstruir su trayectoria fue una forma de adentrarme en distintos espacios de la vida cultural argentina y en las relaciones entre el país, el resto de América y Europa en lo referente a intercambios intelectuales. Posteriormente, en el marco de la tesis doctoral (base del libro *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*), decidí indagar sobre trayectorias diferentes de figuras y voces intelectuales de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX con el objetivo de pensar las posibilidades y los límites de ese momento particular de la historia argentina, que había sido revisado profundamente desde los noventa. Los proyectos editoriales colectivos que dirigí (*Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936* y *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*) fueron apuestas por pensar los ámbitos locales de

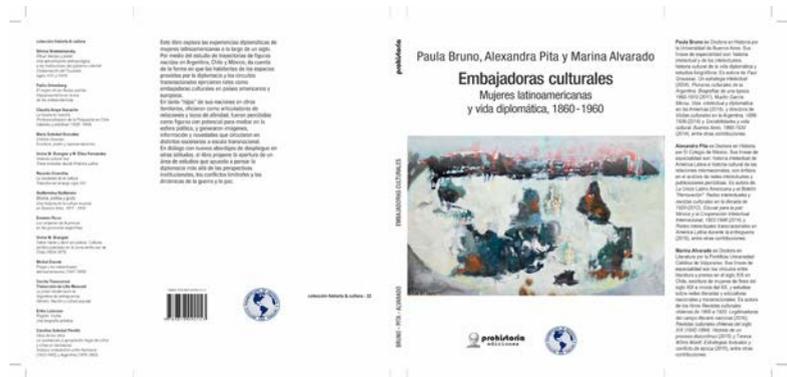
la vida cultural y las formas en las cuales la misma se veía sacudida y modificada por los intercambios intelectuales y las circulaciones transnacionales de personas, libros y noticias. Figuras como las de Eduardo Wilde, Lucio V. Mansilla, y Martín García Mérou, por su parte, me abrieron las puertas para pensar en las dinámicas tensionadas y no siempre armónicas entre los espacios diplomáticos -provistos por el Estado- y los ritmos de la vida cultural (mostré estos espacios en varios artículos y en *Martín García Mérou. Vida intelectual y diplomática en las Américas*). Actualmente me encuentro cerrando un proyecto sobre el rol de las mujeres en los espacios provistos por la diplomacia que abona esta línea de indagación. A su vez, además de escribir la biografía de Lucio V. Mansilla, me encuentro realizando un proyecto sobre los eventos internacionales que generaron disputas identitarias entre nacionalismo, latinoamericanismo, hispanoamericanismo y panamericanismo. Estas disputas estuvieron presentes en todos mis trabajos anteriores sobre trayectorias biográficas y espacios de sociabilidad, pero ahora las estoy analizando en otra escala.

En lugar de hacer un decálogo de destrezas, propongo como guía tres sugerencias generales: no limitarse a ilustrar consensos historiográficos -pasados o vigentes- y preguntarse, en cambio, qué quedó fuera a la hora de construir esos consensos; intentar revisar las propias afirmaciones hechas en trabajos anteriores a la luz de nuevas lecturas; atender a las preguntas que se han hecho las generaciones anteriores, tratar de contextualizarlas, y no renunciar al desafío de pensar en otras

diferentes, que, desde ya, se pueden nutrir de las anteriores.

**5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Soy optimista a la hora de evaluar la historiografía contemporánea en general. En particular, sobre historia intelectual y de los intelectuales, en 2010 escribí un balance optimista<sup>1</sup>; si tuviera que actualizar ese texto, seguramente se reforzaría ese tono. Hoy en día, hay distintos focos, seminarios, centros de historia intelectual y de los intelectuales en América Latina que son efervescentes, generan debates, y muestran un dinamismo sin precedentes. Se puede hacer, por ejemplo, el ejercicio de armar programas de cursos completos con textos producidos en estos espacios, y esto no era posible hace dos décadas. Se organizan eventos específicos sobre el área y se han renovado las agendas. Por su parte, creo que se han superado muy productivamente algunos debates clásicos y se han multiplicado los polos de discusión.



Por tanto, considero a estas primeras décadas del siglo XXI ricas y vibrantes para el área.

1 Bruno, Paula, “Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad”, en *Cercles. Revista d’Història Cultural*, núm. 13, 2010, pp. 113-133.

## Del taller al oficio Cronotopos de un viaje intelectual

Alejandro De Oto

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Fue un poco azaroso y creo que eso dejó una impronta en el resto de mi vida intelectual. Estudié la licenciatura en la Universidad Nacional de la Patagonia, en la Sede Trelew, luego de haber dejado un interés inicial por la ingeniería. Era el año 1983, un año después de Malvinas y el año de las elecciones. Recuerdo todo aquello como una suerte de torbellino que sacudía cada momento de la vida. Los años iniciales del retorno democrático en Argentina fueron



cruciales en todo sentido y escasamente podría decir algo sin considerar, aunque sea espectralmente, todas las marcas de aquel paisaje histórico.

Yo venía de la Escuela Técnica y con los saberes aprendidos allí empezaba a ganarme la vida trabajando en talleres de electromecánica. De hecho hice eso durante toda la carrera universitaria.

El segundo año de la carrera lo perdí porque me tocó ir al servicio militar. Fue rara esa experiencia porque iba a un ejército que tenía Malvinas muy cerca (se hablaba en voz baja de eso) y me tocó ser el chofer del jefe de la guarnición. Casi nunca cuento esta historia porque parece lejana en mi vida pero pasaban cosas allí. Este jefe, que sabía que yo era universitario, quería discutir siempre sobre política conmigo y de hecho así ocurría. Tenía intensas conversaciones con él cuando lo llevaba de un lado a otro. Era raro, me veo a la distancia muy ingenuo, pero cargaba conmigo toda la energía de aquellos años del retorno democrático.

Estando en el jeep (no era Jeep, era Mercedes), recuerdo que preparé dos finales, uno de Prehistoria, así se llamaba por entonces, y otro de Antropología Filosófica, que era una

**Alejandro De Oto:** [adeoto@gmail.com](mailto:adeoto@gmail.com), <https://orcid.org/0000-0002-2704-1123>. Investigador Independiente de CONICET en el Instituto de Filosofía Universidad Nacional de San Juan (UNSJ). Fue docente de historia en la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, Argentina y dirigió la Maestría en Letras de la misma universidad. Es profesor de Metodología de la Investigación Filosófica y de Epistemología en la UNSJ. Se doctoró en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, ha sido Research Fellow en Brown University y participado del African Series Seminar de University of Cape Town como conferencista, entre otras actividades. Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libro sobre crítica poscolonial y literatura de viaje. Es autor de varios libros, destacándose Frantz Fanon. Política y poética del sujeto poscolonial (México), obra que recibió en 2005 el premio “Frantz Fanon Prize for Outstanding Book in Caribbean Thought” de la Caribbean Philosophical Association. En esta asociación ha sido electo para la Secretaría de Filosofías del Sur y Estudios Fanonianos (Secretary of Philosophies of the South and Fanonian Studies).

materia del plan. Tenía los libros y las carpetas en el asiento trasero. Entonces, en las largas horas de espera leía. También recuerdo dos cosas concretas. En los ejercicios militares del terreno de la guarnición, mientras hacíamos cuerpo a tierra, yo buscaba puntas de flecha, encontré varias. También recuerdo que era extraño leer a Martin Buber y Erich Fromm siendo un soldado. Pasado ese momento volví a la carrera y quedé descentrado de mi generación. Tuve la suerte de tener un profesor entrañable, Gabriel Huarte, quien fue decano en el Sur y luego en Tandil, en Historia de la Historiografía. Él fue el responsable de que quedara prendado de esa rara región del pensamiento histórico que corresponde a la historia del método y de la teoría. Leía lo que ofrecía la cátedra, todo, y también todo lo que andaba dando vueltas. Sin embargo, se trató de una experiencia solitaria y muy poco sistemática.

Éramos pocos estudiantes y la carrera se encontraba en reconstrucción. Debido a las herencias de la dictadura estaba llena de absurdos y deba clase gente con muy poca formación, no todos, claro. Todo eso fue cambiando a mediados de la década y me tocó experimentar cosas más serias. Con mis compañeros habíamos descubierto los trabajos del grupo del History Workshop Journal, en la traducción de Grijalbo, de inicios de los 80 con el título *Historia Popular y Teoría Socialista*. Estaba fascinado con las historias que se contaban allí acerca de cómo algunos habían trabajado en talleres de la Leyland, cómo otros habían vendido su auto para financiar la investigación, otras habían sido maestras de escuela devenidas en historiadoras, etc. Todas esas historias de alguna manera me justificaban. Yo trabajaba en talleres, estudiaba historia y vivía en un barrio popular. La Universidad, pero en particular la carrera de Historia y el taller eran las dos puntas de un cronotopo central de mi auto narrativa de aquellos años. Así, entre transformadores eléctricos, bobinados de motores, tableros de comando e

historiografía pasé uno de los momentos más felices de mi vida. Hacia la segunda mitad de la década, por nuestra persistente militancia académica, con mis compañeros y compañeras logramos que vinieran profesoras y profesores de otras partes del país. Daban cursos cortos o viajaban una vez por mes ¡Se los llamaba “profesores viajeros”! Tomé todas las clases posibles, las cuales eran muy heterogéneas. Eso fue fundamental en mi formación porque pude tomar nota de cuánto me faltaba. Terminé la carrera a fines de los años ochenta y por uno de aquellos viajeros me enteré de que existía El Colegio de México y que había un centro de estudios dedicado a Asia y Africa ¡Nada podía ser más perfecto! Pedí toda la información, tardó un tiempo importante en llegar, era todo por correo postal por entonces, y mandé mi inscripción como quien manda una botella al mar con un mensaje. A los seis meses me informaban que estaba aceptado. Para extremar mi simpatía con el History Workshop, vendí una moto usada que tenía y con ese dinero pagué el pasaje a México.

Los años anteriores a ese viaje se resumen en muchas lecturas del marxismo inglés, otras de *Annales*, en la biblioteca estaba el “El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II” de Fernand Braudel. Lo leí completo en varias tardes de invierno. Me dejó una obsesión por la



temporalidad que todavía goza de buena salud. También tuve algunos escauceos con la obra de Foucault y otras de pensadores críticos de la modernidad. A la par experimentaba un interés creciente por los relatos de viaje. La sensación predominante al pensar todo esto es que no leía para formarme en alguna tradición o corriente sino que estaba en disposición de dejarme influenciar por todo lo que hubiera cerca del discurso teórico o filosófico, incluso por aquello que despuntaba en la década, la extensa influencia de las analogías del texto para pensar la sociedad y el pasado. Los ecos de aquellas analogías en las que se mezclaban las potencias del discurso y las formas de leer que luego, con muy poca imaginación, serían llamadas textualistas, poblaban los signos para pensar los mundos complejos de una experiencia histórica que no cargaba con facilidad los archivos clásicos del sujeto, de la conciencia y de las teleologías. No lo sabía por entonces, pero estaba cometiendo mi primer crimen poscolonial. Luego, por suerte, hubo muchos más.

Por ello me animo a afirmar que no tuve maestros en ese sentido peculiar que se percibe cuando alguien dice “me formé con”. Tuve un clima de época, para usar una expresión antigua de la historiografía, y eso fue fundamental.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Se puede decir que sólo muy tardíamente con las argentinas, pero muy lejos de las rioplatenses. La referencia a El Colegio de México no es menor en ese viaje hacia las tradiciones intelectuales. El lugar que elegí para hacer una maestría estaba lejos de ser una tautología. En el Centro de Estudios de Asia y África se estudiaban, se estudian aún, sociedades que en el contexto de las universidades mexicanas y latinoamericanas constituyen una rareza académica. Cuando llegué allí se notaba una transición

desde las posiciones tercermundistas y de la tradición no alineada de México hacia las nuevas temáticas que en los años noventa, se ordenaban bajo el rótulo eufemístico de globalización. Era 1991, por todos lados se hablaba de los procesos neoliberales, se festejaban caídas de muros y finales de la historia. En tal contexto, un curso fue fundamental al inicio mismo de la maestría, dictado por un querido amigo, profesor de El Colegio, Romer Cornejo. Él incluyó entre la bibliografía obligatoria (en un promedio semanal de 1000 páginas de lectura mayoritariamente en inglés y francés) *Orientalism* de Edward Said. Lo leímos en inglés aunque ya había sido traducido en 1990, luego de doce años de haber salido la primera edición. Lo diré sin ambages: ese libro me cambió la vida. Puede parecer exagerado pero sinceramente no lo es. Lamenté no haberlo conocido antes. Sin embargo, como suele pasar, la sorpresa y la sensación de descubrimiento que me produjo me indicaban, eso creí por entonces, que estaba listo para entender que había en la historia contemporánea tramas y procesos tan capilares que cualquier monopolio categorial sería irrisorio. Pero sobre todo porque el libro se movía con desparpajo ideológico entre teorías que sólo después parecieron tener sentido juntas, la del discurso de Foucault y la de la hegemonía de Gramsci, en un contexto totalmente descentrado de los dos proyectos que indican esos nombres. El segundo elemento crucial de aquel tiempo fue que durante cuatro años, cada mañana, durante tres horas, aprendía una lengua del “área”, así las llamaban, “Área de África”, “Área de Medio Oriente”, “Área de India”, etc. Yo elegí África y la lengua fue el Swahili. Elegí África porque había visto que las obras de muchos intelectuales negros aparecían como piezas clave del pensamiento poscolonial y por una razón evidente, a pesar de ser lo más cerca en términos geográficos de América del Sur, era la región de la que menos noticias había tenido en

toda mi formación. Menos quiere decir, nada. Fueron años de agolpar lecturas. Recorrí con insistencia varias trayectorias literarias. Me interesaba mucho entender los modos en que se habían negociado en las estéticas y las políticas de los textos los discursos civilizatorios, los coloniales y las formas literarias. Además de cumplir con los requisitos de la maestría, me interesé por la escritura de viajeros y exploradores. Said había sido el culpable de organizar mi encuesta de manera parecida a la suya en *Orientalismo*, aunque la mía era infinitamente más modesta. Más que por los géneros literarios me interesé por los efectos de la producción de la diferencia en las escrituras emergidas en contextos coloniales, los modos en que se negociaba su aparición, los desplazamientos de los lugares de enunciación simplificados, incluso, por muchos de los propios discursos anticoloniales. Ante todo, me interesó el hecho de que la noción de archivo que manejaba, muy limitada, acotada a las reglas básicas del documento, ahora estallaba en mil pedazos y podía tener un texto literario en mis manos, por caso, *Things Fall Apart* (y toda la espléndida saga) de Chinua Achebe, y no sólo volverlo el objeto de una estética y un género sino también entenderlo en las encrucijadas de la nación en la Nigeria poscolonial, en los debates que se producían en el Caribe, en Francia y en América Latina, sobre la subjetividad, la alienación, etc. Podía leerlo, por ejemplo, a la par de textos militantes como muchos de los de Frantz Fanon, al lado de otros poéticos o dramáticos como los de Aimé Césaire, o junto con los ensayos políticos de William Cooke, y con todos entablar una conversación bastante convincente sobre el viaje de las teorías, al estilo de como las imaginaba Said, y sobre los problemas ya no de la traducción en contextos coloniales, sino de la creación de una lengua política y cultural de los subalternos con los restos de las lenguas coloniales y civilizatorias. Ese ar-

chivo inestable, del tipo de los que en América del Sur se encuentran muchos, fue clave en las conversaciones intelectuales que por aquellos años sostuve de manera presencial con algunos de los autores, por ejemplo, V. Y Mudimbe, e imaginariamente con otros en el acervo de la biblioteca de El Colegio. Fue una época muy intensa también de acercamiento a los trabajos conceptuales que los etnógrafos norteamericanos habían producido pocos años antes. James Clifford, George Marcus, Stephen Tyler, y otros, concebían discusiones que fueron de alguna manera fundamentales por entonces. El problema de una etnografía dialógica, las culturas viajeras o del viaje, la guerra abierta contra la representación de la diferencia en la palabra escrita del etnógrafo, eran todos temas y tensiones de aquel prodigioso volumen de 1986 que se tituló *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography* y que circulaba cada vez que se evocaban las culturas intelectuales del Caribe, las africanas, *Orientalismo* de Edward Said, entre otras tramas. El lugar de estudio favorecía en mucho estos cruces porque se definía menos por las disciplinas y más por las áreas culturales e históricas. Lo que al principio me pareció un déficit lo terminé concibiendo como una oportunidad. En esos años, mi principal conversación se concentró con el mundo de la crítica poscolonial, tal como se había desplegado en inglés, tratando de pensar de qué manera, incluso en proyectos como los de Said, era preciso mirar nuevamente el archivo para no sacrificar la capilaridad de la que hice mención antes. Escribí una tesis que se convirtió a la postre en mi primer libro, *El viaje de la escritura*. En él se que juntaban mi interés por la escritura de viaje, por el problema del archivo cuando se mira con mayor profundidad algunos textos y cierta pretensión de marcar los problemas en el modo en que procesaba Said sus lecturas en *Orientalismo*. Lo hice siguiendo la pista de un viajero arquetípico

de estas historias, Richard Francis Burton. La segunda parte de aquella década la dediqué a perseguir otras cosas. Volví a hacer un doctorado en el mismo Centro de Estudios de El Colegio pero ahora estaba decidido a visitar las respuestas que se habían dado al colonialismo. Quería saber de primera mano cómo era que habían hablado muchos intelectuales del llamado Tercer Mundo a mediados de siglo XX sobre el colonialismo, cómo habían tramado en la encrucijada del viaje de las teorías y en los restos del lenguaje colonial una lengua emancipatoria. Ese momento fue de contacto con un archivo diferente, fuertemente nutrido por las lecturas anticoloniales del Caribe y por la literatura africana contemporánea. Mi idea original por entonces era encausar un gran texto que discutiera las representaciones del mundo poscolonial, en especial sobre las identidades, por medio de escrituras muy diferentes entre sí pero que *lidiaban* con el problema colonial y la racialización. Frantz Fanon, Chinua Achebe y el también nigeriano Wole Soyinka eran los nombres de aquél viaje en el cual se cruzaban una escritura icónica para las tradiciones intelectuales revolucionarias como la de Fanon, la narrativa de Achebe en las encrucijadas de la lengua y de la nación poscolonial y los textos dramáticos de Soyinka. La desmesura del intento pronto me fue revelada gracias a las charlas que sostuve con Lemuel Johnson, un notable crítico literario, en unas clases suyas en México y en una conversación en Ann Arbor, Michigan. Literalmente me quedé con la escritura de Fanon y la exploré de dos maneras concretas: una, re-situando su figura, leyéndola a contrapelo de su olvido por derecha y por izquierda, durante los años 90 latinoamericanos que acuñaban el pasado reciente como rémora, al tiempo que producían la nostalgia de ese mundo como ido para siempre, y otra, explorando las dimensiones fenomenológicas de su obra. Ese fue el camino que me conectó, luego de que

todo el trabajo terminara en el libro *Frantz Fanon. Política y poética del sujeto con poscolonial*, con el grupo de fanonianos de la Caribbean Philosophical Association, vínculo que mantengo hasta el presente.

Cuando regresé a Argentina seguí estas líneas hasta que, por oficio y amistad de Adriana Arpini, tomé contacto con el grupo de filosofía práctica y de historia de las ideas de Mendoza. Ese vínculo fue muy importante para mí porque me permitió establecer una conversación que no había tenido hasta entonces, salvo la caribeña, con las tradiciones de la filosofía latinoamericana y con el campo de la historia de las ideas, uno que, confieso, cuando lo miraba desde mi formación historiográfica lo ponía bajo sospecha debido a que lo percibía vinculado a historicismos de toda laya y a herencias hegelianas de las que había abjurado al sumergirme en las historias poscoloniales. Por suerte para mí esa sospecha no se confirmó. Me encontré rápidamente habitando una comunidad intelectual que se mostraba dispuesta a escuchar y alentaba los cruces. En los años recientes, mis principales recorridos, que derivaron en textos de todo tipo, ocurrieron en el territorio abierto por esa comunidad. El vínculo se tradujo en varios seminarios de posgrado y un libro sobre metodología de investigación en contextos poscoloniales y feministas que coordinamos con Mariana Alvarado.

La otra zona de mis conversaciones se ha dado al revisar los alcances de lo colonial en los despliegues que se han producido a la par y a partir de las teorías coloniales, la crítica poscolonial y el giro decolonial. La pregunta acerca de cómo re-situar el problema de lo colonial en el presente es una que, junto con colegas y amigos como Laura Catelli en Rosario y Mario Rufer en México, por ejemplo, estamos intentando responder. La idea allí es que muchas categorías y conceptos han sufrido cierto encierro en los dominios discursivos. Si alguna vez sonaron con fuerza emancipatoria ahora parecen atrapados en



Alejadnro De Oto con Laura Catelli

rituales de enunciación poco dispuestos a la escucha. Justo allí queremos pensar que lo poscolonial como clave de lectura y posición política tiene una oportunidad.

Sería demasiado extenso para este espacio hacer el listado de filiaciones. Diré solamente que en la última década he explorado contactos entre la escritura de Fanon con la de filósofos como Gilles Deleuze, por ejemplo, junto a Cristina Póslleman, o como Jacques Derrida, con Leticia Katzer, o he revisado el problema del canon filosófico y el de los discursos que modelan ciertos archivos pedagógicos junto con Paula Ripamonti. Para todos esos encuentros, y tal como dije al principio marcando una suerte de primer crimen poscolonial, estoy implicando justamente lo que ahora llamaría una suerte de estado de conexión. Said en *Cultura e imperialismo* dice algo al respecto que me parece decisivo al afirmar que la supervivencia depende de hacer relaciones. Siempre me pareció que en esa idea, expuesta al final de un largo recorrido conectivo, lo que estaba en juego era un modo de trabajo y una política.

Se anida con fuerza en la idea de supervivencia el pensar las relaciones para construir comunidades de interpretación, o mejor, comunidades a secas, dejando de lado las letanías ideológicas, los relicarios conceptuales y categoriales y la decadencia disciplinaria, como diría Lewis Gordon.

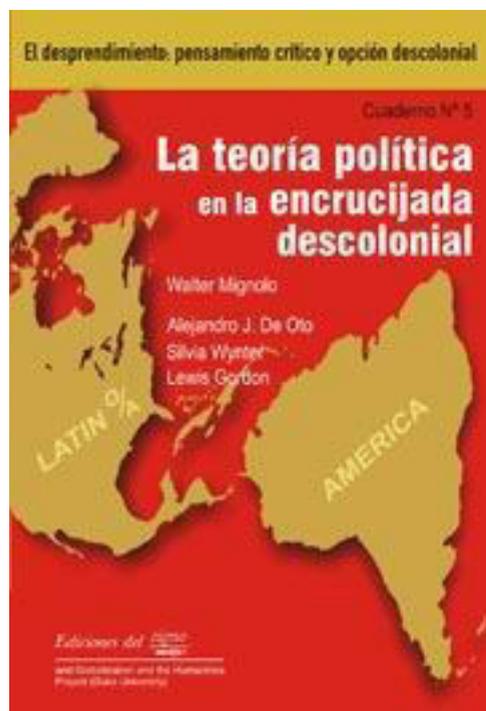
Hay una política ahí, creo, que aún modela las epistemologías e incluso permite entender mejor cuán político sigue siendo ese viejo apartado de las prácticas científicas llamado metodología. Todo eso se ha vuelto fundamental en mi trabajo.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Si reviso la narrativa que intenté desplegar antes diría que mi tarea ocurre en colaboración. De eso no tengo dudas, en especial en los últimos años donde he practicado asiduamente no sólo el trabajo en equipo en proyectos de investigación, en cátedras y en seminarios sino también en la escritura. Tengo varios textos escritos con otras personas. Por ello, nunca he podido siquiera imaginar que la escritura tiene una función vehicular. Digo esto porque en los ámbitos científicos ocurre con frecuencia el hecho de imaginar que la escritura es una dimensión menos importante que, por ejemplo, el conocimiento que se intenta transmitir. En las humanidades y en las ciencias sociales ese caso es menos extraño de lo que pensamos. Escribir para mí es parte del proceso mismo de las ideas. No concibo pensar que aquello que pienso ocurre antes de escribirlo. No estoy diciendo nada nuevo en esto, lo tengo claro, pero me interesa remarcar que escribir es una negociación compleja entre un tema más un problema particular y un conjunto de figuras retóricas, más una gramática y una sintaxis que siempre presionan de maneras insospechadas porque están situadas. Todos son rasgos centrales de una práctica que se intensifica si se trata de escribir a dúo.

Por lo general mis trabajos son el resultado de haber macerado ciertas ideas en reuniones

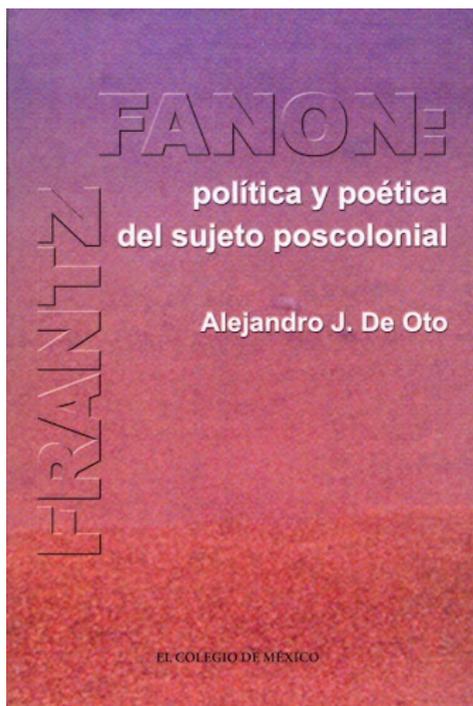
de proyectos, congresos y clases. Otra vez, no hay mucha novedad en esto. Creo que la mayoría de los que estamos en la academia hacemos un poco eso. Claro, luego está en juego hasta dónde uno puede o no captar que hay una veta a explorar en determinada cuestión y seguirla. De todos modos no tengo una idea clara de la secuencia que va de la discusión al texto, o de la exposición de lo que trabajo a los resultados publicados. Tampoco sé si hay una secuencia semejante. Prefiero pensar que las cosas ocurren por saturación, es decir, cuando se hace difícil distinguir una cronología de las actividades y en todo caso escribir es una de las tantas puntas que tiene el oficio. Reconozco con



mayor claridad que cuando dicto cursos de posgrado, por ejemplo, por el esfuerzo pedagógico que está en juego, he detectado cuestiones que no había abordado antes aunque resultaran evidentes a simple vista. Pero en la investigación hay mucho de la carta robada de Allan Poe. No es tan fácil ser

Dupin pensando como el ladrón. Como nos acostumbramos a creer en la complejidad a veces la “evidencia” está mucho más cerca de lo que pensamos.

Con respecto a si leo otros autores, si no entiendo mal la pregunta, sí, por supuesto, y la lectura de textos de colegas es fundamental. Lo que sí hago muchas veces es sumergirme en literaturas excéntricas con respecto a mi tema. Me he dado cuenta de que me sirve para desenfocarme de lecturas rituales de algunos conceptos. Por ejemplo, me topo muy seguido con la noción o concepto de colonialidad. La colonialidad se ha convertido en una suerte de comodín para resolver cuestiones que de otro modo se dirían con un amplio circunloquio. Sin embargo, es cierto también que hay un uso rutinario del concepto, casi ritual como lo sugiero aquí, que lo despoja de su potencia heurística. Es un delicado balance el que está en juego porque me interesa seguir usándolo pero no a costa de secarlo en su productividad. Y como muchas veces las publicaciones que hacemos tienen espacios acotados, que no permiten rastrear o exponer la genealogía de un concepto adecuadamente, hago lo que un profesor de la escuela técnica me enseñó con respecto a la ingeniería. Él decía que hacer buena ingeniería era saber lidiar con los problemas y ofrecer “soluciones de compromiso”, el famoso *trade-off*. A veces se renuncia a una cualidad a favor de otra. En respuesta a la primera pregunta, y en lo que refiere al momento más resolutivo de un trabajo, creo que esta idea de la solución de compromiso funciona bastante bien. Uno está todo el tiempo sopesando hasta donde extender el uso de una noción, si la información aportada lo hace relevante, si es información de contexto general, si es inevitable su mención a pesar de no ser central en el esquema del trabajo, si su uso implica convocar registros teóricos contradictorios y, en ese caso, qué pasa con ello, y un largo etcétera. En cada uno de esos momentos siempre es una decisión donde



lo que está en juego es cuál cualidad se va a ver afectada en función de un objetivo en la investigación.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

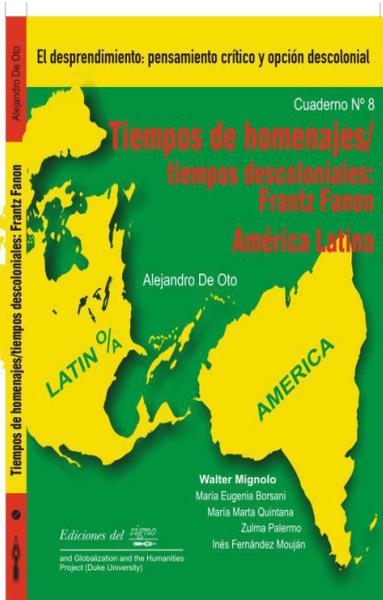
Me debato al intentar una respuesta a la primera pregunta porque no estoy seguro si tiene algún interés para alguien. De todos modos trataré de superar ese momento. Creo que sería honesto decir que el dossier convoca sobre la historia de las ideas y la historia intelectual y que las posibilidades de inscribirme en alguna de esos territorios son escasas. He experimentado en primera persona las tensiones que atraviesan la conversación (o la falta de ella) entre los dos campos pero las he mirado como una suerte de turista despreocupado frente a los problemas de los locales. Más allá de la broma, yo diría que he hecho dos tipos de desplazamientos en mi formación que incidieron en las investigaciones que practico. El primero del campo historiográfico a algo parecido a los estudios culturales pero en su versión literaria. El segundo desplazamiento ocurrió hacia el espacio de la filosofía, en particular de las filosofías adjetivadas por la marca histórica y cultural: latinoamericana, africana, caribeña, etc., lo cual supuso un momento de sutura con mis perspectivas sobre el archivo, sobre

la tarea conceptual, sobre la distinción entre las ideas y las instituciones y sobre las teleologías y las prácticas. La constante que puedo identificar es que siempre he habitado espacios que están dos o tres grados (por poner una metáfora pensable) descentrados con respecto a los discursos de las instituciones que configuran las disciplinas. Pienso que los discursos

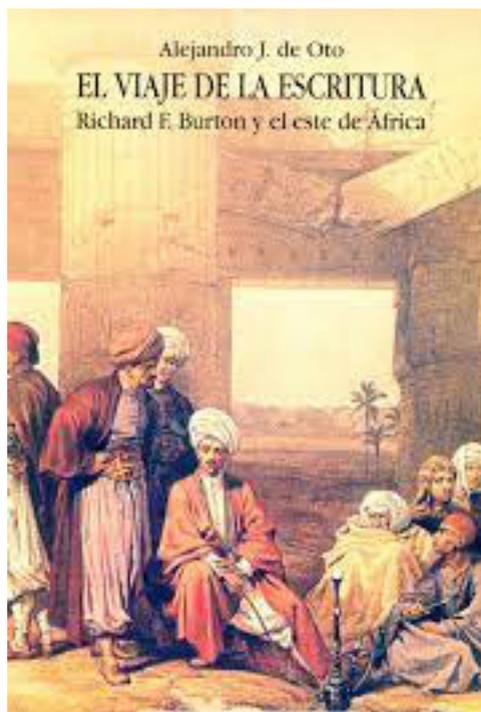
El desprendimiento del pensamiento decolonial es la confianza en que otros mundos son posibles. "Otros mundos": no uno nuevo y único que creamos de antemano que será el mejor, sino muchos que están en proceso de construcción, plantaríamos. El pensamiento decolonial trabaja desde variadas formas semióticas paralelas que son, a su vez, complementarias de los movimientos sociales que se mueven en los bordes y márgenes de estructuras políticas como el estado, los partidos y de las estructuras económicas (respuestas en las categorías de explotación, acumulación, opresión). De qué se desprende si no es de la imagen de una totalidad que desde el poder se confunde con el acontecer, las personas, las relaciones, los objetos: con "la Realidad" como se dice comúnmente: que nos hace creer que no hay nada global, no hay exterior, no hay salida? Bien, no hay exterior pero hay exterioridad, fracturas: hay la diferencia colonial e imperial, que abre puertas a otros futuros posibles.

Los textos que reúne este libro expresan el convencimiento de que Fanon es una de las estaciones más importantes del pensamiento decolonial y de su aguda teórica política. Por esa razón, cada trabajo intenta pensarlo desde distintas locaciones, acompañando el valvén de su escritura. Son textos distintos que evocan la heterogeneidad del corpus fanoniano acudido en las urgencias morales y políticas de mediados del siglo XX. La estructura general del libro, además de la introducción de Alejandro De Oto y el prólogo de Walter Mignolo, se divide en dos partes: una primera llamada "Situaciones", con las contribuciones de Alejandro De Oto, María Eugenia Borsani y María Marta Quintana y una segunda, llamada "Reflexiones", con las de Zulma Palermo e Inés Fernández Mouján. En la primera parte se reúnen los trabajos que proponen situaciones de lectura de la obra de Fanon. Un escenario todavía vibrante no sólo aquí sino en distintas arenas intelectuales y políticas. La segunda parte se concentra en las relaciones entre la escritura de Fanon y otros registros críticos. Un recorrido por el viejo mundo de las influencias, pero en el sentido de los traslucimientos, los contramovimientos sutiles y, a veces, los usos conceptuales abiertos y potentes.

Ediciones del  and Globalization and the Humanities Project (Duke University)



disciplinarios funcionan como máquinas de completar lo ausente o lo inaccesible. Como dice Michel De Certeau, allí donde no es posible restituir un pasado el trabajo lo hace el discurso de la disciplina, su institución. Y pienso que eso me resulta completamente incómodo en la tarea intelectual. El campo de las reflexiones sobre el colonialismo frente a este tipo de operaciones tiene una suerte de alerta epistemológica que no siempre funciona pero sin embargo está allí. Las preguntas



que me interesan pensar son las que hacen una tarea doble. Al tiempo que interpelan los sentidos comunes que recorren nuestras prácticas intelectuales, por caso, el tipo de temporalidad con la que trabajamos, abren el acervo de las bibliotecas que debemos recorrer. Mi interés por las escrituras de Frantz Fanon, de Aimé Césaire, entre otros, se apoya en el hecho de que pretendo como proyecto pensar que una biblioteca más diversa para las humanidades es posible y que esa biblioteca, sus características, dependerán fuertemente

de hasta dónde estamos dispuestos a recorrer lo que los discursos disciplinarios, por ejemplo, no hacen. Ese ejercicio sin duda alguna enfrenta cada dos renglones el problema del eurocentrismo que todavía organiza nuestras encuestas. A veces creo que eso ocurre por desconocimiento y otras porque somos practicantes de sentidos comunes epistemológicos. La potencia del conjunto completo de las teorías sobre el colonialismo que se desplegaron en las últimas cuatro décadas casi se puede explicar por completo por el hecho de que cada una de ellas interpeló el sentido común disciplinario y, sobre todo, el lugar y el modo de la enunciación. Estas dimensiones fueron cruciales porque lo que pasó por primera vez, me animo a decir, es que el colonialismo, aunque deberíamos decir los colonialismos, no fueron solamente (¡y nada menos!) un conjunto de historias por conocer sino también la puerta de entrada para una reflexión sobre los fundamentos mismos del saber que practicábamos. Porque digamos esto de otro modo, al poner en primer plano el factor colonial como clave en casi cualquier relación constituyente del mundo contemporáneo era obvio que no se podía seguir pensando como si no pasara nada, como si fuera una teoría más entre otras. Había que preguntar insistentemente por la presencia disimulada una veces, otras no, de lugares de enunciación que pasaban por universales y producían discursos en ese tono en relación con la civilización, el cuerpo, la raza, el género, el sexo, incluso la clase. Quiero que se entienda lo mejor posible esto. No estoy hablando solamente de los discursos coloniales del siglo XIX, o los del estado nación por caso, estoy incluyendo en ese universo también los registros que consideramos críticos, los de las teorías críticas que supimos conseguir. No me interesa para nada cierta lógica reivindicatoria que ha aparecido en estos años, por ejemplo, la de una defensa del marxismo frente a sus evidentes prejuicios coloniales o cosas por el estilo. Me interesa, por el contrario, entender cómo se lidia con ello cuando se detecta el problema.

Por poner otro ejemplo conocido, la idea de la pervivencia del registro hegeliano en la filosofía latinoamericana a esta altura de la evidencia es difícil negarla. Pero la respuesta no debería ser ni reivindicatoria o, por el contrario, negadora. Debería informar cómo se enfrentan todas las determinaciones que aparecen cuando esa operación es parte del momento y del lugar de enunciación. Qué pasa con la temporalidad, qué ocurre incluso con la misma idea de canon cuando, por ejemplo, es muy difícil distinguir temporalidad de canon y de disciplina. Qué tipo de archivo se configura allí. Qué pasa con la diferencia en juego.

Entonces, ante la pregunta por las destrezas que propone este cuestionario, hay una que me parece crucial y ella es la de desarrollar la capacidad de detectar los modos en que los sentidos comunes epistemológicos y metodológicos pueden bloquear por completo nuestras encuestas sobre el pasado. El prestar atención al lugar y el modo de la enunciación puede ser un camino para analizar todas las dimensiones que pasan por naturales en la teoría y no son más, ni menos, que desarrollos con anclajes contextuales específicos. Cuando no se tienen esas alertas aparece el problema que está detrás de que haya tantas preguntas en la investigación definidas por la ausencia de un elemento o factor. No me refiero a las ausencias de perspectivas de género, clase, raza, etc., sino a las ausencias supuestas en un determinado proceso histórico que se producen por cierta expectativa, la cual se organiza, como diría Dipesh Chakrabarty, como categoría hiperreal, volviendo universal algo que de hecho no lo es. Al hacerlo opera como una geopolítica del conocimiento arrolladora. En el caso de la filosofía ha sido notable. La vieja pregunta de si hay una filosofía latinoamericana, por ejemplo, está atravesada por completo por este problema. Incluso la propia organización de la formación en campos como el historiográfico y el filosófico en la mayoría de nuestras universidades, si prestamos atención a las periodizaciones

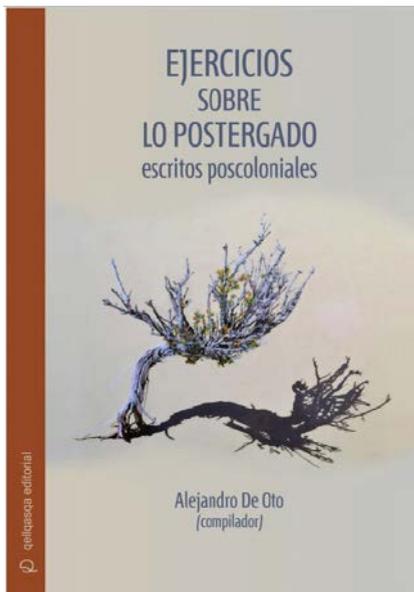
generales y a la repartición geocultural de los contenidos, sigue esta lógica. Con sólo examinar lo que consideramos imprescindible en la formación nos daremos cuenta del problema. Si logramos afinar ese arte de la detección me parece que esa sería la destreza más importante.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Esta quizás es una de las preguntas más complejas de responder porque no se trata de una disciplina sino de un conjunto de intervenciones que, sin embargo, se organizan en más de una ocasión disciplinariamente. Un poco depende de la impronta. Ahora bien, si tuviera que presentar un conjunto de problemas que me siguen pareciendo relevantes podría decir que la discusión sobre los significados de lo colonial hoy es indispensable. Luego de un poco de más de cuatro décadas de textos poscoloniales y decoloniales se han vuelto rutinarias muchas acepciones y en un punto es preciso hacer la pregunta por sus modos de circulación, por su capacidad de dar cuenta de diferentes situaciones y de presentar, con relativa suficiencia, sus genealogías. Es bastante evidente que la denominación de colonial ha desbordado por completo el escenario de las sociedades que sufrieron y sufren procesos con esas características. En parte ese movimiento fue auspicioso por todo lo que expuse antes aquí, pero también es un principio de realismo entender que todos los traslados de un concepto o noción no pueden ocurrir a ciegas. Hace unos tres años entre Laura Catelli, Mario Rufé y yo coordinamos un dossier que se llamaba “Pensar lo colonial”, en la revista *Tábula Rasa* y nos preguntábamos si al designarlo como un síntoma del presente había que renunciar a mirarlo genealógicamente, con lo cual abríamos las preguntas sobre lo que marca.

En ese despliegue fue central el problema del saber, de las gestiones del poder saber, para no hacerlo pasar por un hecho naturalizado. Bueno, esa línea creo que sigue perfectamente abierta y sigue teniendo mucho sentido sostenerla. La otra variante que me parece está asomando, re emergiendo de algún modo, es el debate por el colonialismo interno.

Luego de los aportes fundamentales de Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen, ha sido una región relativamente descuidada por largos años tanto por lo que se produce bajo la firma poscolonial como por la decolonial. Las razones siguen estando en el orden de las geopolíticas del conocimiento porque se trata, la mayor parte de las veces, de una incomunicación que resultaría sorprendente si no supiéramos a esta altura que los mejores discursos descolonizadores se encuentran bajo las mismas reglas de producción intelectual que el resto, inscriptos de un modo u otro en la relación desigual entre las academias del Norte y las del Sur. Digo esto porque en el giro decolonial o la opción decolonial, si uno milita su figura, hay claramente un déficit real y concreto con las figuras



Julio Vezub-Alejandro De Oto, 2007, Puerto Madryn

de la estatalidad y del estado analizados de manera situada, en contexto.

No ocurre lo mismo con el campo de los estudios subalternos por ejemplo, muchos de ellos comprendidos en las analíticas del estado nación poscolonial. Sin embargo todavía queda mucho por recorrer allí y las conexiones aparecen. De todos modos en estos años se ha renovado el interés por la noción de colonialismo interno porque ella aparece explicando con mayor precisión prácticas históricas situadas. Por ejemplo, en el caso de los procesos que atañen a definiciones de mestizaje y sus usos sociales se ve con claridad. El trabajo de Silvia Rivera Cusicanqui ha sido fundamental allí.

Otro escenario en el que las conversaciones poscoloniales han producido eventos relevantes es sobre las políticas del archivo y la afectación que ello ha producido en la práctica historiográfica. En realidad, lo que uno advierte de entrada

con las discusiones que provienen del campo general de las lecturas poscoloniales es que se han intensificado todas las formas críticas de la representación a un punto tal que está resultando muy difícil estudiar algún proceso específico sin al mismo tiempo no cuestionar los fundamentos epistemológicos y las herramientas metodológicas que se usan. De manera axiomática se podría decir que esto ocurre en cualquier campo pero no estoy seguro que así sea. Una vez, recuerdo, al presentar un proyecto de tesis de maestría, una

de las profesoras que me evaluaba me dijo: “pero lo que presentas disuelve la razón de nuestro campo de estudio” (Se refería al estudio de áreas histórico culturales). Aquello me produjo inquietud, la observación de esa profesora podía hacer peligrar mi proyecto. Sin embargo, lo más inquietante era esa sensación de que se desfondaba el suelo sobre el que quería asentar mi investigación. Luego comprendí que se trataba de algo que aparece con mucha frecuencia en las lecturas poscoloniales y ello es el poner bajo sospecha la propia práctica intelectual. No tengo idea cuánto de todo esto que señalo aquí prosperará o cuánto se volverá irrelevante. En ese punto parece bien seguir actuando de acuerdo a la famosa máxima de Stuart Hall de pensar sin garantías.

## Aquiles y la Tortuga entre Textos Oblicuos

Patricia Funes

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Debo reconocer que podría considerarme una privilegiada, porque me formé con grandes profesores e investigadores. Lo anterior compensaba una carrera de grado hecha casi toda durante la dictadura militar que era muy poco estimulante, en un contexto de terror, de sospechas y -salvo algunas excepciones- de una gran mediocridad intelectual, además de los sesgos ideológicos de las



derechas políticas que, en diversos grados, atravesaban las cátedras de la Facultad.

La postdictadura fue una ilusión colectiva en muchos sentidos, también en mi caso, un reencantamiento con la Historia que estuve a punto de abandonar para dedicarme a la música. Era revelador escuchar a los profesores que retornaban a la Universidad, algunos desde el exilio, otros desde el “insilio” como dicen los uruguayos. La historia respiraba humanística, comprensiva y críticamente, por así decirlo.

Siempre me quise dedicar a la Historia de América Latina del siglo XX. Quizá haya sido por influencias familiares: me crié entre los libros de EUDEBA, los fascículos del CEAL, la literatura latinoamericana y en un ambiente, digamos “sixtie”, de cultura+ política que se vivía en mi hogar. Pero hasta entonces era un deseo sin rumbo.

En el contexto de la normalización universitaria cursé un seminario con Waldo Ansaldi en la Carrera de Historia (Facultad de Filosofía y Letras /UBA, donde me gradué). Él estaba armado su cátedra sobre América

**Patricia Funes:** patfunes@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0002-1697-4905>, Universidad de Buenos Aires-CONICET, Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Profesora Titular de la materia Historia Social Latinoamericana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Sus investigaciones se refieren al campo de las ideas políticas y culturales en América Latina del siglo XX. Vicedecana de la Facultad de Ciencias Sociales. UBA (período 2014-2018). Es Asesora Académica de la Comisión Provincial por la Memoria. Entre sus publicaciones como autora: Funes Patricia, *Historia Mínima de las ideas políticas en América Latina*, El Colegio de México, México, 2014. Otra edición: Turner, Madrid, 2014. Zapata, Francisco, Cerutti, Horacio, Funes, Patricia, *El pensamiento filosófico, político y sociológico*, México, Archivo Histórico-Diplomático-SRE, 2011, tomo II. 2011. Funes, Patricia, *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2006. Como editora o directora: Patricia Funes (ed.), *Comprender y juzgar. Hacer Justicia en las ciencias sociales*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2022. Funes Patricia (directora) *Revolución, Dictadura y Democracia. Lógicas militantes y militares en la historia reciente de Argentina en América Latina*, Ed. Imago Mundi, Buenos Aires, 2016.



Latina en la Carrera de Sociología e ingresé a su equipo. Luego ingresé a la cátedra de Alberto Pla y Juan Carlos Grosso que habían ganado el concurso de Historia de América II en la Carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Bien distintos los tres, con biografías intelectuales, historiográficas y ubicaciones ideológicas diversas. Los unía un gran compromiso con la reconstrucción universitaria y fueron “maestros” tan exigentes como generosos. Alberto Pla se venía desde Rosario a dar clases con las obras completas de Haya de la Torre y de José Carlos Mariátegui para que yo las fotocopiara (era imposible encontrarlas en librerías, incluso, en bibliotecas de Buenos Aires) y fue un gran docente con el que aprendimos mucho (en ambas cátedras leíamos a la par de los estudiantes una bibliografía que desconocíamos), Juan Carlos logró que me interesara la Historia Económica mexicana del siglo XIX. Waldo comenzó una serie de seminarios internos sobre problemas analíticos y conceptuales de América Latina: clase, nación, etnia, Estado, campesinado, las obras clásicas de

la Sociología latinoamericana, entre muchos otros, a lo largo de los años. En ambos equipos había docentes recién graduados y otros con más experiencia llegados del exilio o mexicanos que por distintas razones habían elegido nuestra universidad para insertarse en la docencia e investigación. Esos diálogos y sociabilidades fueron muy enriquecedores. También fue muy importante en mi formación participar en el equipo de investigación que dirigía Waldo en el Instituto Gino Germani (en varios “UBA-CYT”). Además, para compartir experiencias armamos una red muy inicial (y hace un tiempo revitalizada) de cátedras de América Latina de varias universidades públicas. Es dable advertir que la historia de América Latina no gozaba de grandes entusiasmos en el *mainstream* historiográfico de entonces, a excepción de la historia colonial que ya contaba con genealogías y acumulados destacables. Ahora bien: no era “América Latina”. Y el siglo XX decididamente no era asunto de historiadores.

Paralelamente formé parte de un equipo de investigación sobre Historia Oral que dirigían Dora Schwarzstein y Pablo Yankelevich para realizar una reconstrucción de la historia de la Universidad de Buenos Aires en los años sesenta a partir de fuentes orales. Fue una gran experiencia en dos sentidos: abordar la lectura de grandes historiadores/as (Passerini, Portelli, por ejemplo) y entrevistar a investigadores e investigadoras de distintas disciplinas, en muchos casos creadores o referentes de sus campos de estudios, de Halperin Donghi a Gregorio Klimovsky, de Elizabeth Jelin a Miguel Murmis (para ejemplificar el campo socio-histórico, otro tanto con las biomédicas, las ciencias exactas, la psicología, la economía, las letras, etc). El Archivo (con más de un centenar de entrevistas) es probablemente uno de los pocos acervos de Historia Oral que recoge la experiencia de la UBA en gran parte del siglo XX, sobre todo en los años sesenta. Luego, ambos coordinadores de-

jaron el proyecto por viajes al exterior y la coordinación quedó en manos de María Caldelari y mía. Con ese equipo armamos un Archivo gráfico con fotografías que recuperamos del AGN y con otras que nuestros entrevistados nos cedieron, fue también una inmersión en el campo teórico de las



imágenes. En ese Programa de Historia Oral y Gráfica publicamos dos libros y una colección documental. *Fragmentos de una memoria-la UBA 1821-1991* surgió de una demanda institucional: la UBA cumplía 170 años y nos pidieron una publicación desde la fundación hasta ese presente.<sup>1</sup> Fue ciclópea la tarea de hacer esa reconstrucción y establecer diálogos entre las imágenes, los párrafos documentales que las acompañaban y, en casos, las entrevistas, con un equipo pequeño. Por entonces no estaban desarro-

1 Universidad de Buenos Aires. Caldelari, María y Funes, Patricia (coordinadoras), *Fragmentos de una Memoria. La UBA 1821-1991*, Ediciones Gaglianone- EUDEBA, Buenos Aires, 1992.

llados los estudios sobre las universidades y había baches historiográficos por todos lados, sobre todo acerca de la última dictadura militar. En ese caso -además- había muy pocas imágenes (mejor dicho, las había pero los diarios no tenían abiertos sus archivos fotográficos y eran muy renuentes). La colaboración de una excelente fotógrafa (Ana Miranda) suplió, en parte, esa carencia. No tuvimos fines de semana durante ese año, pero el libro salió y a la distancia, aún sigue teniendo su vigencia. El otro libro lo escribimos con María; fue más sencillo y asible para mí que ya investigaba sobre la década de 1920: *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria 1918-1930* también con el formato de introducción por cada capítulo, fotografías y textos documentales, que recorre el proceso de la Reforma en las cinco universidades nacionales del período (Córdoba, Buenos Aires, La Plata, Litoral y Tucumán) más un capítulo sobre las proyecciones del movimiento juvenil reformista en América Latina.<sup>2</sup>

Elegí hacer el doctorado en Facultad de Humanidades de La Plata porque era una universidad que tenía una tradición latinoamericanista, una escala más humana y un doctorado en Historia que estaba muy organizado y era casi personalizado. No me acuerdo exactamente, pero creo que como era un doctorado “A” y tenían un subsidio considerable tuvimos los profesores de seminarios del país y del exterior que necesitábamos, entre largas conversaciones con José Panettieri y otras tantas con Patricia Flier (por entonces Secretaría Académica del Doctorado) que no se cansó de gestionar y escuchar nuestras demandas, dudas y plazos, siempre con una sonrisa. Ya había cursado algunos seminarios de Posgrado en Filosofía y Letras (con Os-

2 Caldelari, María y Funes, Patricia, *Escenas Reformistas. La Reforma Universitaria 1918-1930*, Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997.

car Terán, Antonio Annino y Arcadio Díaz Quiñones, muy sugerente acerca de las ideas en el Caribe). Pero en La Plata se establecían unos vínculos que han sido de amistades y experiencias imperecederas.

Waldo dirigió esa tesis en algún sentido “hetero-doxa”. Una tesis doctoral sobre intelectuales, nación y política en América Latina en la década de 1920 que trabajaba por problemas y no por países o biografías intelectuales, también por el formato: la conclusión de los cinco problemas que recorté estaba al principio de cada capítulo. La tesis fue un capítulo muy desafiante, como ocurre siempre y sintetizó muchos debates con Waldo que siempre proponía dialogar en la diferencia, preguntar desde los lugares menos obvios y generar espacios creativos y críticos.

Y en ese tránsito también encontré investigadores en Brasil y en México que me ayudaron con lecturas, debates, sugerencias, bibliografía, hemerografía. Fueron muchos y quizá injustamente elegiré tres: María Ligia Prado (USP), Ricardo Melgar Bao (UNAM) y Pablo Yankelevich (INAH). Este último me recomendó desde archivos y bibliotecas hasta librerías de viejo en la calle Donceles del centro histórico del Distrito Federal, además de sus implacables lecturas de un buen conocedor de la historia mexicana (no casualmente, hoy es miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia).

Hacia finales de esos intensos años noventa (que, entre muchas cuestiones locales, estaba de moda un libro que titulaba “*El Fin de la Historia y del hombre*”), concursé mi primer cargo de Profesora Adjunta en la materia Historia Latinoamericana en la Carrera de Ciencia Política en la ya creada Facultad de Ciencias Sociales (con un jurado muy exigente: Enrique Tándeter, Juan Carlos Chiramonte y Juan Carlos Korol) y posteriormente se abrió el concurso de otra Historia Social Latinoamericana de la carrera de Sociología en la que se presentó para el

cargo de Profesora Titular, Dora Barrancos, yo me presenté como Asociada y Mario Petrone como Adjunto (con Mario hemos recorrido la historia de América Latina desde estudiantes hasta el día de hoy). Dora fue y es una gran maestra en muchos sentidos. Allí aparecieron las mujeres en la historia, también, las subjetividades femeninas para releer la historia de la región. Dora es una agonista inveterada: habilita creativities, libertades, audacias. Trabajar más de diez años con Dora (hasta su jubilación) fue un momento muy luminoso de mi carrera académica. Hoy es Profesora Consulta de la Facultad y no es solamente un estatus universitario: la consultamos bastante y siempre está presente. Con ese equipo docente seguimos trabajando desde hace dos décadas, una “cátedra” de historiadores/as y sociólogos/as de perfiles y experiencias diversos que tiene un gran compromiso con la docencia, la investigación, la extensión y con la Universidad Pública.

Y si de audacias se trataba, luego de defender mi tesis doctoral en diciembre de 2001 (mes y año cruciales en la historia de nuestro país) cambié de tema drásticamente (hoy reconsideraría lo “drástico” pero entonces parecía algo muy desaconsejable). Tomé unos seminarios en La Plata, por pura curiosidad, dictados por Bruno Groppo y por Enzo Traverso sobre Memoria, Historia, testimonio, en el “Siglo de la Barbarie”. Escribí un texto muy inicial sobre las Comisiones de Verdad en el Cono Sur y las sociabilidades platenses hicieron el resto: me invitaron a formar parte del inicial equipo técnico que mapeó, desclasificó y abrió el primer archivo de espía político-ideológica completo del país: el Archivo de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA), bajo custodia y gestión de la Comisión Provincial por la Memoria (CPM).

La CPM tuvo el compromiso ético y político de abrir ese archivo en el año 2003;

puso recursos, capacitaciones y empeño para abrirlo a su consulta (con las garantías deontológicas y legales correspondientes y muy debatidas). Fue una experiencia muy fuerte de mi vida académico/profesional, sin dudas, y una formación no prevista que impactó mucho más que lo que imaginé entonces en mis investigaciones. Por ejemplo: en los documentos de ese Archivo las ideas y las ideologías se mostraban con una transparencia y “materialidad” (no encuentro una palabra más adecuada) contundente. La sorpresa más grande cuando entramos al Archivo (“a las entrañas del monstruo”, así lo llamaba martianamente para exorcizarlo), fue que la documentación no era sólo sobre la última dictadura cívico-militar, como se presumía al comienzo, sino que la Dirección de Inteligencia (y su archivo) operó desde 1956 hasta 1998 cuando fue cerrada. Colaboré y escribí acerca de esa reconstrucción histórica en el marco de un equipo en el que la interdisciplinariedad no era una petición de principios sino una necesidad imperiosa (historiadores, peritos, comunicadores, archivistas, abogados, jueces y miembros de organismos de Derechos Humanos a los que consultábamos). Abrimos cientos de legajos, analizamos otros tantos documentos y escribí muchos textos sobre ese Archivo: informes técnicos internos, presentaciones del Archivo, notas en la revista *Puentes* no enmarcados en las clásicas formas del “paper”. También investigué y escribí sobre censura ideológica de ensayos, música y ciencias sociales latinoamericanas y sobre la construcción del “enemigo interno” con esa documentación “secreta, confidencial y reservada” en un canon académico más clásico. Entre los cianóticos contenedores de madera también se encontraban las “ideas”, observadas por los ojos sin párpados de los amanuenses intelectuales de los servicios de inteligencia que también portaban las suyas. Por ejemplo, la exégesis pormenorizada de la producción sociológica e histórica latinoamericana de las décadas del sesenta

y setenta por parte de la “Asesoría Literaria del Departamento Coordinación de Antecedentes de la Secretaría de Inteligencia del Estado.”

Trabajé en la CPM hasta que el inicial equipo se amplió y logró una *expertise* y autonomía que ya no necesitaba de mi trabajo, había muy formadas historiadoras platenses



que habían ingresado al Archivo, La Plata me quedaba más lejos que al principio (por así decirlo) y había ingresado a CONICET. Se había cumplido un ciclo, aunque sigo vinculada hasta hoy a la CPM como Asesora Académica. De esa experiencia me llevé muchísimos aprendizajes disciplinarios y humanos que excederían estas notas. También saqué muchas conclusiones sobre el oficio del historiador/a, sobre la relación entre Historia y Memoria, sobre los criterios de verdad del Juez y el Historiador que se reforzaron con los debates del colectivo de Historia Reciente que no casualmente fue contemporáneo a estos derroteros, asunto que no voy a desarrollar porque hay excelentes trabajos de revisión historiográfica

de un campo que creció exponencialmente en este siglo, sobre todo entre los y las jóvenes investigadores/as que no le evitan “a la casta Clío contactos demasiado ardientes” (parafraseando a M. Bloch). Muchísimas tesis doctorales de ese campo de estudios fueron y son factibles por los documentos de ese Archivo.

Esa inmersión en el mundo de los Archivos y mi trabajo en una institución no académica hizo que tardara cinco años en decidirme a escribir el libro de mi tesis doctoral, es decir, la reescribí, la revisé, agregué un capítulo que no estaba en la tesis original pero que fue aconsejado por uno de los colegas que la leyó después de defendida. Esa tesis había madurado con el tiempo.<sup>3</sup> En muchas ocasiones por las características de la forma “tesis” y sus actuales contextos de producción (los plazos institucionales, en ocasiones marcados por las becas y por las reglas del campo), suelen ser más largas de lo aconsejable (la mía lo era) y narrativamente poco gratas para leer. Uno de los comentarios bienintencionados que escuchaba frecuentemente de colegas era: “[...] -vos estás hipotecando tu carrera académica con ese Archivo.” Y a mí me surgió la paradoja de Zenón sobre Aquiles y la tortuga. No ocurrió lo de la “hipoteca”. Pude hacer converger mis investigaciones sobre Historia Reciente y sobre ideas y política en América Latina y también redimensionar el oficio del y la historiador/a.

En síntesis, en mi formación influyeron notablemente los espacios de docencia/investigación en la Universidad, la interlocución con colegas de la región, sobre todo de México y Brasil en espacios formales e informales, la experiencia de los Archivos (porque para abordarlo la CPM trajo los mayores especialistas en Archivos de la represión y visité Archivos de Inteligencia

3 Funes, Patricia, *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.

en México, en Brasil, también el de la ex Stasi en Berlín). Además de la tenacidad de dedicarme a la historia latinoamericana del siglo pasado, más allá de los climas historiográficos, con sus centros y periferias.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

No es una pregunta sencilla para responder. Y supongo que cierta enumeración quedaría desordenada, imprecisa o, peor, pretenciosa. No considero “extranjera”, por ejemplo, la producción histórica y ensayística latinoamericana, tradición en la que me inscribo. En principio habría que tener en cuenta que la pregunta sobre la existencia misma del objeto “América Latina y el Caribe” es controversial pero que en cualquier instancia y aún a despecho de ciertas tradiciones eurocéntricas y/o de un nacionalismo decimonónico, nuestro país forma parte de la región. Desde la ensayística y desde las ciencias sociales ha habido tenaces defensores de marcas e historias comunes –incluso, de destinos– tan enfáticos como los detractores de su existencia. Algo sí es muy afirmativo: la insistencia de ese problema en el territorio de las ideas políticas y culturales desde el momento mismo de la ruptura colonial hasta hoy día. Probablemente en ninguna parte del mundo las ideas hayan referido a una casi obsesiva reflexión sobre lo particular y lo universal, la originalidad y la copia, las identidades, pensadas en términos regionales. Esa misma pregunta una y otra vez enunciada, a mi juicio, recorta un colectivo que es diverso, complejo, polifónico.

Una manera de abordar e incluso establecer esos contornos regionales, a mi entender, es insertarlo en las dinámicas mundiales (en general cada vez que hablamos del mundo, nos referimos a Occidente, asunto que en los últimos años afortunadamente comienza a corregirse). Por caso, cómo no leer a

Serge Gruzinski (por ejemplo, *El águila y el dragón: Desmesura europea y mundialización en el siglo XVI*) aunque sea francés y su investigación se salga de mis habituales marcos temporales? Otro tanto con Robert Darnton, Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Enzo Traverso. O a Womak o Knight sobre la revolución mexicana? O los estudios poscoloniales. He trabajado mucho el esquivo concepto nación en América Latina: algunos tramos y definiciones de Homi Bhabha, me inspiraron a pensarlo desde otros prismas. Un libro que me impresionó mucho por su cruce entre estética, filosofía y política fue *Viena a Fin de Siglo* de Carl Schorske. Otro tanto el marxismo inglés, la Escuela de Frankfurt, o la historia de los conceptos, los aportes de Foucault o Bourdieu. Dije que la enumeración iba a ser incompleta. De nuestro país: José Luis Romero (*Latinoamérica, las ciudades y las ideas* sigue siendo para mí un gran libro) a Halperin, los trabajos de Arturo Roig o de Hugo Biagini, y más contemporáneamente la producción de los miembros del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. Y podría seguir agregando: Antonio Cándido, Jorge Schwartz, Silvia Rivera Cusicanqui, los dependentistas y los neodependentistas y a Ricardo Melgar o a Rafael Rojas, también esa tradición historiográfica que filia los libros de Alberto Flores Galindo, Nelson Manrique y Aníbal Quijano.

Una cantera de iluminaciones para abordar el campo de las ideas políticas y culturales en América Latina es la lectura del ensayo de interpretación latinoamericano del siglo XX. El ensayo fue y en algún sentido sigue siendo “el centauro de los géneros” para transmitir ideas, como decía Alfonso Reyes: de Mariátegui a Henríquez Ureña, de Octavio Paz a Monsiváis, de Rama a Piglia, de Borges a Villoro, de Nelly Richard a Sarlo.

La enumeración me quedó caprichosa y espero no haber cometido un desatino advertido por Borges: “los resúmenes añaden

un falso aire categórico y definitivo a lo que compendian”, y nada de esto pretende ser ni categórico ni definitivo.

### **3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?**

Sabemos que la escritura de la historia (en general, la escritura) es una tarea bastante solitaria, a veces, solipsista. Pensada esa soledad desde un lugar tanto físico como mental/emocional. Es difícil rastrear cómo surge un interrogante sobre el pasado y cómo se despliega la trama de su reconstrucción y comprensión. Sin embargo, es muy probable que devenga de una mezcla de interacción y diálogo colectivo que se enhebra (en ocasiones de manera algo misteriosa) con algún atisbo o destello de algo leído que despierta una pregunta. En principio no puedo empezar a escribir sin algún respaldo documental (considerado “documento” de una manera amplia). En el proceso de escritura más que leer releo. Conservo ese anacrónico ejercicio de fichar, quizá con la ilusión no de releer contenidos o datos, sino de desandar cuál fue la lógica que me llevó a escoger esas citas. Obviamente leo trabajos que guardan relación con el tema y con el problema (como todos/as). Pero cuando advierto que tengo una inquietud que no puedo terminar de precisar, apelo a lo que llamo informalmente, “textos oblicuos”, o sea, textos que no tratan específicamente el tema e incluso rara vez son de historia (son literarios, de crítica literaria, de teoría política, memorias y en ocasiones no son textos sino imágenes). Es una búsqueda que probablemente intente traducir algo que no puedo terminar de resolver, pero que siempre me despierta curiosidades. Lo anterior lleva fatalmente a la bifurcación (sobre todo por ese mar de información que hay en Internet), un problema que hay que regular para no terminar en la frustración,

pero “de regreso” a la escritura advierto que el camino está más claro y esa curiosidad ameritaba el atajo.

Hace unos meses escuché una conferencia de Carlo Ginzburg dictada en la Biblioteca Nacional de México que trataba el tema de la pandemia, las bibliotecas e Internet. Analizaba algunas formas de la lectura entre los historiadores desde su experiencia personal (sus “conversaciones con Orión”): los tiempos del leer cansinos de los documentos de Archivo o de los libros en las bibliotecas y el “click” instantáneo en la selva de datos de Internet (una *an-arkhe* global, como escribió un comentarista de la conferencia). Y establecía relaciones de complementariedad entre la biblioteca e Internet en un aspecto en el que la segunda potenciaba a la primera: la curiosidad (numen de la imaginación histórica y, según él, un atributo insoslayable de los historiadores). Luego establecía esas relaciones de complementariedad entre la biblioteca física y esa “biblioteca fantasma” desterritorializada e infinita (la descripción era bastante borgeana). Me sentí identificada pensando en mis “textos oblicuos” aun cuando la conferencia trascendía largamente ese aspecto.

Casi siempre escojo algún lector/a, si es un libro mucho más. Y después están los intercambios en los congresos, las jornadas, etc. Y los referatos, claro, sobre todo cuando los o las lectores/as se tomaron muy en serio su trabajo. En algunas oportunidades puse “a prueba” el centro argumental de algunos artículos con estudiantes, una experiencia interesantísima que me hizo repensar cuestiones que modifiqué o corregí y me despertó otras que no había tenido en cuenta.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Con franqueza, no me he detenido seriamente a pensar definiciones acerca de los descriptores que alojarían mis investi-

gaciones. Podría adscribir a alguna de las denominaciones disponibles para enmarcar mi trabajo, que sin embargo no lo representarían acabadamente: historia de las ideas, historia intelectual, historia cultural y todo eso en ocasiones podría cruzarse con “Historia Reciente”. Por otra parte, los adjetivos de la Historia (quizá de la historiografía) son algo centrífugos y a veces indeterminados, lo sabemos. A veces son temporales: “Antigua”, “Medieval”, “Contemporánea”, “Reciente” que no es “Contemporánea”, por ejemplo (dejando de lado que todos están transidos por interpretaciones que son opinables), en otras, espacial/Estatal-nacionales o regionales (Argentina, Mexicana, Latinoamericana, etc) o temáticos (económica, social, cultural, política y muchas más bifurcaciones combinables con las anteriores). En interpretaciones cerradas la frase “Historia Oral” sería un oxímoron.

Provisionalmente y sin mucha reflexión acerca de este tópico, me representaría la historia social de las ideas. Ideas no construidas de manera apriorística o determinista como reflejos modélicos de matrices canónicas, ni de los modos de producción, ni de las “influencias”, tampoco como fruto de originalidades telúricas desarraigadas del mundo, ni en un terreno gaseoso o seráfico sino instituyentes de lo social tanto como instituidas por sus contextos de producción. Pero enfatizaría la palabra “historia”, en minúscula y con todas sus modestias (la disciplina carece de “logos” y de “sofos” en su desinencia). Esa forma de conocimiento y comprensión, evitando teleologías y filosofías de la historia. Esas singularidades (siempre hay algo nuevo *sub solem*), esas reconstrucciones artesanales, validadas por los vestigios del pasado que construimos como base documental y el desafío de aprehender las maneras en que las temporalidades se vuelven historicidades (porque puede haber historia sin historicidad) y son sustantivas de la disciplina, los adjetivos vienen por añadidura.

En el caso del libro *Salvar la Nación* y en menor medida el de las ideas políticas en América Latina trabajé con un esquema relativamente sencillo de decir pero bastante complejo de reconstruir: me sirve pensar que las ideas en América Latina (sobre todo en el “corto” siglo XX) se han ubicado en alguna equidistancia respecto de cuatro coordenadas: la idea de modernidad, la de crisis, que destilaron dominante aunque no excluyentemente en la nación y la revolución (ninguno de los cuatro significantes son muy obvios en ninguna época). Tanto aquellas ideas para cambiar el orden como las que tendían a ordenar el cambio. Ahora bien: la entidad de la década de 1920 era lo primero que tenía que fundamentar y es prolífica en crisis: se erosionan todas las mayúsculas decimonónicas (Civilización, Progreso, Razón, Positivismo, etc.) y se plantean alternativas a esa crisis que instalan corrientes de pensamiento de larga data (el péndulo “reforma/revolución”, las formas de pensar el socialismo, los nacionalismos integristas o nostálgicos, las articulaciones nacional-populares, los indigenismos, entre otras). El relativismo, por ejemplo, es una marca y una mancha temática imprescindible para entender la década. Y algo muy interesante es que se trastruecan las temporalidades lineales y, para explicarlo, en muchos casos se apela a la teoría de la relatividad de Einstein como “figura conceptual”. Haya de la Torre le discute a Lenin su teoría del imperialismo apelando a una temporalidad propia de la región, Lugones tiene un libro sobre “el tamaño del espacio”, Mariátegui destaca la tradición antimperialista, intelectual y humanista de Einstein y ve en el ayllu andino un equivalente del mir ruso para construir el socialismo latinoamericano, pasando por el misticismo vasconceleano y podría seguir con los ejemplos. Es decir: dimensión “espacio-tiempo” subvierte dos dimensiones primarias de la cultura más allá de la física. El reloj que daba la hora

para todo el universo había dejado de existir y esto impregna toda la cultura de Occidente, incluso y muy específicamente la de la región. Por la resquebrajadura de los absolutos, los ensayistas latinoamericanos sacaron conclusiones artísticas, filosóficas y hasta poéticas de la relatividad. Por otra parte y más allá del terreno de las vanguardias latinoamericanas (que a diferencia de las europeas ponen en el centro el tema nacional) es una década “encantada”, en algún sentido, la crítica a la racionalidad habilita un clivaje hacia el mito soreliano, al vitalismo, hacia las “razas cósmicas”, a formas culturales antropofágicas, a utopías retrospectivas del Tawantinsuyu o a la experiencia idiomática (mejor, lingüística) de esa lengua arcaizante que acuña Xul Solar (el “neocriollo”) mientras ensayaba la escritura de los herméticos cuadernos de San Signo. Si hay estructuras de sentimiento más cercanas a lo apolíneo que a lo dionisiaco, los años veinte están más cerca del Tarot que del ajedrez. Esa disponibilidad de libertades y búsquedas que parecen muy lejanas a las “ideologías” también marcan las audacias de pensar la nación en relación con la región y con el orden político.

*La Historia Mínima de las ideas políticas en América Latina* guarda relación con esa forma de trabajo, es por un lado más acotada (son ideas “políticas”) pero, por otro, la escala no es una década sino dos siglos en trescientas páginas, sin citas, pero con un ensayo bibliográfico al final.<sup>4</sup> Es decir: un gran dolor de cabeza. En ningún caso se me hubiera ocurrido escribir algo parecido. El ofrecimiento surgió a partir de un largo capítulo que escribí para un libro sobre el pensamiento latinoamericano (siglos XIX y XX): en el que Francisco Zapata escribió sobre el pensamiento sociológico, Horacio

<sup>4</sup> Funes Patricia, *Historia Mínima de las ideas políticas en América Latina*, Colección Historia Mínimas, El Colegio de México/ Turner, México/Madrid, 2014

Cerutti sobre el pensamiento filosófico y yo el político y los tres la introducción y el epílogo, que formó parte de una colección en conmemoración del bicentenario de la independencia de México y el centenario de la Revolución Mexicana.<sup>5</sup> Desde El Colegio de México me ofrecieron escribir esa *Historia Mínima* de manera insistente: “-tú lo tienes casi escrito”. No era así, me pasé un año y medio con dos prórrogas y una inmersión en el siglo XIX para “equilibrar” el siglo XX, más afín a mis saberes. Finalmente, aún a despecho de las características de una *Historia Mínima* cité algunos párrafos de los lenguajes políticos dominantes, en la convicción de que en esas formas de comunicar las ideas se cuelean las temporalidades. Los modos del decir las ideas nos ayudan a reinscribirlas como si el diario del lunes no existiera, con las determinaciones y taxatividades del lenguaje de la política (que tiene como fin persuadir, convencer, animar a la acción, discutir o apoyar el poder) pero de una manera situada, es decir sin teleologías ni fatalidades.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

La afortunada expansión del sistema científico en general y de las humanidades y las ciencias sociales en particular de los últimos años (con sus *corsi e ricorsi*) arman un mapa lo suficientemente diverso para intentar una cartografía de los debates del campo que requeriría de mi parte un conocimiento panorámico que no tengo. Porque

5 Zapata, Francisco, Cerutti, Horacio, Funes, Patricia, *El pensamiento filosófico, político y sociológico*, México, Archivo Histórico-Diplomático-SRE, 2011, tomo II. Pertenece a la Colección: De Vega Armijo, Mercedes (coordinadora), *La búsqueda perpetua: lo propio y lo universal de la cultura latinoamericana*, México, SRE, 2011. 6 volúmenes.

la disciplina, a mi juicio, es la historia, no la “historia social de las ideas” (con sus varios subtítulos).

Destacaría dos aspectos de la disciplina. Está algo más valorado en el campo historiográfico y sus instituciones la extensión de nuestros saberes “extramuros”: hacia el campo educativo, hacia la opinión pública, hacia la “divulgación” (antes muy subestimada) incluso en la intervención. Es muy claro en la Historia Reciente, territorio en el que muchos colegas hemos colaborado con nuestros trabajos en archivos (orales y escritos), con investigaciones, como testigos de concepto en los juicios por crímenes de lesa humanidad y con declaraciones públicas en algunos momentos de álgidos negacionismos. Tuve varias experiencias sobre la Historia de América Latina fuera de la Universidad. Nombraré dos que fueron muy enriquecedoras y en las que aprendí muchísimo. La coordinación, junto con Axel Lazzari, de ocho fascículos para capacitación docente sobre problemas latinoamericanos para el Ministerio de Educación. Posteriormente realicé la coordinación académica en la adaptación de esos fascículos en ocho programas televisivos para el Canal Encuentro, dirigidos por Tristán Bauer (2007).<sup>6</sup> La

6 “Explora América Latina”. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2005. Fueron, en principio, ocho fascículos: Los nombres del Nuevo Mundo (Patricia Funes), Aproximaciones a las ciudades latinoamericanas (Mario Petrone), Identidades nacionales e integraciones regionales en el Cono Sur. (Alejandro Grimson), Los relatos de viaje y la construcción de América Latina (Álvaro Fernández Bravo), La Historia de las mujeres en Latinoamérica (Fernanda Gil Lozano). La Democracia en América Latina, entre la ficción y la esperanza (Waldo Ansaldi), Movimientos Sociales en América Latina (Juan Manuel Obarrio y Valeria Procupez), La reemergencia de los pueblos indígenas en América Latina (Axel Lazzari). Posteriormente asumí la coordinación de los programas televisivos en cuanto a los

segunda experiencia fue organizar junto con María Pía López y un equipo excelente de colegas provenientes de distintas disciplinas (historia, comunicación, sociología, cine, letras, antropología, educación), el postítulo *América Latina: Procesos y problemas de la sociedad y la cultura*. Era un postítulo para “población docente” de la ciudad de Buenos Aires, que duraba un año y medio, sábado de por medio desde la mañana hasta la tarde, que tuvo varias cohortes. Pensar la región a junto a docentes de inicial al profesorado, fue una búsqueda de soportes, problemas, enunciaciones y estímulos realmente creativo.

El otro aspecto es una “novedad” y una ilusión: una producción historiográfica que tiene sus tradiciones y genealogías “subcutáneas” y dispersas pero empieza a desplegarse con mayor intensidad: la historia de las mujeres y del feminismo que, esperemos, también se convierta en una historia con mujeres. En este sentido, el libro de Dora Barrancos *Historia Mínima de los feminismos en América Latina* (COLMEX, 2021) me parece una gran contribución y no solo es un parecer surgido del afecto sino que la primera presentación del libro (remota) en El Colegio de México tuvo en pocas semanas

---

contenidos académicos, la supervisión de los guiones, la sugerencia de entrevistados, sobre la base de los fascículos (2007). Fue realmente un lujo contar con las entrevistas a dirigentes de movimientos sociales (Adolfo Pérez Esquivel, Nora Cortiñas), representantes de pueblos originarios, por ejemplo el alcalde de Chichicastenango, a académicos e intelectuales como Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Roger Bartra, Don Pablo González Casanova, Eduardo Galeano, Gerardo Caetano, Alberto Granados, Dora Barrancos, Francisco Liernur, Bernardo Klisberg, Oscar Niemeyer, Beth Carvalho, Helio Jaguaribe, Dense Frossard, Joao Pacheco, Valquimir Reis, entre otros.

más de 14.000 reproducciones y otras tantas o más bajadas en la versión digital y ha tenido muchas presentaciones hasta la semana pasada y quizá siga habiéndolas. Hay mucho interés desde los movimientos sociales de mujeres y desde las/os/es estudiantes hay demandas concretas en esa dirección. Y no digo que todos/as tengamos que hacer historia de las mujeres, pero quizá los estudios que incorporen relaciones sexogenéricas, (que son también relaciones de poder) instalen una *episteme* que atraviese críticamente los cuerpos teóricos preexistentes, los revisen e iluminen nuevas preguntas hacia el pasado.

## Elites, democracia y republicanismo

Leandro Losada

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Hice mis estudios de grado y de posgrado en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, en Tandil. Sin saberlo al iniciar la carrera de grado, y como consecuencia de los avatares políticos e institucionales del país y de sus repercusiones en el ámbito académico, tuve la extraordinaria posibilidad de tener una formación de excelencia en una universidad por entonces chica, en



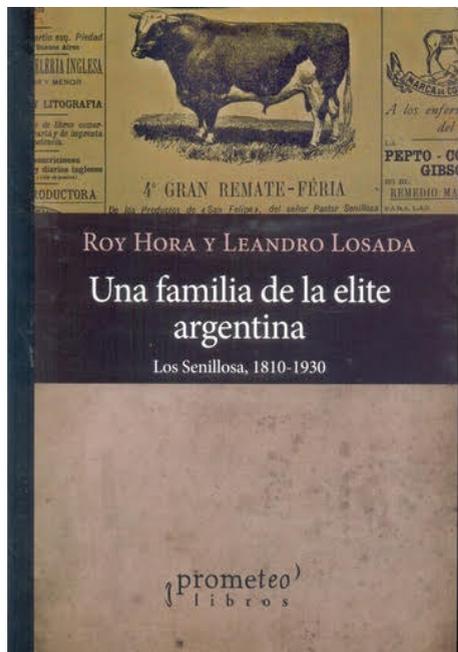
una ciudad intermedia de la Provincia de Buenos Aires. En el marco de la renovación universitaria producida con el retorno de la democracia en 1983, en Tandil se creó en 1986 el Instituto de Estudios Histórico-Sociales (IEHS), por iniciativa de un grupo de historiadores e historiadoras provenientes de Buenos Aires y del exterior, que logró convertirse en un lugar de referencia de la historiografía argentina, al igual que la revista que auspició (y auspicia), el Anuario IEHS.

Yo empecé mis estudios en 1994, casi una década después de la creación del IEHS. Para entonces, algunos de sus miembros fundadores se habían ido de Tandil (como Juan Carlos Garavaglia o Zacarías Moutoukias -a quienes sí, años más tarde, tuve como profesores en mis estudios de posgrado-). Por esta razón, podría decir que mi formación se dio en un segundo momento de la

historia del IEHS, con profesores, profesoras, historiadoras e historiadores que pertenecían al grupo fundador (Eduardo Míguez, Susana Bianchi, Raúl Mandrini, Juan Carlos Grosso) y otros más jóvenes ya graduados y graduadas en Tandil, como Hernán Otero, Sandra Gayol, María Bjerg,

**Leandro Losada:** leandroagustinlosada@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0002-4658-0819>, Universidad Nacional de San Martín-CONICET, Leandro Losada es Profesor, Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Especialista en historia de las elites, historia política e historia del pensamiento político, es Investigador Independiente del CONICET, Profesor Titular de Historia Argentina en la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), y Director del Instituto de Investigaciones Políticas (CONICET/ UNSAM). Ha sido Wallace Fellow en The Harvard University Center for Italian Renaissance Studies (Villa I Tatti, Florencia, Italia) e investigador visitante en: Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales (París), Universidad Complutense de Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (Madrid), Casa de Velázquez-Madrid Institute for Advanced Studies, Universitat de Girona, Università degli Studi di Milano, Università per Stranieri di Siena y Freie Universität Berlin. Obtuvo el Premio Especial Ricardo Rojas del Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Ex Premio Municipal) por su libro *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades* (Buenos Aires, Siglo XXI Iberoamericana, 2008). Su último libro es *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940* (Buenos Aires, Katz Editores, 2019).

Alejandra Irigoin, Julio César Melón Pirro o Ricardo Pasolini. A su vez, a través de cursos temáticos o seminarios, tomé clases con profesores que visitaban Tandil periódicamente, como Ezequiel Gallo, Fernando

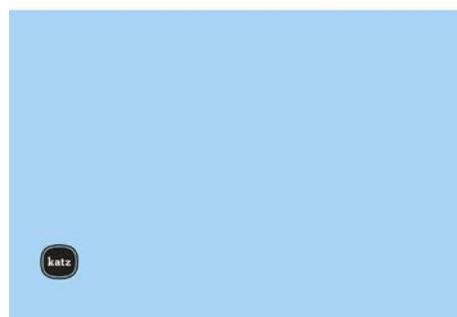


Devoto o Luis Alberto Romero.

A raíz de todo esto, mi experiencia universitaria fue de un completo y constante descubrimiento, en el sentido más amplio de la palabra. Ni mi padre ni mi madre son profesionales, y las inquietudes intelectuales no definieron la historia de mi familia. En este contexto, la decisión de estudiar historia fue el resultado de una imposibilidad (estudiar filosofía en Buenos Aires) y de la afición que tuve desde mi infancia por la lectura de libros de historia. Lo cierto es que, al ingresar a la universidad, el horizonte conocido, probable, era ser profesor de educación secundaria. Ni idea tenía de qué era una carrera académica o de que era posible ser historiador por algo más que no fuera vocación.

Por todo esto, sería mezquino si sólo dijera que mis estudios me dieron una formación rigurosa y atenta a las renovaciones y debates de la historiografía (campo de conocimiento del que sabía, asimismo, poco y nada a raíz de una educación secundaria bastante elemental). Estudiar historia en Tandil me ofreció algo más amplio e impensado hasta entonces, oportunidades y recursos para tener una profesión que no sabía, literalmente, que era factible en la Argentina. Toda esta experiencia se vio enriquecida, además, por la “pequeña escala” de la facultad, que hizo posible un contacto frecuente y cercano con profesores, profesoras, investigadores e investigadoras de primer nivel, facilitándome el acceso a información y a conocimiento de primera mano de qué implicaba ser historiador y más en general, del quehacer de la investigación y de la vida académica.

Al graduarme, ya era consciente de la excepcionalidad del IEHS, y por ello decidí hacer también en Tandil mi doctorado, para entonces recién iniciado, entre 2000 y 2005, donde tuve la posibilidad de acceder a una oferta internacionalizada de cursos y



seminarios, y establecer contacto con investigadores que fueron tutores o directores más adelante, en instancias de formación post doctoral, como Maurizio Gribaudi.

En todo este itinerario, Eduardo Míguez y Hernán Otero, director y co-director de mi tesis, fueron mis maestros, aquellos que me enseñaron la sensibilidad y el oficio de historiador, y a cuya generosidad intelectual y personal estaré siempre agradecido. Otra figura de gran importancia en los años de formación doctoral fue Ezequiel Gallo, a quien conocí como estudiante de un seminario de grado que dio en Tandil en 1997, y que años más tarde fue jurado en mi tesis de doctorado. Algunos encuentros informales con Gallo resultaron de enorme provecho para refinar mi acercamiento al objeto de estudio de mi tesis, la elite social de Buenos Aires de fines del siglo XIX. Finalmente, ya concluido el doctorado, tuve la oportunidad de entablar contacto con Juan Carlos Torre entre 2005 y 2007, y con él, a través de reuniones periódicas, hice el trabajo de transformar la tesis en mi primer libro, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, publicada en 2008 en la colección que por entonces Torre dirigía en Siglo XXI. Esos dos años fueron una inesperada, informal y valiosísima etapa de formación post doctoral y de maduración intelectual.

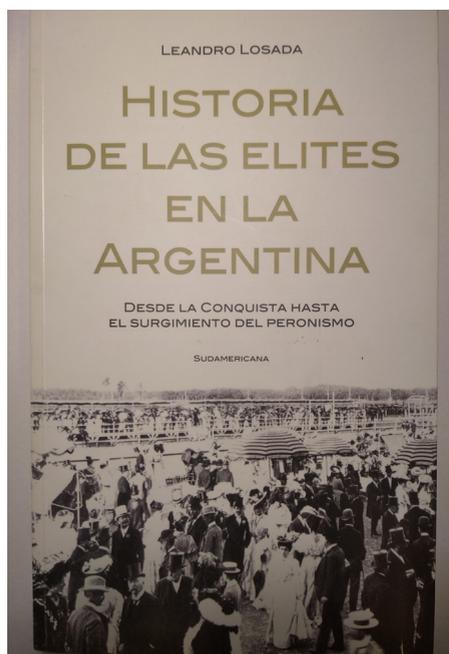
## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Mis primeras investigaciones, acerca de la elite social y de las familias patricias de la Argentina entre 1880 y 1930, se conectan con problemas y trabajos pioneros de la sociología académica y de la historia social argentina (Gino Germani, José Luis Romero, Darío Cantón); es decir, la fenomenal transformación ocurrida a lo largo de ese período, y su impacto en la cumbre de la estructura social. El interés por las elites, a su

vez, supuso un diálogo (crítico) con toda una literatura proveniente fundamentalmente del ensayo político, acerca de la “oligarquía”, sus características, su composición y su responsabilidad en los destinos del país. A diferencia de la mayoría de esa literatura, que propone un grupo social omnipotente y robusto, mis investigaciones plantearon que los dilemas que esa elite tuvo, así como los problemas de los que fue responsable en el rumbo de la Argentina, se desprendieron de sus fisuras internas, de las dificultades para renovar sus elencos y del hecho social básico de que la construcción de distinción fue en sí misma complicada en una sociedad como la argentina de inicios del siglo XX. En este sentido, para este tipo de investigación, además de los antecedentes locales que mencioné anteriormente, fue de mucho valor la historiografía social sobre elites latinoamericanas y europeas, en su vasto campo de registros (historia de la familia, estudios de redes sociales, sociabilidad, etc). Los trabajos de autores como David Cannadine, Leonore Davidoff, Anthony Cardoza, Jeffrey Needell o Manuel Vicuña, por citar solo algunas referencias, fueron guías e incentivos de importancia. De hecho, para el momento en que comencé mi tesis doctoral, a inicios de los 2000, la historiografía social sobre elites estaba más consolidada en otros medios académicos que en nuestro país.

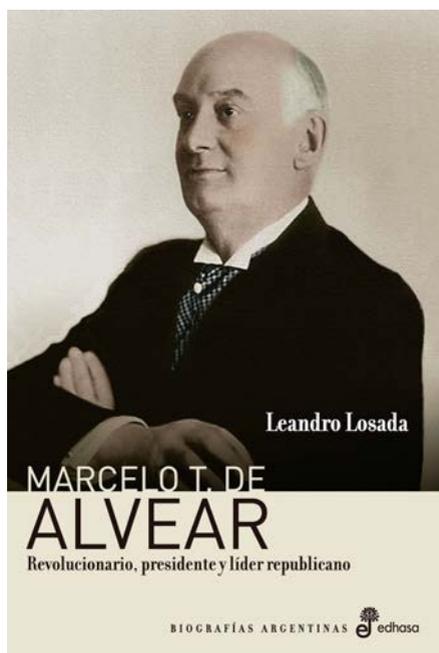
En segundo lugar, mis trabajos más recientes, acerca de las características y vínculos entre liberalismo y republicanism, si bien han tenido como disparador preguntas surgidas durante mis investigaciones sobre la historia social de la elite patricia (fundamentalmente, la proyección política y pública de su identidad prevaleciente, “aristocracia republicana”), se inscriben, desde ya, en una arraigada tradición de la historiografía argentina, en la que se destacan nombres como los de Tulio Halperin Donghi, Natalio Botana, Ezequiel Gallo, Eduardo Zimmermann, Jorge Myers, Hilda Sabato, Fernando Devoto o Darío

Roldán. Quizás el acento singular de mis trabajos en este campo sea el que recién señalé, es decir, que el origen de las preguntas que me condujeron a estudiar el liberalismo y el republicanismo en la Argentina se sitúa en un estudio de historia social sobre la elite patricia, más que en problemas derivados de discusiones o controversias propias de la historiografía política o del pensamiento político. Desde ya, las características mismas del problema han ido desplazando mis investigaciones hacia ese tipo de registros (así como al de las recepciones y circulaciones intelectuales, por ejemplo en mi último libro, *Maquiavelo en la Argentina*), pero, al menos en lo personal, por prudencia pero también por sensibilidad, prefiero no definir mis investigaciones sobre estos temas en términos estrictos de historia intelectual, historia de las ideas, historia conceptual u opciones similares, precisamente porque el punto de partida, y el problema de referencia, proviene de una inquietud más amplia acerca del perfil y del desenvolvimiento de la elite patricia en la historia argentina.



### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Quizá por el espacio académico en el que se dio mi formación (pequeño y fuera de Buenos Aires, en tiempos anteriores a la masificación de las posibilidades on line) y también por rasgos de personalidad, me siento más cómodo con el trabajo en soledad, con excepción de las instancias de socialización



características de la vida académica (jornadas, congresos, etc -en las que prefiero, de todos modos, las de menor escala, por ejemplo, workshops-). Tampoco suelo enviar trabajos en preparación a colegas de confianza para tener una devolución. En general, siempre he circulado mis trabajos una vez publicados. Y en cuanto a la lectura de otros autores, prefiero leerlos al momento de pensar un problema y diseñar un proyecto, pero ya no en el momento del trabajo de archivo

y de fuentes, o de escritura. Sí debo decir, no obstante todo lo anterior, que he tenido enriquecedoras y gratificantes experiencias en algunos trabajos en colaboración, como los que realicé con Roy Hora.

#### **4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?**

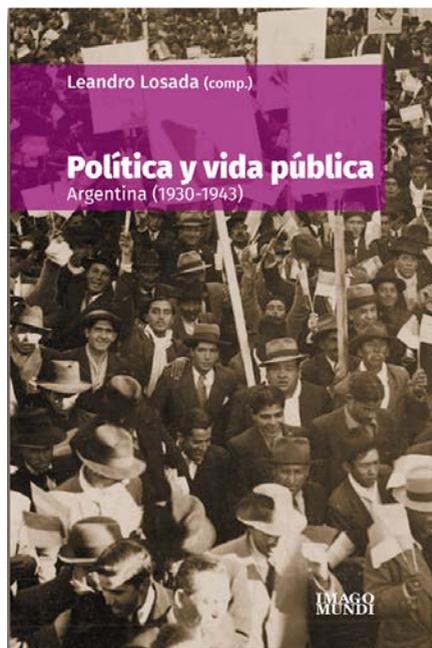
Respecto de mi trabajo, diría que tengo un problema general de investigación, que es la relación entre elites y democracia en la historia argentina, y que he ido trabajando ese problema desde interrogantes más específicos (la composición de las elites y sus relaciones recíprocas, la construcción de distinción social, los espacios de sociabilidad y las identidades, las trayectorias familiares, la actuación pública y política, las concepciones sobre el liberalismo, el republicanismo y la democracia en los integrantes de las elites) que requirieron de diferentes aproximaciones metodológicas (la prosopografía, la historia de familia, la biografía, etc) y distintos anclajes historiográficos (historia social, historia política, historia del pensamiento político).

Por esta razón, decía anteriormente que, si bien mis últimos trabajos se vinculan a la historia intelectual o a la historia de las ideas, prefiero no definirme en sentido estricto como un historiador que ejerce o se identifica con estas formas de investigación, tanto por mi formación “original”, por decir así, más cercana a la historia social, como por el problema general que me ha conducido a este tipo de investigaciones. Prefiero definirme como investigador por el problema o la pregunta que sustenta mis trabajos, antes que por las maneras específicas en que abordo ese problema.

En relación con esto, para mí ha sido muy importante (por estimulante, y también por necesario), acudir a la teoría (social,

cultural, política, según el caso), al momento de pensar preguntas de investigación, así como de proponer argumentos e hipótesis. Con esto no quiero caer en el lugar común de la interdisciplinariedad, ya que me refiero a recurrir a la teoría desde la especificidad que tiene una investigación histórica, es decir, una indagación que tiene como una de sus premisas epistemológicas y ontológicas centrales la importancia de la acción del tiempo en los fenómenos humanos y sociales. Tampoco, desde ya, me refiero a un eclecticismo teórico que, en nombre del respeto a las fuentes, conduzca a conjugar elecciones conceptuales basadas en concepciones sobre la sociedad no sólo distintas sino también contrapuestas. Por eso, en mi opinión, el aporte y el lugar de la teoría en la investigación histórica es necesario más que nada para alentar o refinar preguntas y argumentos.

A la vez, el conocimiento aportado por la historiografía es fundamental e indispensable para recortar o postular una pregunta sobre el pasado, pero estoy convencido de que un historiador debe nutrirse de algo



más que del conocimiento estrictamente historiográfico, sobre todo para evitar dos aspectos que considero problemáticos: el empirismo, y el diseño de proyectos o de investigaciones exclusivamente atento a modas o tendencias historiográficas.

La distinción entre relevancia historiográfica (es decir, aquello que el campo profesional define en un momento dado como la agenda prevaleciente, así como los modos legítimos de abordarla) y relevancia histórica (problemas sobre el pasado que permiten entender la historia de una sociedad) me parece necesario tenerla siempre presente. No desconozco, por supuesto, que la definición de un problema como históricamente relevante no es inmutable u objetiva, sino que en ello incide la historia “externa” e “interna” a la disciplina, pero aún así entiendo que la diferenciación entre la relevancia historiográfica e histórica es una distinción epistemológicamente importante para el investigador (al menos, así ha sido en mi caso).

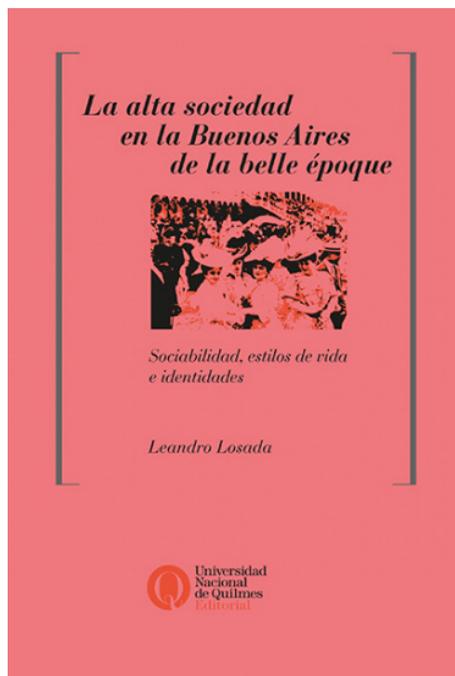
**5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

En una perspectiva general, mi opinión es que la historiografía argentina en la actualidad conjuga tendencias atentas a las renovaciones que la disciplina ha tenido en los últimos años en aspectos epistemológicos y metodológicos (se han afirmado y extendido

perspectivas y enfoques como la historia global, la historia transnacional, la historia de género, la historia de las emociones), que se plasman en investigaciones dedicadas a diferentes períodos y temas (la historia de las mujeres y de las infancias, la historia intelectual, la historia de la inmigración), así

como una ampliación de la producción, tanto en cantidad como en calidad, para momentos del pasado que hasta hace un par de décadas en general no eran objeto de historiadores. Me refiero, en este caso, a la denominada historia reciente, aquella vertiente de la historiografía que, probablemente, ha concitado un interés prevaleciente en los últimos años entre investigadores, investigadoras y tesis. En lo personal, por cuestiones de intereses y sensibilidades, dos son los debates que he seguido, y sigo, con atención en los últimos

años: la renovación en los estudios de la formación del Estado Nacional entre las décadas de 1850 y 1880 (desplazando la atención del poder central a las elites y los estados provinciales) y la discusión acerca del republicanismo como marco interpretativo para estudiar las dinámicas políticas del siglo XIX.



## La historiografía argentina en la periferia científica del mundo

Diego Mauro

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Mis años de formación en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario estuvieron marcados en gran medida por la movilización estudiantil generada en el marco de la crisis del gobierno de la Alianza y el estallido social del 2001. Recuerdo las multitudinarias asambleas en el salón de actos de la Facultad y en las calles durante ese año. Además, durante el 2001 tuvimos pocas clases formales debido a las resistencias sociales al ajuste del gobierno. Igual estábamos todos los días en la Facultad en diferentes actividades. Por ejemplo, con varios compañeros y compañeras



de Historia organizamos unas especies de “talleres” en los que leíamos y discutíamos parte de los programas de las materias con la participación de algunos docentes. No recuerdo haber debatido tanto en otro momento de mi vida. Vista a la distancia, fue una experiencia formativa impresionante. Se daban escenas y situaciones, además, que hoy parecerían surrealistas. En las peñas que se hacían por la noche en la Facultad para recaudar fondos podías encontrarte con gente debatiendo horas sobre el modo de producción asiático o estudiantes sentados en el piso leyendo totalmente abstraídos de la música y el baile, *Materialismo y empiriocriticismo*, de Lenin.

La otra experiencia que me marcó mucho fue la del Primer Año Común, que cursé en 1998. En la Facultad varias de las carreras (Historia, Antropología, Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación) compartían por entonces las asignaturas del primer año, lo que conocíamos como “el PAC”. Para mí ese año fue deslumbrante. Estaba maravillado por las cosas que descubría cada día en las clases. Todavía al día de hoy me acuerdo de lo impactado que salí de uno de los teóricos de Roberto Retamoso sobre Mijaíl Bajtín. Salí y fui a ver si su libro sobre Rabelais estaba en la biblioteca. También me gustaban las clases de Irma Antognazzi sobre historia y teoría social. Allí aprendí los rudimentos del es-

**Diego Muro:** diegoalemauro@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0001-9682-4116>, Universidad Nacional de Rosario-CONICET, Diego Mauro es Doctor en Humanidades y Artes por la Universidad Nacional de Rosario (2010). Se desempeña como Investigador Independiente en el CONICET-ISHIR y como docente y coordinador del Doctorado en Historia de la mencionada universidad. Entre sus últimos libros se cuentan: *Devociones marianas. Catolicismos locales y globales en la Argentina. Desde el siglo XIX a la actualidad* (Prohistoria Ediciones, 2021), *Católicos y política en América Latina antes de la Democracia Cristiana, 1880-1950* (con Martín Castro, EDUNTREF, 2019 y 2021) y *América Latina entre la reforma y la revolución. De las independencias al siglo XXI* (en coautoría con Marta Bonaudo y Silvia Simonassi, Editorial Síntesis, 2021).

tructuralismo y del materialismo histórico. Era muy apasionada. A finales de los noventa, el debate sobre la crisis de las llamadas teorías omnicomprendidas, entre ellas la del marxismo, estaba todavía encendido. Fue la ventana a través de la cual me acerqué a la teoría de la historia. Me puse a leer a Marx con bastante atención, sobre todo al Marx más filosófico. Encaré también *El Capital* pero me resultó difícilísimo, no recuerdo si en ese momento lo terminé de leer. Creo que no, pero leí a muchos otros teóricos marxistas desde esos que Hobsbawm considerada “marxistas vulgares”, que planteaban diferentes determinismos economicistas, hasta teóricos más refinados como Georg Lukács, Gramsci, Agnes Heller o Frederick Jameson. De todos modos, por entonces, la llamada Escuela de Frankfurt fue probablemente el marxismo que más

filosofía. Allí, leí por primera vez alguna cosa de Heidegger. Quedé fascinado. Me compré *Ser y Tiempo* en la traducción de José Gaos y, aunque entendí poco y nada, lo leí entero con un extraño interés. Me acuerdo que torturaba a mis amigos y amigas tratando de explicarles el Dasein y la crítica a la metafísica occidental, por supuesto de manera bastante rústica y muy poco didáctica. No me importaba. Por entonces la oscuridad de Heidegger me parecía una virtud. Con el paso del tiempo esa fascinación inicial se fue diluyendo y, por el contrario, el lenguaje críptico que empleaba empezó a molestarme. Hay un libro de Bourdieu sobre la ontología política de Heidegger que es demoledor. De todas maneras, en esos primeros años todo ese pensamiento laberíntico y confuso me resultaba irresistible. De hecho, al año siguiente, en 1999, me



María Sierra, Rafael Zurita, María Antonia Guerrero Peña, Marta Boanudo, Diego Mauro, Juan Pro y Juan Pan-Montojo

me sedujo. Por supuesto, todas estas lecturas me llevaron varios años, diría que las hice entre 1999 y 2003. En ese primer año me había cautivado mucho también una materia que se llamaba Problemática del Saber, una suerte de introducción a la

anoté también en la carrera de Filosofía y la cursé un par de años. Antropología Filosófica, a cargo de Rubén Vasconi, que rendí libre, fue una de las experiencias intelectuales más estimulantes que tuve. Allí conocí a Horkheimer, Adorno, Marcuse, De Beauvoir, Camus, Marcel, Sartre... autores que me acompañan desde entonces y a los que sigo volviendo. De todos modos, tras esta experiencia, me fui decantando finalmente por la carrera Historia de la que me recibí en el 2003. Poco después me presenté a una beca en el CONICET para iniciar un doctorado en Historia. Mi acercamiento a la historia fue igualmente paulatina. Un primer paso importante en ese camino fue mi participación en un grupo de investigación de la cátedra de Historia Argentina I. Griselda Tarragó y Elsa Caula, las docentes

a cargo, eran muy atentas y generosas y nos alentaban a investigar. Te contagiaban el entusiasmo. Me sumé por un tiempo al proyecto que dirigían y en donde comencé a leer con ellas teoría social, teoría de redes y algo de metodología. Ambas fueron muy importantes en mi formación. Allí empezó a



Diego Mauro, Marta Bonaudo, Dora Barrancos, María Sierra

atraerme esa combinación de debate teórico e investigación concreta, palpable, que no se daba en el ámbito de la Filosofía. En la misma línea recuerdo las clases de Teoría de la Historia que daba Eduardo Hourcade: una maravilla. Me quedó grabada su explicación gráfica del marxismo determinista en el pizarrón. Con toda la parsimonia del mundo entró un día al aula y se puso a dibujar un rectángulo. Cuando lo terminó dijo “esta es la base material”. Luego trazó una pequeña línea casi insignificante arriba del rectángulo y agregó: “y esto, que casi no se ve, la superestructura”. Estas cosas me volvieron a acercar a la historia y poco después rendí como ayudante alumno de Historia Argentina II donde la titular era Marta Bonaudo. La persona con la que finalmente me convertí en historiador y,

sin dudas, mi maestra con todas las letras a lo largo de dos décadas. Hasta ese momento, como decía, todavía estaba con un pie en la filosofía y Marta, poco a poco, fue ayudándome a definir mejor lo que quería hacer. Además, el trabajo en la cátedra de Historia Argentina II me fue llevando poco

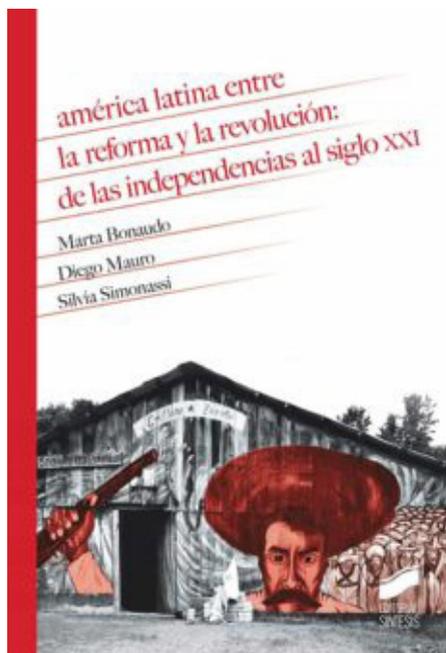
a poco a empaparme más de las discusiones en historia argentina y latinoamericana. Otra influencia importante por esos años fue la de Alejandro Cattaruzza cuyas clases sobre historiografía disfrutaba muchísimo. Más indirectamente también recuerdo el impacto que me produjeron algunas pocas clases que tuve con Darío Barrera, quien por entonces era un reciente graduado. Darío empezaba sus clases haciéndonos analizar el título de

un artículo científico para que tratáramos de descifrar sus presupuestos teóricos. Nos llenaba de preguntas, algo que también hacía Marta.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

No sé si es posible plantear de manera muy clara esa distinción. El mundo académico es muy trasnacional por definición. Por otro lado, las tradiciones intelectuales argentinas en las que me formé son, al mismo tiempo, resultado de tradiciones intelectuales siempre más o menos extranjeras. Pienso, por ejemplo, en la historia social de los años sesenta donde *Annales* y los “marxistas británicos” fueron influencias fundamen-

tales. Por dar un ejemplo: el debate entre “sectores populares” y “clase obrera” de los ochenta y noventa puede pensarse como la traducción argentina del impacto del marxismo culturalista británico. De igual manera, la más reciente noción de “clases populares” es, en cierto modo, una relectura de aquella querrela disciplinar tamizada por las herramientas más sofisticadas de la historia cultural contemporánea, “giro lingüístico” mediante. La historiografía argentina, quiero decir, más allá de su buen nivel y sus estándares internacionales, no escapa a la determinaciones estructurales que le impone formar parte de la periferia científica del mundo. Hace un par de años escuchaba a un colega, Gustavo Sorá, ilustrar esa relación asimétrica comparando el número de traducciones entre Francia y Argentina en las últimas décadas. No recuerdo los números, pero mientras en argentina se habían traducidos, no sé, digamos miles de libros publicados en Francia, en Francia apenas se habían traducido una decena de textos editados en Argentina.

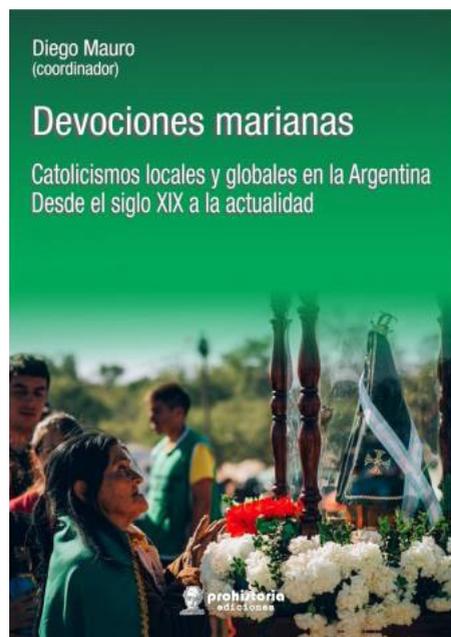


Volviendo a mi historia personal, si bien hice mi tesis doctoral en historia política con Marta Bonaudo, finalmente tras mi posdoctorado me dediqué a la historia del catolicismo y la secularización en la Argentina contemporánea. En este plano, en el que me formé con becas posdoctorales dirigidas por Miranda Lida, tuve de igual manera una fuerte influencia de tradiciones intelectuales europeas y norteamericanas. De hecho, con Miranda prestamos desde el comienzo mucha atención a lo que se estaba haciendo en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, Italia y España sobre historia de las religiones y en especial sobre la Iglesia católica. El intento por cultivar una historia social y cultural del catolicismo que excluirara y “desprovincializara” las miradas más tradicionales se basó, en buena medida, en lo que leíamos publicado en Europa y Estados Unidos. En menor medida también en México y Brasil.

### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Por lo general intento aprovechar los seminarios para discutir las primeras versiones de un trabajo. Después sigo el circuito habitual de jornadas y congresos: antes de publicar un artículo atravieso al menos tres o cuatro instancias de este tipo a lo largo de un año o dos. De todos modos estas instancias con frecuencia terminan cristalizándose demasiado y, en cierto modo, dejan de funcionar como deberían. En parte porque uno mismo, a veces, en lugar de mostrar las debilidades de las investigaciones opta por ocultarlas. Lo cual, obviamente, dificulta todo. Por otro lado, los lectores y el público académico, saturados de evaluaciones y trabajo burocrático, no siempre están con todas las antenas encendidas. Al combinarse dichos factores terminan transformando lo que estaba pensado como un ámbito de

discusión y debate en algo bastante menos estimulante. Abro un paréntesis, creo que el impacto de los sistemas de gestión y acreditación, cada vez más invasivos e inútiles, es algo que tenemos que atender muy seriamente. El tiempo que insumen termina significando un obstáculo muy serio para el trabajo de investigación real. Cierro paréntesis.



En el último tiempo, en parte por todo esto, he optado por contactar de manera directa a colegas para pedirles ayuda, despejar dudas y, cuando es posible, enviarles un artículo o un capítulo para que lo lean. Esta estrategia la usamos mucho en un libro de síntesis sobre América Latina que escribimos con Marta Bonaudo y Silvia Simonassi para una editorial española. Cuando teníamos dudas sobre algo lo charlábamos directamente con algún colega. En otras ocasiones he optado por compartir mi trabajo en una carpeta común y dejarlo allí varios meses para recoger comentarios. Esta metodología funcionó muy bien en un reciente libro que coordiné sobre *Devociones marianas*. Mi introducción cambió mucho gracias a

las críticas que me hicieron varios colegas. Además las/os autores nos leímos de manera cruzada durante casi un año enviándonos sugerencias, críticas, reflexiones.

En paralelo con esta producción estrictamente académica vengo escribiendo más sistemáticamente ensayos breves, artículos periodísticos o columnas de opinión sobre mis temas de investigación pero también sobre política e historia en un sentido más amplio. Al mismo tiempo trato de aceptar las invitaciones que me hacen para ir a diferentes medios o para participar en proyectos de “divulgación”. Es una tarea que, últimamente, me resulta bastante más estimulante que la vida académica estrictamente. En estos casos por lo general escribo de un tirón y publico directamente. Algunas veces comparto con algún colega puntual las ideas, pero en general escribo solo. El debate, en todo caso, surge ya de la devolución de las/os lectores y se desenvuelve más bien en las redes sociales.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

No es una pregunta sencilla. Con Miranda Lida escribimos bastante sobre cómo hacer una historia social y cultural del catolicismo que dejara atrás los clichés más habituales y con Ignacio Martínez y Roberto Di Stefano hemos discutido en diversos artículos y libros sobre la importancia y la necesidad de construir una historia de la secularización y la laicidad. De igual manera, con Martín Castro reflexionamos recientemente sobre las características y las posibilidades de avanzar en una historia del catolicismo político en América Latina. Los campos en los que inscribiría las investigaciones que desarrollo.

Pensando en términos de “destrezas”, creo que una de las más difíciles de conseguir, o, mejor dicho, de mantener, es la apertura mental a través del tiempo. Después

de que uno pasa unos cuantos años en un tema tiende a tener una mirada más bien “cerrada”, lo cual es lógico y bueno en cierto sentido, pero también, al mismo tiempo, un problema. Uno se va volviendo hermético a las críticas y esto último finalmente dificulta continuar la investigación. A veces, ese es el momento de cambiar de tema. En mi caso, por ejemplo, en los últimos años comencé a leer más antropología de la religión y eso me generó muchas nuevas preguntas sobre cosas que me parecían resueltas. Ahora estoy pensando varios proyectos en esa dirección. La interdisciplina es algo fundamental y todos la proclamamos y alentamos pero, siendo honestos, no solemos practicarla muy en serio que digamos.

Volviendo al tema de las “destrezas” creo que, además de esto, es necesario obviamente cultivar las propias de cualquier historiador: pensar en términos de multicausalidad, combinar escalas espaciales y temporales, evitar los anacronismos, historizar las propias categorías de análisis. En el caso del estudio de las instituciones religiosas esto puede traducirse en dos o tres lineamientos básicos. Por un lado, creo que una primera precaución que debe tomarse es la de no cultivar una mera historia política de las religiones: la salida más fácil. Eso no quiere decir no estudiar a las instituciones religiosas como actores sociales y políticos, cuando lo son, sino no olvidarse de lo obvio, que son también actores religiosos. Por tanto, para entenderlos como tales, es preciso profundizar en las lógicas de las diferentes cosmovisiones a través de las cuales las religiones ponen en diálogo lo sagrado y lo profano de distintas maneras. Como dice el filósofo italiano Gianni Vattimo, si no “creemos que se cree” es muy difícil hacer una historia más o menos sólida de lo religioso. Por otro lado, es fundamental también entender que, como ocurre también con otros actores, no son necesariamente homogéneos sino más bien, en muchos casos, como ocurre con el catolicismo, constelaciones de actores con

visiones políticas, ideológicas y teológicas distintas, donde además se expresan diferentes espiritualidades. Por último, creo que es muy importante también no perder de vista que todas estas dimensiones están atravesadas por las formas en que cada uno de estos actores, colectivos e individuales, vive la religión. Un registro en el que se abre un abanico de prácticas de recomposición, recreación y reinención cotidiana de lo religioso que resultan indispensables para comprender la propia vitalidad de las religiones en el mundo contemporáneo.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Por un lado, creo que la expansión del sistema científico en los últimos veinte años contribuyó a generar un campo historiográfico con instituciones mucho más descentradas. Al día de hoy existen en el país numerosos centros de investigación dispersos en las diferentes provincias que mantienen estándares muy altos de excelencia y en los que se puede desarrollar una carrera de investigación. Dios sigue atendiendo en Buenos Aires, pero, digamos, Jesús, el Espíritu Santo y la Virgen se han movido a las provincias. En este proceso el impulso que recibió el CONICET, sobre todo entre 2003 y 2015, fue sin dudas fundamental. Sobre esta base material más firme se multiplicaron las temáticas y los estudios regionales y locales que le dan a la historiografía argentina contemporánea una densidad y una diversidad mucho mayores. Por otro lado, la expansión del sistema científico sumada a su mayor internacionalización, en parte gracias a subsidios para realizar estancias posdoctorales en el extranjero, creo que produjo una pequeña “revolución” muy positiva dentro de la historiografía profesional. Mientras en los años ochenta y noventa los principales historiadores e historiadoras podían

nombrarse con los dedos de una mano y era imposible intentar una carrera académica sin estar más o menos vinculado a ellos, hoy en día la historiografía argentina tiene numerosos referentes en cada subcampo al punto incluso que pueden convivir diferentes líneas de trabajo sobre un mismo tema con relativa autonomía. Por supuesto, esto que es bueno en un sentido, en tanto y en cuanto limitó considerablemente el poder institucional que detentaban en el pasado los historiadores de mayor trayectoria debido a la propia escala del sistema, tiene también un costado negativo. Es frecuente encontrarse con “grupos” y “tribus” académicas a veces muy poco propensas a debatir más allá de su propio ámbito. De todos modos, tengo una mirada positiva sobre este proceso.

Luego, en lo que tiene que ver con los debates coincido con otros colegas en que, es cierto, no se encuentran las querellas de otros tiempos. Hallar una explicación a esta situación no es sencilla y tiene que ver con muchos factores que es imposible analizar en profundidad aquí. Diría, no obstante, que no es un rasgo específico de la historiografía argentina. En todo caso, esos “grandes debates” generados por la crisis de las llamadas “megateorías”, el giro cultural primero y el lingüístico después, tampoco se encuentran ya en otros países. Asimismo, bajando más a tierra, las propias dinámicas de funcionamiento del sistema científico a veces conspiran contra el debate académico, principalmente durante las etapas de formación. Las becas tienen plazos que hay cumplir y para lograrlo no es posible plantear debates demasiado radicales. Se pueden llegar a matizar algunas cosas, en casos puntuales, incluso, plantear hipótesis alternativas, pero la lógica de producción y evaluación a la que están sometidos las/os jóvenes becarios va un poco a contramano de la posibilidad de discutir cuestiones de fondo. Dicho esto, debo decir que, aún así, he encontrado discusiones interesantes y académicamente muy relevantes en dife-

rentes subcampos. En el que trabajo, sin ir más lejos, la crítica y reformulación del paradigma teórico de la secularización dio pie a una renovación muy interesante de la historia del catolicismo contemporáneo. Lo que el postulado de la incompatibilidad entre modernidad y religión convertía en una crisis terminal y en un declive inevitable y necesario, devino en las últimas décadas un proceso de cambio y transformación, adecuación y reformulación. El ajuste de estas categorías visibilizó numerosos fenómenos que antes ni siquiera se tenían en cuenta y abrió vías muy fructíferas para volver a pensar el lugar de lo religioso en el mundo actual. En este proceso, la historiografía argentina hizo avances importantes al punto que ocupa al día de hoy un lugar relevante a nivel internacional. Me atrevo a decir que, en este subcampo, su impacto es bastante más significativo que en otros. Dicho de otra manera: ha logrado una recepción que va más allá de la esperable para un país de ingreso medio, con cierto desarrollo científico, pero indudablemente periférico y con recursos escasos. De igual manera, en otras temáticas también se dan discusiones potentes, por ejemplo en la historia de la industria se ha escrito mucho y muy bueno últimamente o, como adelantaba, en la propia historia social y política la noción de clases populares da cuenta del impacto de una historia cultural mucho más radical, a la manera de Lynn Hunt, por ejemplo. Una vertiente que tiene mucho para dar todavía.

## Leopoldo Zea: El enemigo de todos

Marcos Olalla

### 1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Mi etapa de formación intelectual se desarrolló en un contexto en cierta medida sombrío. Comencé a cursar la carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en el año 1991. El departamento de Filosofía de esta Facultad posee una historia marcada por grandes contrastes. Su trayectoria desde la década del 40 en adelante estuvo signada por la hegemonía de los sectores más reaccionarios del conservadurismo católico, estructurado en redes intelectuales que tributaban en un hispanismo que a un lado y otro del



Atlántico se nutría de nacionalismo, más cercano o lejano al franquismo según fuese el grado de ascendencia del vector monárquico. Esta información puede parecer anecdótica, u oficiada por un cierto regusto por lo bizarro, pero constituye un índice del grado de radicalización del segmento intelectual reaccionario que fungía como gobierno de la Facultad en la que realicé esa primera formación, incluso en la fase temprana de la década del noventa. No es extraño entonces que en la década del 60 se hubiese constituido un núcleo de profesores de Filosofía como Arturo A. Roig, Enrique Dussel, Carlos Bazán, Oward Ferrari y otros, que fungiría como la contracara de aquella filosofía de corte confesional. Los setentas, en tanto, saldaron este antagonismo en beneficio del vector nacional católico, cuya reconfiguración, lejos de salir herida por la fallida normalización radical del 83, resultó afianzada, y contribuyó al desarrollo de un notable blindaje de la carrera de Filosofía respecto de cualquier tipo de corriente crítica. Hacia principios de la década del noventa el discurso de la derecha filosófica mendocina se había convertido en una suerte de catecismo panespiritualista tan elemental que no despertaba en los estudiantes deseo alguno de contestación, sino más bien una modalidad singular de perplejidad, surgida de la condición que podríamos llamar

**Marcos Olalla:** marcosolalla@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0003-1111-1067>, Universidad Nacional de Cuyo-CONICET, Profesor y Doctor en Filosofía (Universidad Nacional de Cuyo). Investigador Adjunto del Conicet, Profesor Asociado de Filosofía de la Cultura (Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo) y Profesor Adjunto de Introducción a la Filosofía (Facultad de Derecho de la UNCuyo). Ha realizado estancias posdoctorales en la Universidad de Barcelona (2010) y en la Universidad Autónoma de Barcelona (2013-2014). Coordinador del Grupo de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA, CCT-Mendoza/CONICET).

“numinosa”<sup>1</sup> de aquella filosofía, puesto que la gama de experiencias que suscitaba oscilaba entre la risa y el miedo.

Nuestra única vía de subsistencia como estudiantes era la militancia y el desarrollo de nuestros propios itinerarios de lectura e investigación. En plena discusión acerca de la naturaleza de los festejos por el V Centenario del llamado descubrimiento de América en esta Facultad se organizó un congreso internacional de hispanistas que se abrió con dos encendidas conferencias de quien para entonces era el decano de la misma y del filósofo cordobés Alberto Caturelli, ambas en línea con el hispanismo reaccionario. En torno de nuestra resistencia al evento una decena de estudiantes de Filosofía creamos un grupo de militancia y una revista. Además del tópico antihispánico de coyuntura, y a nuestros modos de replicación humorística de aquella extraña filosofía que; en un anacronismo poco estimulante, hacía de Hegel una suerte de sucedáneo de Sciacca; nuestro horizonte se amplió a la escena de la crítica a la política educativa del gobierno menemista. En dicha atmósfera la discusión sobre los alcances del concepto de “posmodernidad” que en América Latina se replicaba a fines de los años 80 y principios de los 90 nos interpelaba, sobre todo en función de los modos como interceptaba la agenda latinoamericanista, puesto que esta última se convertiría para algunos de nosotros en un nudo desde el que podíamos examinar el potencial crítico-político de la producción filosófica del momento.

En este contexto fue clave la invitación de Adriana Arpini a formar parte

1 En línea con el uso que el filósofo de la religión alemán Rudolf Otto le diera a este concepto.

de su equipo de investigación en torno a 1994. Adriana, junto a Clara Jalif, eran las únicas profesoras que salían del registro ideológico predominante en mis años de formación. Había dos vectores relativamente orgánicos de despliegue de una producción intelectual crítica en la Mendoza de los primeros años 90. El primero gestado en torno al magisterio de Arturo A. Roig –de quien Arpini era discípula-, con sede en el Instituto de Ciencias Humanas Sociales y Ambientales INCIHUSA, CONICET, cuyo eje era el



desarrollo de una historia de las ideas latinoamericanas de perfil crítico concebida como una modalidad de despliegue de la filosofía latinoamericana, y otro, con un menor nivel de organicidad, pero también muy influyente, ligado a la recepción de la obra de Michel Foucault, por profesores de Filosofía de las Facultades de Ciencias Políticas y Sociales y de Derecho de la UNCuyo, entre las que destacaban Norma Fóscolo y María del Carmen Schilardi. La intersección de ambos vectores no estuvo exenta de tensiones, pero su saldo fue la mayoría de las veces fructífero.

Participé como estudiante de varias de las sesiones del “seminario de los viernes” que Roig desarrollaba en el INCIHUSA. Sus

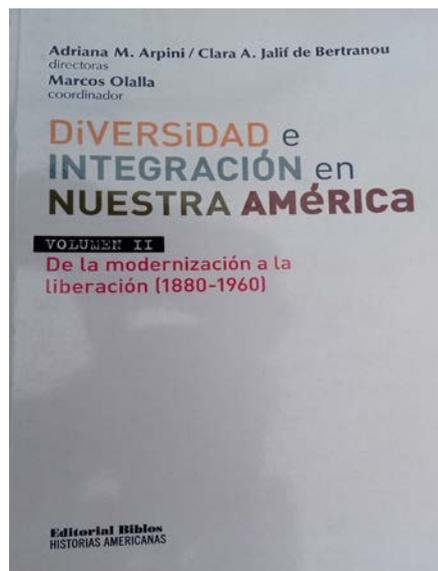
clases y las discusiones suscitadas por ellas eran deslumbrantes. La primera generación de sus tesistas, Adriana Arpini, Estela Fernández Nadal, Beatriz Bragoni, Alejandra Ciriza, Oscar Salazar y Clara Jalif, así como la segunda, Fernanda Beigel, Dante Ramaglia y Marisa Muñoz, constituían la base de un auditorio notable, a los que ocasionalmente se sumaban otros académicos de la región que participaban.

Entre la multitud de virtudes de Adriana Arpini se cuenta una que fue para mí intelectualmente muy estimulante. Ella logró que quienes nos formamos bajo su dirección experimentáramos nuestras investigaciones como resultado de formas de interpelación colectivas. Las reuniones mensuales de sus tesistas fungían como foro de discusión en los que poníamos a punto nuestros avances. El magisterio de Adriana tuvo una cualidad singular que consistió en la construcción de una cierta comunidad de investigación en la que las acciones de nuestros pares eran tan significativas como la orientación de quien oficiaba como nuestra directora.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Mis influencias iniciales provinieron de los dos vectores de la formación alternativa que recibí, por un lado, de la historia de las ideas latinoamericanas y por otro de la recepción en el campo de los estudios latinoamericanos de la obra de Michel Foucault. Esta última operó como una reserva metodológica ante la pulsión historicista de la primera. Esta intersección ofició de acicate para una lectura entusiasta de los estudios culturales de la Escuela de Birmingham, así como del programa crítico desplegado por Edward Said en *Orientalismo* y, posteriormente, por el trabajo de los “estudios subalternos” sudasiáticos.

Tal vez por esa dinámica de averso y reverso desplegada entre el elemento afirmativo y las tensiones inherentes al lugar de enunciación de los discursos literarios americanistas de los que me ocupé inicialmente es que la tradición crítico literaria latinoamericana de Ángel Rama resultara clave en términos de sus propios contrastes. La dialéctica de transculturación narrativa y ciudad letrada significó un índice de la



posibilidad de discurrir en un campo en el que las pretensiones filosófico-políticas de la disciplina no obliteraban la rigurosa caracterización historiográfica de los discursos.

El objeto de mi tesis de doctorado titulada *La concepción de la historia en la izquierda modernista argentina. Las ideas estéticas de Manuel Ugarte y Alberto Ghiraldo (1900-1920)* se configuró en orden a la consecución de un gesto afirmativo sobre la cultura latinoamericana en dos sentidos convergentes, por un lado, recostado en un registro ético-político presumía caracterizar un *corpus* poco relevado por la historia de las ideas latinoamericanas en términos de una operación intelectual emancipatoria, puesto que ponía mi atención sobre los escritos

estéticos de ambos autores, en desmedro -sobre todo en lo concerniente a Ugarte- de los más programáticos ensayos americanistas. Por otro lado, instalado en un registro epistemológico, se trataba de reconocer la trama de problemas filosóficos inherentes al discurso literario latinoamericano de las primeras décadas del siglo XX. Por lo mismo, mi formación se fue ajustando paulatinamente al desarrollo de un enfoque propio sobre la producción intelectual latinoamericana cuya superficie se nutre de los modos en cada caso recíprocos de permeabilidad entre filosofía, historia y literatura.

### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Los requerimientos institucionales asociados a la dinámica de trabajo académico tienden a prescribir nuestra presencia en dos o tres equipos de investigación al mismo tiempo. De modo que la discusión en tales equipos de nuestros avances y resultados es un momento ineludible del proceso de investigación. Dentro de tales redes algunos investigadores constituyen referencias significativas a la hora poner en discusión nuestros aportes.

Un momento de la investigación que disfruto mucho por su componente en buena medida artesanal es la construcción del corpus de análisis, momento que exige mucha lectura, y que tiendo a representar en términos de círculos concéntricos, desde las fuentes en el centro a los distintos niveles de su periferia configurados por la bibliografía secundaria y su consecuente ramificación. El placer por el diseño de una estructura arquitectónica de aquello que escribo tal vez obedezca a un vago sedimento especulativo de la filosofía, mi campo original de formación. Al par de un elemento que también pienso como originado en esa formación

que es más una apuesta que mera resonancia, se trata del supuesto que además de indicar la operación intelectual en la que se comprende un texto es deseable caracterizar su estructura en virtud que en este nivel de su textualidad se pueden intuir singularidades de aquella operación que se nos escapan en una lectura estrictamente panorámica del lugar que ocupa en una determinada red de prácticas intelectuales.

### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Mi trabajo puede ser interpretado como el resultado de una cierta continuidad con aquel primigenio pulso militante de subsistencia estudiantil, en la medida en que pretende contribuir a la caracterización de los modos como ciertos discursos concebidos en la órbita de la producción intelectual continental operan como registros de constitución de sujetos políticos que reivindican su nacionalidad latinoamericana como un atributo, entre otros, de una demanda política emancipatoria.



No obstante, la imagen historicista de las narrativas latinoamericanistas anti-coloniales que se recuesta en la serie “emancipación política” de principios del siglo XIX, “mental”, de la segunda mitad del mismo siglo y primeras décadas del XX y “económica”, de la segunda mitad del XX, se instala en buena parte de los estudios latinoamericanos como una suerte de taxonomía binaria en la que el campo intelectual se bifurca. El trabajo sobre el extremo presuntamente libertario del campo tiende a convertirse en apologética de los modos en que aquellos discursos proclaman una originalidad asentada en operaciones de “resemantización” de modelos etnocéntricos de representación cultural. La identificación de los tropos de aquella resignificación es, al menos para mí, un trabajo valioso, pero su producto tiende a sobreestimar el potencial político de tales discursos, al tiempo que empuja casi inconscientemente hacia la consolidación de una filosofía de la historia de América Latina incapaz de reconocer las tensiones entre las expectativas libertarias del discurso intelectual y un lugar de enunciación que replica muchos de los gestos del discurso colonial con el que presume antagonizar.

En el desarrollo de mi propio enfoque resultó determinante la posibilidad de hacer converger los programas de la historia crítica de las ideas y la crítica cultural latinoamericanas. Si la primera constituía mi matriz teórica, la viabilidad de un contacto satisfactorio entre ambas debía comenzar por sostenerme en ella sin las pretensiones de discurrir en el cauce de una vía más o menos legítima de representación de la cultura latinoamericana bajo el signo de la autoafirmación en clave historicista. Había comenzado a reparar que una descripción de los tropos que indicaban las dificultades de la autoimagen del discurso intelectual latinoamericano



americano como espacio de representación política autorizada podría contribuir a un mejor conocimiento de nuestro acervo intelectual si se lo cruzaba con la dimensión afirmativa del latinoamericanismo, en cuyo caso se establecía una superficie de despliegue del fenómeno analizado en términos de una dinámica de acercamiento-alejamiento entre enunciado

y enunciación. El criterio que adopté para determinar el saldo de esta dinámica lo tomé de una tradición teórica que con total fluidez podía permear la dimensión crítica de la historia de las ideas latinoamericanas. La índole de la representación de los sujetos

subalternos en tales discursos constituye un dato clave de mi horizonte analítico.

Las obras de Ángel Rama *La ciudad letrada*, de Julio Ramos *Desencuentros de la modernidad en América Latina* y de Antonio Cornejo Polar *Escribir en el aire* fueron claves para comprender la relevancia que aquellos tropos tenían para una caracterización de las estrategias de autorización intelectual del propio discurso y de estas últimas en la configuración de un lugar de enunciación. En este análisis tallaban entonces, como puede verse en aquello que resuena en estas categorías, una posible articulación entre la versión crítica de la historia de las ideas latinoamericanas, aquella que se tomó en serio el llamado “giro lingüístico” —muy lejos de la caricatura ofrecida por la corriente dominante de la historia intelectual de eso que denominan cáusticamente “historia de ideas”, en un gesto que bien podría ser interpretado como el síntoma del desenfado eurocentrismo de sus alegres usuarios—, la crítica de la cultura latinoamericana y los estudios poscoloniales y subalternos.

Sobre el fondo de esta multiplicidad de formas de convergencia he trabajado

con materiales diversos –el modernismo hispanoamericano, el ensayo de identidad americanista, un sector del discurso pedagógico normalista de la Argentina, el indigenismo peruano, y la teología de la liberación- a partir de un enfoque específico que se emplaza en la historia de las ideas latinoamericanas pero intenta desbordarla, que consiste en la problematización del *corpus* latinoamericanista con las diversas formas de interpelación desplegadas por la crítica cultural latinoamericana y que tienen su fuente en la cuestión de la violencia epistémica derivada de ciertas formas de representación de la nacionalidad continental.

Más que una lista de destrezas lo que presumo necesario para el desarrollo de una investigación de la índole que he señalado es la disposición, con las reservas metodológicas de cada caso, a un tipo de trabajo interdisciplinario sobre las producciones culturales que indagamos.

**5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Como he afirmado antes, tal vez más enfáticamente de lo deseable para un interlocutor imaginario que cultive con mucho rigor algunas de estas disciplinas que parecen haber entrado en una fase más bien bucólica, la historia de las ideas latinoamericanas en su vector crítico textualista habilita formas de permeabilidad con la crítica cultural, los estudios culturales de matriz poscolonial y la nueva historia intelectual. En estas transacciones algunos elementos de sus distintas agendas teóricas convergen, al tiempo que otros tienden a repelerse. Así, mientras el válido cuestionamiento a la estructuración binaria de la interpretación de un determinado discurso intelectual en la historia de las ideas por

parte de la historia intelectual podría dar lugar a una cierta articulación con la crítica de las gramáticas modernas en los estudios poscoloniales, su deliberado vaciamiento del elemento crítico-performativo de los discursos que expresan una modalidad de efectiva emergencia de un sujeto político en clave de una narrativa latinoamericanista los alejan dramáticamente. Este ejercicio podría multiplicarse en función de los múltiples niveles de análisis que pudiésemos examinar.

Tal vez porque mi mirada se extiende sobre este horizonte de articulaciones transdisciplinarias es que se me dificulta sopesar un estado de cosas que se desarrolle en un único registro, y por ello percibo una relativa balcanización en lo relativo lo que podríamos denominar un programa crítico de los estudios latinoamericanos. Al mismo tiempo, y en función de lo que claramente pasa por otra agenda –que estoy tentado a llamar conservadora, aunque podría dejar en suspenso esta denominación hasta que halle una categoría más púdicamente impolítica- debo reconocer la eficacia retórica de la replicación latinoamericana de la crítica skinneriana a la figura a A. Lovejoy, espejada en nuestras latitudes por la postulación de la obra de L. Zea como objeto de anatema recurrente en nuestra historiografía intelectual.

Revista **estudios**  
 Filosofía Práctica e Historia de las Ideas  
 ISSN 1851-9490  
**Convocatoria volumen especial:**  
**EL PENSAMIENTO DE ARTURO ANDRÉS ROIG, A 100 AÑOS DE SU NACIMIENTO**  
**Recepción de artículos hasta el 22/03/2022**

- Una lectura del pensamiento clásico con claves propias
- El espiritualismo y el krausismo argentinos
- La Filosofía de la liberación
- La teoría y crítica del pensamiento latinoamericano
- El siglo XIX latinoamericano
- La función utópica
- Moralidad de la emergencia

Coordinadores:  
 Aidana Contardi y Marcos Olalla  
[www.estudiosdefilosofia.com.ar](http://www.estudiosdefilosofia.com.ar)

Arturo A. Roig  
 fundador y primer director de  
 Revista Estudios de Filosofía

## Entre el magisterio y el arte de la combinación

Ricardo Pasolini,

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Aunque por definición el proceso de formación intelectual es inacabable me parece que es posible establecer -aún a riesgo de construir mitologías personales y periodizaciones arbitrarias- algunas estaciones en las que las incitaciones y diálogos particulares dejaron su huella en mi formación, en tanto modos de entender y practicar la profesión, así como el delineamiento de lo que en términos deseables significaba ser un buen historiador. Todo ello aplicado al campo de la historia intelectual y de la cultura, que es en el que me siento más cómodo en función de mi sensibilidad intelectual. Aunque, diría también, como experiencia existencial, es



decir: el modo en que se expresa el ser en el tiempo que nos toca vivir, y que, si bien no se reduce exclusivamente a la dimensión de una relación particular con las ideas, hay una marca psicológica de la profesión que en gran parte da un componente autoral a la existencia (a veces esto puede ser un límite), un lugar de enunciación que también refiere a un perfil vital.

En este sentido, esas estaciones reconocibles tienen que ver con climas globales de ideas, con las experiencias de la socialización intelectual en el ámbito universitario, y, -sobre todo- con los vínculos personales desarrollados en el ámbito académico. Y hago

particularmente hincapé en esta dimensión interaccional pues en mi caso ha sido tanto o más relevante que la titulación y la formación libresca y erudita en un sentido amplio. Pues está claro que si uno se ha dedicado por más de treinta años a formarse en la vida universitaria y en la carrera de la investigación, lecturas, autores y libros son los que abundan en ese tránsito. Pero como escri-

bió Paul Veyne alguna vez, un historiador está hecho no solo de cultura libresca sino también de currículum de vida, esto es, de todo lo que no es cultura en el sentido letrado del término pero que lo influye, lo interpela, y en el mejor de los casos lo promueve. La conocida noción de vivencia diltheyana. Y en este sentido -más allá de

Ricardo Pasolini: [pasolini@fch.unicen.edu.ar](mailto:pasolini@fch.unicen.edu.ar), <https://orcid.org/0000-0001-8760-2968>, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires-CONICET, Ricardo Pasolini: Doctor en Historia (UNCPBA). Es investigador de carrera del CONICET y profesor titular de Fundamentos y Metodología de la Investigación Histórica. Especialista en historia cultural del antifascismo, investiga la cultura política de las izquierdas desde una perspectiva transnacional. Entre otras publicaciones académicas, es autor de *La utopía de Prometeo: Juan Antonio Salceda, del antifascismo al comunismo* (2006) y *Los marxistas liberales: antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX* (2013). Actualmente dirige el Doctorado en Historia en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

lo que se cree que es el mundo académico a nivel relacional- siempre he gozado de gestos de amplia generosidad por parte de profesores y maestros, preocupados por la formación de sus dirigidos en una verdadera concepción de la docencia que no en pocos casos excedió el componente profesionalista.

Entre esas estaciones influyentes reconozco al menos dos que tienen su componente más definitorio, en parte, porque posibilitaron las que vinieron luego: el ingreso a la Carrera de Historia en 1985 en la por entonces Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Centro en Tandil (y lo que ello significó con la creación del Instituto de Estudios Histórico-Sociales, IEHS), y en 1996, la incorporación como alumno de posgrado en la por entonces recientemente creada Maestría en Historia en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Claro que la experiencia de formación en el Doctorado en Historia en Tandil, y las estadías en el “Centre d’études et de recherches interculturelles” de la Université Paris VII Denis Diderot, bajo la tutela de Pilar González Bernaldo, fueron determinantes en el perfil que asumí mi carrera, y en los modos de abordar las problemáticas de investigación sobre el antifascismo global, que es la temática sobre la cual más he trabajado y continuó haciéndolo.

La primera fue muy significativa porque se dio en ese clima diría emancipatorio de la recuperación democrática en Argentina, que incluyó en el mundo universitario la normalización institucional y la implementación de los concursos para ingresar a los cargos. Esto dotó a una carrera de grado en una universidad provinciana de una nueva planta docente de alta calificación intelectual, y de un equipo de gestión del Departamento de Historia que se planteó el problema de la formación temprana de recursos humanos académicos; la internacionalización de las cátedras y el desarrollo de la investigación histórica, casi ausente

durante la etapa del Proceso. De allí que prontamente se promovieron los estudios de posgrado en universidades del exterior para aquellos buenos alumnos que estaban en condiciones formales de poder hacerlo; se crearon programas de investigación, se promovió la circulación local de profesores extranjeros; se creó un instituto; una revista académica; una hemeroteca especializada, y finalmente un doctorado.

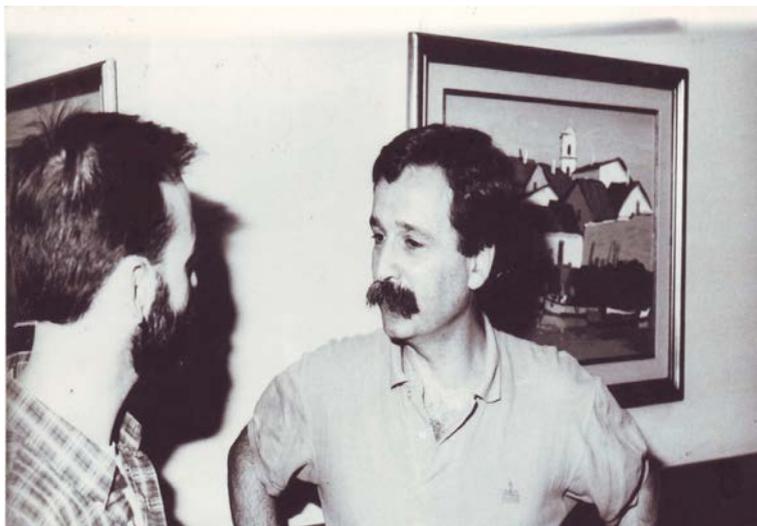
Para alguien como yo, de orígenes sociales más bien modestos, con un potente gusto por la lectura desarrollado en la etapa de la escuela secundaria en el Centro Polivalente de Arte, pero con un bagaje literario que contaba con lo leído obligatoriamente en la cátedra escolar *Langua y Literatura* (más algo de Sartre y algo de Trotsky), y con solo algunos tomos de la enciclopedia *Lo sé todo* en el modular del living de su casa, la vida universitaria no podía ser vista de otra manera que no fuera con asombro, no poca exaltación y, también, como potencial metamorfosis de la propia existencia.

De este momento recuerdo en particular el alto nivel en la calidad del dictado de las cátedras; la exigencia académica; los cursos que no excedían los quince alumnos, de allí que fueran casi seminarios más que materias; la participación en los seminarios externos; las charlas temáticas y las visitas académicas. En fin, un ambiente de algún modo “maximalista” que también dejó más naufragos que navegantes en el camino, pues el plan de estudios obligaba a cumplir a la vez con las obligaciones del Profesorado y las de la Licenciatura, lo que sin duda retrasó el momento de la titulación, pero que tuvo el efecto de promover a partir de la socialización académica un perfil de estudiante que se miraba en el espejo del investigador global. En ese contexto, una cierta “bulimia” intelectual también se apoderó de mis intereses, y fue un tiempo en que transité muchos registros, entre historiográficos, literarios, cinematográficos y políticos, bajo

una idea de que todo ayudaba a componer un mejor entendimiento sensible de la realidad histórica.

De todos los profesores que participaron en este proceso tengo en general gratos recuerdos de lo que sucedía en las clases, además de esa sensación de estar participando como estudiante en un tiempo y un espacio históricos en los que algo importante se estaba construyendo. Había además una suerte de comunión entre los claustros, el mundo pequeño que componía el Departamento de Historia, a veces abroquelado e insular en el contexto de la Facultad. Reconozco, sin embargo, que con algunos de ellos mis deudas de formación parecieran más visibles, aunque no podría precisar si se deben a los componentes del perfil académico que desarrollé más tarde, a las temáticas afines que orientaron la reflexión histórica, o a los inevitables procesos de impacto o identificación psicológica con un estilo, un perfil o una práctica docente que se presentaban modélicos. En este sentido, y por razones muy diversas, las influencias de Eduardo

en esta etapa formativa. Entiendo que con Eduardo y Estela me han ligado además del afecto personal sobre todo las temáticas referidas a la reflexión sobre la construcción del conocimiento histórico, cuando desde sus rigurosas cátedras de Historiografía y Técnicas de la Investigación Histórica se interrogaban sobre la particularidad de las reglas del género, atenta tanto a la cocina como a la calidad de los ingredientes necesarios para realizar buenas investigaciones. De hecho, más tarde realicé para Eduardo unas tareas como ayudante de investigación sobre temas muy alejados de mis intereses de entonces -análisis de cédulas censales- pero que significaron un valioso aporte para entender de qué se trataba el trabajo histórico en sede académica, sobre todo en el modo de interrogar y leer los documentos. Fue, también, una oportunidad para estudiar a los clásicos de la historiografía y de la epistemología histórica. No es extraño que mi inserción docente se haya concretado en ese espacio de la reflexión, pero es cierto también que la formación en estas problemáticas un tanto herméticas requería de un



Con Juan Carlos Garavaglia en 1993

Míguez; Estela Spinelli; Susana Bianchi y Juan Carlos Garavaglia fueron muy significativas

recorrido más amplio en la profesión que en la etapa del grado no era posible desarrollar aún. Actuó, diría, como *desiderátum*, y se volvió más potente en el momento de la formación de posgrado. Por otro lado, Estela fue la directora de mi proyecto de tesis de Licenciatura sobre intelectuales periféricos, de modo que le debo a su guía el haber desarrollado con éxito mi primera experiencia de investigación sistemática. Un antecedente no

menor cuando competí por la obtención de la Beca FOMEC que posibilitaba el ingreso a la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Con Susana y Juan Carlos actuaba sobre todo el asombro ante cierta disposición de la actitud docente en el aula, algo de *performance*, que en el caso de Juan Carlos llegaba incluso hasta la dramatización de los contenidos de las fuentes históricas coloniales, y que en el particular estilo de Susana, cuando casi todos los alumnos de Historia Social General desaprobamos el primer parcial, se tradujo en un pausar el dictado de los contenidos obligatorios e improvisar por dos semanas un taller de técnicas de estudio en el que por primera vez practicamos lo que significaba elaborar una ficha bibliográfica. Una excusa técnica, instrumental y pedagógica en el marco de la propuesta del cosmopolitismo historiográfico de Susana, que nos permitiría transitar mejor a un “desconocido” como José Luis Romero, o la obra de E. Hobsbawm, E.P. Thompson y R. Williams. Siempre atenta a las necesidades intelectuales de los alumnos, Susana me orientó en una serie de lecturas extracurriculares, tanto de autores clásicos como de los para nosotros noveles historiadores culturales, que iban desde los estudios sobre el realismo literario de Lukács hasta *Viena de fin de siglo* de Carl Schorske. Sin duda en esa etapa compuse un primer bagaje de lecturas cercanas a mis intereses y a mi modo de conocer que tienen aún un efecto residual en mi reflexión.

Por cierto, estos profesores continuaron siendo significativos en el mediano plazo, cada vez que en el tránsito de la carrera personal uno se preguntaba de qué modo evaluarían lo que estábamos publicando. Eran una especie de Rey Hamlet que como *lector-fantasma* sobrevolaba nuestras producciones.

También fueron influyentes quienes por entonces eran los alumnos avanzados

o los recientes graduados que iniciaban sus carreras de posgrado, como Hernán Otero, María Elba Argeri y Julio C. Melón Pirro, entre otros, a los que me ligaba además de la fantasía de alcanzar una trayectoria de becarios equivalente a la de ellos, la discusión de la política del momento, que, de algún modo, en el clima de un alfonsinismo en retirada, inundaba todo el contexto.

Aun con las contradicciones que todos los procesos académicos e institucionales tienen, entre ellas las tensiones entre instalados y recién llegados, o la búsqueda de reconocimiento generacional en un espacio que nos mantiene en la categoría permanente de *juniors* más tiempo del que quisiéramos, ese clima de formación muy excepcional para el ambiente y la universidad en la que se dio (en esa época Halperín había santificado en un escrito que el IEHS era una suerte de iglesia en el medio del desierto argentino), actuó en muchos de nosotros como el sustrato formativo que permitió desarrollar con relativo éxito los proyectos de investigación propios y los perfiles académicos que nos identifican.

La segunda estación fue sin duda el ingreso a la Maestría en Historia en la Universidad de Mar del Plata. En este sentido, se trató de una profundización del proceso formativo anterior en la que nos probábamos fuera del ambiente conocido. En parte porque la propuesta de los seminarios nos ponía en contacto personal con la bibliografía que habíamos estudiado, tanto nacional como extranjera. No se trataba de leer a Peter Burke sino de cursar un seminario con él, dialogar sobre los proyectos de investigación y elaborar con parámetros universitarios internacionales una monografía que iba a ser leída y evaluada. Lo mismo con Maurice Aymard; Giovanni Levi, Alan Knight; Ruggiero Romano; Maurizio Gribaudi; Tulio Halperín Donghi; Samuel Amaral; Luis Alberto Romero; Zacarías Moutoukias; Jorge Gelman; Fernando Devoto; Rober-

to Cortés Conde; Eduardo Zimmermann; Darío Roldán; José Emilio Burucúa o José Pedro Barrán, entre otros nombres relevantes de la historiografía que circularon por esos años en la sede que la Maestría tenía en el Complejo Universitario de la calle Funes y en la sede de Villa Victoria.

También por el cambio en el nivel de la escala de los vínculos y las referencias académicas. Si en el IEHS siempre se había promovido una especie de antilocalismo universitario (la necesidad de salir del ambiente y de circular por encima de la zona conocida), la Maestría potenciaba al menos imaginariamente la idea de la incorporación de lo “internacional” en la universidad. Tópico que no siempre las universidades con sede provinciana podían acreditar. Pero que para nosotros funcionó, más allá de lo contextual, como una experiencia tan significativa como la formación en el exterior. Al menos, cuando llegó el momento del *séjour* en una universidad europea, uno se pudo asegurar en principio no desentonar en el ambiente académico de recepción.

De este momento, rescato -sobre todo- el vínculo con Fernando Devoto, quien en esos años estaba a cargo de la Dirección de la Maestría. Si la figura de *maestro* -aun con sus reminiscencias medievales- cabe para entender el tipo de lazo que a veces se logra establecer en la formación universitaria, sin dudas Fernando para mí ha sido y continúa siendo un *Maestro*. Había allí una especie de entendimiento intelectual que yo no había alcanzado antes ni alcanzaré después del tiempo que duró el proceso en que actuó como director de mis sendas tesis de maestría y doctorado. No se trataba solo de avanzar en la elaboración de las tesis -algo en lo que siempre yo estaba retrasado- sino de apuntar a una formación global que superara el perfil del profesional de la historia. De allí nuestras innumerables *causeries* no ociosas sobre literatura, arte, ópera, cine, pintura, familia, hijos, y fantasías sobre

los destinos personales. Temas que en ese entonces obsesionaban mis pensamientos mientras buscaba un lugar de pertenencia digno y ético en la academia, más cerca de lo identitario que de lo escenográfico. De allí vino también el descubrimiento de la historiografía italiana clásica, de Benedetto Croce a Gaetano Salvemini, y los nuevos clásicos Renzo De Felice y Giovanni Levi. Sin olvidar *Le città invisibili* de Italo Calvino y *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert, relatos que tenían mucho para enseñar sobre los peligros del oficio.

Todo ello impactó también en la mirada de algún modo moral que yo tenía del proceso histórico respecto de las dimensiones de unos actores percibidos la mayoría de las veces de manera trágica: o triunfaban defendiendo su ideario o eran derrotados, pero jamás claudicaban. Fuera un desconocido intelectual comunista de provincia, o, en las antípodas, el escritor polaco Witold Gombrowicz en su exilio argentino.

Le debo al vínculo con Fernando -a sus libros, a los temas que dominaban la reflexión, y también a los diálogos sobre la existencia-, el gusto por los relatos históricos más atentos a las contradicciones de los actores, a sus vicisitudes, y a una representación del mundo histórico más ambigua y más sensible a las tonalidades que a las polarizaciones cromáticas de los procesos. Sin duda las enseñanzas del maestro, o las que yo pude percibir como tales, actuaron como un horizonte deseable del perfil profesional que he querido construir. Pero la presencia de un maestro no deviene indefectiblemente en la existencia de un discípulo. Y lo que uno admira en otros colegas rara vez lo puede lograr en las propias producciones. En primer lugar, porque como escribió José Luis Romero a mediados de los '40, todo historiador parte de ciertas *intuiciones* antes de arribar al proceso que estudia, y no en tanto hipótesis racionales y elaboradas sino más bien como categorías *a priori*. Modos del conocer. Recuerdo que

Giovanni Levi en unas jornadas en Tandil en el año 2000 sostuvo que el mundo histórico podía concebirse -casi en una forma preológica levistraussiana- como *orden* o como *caos*, y que desde allí se organizaban los argumentos. No habría ninguna razón empírica para sostener uno u otro enfoque, como no la hay tampoco si se opta por una mirada individualista u holista del proceso.

En segundo lugar, por el peso de los ambientes formativos, las trayectorias, los capitales personales y las épocas. Como muchos de mi generación, creo haber sido socializado en un clima de época intelectual en el que se fundaron las reglas de la profesionalización académica, pero por profesores que

en general provenían de un momento de la vida universitaria no profesionalizada, y en algún sentido, altamente politizada. Muchos de ellos miraban ese tiempo pasado con desdén o con nostalgia, lo que devino también en una canalización de la antigua pasión política en la defensa no menos apasionada de los tópicos del profesionismo. Viví ese momento –implicado por igual en los debates respecto de los problemas y la consolidación de la experiencia democrática entre los gobiernos de Alfonsín y Menem- con mucha alegría y con una plena sensación de descubrimiento personal, incluso de sueños personales cumplidos. Aunque también, debo decir, con la ambigua percepción existencial de haber abandonado un mundo y no alcanzar a ingresar del todo en el mundo siguiente. Gracias a Vincent

de Gaulejac entendí más tarde que ello era algo bastante común en aquellas personas que somos los primeros universitarios en la *longue durée* de la genealogía familiar. En este sentido, mi modo interpretativo de esa experiencia formativa ha estado siempre más cercano al agradecimiento crítico que al parricidio generacional, y de la misma



Fernando Devoto y Eduardo Miguez, Doctorado en Historia Tandil 2012

manera, tan equidistante de la autocelebración del talento personal como de la teoría conspirativa de redes, modos bastante difundidos en que solemos explicarnos el devenir de nuestros recorridos profesionales en el mundo académico.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Parte de la pregunta podría ser respondida con algunos de los contenidos desarrollados en la respuesta anterior. Es difícil identificar cuánto de una autofiliación historiográfica está presente en las operaciones concretas que uno desarrolla en sus investigaciones y que pueden ser reconocidas en los textos publicados. Sí

tengo muy identificados algunos libros que actuaron fuertemente como inspiraciones (por ejemplo: *Buenos Aires, una modernidad periférica*, de Beatriz Sarlo; *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg; *I teatri di Napoli*, de Benedetto Croce), así como la influencia de las corrientes o escuelas muy propias de la historia cultural que se estudiaban en Argentina en los años '90, pero que provenían de momentos anteriores de la vida intelectual occidental. Me refero a la microhistoria italiana y a las respuestas microhistóricas de *Annales*; al marxismo culturalista inglés y a la sociología histórica

lingüístico a lo Hayden White (ensayado tíbicamente en algún artículo historiográfico) y el análisis estructural de redes a la manera de la antropología británica (con su exceso de operacionalización, y en mi caso, con resultados obtenidos menores a los esperados). Así todo, fueron ejercicios que formaron parte más de mi haber intelectual que de mi saber práctico instrumental en el largo plazo. En los hechos propios de la investigación creo haber estado más cercanamente estimulado por la microhistoria italiana. Y de ella -que por cierto es muchas cosas y diversas-, más en el modo en que



Jurados en la defensa de Tesis Doctoral, febrero de 2004

de Norbert Elias. Había en ellas un elemento común que me sedujo tempranamente: la distancia con las formas del determinismo analítico y explicativo. No hablaré de estas corrientes por todos conocidas en sus detalles. Lo cierto fue que animaron gran parte de mis búsquedas de entonces. Luego fueron apareciendo otros autores y algunas exploraciones más conceptuales y/o metodológicas, tales como la teoría dramática de Erving Goffman (que anima gran parte de mi tesis de maestría); el giro

es representado el Menocchio de Ginzburg que el Giovan Battista Chiesa de Levi, quien siempre se precavió de los peligros del modelo heroico de la biografía contextual, pero al que yo sucumbí en mis trabajos en parte porque había allí más una forma de historia cultural que de historia social.

De la misma manera, me reconozco en el uso metafórico de la noción de configuración social desarrollada por Elias en varios de sus textos, de *La société des individus* a *Mozart, sociología de un genio*. Todo ello también en una cercanía con los clásicos de la historiografía. Pues siguiendo los consejos del *maestro*, para un historiador era necesario conocer tanto las modas historiográficas que parecían implicar cambios en las perspectivas de abordaje, como las obras de antaño que hacían ver las novedades de hoy como "reediciones" exitosas. En este sentido, fue

muy asombroso reconocer en *La barrière et le niveau* (1925) del epistemólogo Edmond Goblot un antecedente feliz e intelectualmente accesible de *La distinction* de Pierre Bourdieu y su sofisticación metodológica.

### **3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?**

Contrariamente a una disciplina como la física, habilitada solo para iniciados, se podría decir que hay muchas formas de escritura histórica así como individuos que la practican. Diría que cualquiera que tenga un interés por el pasado, alguna capacidad narrativa y rescate unos documentos o anécdotas, está en condiciones de presentarse socialmente como “historiador”, en especial en ese campo de construcción de legitimidades efímeras en que se han convertido los medios masivos de comunicación y las redes virtuales. Lo vemos cotidianamente. Pero en sede universitaria, la elaboración de la *historia rerum gestarum* requiere de una formación acreditable y de unos saberes no tan sencillos o voluntariamente autoasignados. Más allá de la diversidad de escuelas y perspectivas, hay un fuerte acuerdo “paradigmático” en el sentido kuhniiano (muchas veces no explícito) que nos permite establecer cuándo una investigación histórica cumple con las reglas del género. Por otro lado, hoy más que nunca, la comunidad interpretativa de historiadores es global, es decir, más internacional de lo que podría haber sido en otro tiempo histórico. Y es en ese ámbito en el que se ponen en consideración las habilidades intelectuales propias de la profesión y en el que se determinan si las hipótesis contrastadas por los documentos y las críticas de pares alcanzan -como en todo conocimiento de base científica- su validez momentánea. Algunos historiadores (p.e.: Marco Gervasoni, Giovanni Levi) han llegado a plantear que más que

el estado de acuerdo lo que caracterizaría a la historia como disciplina sería un estado casi permanente de revolución conceptual y cambios de perspectiva. Argumento en algún sentido muy croceano. Se trata en todo caso de una cuestión de énfasis en uno u otro de los momentos señalados por el modelo de Kuhn, que no impugnan la gravitación de una comunidad que impone ciertos límites y reglas a la variabilidad del conocimiento histórico producido.

En este sentido, mi forma de trabajo no es en absoluto ajena a las costumbres de la profesión, aunque algunos aspectos puedan asumir una mayor intensidad que otros de acuerdo a la etapa de la investigación en la que me encuentre. Considero que la producción siempre es colectiva aunque de autoría individual, en la medida en que está en diálogo permanente con otros. Sea porque esos otros son los actores del pasado; o la bibliografía secundaria; o los colegas especializados en el mismo campo de estudio, o los miembros del grupo de investigación en el que presentamos los avances; o las cátedras en las que dialogamos con los alumnos; o el colega-amigo que hará la última y despiadada lectura del libro que estamos escribiendo. Sea, también, porque la siempre bien ponderada y difícil de concretar interdisciplinariedad, navega en nuestra cabeza como un conjunto de incitaciones o aportes para una disciplina que toma prestadas muchas conceptualizaciones o modelos teóricos, pero que no pierde de vista la especificidad de su mirada. Aunque el protagonista en el relato de Braudel pueda ser el inmenso y estructural “Mediterráneo”, hay un lugar para la pregunta también muy histórica sobre las posibilidades y habilidades de Felipe II para gestionar su monarquía en ese tiempo y esa inmensidad. Una pregunta, en fin, sobre el individuo particular y sus circunstancias, difícil de responder desde una perspectiva que no privilegie la complejidad por encima de la modelización.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Modos de conocer, categorías *a priori*, sensibilidad intelectual. Son todas ideas que me resultan más cercanas que las nociones de inteligencia o razón para dar cuenta de un perfil propio del investigador en historia. En este sentido, la creatividad y cierta habilidad no arbitraria en el arte de la combinación me parecen las disposiciones mentales más significativas a la hora de interrogar lo inconmensurable del pasado humano. También considero que no se puede practicar bien este oficio artesanal sin interrogarse sobre las herramientas que se usan, y sobre cómo van a ser usadas. El *a priori* inconsciente, prelógico, moral o ideológico puede orientar y motivar el sentido de una investigación original, pero ello no alcanza para demostrar las hipótesis ni para obtener conocimiento nuevo de acuerdo con las reglas del campo del saber. Si el paisaje externo del mundo rara vez se corresponde con el paisaje interno, ¿no podría decirse algo similar respecto del paisaje del mundo histórico en función de las concepciones previas de las que parte todo investigador? De otro modo estaríamos en el reino del subjetivismo extremo donde cualquier relato sobre el pasado sería equivalente a la más sofisticada investigación universitaria. ¿Y quién querría escribir historia luego de pasarse años en los archivos si puede hacer desde su casa una novela librada exclusivamente a su imaginación? Entiendo que esta afirmación es discutible, y que desde que irrumpió el giro lingüístico e introdujo sus reflexiones sobre la especificidad de la narración histórica, la pretensión de obtener una *verdad* se relativizó como propósito de la historia, y perdió algo del *status* ingenuo que poseía desde los tiempos de dominio de la tradición erudita. Pero es innegable también que -salvo para ciertas formas de la práctica de la historia intelectual- el giro lingüístico no alcanzó a derribar el “paradigma”

historiográfico más o menos globalmente acordado, y que aún sigue interesándonos -sin declararlo, por cierto- la fórmula rankeana acerca de cómo sucedieron los hechos, es decir, una idea de la verdad histórica. Claro que matizada, discutida, contextualizada, no como vivificación sino como re-constitución de un pasado. Una verdad “institucional” no ontológica, -la subjetividad histórica de la que hablaba Ricœur- que necesita del método, de los argumentos, de los indicios, del distanciamiento, y de una clara toma de consciencia en las decisiones intelectuales que organizan la *mise-en-scène* del proceso de investigación.

Por sensibilidad; por interés; por gusto; por cierta habilidad en el manejo de algunos instrumentos conceptuales específicos; por una afinidad mayor con los textos que con los números, diría que mi campo de referencia y estimulación historiográfica sigue siendo el de los estudios culturales en un sentido amplio, entre la historia de las ideas y la de las sociabilidades, pero más atento que nunca a una fórmula enunciada por José Luis Romero muy tempranamente, referida al interés del historiador por observar más las “ideas en acción” que su expresión formalista. Esto no excluye el tratamiento de documentos estadísticos cuando la pregunta de partida lo requiere y las fuentes lo disponen. La tarea del historiador es sacar las mejores conclusiones posibles a partir de las fuentes disponibles, y si ellas permiten un análisis cuantitativo, por más elemental que fuera, deberían tener una oportunidad en la argumentación final. Crecer en un saber implica la ampliación del utillaje mental.

#### 5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

Si tomara solo una referencia local, el campo de la disciplina histórica en Argentina

ha experimentado en los últimos treinta años un proceso evidente de consolidación institucional y de internacionalización de las formas de producir conocimiento sobre el pasado. Se abrieron nuevas carreras de posgrado en centros que fueron alcanzando plantas docentes más sólidas; se constituyeron variados grupos de investigación en universidades que tenían menos tradición científica en el área; se ampliaron las redes académicas nacionales y transnacionales; aparecieron nuevas revistas especializadas acordes a los parámetros globales de la edición universitaria, en fin, todo un conjunto de aspectos que no solo dista de lo que era la universidad del Proceso, sino de la universidad de los tiempos inmediatos a la apertura democrática, en los que la UBA centralizaba con razón la mayoría de las novedades.

El resultado significó también cierta democratización en el ingreso al campo de la producción historiográfica, o tal vez el concepto más acorde sería el de *masificación* (si mal no recuerdo las últimas jornadas de Escuelas-Departamentos de Historia alcanzaron a inscribir más de 5000 ponentes), y una hiper-especialización de los temas y las problemáticas.

De alguna manera, no creo que hoy pueda establecerse con claridad por dónde está pasando el debate historiográfico y/o epistemológico respecto de la disciplina, como era posible hacerlo entre los '80 y los '90, cuando irrumpió en sede local la crisis de los grandes modelos explicativos causalistas. Más bien, el debate se está dando en esos fragmentos de conocimiento sobre un período o problemática específica de la historia argentina; latinoamericana; o transnacional, donde cada uno de nosotros está inserto en función de los proyectos de investigación que desarrolla. Tal vez siempre haya sido así y la idea de crisis de paradigma haya tenido más un efecto en la retórica que animó un cambio de época historiográfico -en lo que respecta a los nuevos intereses,

preguntas y categorías analíticas-, que una ruptura fuerte en las prácticas. Quiero decir con ello que si identificáramos el sustrato de lo que “verdaderamente” hacemos cuando investigamos, aún estamos muy cerca de lo que Marc Bloch describe en *Métier d'historien*, un libro que más allá de su originalidad le debe bastante a la antagonista tradición erudita.

En el caso de la historia intelectual, también las modalidades de su práctica asumen una amplia variedad, que va de la más textualista y conceptual hasta otra todavía enraizada en rescatar cierto materialismo en clave dialéctica no determinista de los fenómenos culturales, a partir del recurso a nociones como campo, sociabilidad, redes intelectuales, entre otras. Lo cierto es que se puede sobrevivir también practicando una variante ecléctica, de combinación “blanda” de estas perspectivas, más allá de que partan de unos supuestos metodológicos bien diferentes.

Sí, advierto, en cambio -y más allá del acuerdo paradigmático- algunas preocupaciones comunes que aparecen en las conversaciones más o menos formales entre colegas, y que creo, se relacionan más con un estado general de los tiempos actuales, que con una especificidad de la producción historiográfica, y, también, con los modos de presentarnos en ese espacio novedoso para nosotros que es el de las redes sociales, y en el que muchos colegas están incursionando. En este sentido, diría que vivimos un momento de visible recambio generacional en el campo; de fuerte irrupción de versiones moralizantes en lo que respecta debería ser la profesión, y, por ende, de debilitamiento de la idea de cientificidad de la historia. Y también, diría, de cierto “localismo”, tal vez motivado por la falta de recursos para la circulación global de investigadores, o por la tendencia a dialogar en exclusividad en el seno de los cultores de la propia problemática.

Situación que está acompañada por el avance de criterios de legitimidad del saber de las ciencias sociales sobre la base de los específicos de las ciencias naturales: en nuestras disciplinas la novedad y el factor de impacto que puede alcanzar un *paper* es de una naturaleza muy diferente a la noción de “descubrimiento” presente en otras ciencias. No abundaré sobre esto porque el tema es largo y tiene sus aristas. Pero las consecuencias son visibles: en primer lugar, la proliferación de revistas académicas que cumplen administrativamente con el ingreso a numerosos índices internacionales al costo de perder o nunca definir una política editorial y un campo de estudio en el que pueda reconocerse una identidad temática o de problemática. Las revistas parecieran estar concebidas más como reservorio en donde se concretan las carreras individuales que como espacios de renovaciones historiográficas potenciales. En segundo lugar, la obligación de publicar que provoca -en un sentido general- el envío de *papers* aún inmaduros, o versiones de un texto original en el que solo se cambian los casos o las referencias documentales, pero en donde es difícil establecer la novedad empírica, metodológica o interpretativa de las investigaciones. Es la conocida y nunca saldada discusión sobre la particularidad del lugar del artículo y el del libro en la construcción del conocimiento en las ciencias sociales y las humanidades.

Entiendo que la expansión del campo conlleva un proceso inevitable de burocratización y la necesidad de medición objetiva de las trayectorias. Pero creo también que sería muy oportuno discutir si los parámetros que se toman, están promoviendo o conspirando no solo con la calidad de lo producido en el ámbito de la investigación, sino con la función misma de la historiografía en una sociedad que destina fondos públicos para su sostenimiento. No olvido, tampoco, que la masificación del campo es un fenómeno universal, y que solo ver la cantidad de artí-

culos sobre temáticas afines que se encuentran disponibles en el sitio *Academia.edu* abruma de una manera tal, que el refugio en el *corpus* documental propio, parcial y acotado, pareciera ser la primera respuesta psicológica posible a lo inconmensurable que sería concretar un estado de la cuestión a partir de la oferta virtual.

En este sentido, considero que hoy más que nunca es necesario recuperar la más “tradicional” presencia docente universitaria -algo que a mi juicio se debilitó fuertemente en el proceso de profesionalización de la disciplina- para acompañar a los noveles colegas, en el tránsito de sus recorridos académicos, y en el mejor de los casos, proponernos una tarea similar a la desarrollada por nuestros maestros, en la que aprendimos de qué se trataba la *vida histórica* y qué lugares podía ocupar nuestro oficio en ella, a pesar de que el estado del campo hoy sea otro y que las posibilidades de lograrlo -quizás también por ello- sean menores.

## Leer en las entrelíneas

Roberto Pittaluga

### 1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

La puesta en relato de los recuerdos se caracteriza, generalmente, por establecer cierta coherencia narrativa entre situaciones, decisiones y experiencias heterogéneas y aun contradictorias, brindándole consistencia al encadenamiento de esos momentos considerados relevantes; más aun cuando se trata de algún tipo de esbozo biográfico, donde el yo narrado debe dar cuenta tanto de su permanencia como de sus cambios a lo largo del tiempo.

Una consistencia inexistente en mi caso, pues más bien se trató de un itinerario bastante azaroso, signado más por los desconciertos



que por orientaciones claras hacia metas precisas. Es por ello que prefiero responder a esta pregunta mencionando algunas estaciones, momentos o ámbitos que pienso fueron importantes en mi formación, varios de los cuales coexistieron en simultáneo.

Una de estas estaciones precede a mi ingreso al grado para estudiar historia. Me refiero a la politización universitaria en la Facultad de Ingeniería de la UBA en los años finales del gobierno dictatorial: creo que esa experiencia me facultó para pensar luego la historia en términos de conflictos, y también para valorar las experiencias de subjetivación, de agencialidad, como instancias de producción de discursos contenciosos,

es decir, como ámbitos en los que se generan, relacionamente, otro orden de las palabras y otro orden de los lugares, ambos tramados intersubjetivamente, como ámbitos de sociabilidad igualitaria. Que esa experiencia de militancia estudiantil tuviera intenciones más abarcativas, pero que transitara un momento muy breve de expectativas de cambio en la Argentina y que por lo tanto resultara fallida, también me aportó lecciones importantes, pues dejó instaladas (lo entendí mucho después) cuestiones que atraviesan gran parte de mis trabajos, como la pregunta por la política o las

**Roberto Pittaluga:** roberto.pittaluga@gmail.com, Universidad Nacional de La Pampa-Universidad Nacional de La Plata-Universidad de Buenos Aires, Roberto Pittaluga es Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Profesor en la Universidad Nacional de La Pampa, la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad de Buenos Aires. Es investigador del IEHSOLP y el IESH en la UNLPam y del IdIHSC en la UNLP, en los que dirige y codirige sendos proyectos de investigación acreditados. Fue fundador y director del CeDInCi e integró el equipo del Archivo Oral de Memoria Abierta. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales. Entre sus libros más importantes, destacan, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia* (2015), y en colaboración, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia* (1ª ed. 2006; 2ª ed. 2012); *Formas de la política. Experiencias de activismo en el pasado reciente. Argentina, 1955-2010* (2018); *Figuraciones estéticas de la experiencia argentina reciente* (2016) e *Historia, memoria y fuentes orales* (2006).

luchas por los significados de la democracia, o la importancia de la interpretación narrativa de un acontecimiento como aspecto ineludible de ese mismo acontecimiento (y la consecuente preocupación por cómo hacerlo). Con la cuestión añadida de que el carácter democrático de esa experiencia política estudiantil era bien distinto —en varios aspectos medulares, y aunque no



fuéramos completamente conscientes de ello— al que se tramitaba en los discursos políticos y politológicos en la esfera pública durante la denominada transición.

Me inicié como estudiante de grado en historia en Filosofía y Letras de la UBA, apenas arrancada la década de 1990, en un contexto definido por el fin de las expectativas socialistas tras la anunciada caída del Muro y por la victoria del programa neoliberal, ampliamente profundizado en nuestro país por el gobierno de Menem. Contexto que explica en no poca medida la despolitización imperante en la carrera de historia, y la creciente exaltación de la profesionalización de la disciplina. Estudiaba historia, pero no tenía en realidad muchas

expectativas en torno a ser un historiador (como investigador o como docente).

Tuve la oportunidad de integrarme a la cátedra de Historia Social General y desde 1996 me empecé a desempeñar como docente auxiliar. Menciono esto porque uno de los aspectos que quisiera destacar es el carácter formativo que tiene la tarea docente para quien la realiza, aunque haya predominado, en la renovación del campo historiográfico desde los años ochenta, una sobrevaloración comparativa de la investigación. La docencia obliga a un trabajo permanente de pensamiento y de escritura, generalmente invisibles, que queda parcialmente plasmado como notas del docente o de la docente en sus propios cuadernos personales; y cada preparación de una clase, aun sobre temas dados durante años, exige igualmente una nueva tarea reflexiva. Esa actividad pasa desapercibida muchas veces, no es advertida como tarea de investigación y escritura. Además, la docencia es un espacio de formación gracias al intercambio con otros docentes pero también con los y las estudiantes, que nos interrogan o que nos presentan otros ángulos para analizar los problemas, que nos desordenan las lecturas, en fin, que nos interpelan en tanto somos narradores y expositores de problemáticas históricas.

Participar en la cátedra me posibilitó, como decía, interactuar con docentes e investigadores. Asimismo, como espacio de discusión, implicó un importante desafío, en tanto mis lecturas y mis intuiciones —como también mis posicionamientos político-historiográficos en el mundo académico— me llevaban en un sentido cada vez más opuesto a la orientación general que se iba plasmando a propuesta de los principales responsables de la cátedra, orientación en la que, por ejemplo, paulatinamente se acentuaban las perspectivas historiográficas de cuño revisionista respecto de acontecimientos claves como la Revolución Francesa, o reducciones de la política a sus dimensiones estrictamente representativas a través de conceptualizaciones

de raíz liberal, mientras se abandonaban las interrogaciones o sensibilidades respecto de los momentos y los modos de acción populares y democráticos. Esta situación recién cambia en 2003, cuando la cátedra se desdobra, con programas distintos y, diría, divergentes. Acompañé entonces a Juan Suriano y María Ester Rapalo, con quienes tenía afinidades varias.

Otra experiencia formativa, que arranca casi simultáneamente con la docencia universitaria, fue la fundación del Centro de Investigación para la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI), inicialmente un emprendimiento autónomo. Entre los aspectos más importante de mi paso por allí, destaco el aprendizaje originado en el careo con el archivo, o, mejor, el aprendizaje de la actividad —propriadamente historiadora— del archivar, que me provocó diversas lecturas y algún escrito, pero sobre todo me obligó a pensar la práctica historiográfica más ampliamente que el momento específico de escribir un texto, como actividad escrituraria en múltiples planos. Y es que entre sus expectativas iniciales, el proyecto del CeDInCI pretendía aunar la relocalización del archivo con un nuevo y reorientador impulso historiográfico. Cuando digo relocalización del archivo me estoy refiriendo tanto a una política de reunión y preservación —que en dicha institución comprometía a todo aquello producido por distintos protagonismos populares— como de accesibilidad pública, aspectos indivisibles de una política de democratización del archivo que es también de democratización de la sociedad, como decía Jacques Derrida. Si ese nuevo lugar de la constitución y acceso del archivo ya era en sí mismo un primer acto historiográfico, el propósito —al menos así lo comprendí— era que pudiera prolongarse en una nueva forma de hacer historia que incidiera en el campo existente a fines de los años noventa, lo que imponía modos de construcción colectiva diferentes a los que cada vez más tramaban ese mundo

académico. Pues ese otro modo de “hacer historia” comprendía una apuesta por una historiografía cuya dimensión política se plasmara en su misma realización textual a la vez que, inescindiblemente, su elaboración emergiera en espacios de producción colectivos e igualitarios.

Por lo demás, en el CeDInCI como también en la revista *El Rodaballo* —en la cual inicié mis publicaciones— tuve la oportunidad de relacionarme y aprender de intelectuales formados en otras disciplinas y con una gran trayectoria político-intelectual, como Blas de Santos, Martha Rosenberg, Eduardo Grüner, Dardo Scavino.

Finalmente, otro ámbito, simultáneo a algunos de los mencionados, que considero importante en tanto formativo, ha sido mi integración a distintos proyectos de investigación, en la UBA, y desde hace ya muchos años, hasta la actualidad, en la UNLP y la UNLPam. Sobre todo estos últimos espacios, vinculados además al Colectivo de Historia Reciente, constituyen lugares de intercambio crítico, a la vez igualitarios y colaborativos, que son condiciones a mi criterio indispensables para la tarea intelectual. Y tal vez por ello tengo más libros en colaboración que escritos en soledad, empezando por *Memorias en montaje*, que elaboré con Alejandra Oberti.

De esas experiencias puedo decir que me he nutrido, que crecí intelectualmente a través de ellas y, a veces, en contra de los rumbos que algunas tomaban. Y aunque en ese trayecto colaboré o me relacioné con intelectuales notables, no puedo decir que tuve maestros o maestras, al menos no en una relación personal. Ricardo Piglia nombró a José Szabón como maestro secreto de toda una generación; en ese sentido puedo decir que hay autores y autoras a los que leí con admiración y, en algunos casos, tuve la oportunidad de compartir conversaciones que atesoro y que me ayudaron a orientarme en esos desconciertos que mencionaba hace

un momento. Szabón fue uno de ellos; también el Toto Schmucler y Nicolás Casullo.

Y aunque ciertamente no se trata de una relación discipular, aprendo de y pienso con intelectuales con quienes además me une una relación de amistad, que es una relación especialmente potente para la elaboración del pensamiento crítico.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

No puedo decir que tenga una obra —por las connotaciones del término— sino textos escritos, algunos publicados. Me veo más bien como alguien que sigue buscando caminos para pensar y escribir. Con la particularidad que, en esa búsqueda, mis lecturas son fragmentadas, así que me cuesta afirmar alguna relación ostensible con alguna tradición historiográfica o, más ampliamente, intelectual, en el sentido fuerte del término.

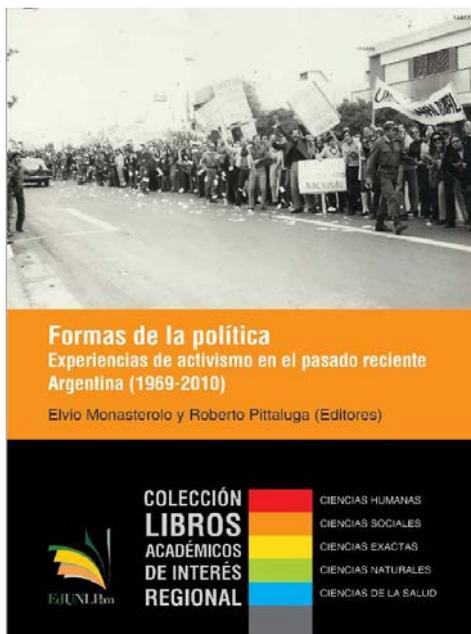
Por otro lado, en relación al tipo de investigaciones (variadas) que realizo, términos como “historia social”, “historia cultural”, “historia política” o “historia intelectual”, por decir algunos nombres que orientan en términos generales cierto agrupamiento de trabajos historiográficos, albergan enfoques, escrituras y concepciones tan distintas y aún antagónicas que se hace difícil inscribirse en alguna de esas particiones sin inmediatamente explicar bajo qué ángulos y enfoques podría darse esa pertenencia. Son designaciones de campos generales que siempre

exigen ser complejizadas, en la medida en que, podríamos decir, no hay una buena historia intelectual que no precise ser a la vez una historia social, una historia política, etc. Y podríamos decir lo mismo si alteramos el orden de las denominaciones.

No hago distinciones nacionales a la hora de leer; más bien me alienta seguir el hilo de alguna problemática, sea un acontecimiento o fenómeno histórico, o una cuestión conceptual, teórica, o historiográfica. A su vez, ese proceder me lleva generalmente mucho más allá de la disciplina de la historia, hacia autores o autoras de campos del

saber en apariencia muy distantes —como la física y la matemática, por ejemplo— producto de conexiones muchas veces fortuitas, provocadas por asociaciones que no emergerían si siguiera un procedimiento más acorde con la tradicional normativa de la investigación en historia. Podría decir, entonces, que me desplazo entre tradiciones intelectuales y entre campos disciplinares.

Esos desplazamientos, o esas búsquedas, están muchas veces motivadas por el carácter de las fuentes con las que pretendo trabajar, ya sea en una investigación, ya en la preparación de los programas o las clases de las materias en las que enseñé. Para dar un ejemplo: trabajar con imágenes exige saberes interpretativos específicos, que las formaciones universitarias tradicionales en historia no brindan, por lo que hay que recurrir a otras disciplinas, y en ocasiones conocer los distintos y muchas veces rivales puntos de vista que las animan.



Más que una tradición específica, diría entonces que me interesan todas aquellas obras que han sido pensadas y escritas para cambiar radicalmente la sociedad, de raíz, como decía Marx. O que pudieran tener ese atributo más allá de la intención de su autor o autora. Esas obras pertenecen o se inscriben en distintas tradiciones. Pienso que ese es uno de los desafíos actuales, dar los pasos en la mixtura de esas tradiciones para ir construyendo —en una práctica política e intelectual necesariamente colectiva— una nueva tradición que abreve en la pluralidad de pensamientos emancipatorios y en la que incluso sean difíciles de discernir las fronteras disciplinares.

Por supuesto, hay autores y autoras con quienes tengo más afinidad, y que me han servido para ir dándole algo de forma a mis enfoques. Pero de nuevo, no pertenecen a una misma tradición intelectual.

### **3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?**

Una parte de los artículos que he publicado en revistas o como capítulos de libros, pasaron primero por instancias expositivas de discusión, como jornadas o congresos —principal, aunque no únicamente, las Jornadas de trabajo sobre Historia Reciente y las Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia. Están también los textos que fueron discutidos en los grupos de investigación que integro, y, por otro lado, los textos que

fueron directamente a las revistas, donde fueron objeto de lectura de evaluadores y evaluadoras. Que pasaran por esos ámbitos permitió que se enriquecieran.

En el caso de los libros, algunos fueron leídos antes de su publicación, total o parcialmente, por unas poquísimas amistades con



las que comparto espacios de investigación o con las que dialogo permanentemente.

Siempre estoy leyendo, aunque no necesariamente sobre lo que estoy investigando o escribiendo. Obviamente que sobre el tema en elaboración o temas afines trato de leer lo más posible de lo ya publicado. Pero acompaño dicha tarea de indagación con lecturas en principio no relacionadas. No es algo metódico, sino que obedece a cierta dispersión personal, ya sea por curiosidad o por placer.

Leo y aprendo de mis compañeras y compañeros de grupos de investigación, cuyos trabajos discutimos sistemáticamente. También sigo las publicaciones de algunos autores y autoras que me resultan de particular interés, porque trabajan temas afines o vinculados, o porque me resultan reveladores sus modos de abordar ciertas problemáticas, o, también, porque me brindan reflexiones

teóricas o conceptuales que puedo llevar al terreno de la práctica historiográfica. O simplemente porque me gusta leerlos.

Asimismo, están las lecturas que abordo para llevar adelante las profundizaciones y renovaciones de los programas de las materias a mi cargo, en la UNLP, la UNLPam y la UBA, lecturas compartidas con quienes integran esas cátedras, en los seminarios internos que diagramamos.

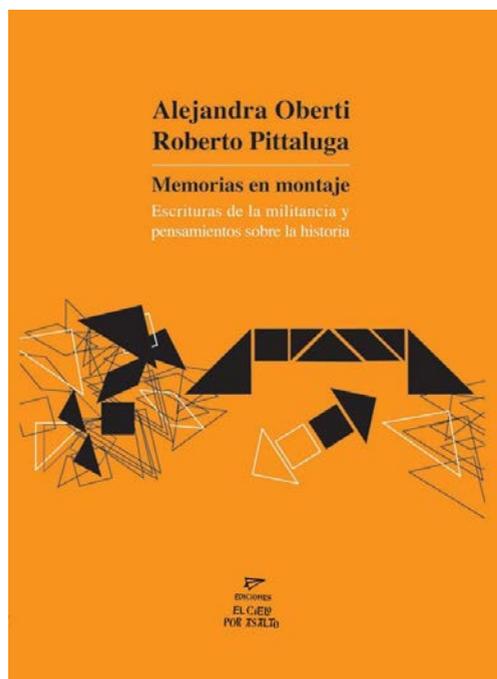
De modo que, además de las lecturas vinculadas directamente a los temas que esté investigando, siempre estoy leyendo, paralelamente, sobre otros temas. Y de maneras no metódicas, no directas, pero sí muy prolíficas, esas “otras” lecturas también pasan a formar parte de mis investigaciones y mis escritos.

No está de más repetir que aun cuando un texto lleva una firma, el trabajo que lo produjo, como dice Raphael Samuel, es el de “mil manos”. No me refiero solamente al hecho de compartir proyectos o espacios de investigación. Una investigación en historia también está hecha de los gestos políti-

co-historiográficos de muchas personas antes y después del acto, más solitario, de escribir el texto. Por ejemplo, mi investigación sobre los debates acerca de la revolución soviética entre los y las activistas de la izquierda en el Río de la Plata no podría haberse realizado sin la guarda de los periódicos por José Paniale, músico y joven militante en los años 20; pero tampoco sin el olfato archivístico de Horacio Tarcus, que localizó ese acervo perdido en un depósito durante la última dictadura; a lo que hay que sumar el trabajo de catalogación que realizamos investigadores y estudiantes que trabajamos voluntariamente en el CeDInCI, como también el mismo funcionamiento de esa institución que creamos y que albergó el Fondo Paniale. Y si bien la arquitectura y el contenido de ese libro es mi responsabilidad —como también lo son sus errores, como suele decirse— también participaron de su elaboración todo ese variopinto arco de lecturas que refería hace un rato y muchas conversaciones inspiradoras con amigos y colegas, en especial con Jorge Cernadas y María Ester Rapalo —como señalo en el prólogo.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Diría que, en principio, dos preocupaciones orientan mis trabajos. Por un lado, la pregunta por cómo prestar oídos a los protagonistas de la historia, en especial a los vencidos y las vencidas, en tanto esa condición coloca sus palabras y sus actos al borde del total borramiento, ya sea bajo la forma de la destrucción de sus existencias pasadas, ya bajo el modo de su reproducción en la lengua de la dominación. La segunda preocupación, inseparable de la primera —y que en rigor sería como su reformulación— refiere a los tipos de escritura que harían justicia a esa demanda, a “esas voces enmudecidas ahora”, como decía Walter Benjamin. Pues siempre existe el riesgo de que tanto la disposición a



la escucha como su plasmación historiográfica no sean capaces de perfilar otra representación histórica, y entonces se repetan los modos del relato histórico hegemónico, en los que las acciones de los oprimidos se exponen como complementos de una historia general, al modo de nuevas salas de lectura de la biblioteca de la historia, pero sin subvertir los principios explicativos y narrativos fundamentales. O, de otra forma, se narra esas historias de las subalternidades privilegiando los aspectos normalizados e integradores de sus existencias, lo que provoca la occlusión de sus momentos de insurrección, que son cerrados por inviables o excepcionales, y delimitados por una temporalización histórica cronologizada que duplica ese dispositivo de cierre. Es un riesgo, pienso, que nos acecha permanentemente, y que exige redoblar la pregunta por cómo escribir historia, sabiendo que al hacerlo intervenimos también en ella —por lo tanto, conscientemente o no, tomando posición— por más módica que sea esa intervención.

En otras palabras, se trata de inquietudes sobre los modos de lectura y escritura en la práctica historiográfica, que inmediatamente implican un cuestionamiento de cierta aproximación espontánea —lo que significa: ya dispuesta por ciertas lógicas del pensamiento y la indagación en historia— como también la necesidad de abreviar en otros campos disciplinares, más allá del historiográfico.

Respecto de la lectura, diría que me guío por una suerte de leer en las entrelíneas, trabajando sobre lo marcado, lo dicho, lo

figurado y lo mostrado —pues pienso que palabra e imagen siempre se acompañan y se critican a la vez que complementan. Un trabajo de interpretación de sus significaciones

no evidentes, tratando de ir más allá de la ecdótica predominante, hacia un lugar de encuentro —pero también de choque— entre las significaciones que ofrece la fuente-huella y las que surgen de su tratamiento interpretativo en el presente. Así, por un lado, me esfuerzo por evitar la conversión del material documental en datos que se prolongan en narrativas factuales que ya portan un sentido y se sostienen en una temporalización histórica específica. Y, por otro lado, reorganizo el material de investigación de modo de explorar aquellas acciones y significaciones que resulten antagonistas

a su contexto de realización, que excedan ese mismo contexto en tanto ordenamiento dado de lugares, palabras, sujetos.

Esta reorganización, obviamente, intento llevarla a la escritura. Por ejemplo, interviniendo en el archivo por la posición de la cita: no como referencia a pie sino como parte del cuerpo textual; posición dialógica de la cita, ya con otras citas, ya con mis comentarios. Pues me propongo no reemplazar los textos documentales, ni reducirlos a una referencia bibliográfica que certificaría —como evidencia— lo que estoy planteando; pero tampoco elidir mi carácter autoral —que empieza por la selección de la cita y su puesta en relación con otras citas— sino, al contrario, hacerlo plenamente presente, bajo la forma del comentario o de otro modo que, en función del tema específico que esté trabajado, considere pertinente.

## MEMORIAS EN MONTAJE

ESCRITURAS DE LA MILITANCIA Y PENSAMIENTOS SOBRE LA HISTORIA

Alejandra Oberti / Roberto Pittaluga

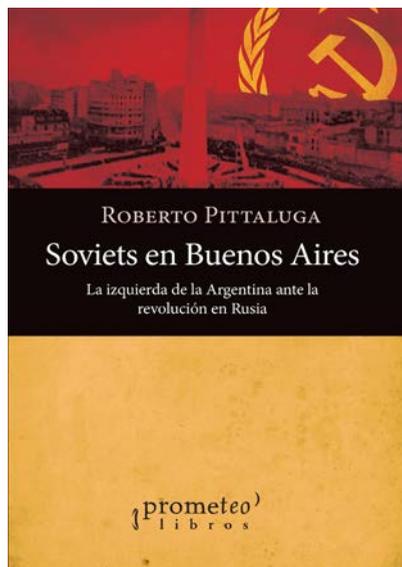


Asimismo, dada la pulsión de cierre que tiene toda literatura —y la historia también es una particular forma literaria— me empeno, tal vez infructuosamente, por dejar el texto abierto, en una suerte de desenlace expansivo hacia otras problemáticas o señalando otras vías de abordaje de las analizadas. En esas modalizaciones trato —otra cosa es que lo logre— de cultivar una escritura que rescate, que exponga e interrogue los conflictos, las protestas, los gestos y las gestas emancipatorias y revolucionarias —grandes y pequeñas—, y para ello debe constituirse en formas abiertas en las cuales predomine la interrogación, el cuestionamiento, antes que la afirmación. Claro que esas modulaciones e interrogaciones no pueden ser las mismas si el tema, por ejemplo, son las protestas y rebeldías populares en los '60 y '70, que si lo es la dictadura, el terrorismo de Estado en Argentina.

En tanto en la historiografía, como decía, también se expresa y modela el conflicto que es la historia, trato entonces de aportar a una que intervenga en ese conflicto, a una historiografía que sirva para desnaturalizar el curso del presente por la actualización de los pasados incumplidos, interrumpidos, en general, violentamente.

De todos modos, de todo lo anterior no diría que son destrezas sino enfoques, que orientan mi práctica historiográfica pero que también son emergentes de esa práctica. En los trabajos sobre historia de las izquierdas, que es una temática que frecuente, me he apartado de los modos característicos de esa historiografía para trabajar, en base a una reconsideración de

lo que entiendo por “izquierda”, no tanto las formaciones identitarias que se asumen en ese signo político, sino los actos de diferenciación, los gestos de desvío, de desplazamiento que provocan una interrupción de la clasificación de roles y jerarquías, y que pueden poner en crisis parcial o total el orden dado, y que también se erigen de modo crítico frente a esas cristalizaciones identitarias —las cuales, a su vez, surgieron de algún otro y previo proceso de diferenciación que requiere su historización.



### 5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

No creo estar en condiciones de hacer un diagnóstico general sobre el estado de la historiografía en Argentina. La gran cantidad de historiadoras e historiadores que actualmente producen, derivada del sostenido crecimiento de rentas y becas de investigación como también de la ampliación de las plantas docentes universitarias durante los gobiernos kirchneristas, no puede menos que alegrarnos. Y aun con la retracción que significó el gobierno de derecha de Cambiemos se trata de un campo en crecimiento.

Lo extraño es que esa mayor producción historiográfica no ha estado acompañada de grandes debates. Tal vez por el predominio de cierta fragmentación producto de la especialización profesionalizante, tal vez porque se ha perdido el afán polémico por el ascenso de un escepticismo descreído ya de toda verdad

histórica —que, dicho sea de paso, tiende a confundir la verdad con la facticidad o la realidad— ya sea por la despolitización de la actividad historiadora, concebida como disciplina neutral que se afirma en un seudo pluralismo. Más probablemente por una combinación de estos y otros motivos.

Lo que conduce la pregunta hacia los modos de ejercicio de la disciplina, las operaciones de elaboración y control de la producción historiográfica, que como todos sabemos abarca desde las definiciones de los objetos legítimos hasta la configuración de los sujetos —los y las profesionales de la historia— pasando por la cada vez más disciplinada parametrización de sus características escriturarias. Por eso pienso que aun se requiere de una vuelta crítica sobre los modos de producción historiográfica que se instalaron desde la llamada renovación de los años ochenta, de la mano de la vuelta de muchos docentes e investigadores exiliados e insiliados durante la dictadura. Por un lado, se precisa de un careo con esas versiones de la historia, con sus significativos silencios y omisiones, como también con las revisiones históricas que explícita o tácitamente produjeron. Por otro, como decía, una reconsideración de ese modo de producción historiográfico que se constituyó desde entonces.

Por ejemplo, el campo de la historia reciente, que conozco un poco mejor, se constituyó en oposición a los temas y los modos de aproximación histórica que definieron el campo disciplinar en los años ochenta y noventa. Varios de los principales referentes de la historiografía vetaron explícitamente la posibilidad de indagar un tramo de historia que, inicialmente, estuvo signado por dos grandes problemáticas: la politización de los años sesenta y setenta, por un lado, y, por otro, las características específicas del proceso represivo iniciado a mediados de los setenta, cuya criminalidad parecía exceder cualquier explicación histórica.

Seguramente ese nombre, historia reciente, deba ser abandonado, y sustituido por alguno que sea más justo respecto de ciertos atributos que esa historiografía, o mejor, parte de la que se reconoce en ese nombre, ha puesto en la mesa de las discusiones (aunque las mismas discurren aun de modo larvado o inconsciente).

El nombre “historia reciente”, hoy equívoco, resulta igualmente revelador: en el momento de su surgimiento, nombre desafiante a una concepción de la historia que vetaba las indagaciones sobre pasados que consideraba aun “abiertos”; en la actualidad, como desajuste de la perspectiva cronológica en la medida en que esos años bajo estudio sólo se pueden considerar “recientes” desde el ángulo de su actualización rememorativa. Lo que se expone en estos “equívocos” es que estamos ante una cualidad que es propia de toda historiografía, en la medida en que la misma no sólo es un conocimiento validado disciplinarmente, científicamente, sino que también posee —en rigor, puede poseer— una dimensión rememorativa. Esta última, la rememoración, es una referencia a una articulación de las dimensiones del tiempo que produce una temporalidad histórica distinta y antagonista a la temporalidad cronológica, lineal y continua que subtiende el discurso histórico dominante y su historiografía.

Precisamente, esta cuestión de las temporalidades ha sido una de las problemáticas que la “historia reciente” —pero no sólo esa historiografía, obviamente— ha puesto en discusión, posibilitando reflexiones y prácticas que atiendan a la multitemporalidad histórica de cada objeto de la historia, empezando por el lenguaje, las imágenes, los acontecimientos, etc. Gran parte de esa problematización del tiempo histórico vino de la mano de la producción testimonial, la cual involucró tanto el vínculo con el archivo —al poner en primer plano el carácter activo de la tarea historiográfica en

su producción, su localización, además de la multiplicidad de agentes que lo configuran— como las tramas relacionales de la historia con los modos y los agentes de la producción de memorias.

La historiografía sobre lo reciente se forjó en lo que denomino “prácticas híbridadas”: no sólo porque sus practicantes provienen de distintos y muy variados campos disciplinares y constituyen espacios de diálogo de tal forma transdisciplinares, sino, más fundamentalmente, porque la misma operación de producción historiográfica participa tanto del mundo académico como del movimiento democrático y social productor de memorias.

De allí que la “historia reciente” se despliegue, junto con los estudios de memoria, en un espacio tramado por una pluralidad de construcciones de sentido histórico, de configuración de las temporalidades históricas y aun de las posiciones legítimas de enunciación sobre lo histórico. Así, la práctica historiográfica se resitúa, sin perder nada de su rigurosidad, al ampliar el campo de sus interlocuciones. Al contrario, ha ganado en exigencia, sobre todo en algunas obras que exponen un trabajo enormemente productivo con lo testimonial, atendiendo a sus temporalidades múltiples, atravesando las significaciones de lo dicho y lo silenciado, integrando esas memorias —con sus anacronismos y sus lagunas— en la misma elaboración de un saber histórico. Lo cual, finalmente, revela que esa práctica híbridada no sólo alcanza al texto producido; también revierte en otra posición del sujeto cognoscente.

Lo que me lleva a una última cuestión. Si se admite, como generalmente se hace, la enormidad de la herida que el terrorismo de Estado provocó en el conjunto del cuerpo social, la historia reciente y los estudios de memoria pueden interpretarse como respuestas afectadas en el campo de la historiografía a ese daño. Lo que nos recuerda la impor-

tancia de la historia y la memoria en tanto modos de encontrar y rescatar *en el presente el pasado* del cual el orden dominante quiere definitivamente escindirnos. La historia (y la memoria) se erigen hoy, desde mi punto de vista, en intervenciones medulares de recuperación de esos actos de palabra que fueron las politizaciones y las emancipaciones pasadas, actos de palabra que nos permitirían pensar los actuales. Lo hacen, historia y memoria, en la específica situación presente, un contexto de enorme adversidad, un tiempo en el que la palabra se degrada aceleradamente de la mano del carácter “intrínsecamente iletrado” del capitalismo, como alguna vez dijera Gilles Deleuze.

## Perspectivas interdisciplinarias para leer la literatura argentina

Soledad Quereilhac

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Ingresé en la carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1994 y una de las primeras materias que cursé fue Literatura Latinoamericana I, a cargo en ese momento de la profesora Susana Zanetti.



En el marco de la revisión historiográfica que despertó el Quinto centenario de la Conquista de América y las tensiones en torno a lo que algunos llamaron “celebración”, descubrí—además de textos fascinantes como los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega o los poemas de Sor Juana Inés de la Cruz— que el conocimiento sobre la historia cultural y la literatura se produce de manera situada, desde perspectivas y presupuestos ideológicos que pueden ser afirmativos de lo hegemónico o disidentes. La temprana conciencia de esa disputa, que sólo más tarde encontré caracterizada en los términos teóricos del materialismo cultural y la sociología de la cultura, fue determinante para entender que, por un lado, mi formación iba a ser inescindible del hecho de desarrollarse en una universidad pública argentina y, por otro, que esa circunstancia, lejos de incentivar un inconducente nacionalismo, fomentaba en cambio la responsabilidad de pensar la

**Soledad Quereilhac:** solquerei@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0001-9743-200X>, Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de San Martín-CONICET, Soledad Quereilhac (1975) es Doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires e Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET). Es Profesora Asociada regular de “Problemas de la literatura argentina” en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y miembro del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (UBA – CONICET). Desde 2018, dicta el seminario “Sociología de la literatura” en la maestría de “Sociología de la Cultura y Análisis Cultural” de IDAES – UNSAM. Dirige actualmente un proyecto UBACyT de jóvenes investigadores sobre literatura y prensa en la Argentina. Es autora del libro *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos* (Siglo XXI, 2016) y de numerosos artículos y capítulos de libro sobre literatura e historia cultural argentina. Es miembro fundador e integrante del Consejo Editor de *AbiRa* (Archivo Histórico de Revistas Argentinas, [www.abira.com.ar](http://www.abira.com.ar)), repositorio en el que ha incluido colecciones completas de revistas de ciencia ficción. Coordina la edición de literatura argentina y latinoamericana en la colección “Clásica” de editorial Colihue y fue miembro del comité editor de la revista cultural *Las Ranas. Artes, ensayo, traducción* (2008-2015). Durante quince años, publicó crítica literaria en el diario *La Nación*. Como investigadora, se ha especializado en el estudio de las relaciones entre literatura, ciencia y ocultismos entre fines de siglo XIX y primera mitad del XX. Ha privilegiado la temprana ciencia ficción y el fantástico rioplatense, y sus proyecciones del imaginario científico. Asimismo, se ha concentrado en el estudio de medios de prensa vinculados a la literatura o a la divulgación científica, y en el análisis de las intervenciones públicas de intelectuales y escritores sobre ciencia y ocultismos.



Presentadora del libro *Eva y las mujeres: historia de una irreverencia*, de Julia Rosenberg (Futurock), junto a la autora y Julia Mengolini. Programación de “Nosotras movemos el mundo”, Día Internacional de las Mujeres Trabajadoras, Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación. Buenos Aires, Centro Cultural Kirchner, 6 de marzo de 2020. (fotos de Mariano Sandá @maio.san)

cultura y la literatura propias desde una permanente mirada crítica respecto de los saberes anquilosados, los lugares comunes, la construcción de Latinoamérica como el “otro” de un centro, entre otras aristas que durante toda mi adolescencia me habían llegado naturalizadas.

Durante la carrera de grado viví dos grandes “descubrimientos” que marcaron fuertemente, luego, mi formación de posgrado. El primero fueron las formas de leer la literatura argentina de la materia que dirigía en ese entonces Beatriz Sarlo, que articulaban la pericia crítica del análisis textual con una mirada propia de la historia cultural y la sociología literaria, esto es: la concepción de la literatura como un hecho social, de características específicamente artísticas. Ese ejercicio de lectura fue un antes y un después en mi formación, sobre todo por el contraste con otras formas de leer que proponía la carrera, ancladas en la fascinación por las teorías sin mucha raigambre espacio-temporal, gozosas de su propia abstracción, tendientes a la negación de la historia

y autorreferenciales hasta el absurdo. La lectura de Raymond Williams, de Pierre Bourdieu, y más tarde de Richard Hoggart, Frederic Jameson, Marc Angenot, Adolfo Prieto, David Viñas, Ricardo Piglia, Ángel Rama, Marie Louis Pratt, y tantos otros y otras fueron enriqueciendo ese rumbo descubierto. Años más tarde, me incorporé como docente a esa materia y a *Problemas de Literatura Argentina*. El ámbito de la cátedra fue una instancia de

formación crucial también, enlazado con la iniciación en la docencia universitaria.

El otro gran descubrimiento en la carrera de grado fue la propuesta de Oscar Terán con su materia Historia del pensamiento argentino y latinoamericano, una materia de “cruce” entre las carreras de Historia, Letras y Filosofía, que me puso en contacto tanto con las herramientas de la historia de las ideas y de los intelectuales, como con la necesidad de adoptar una perspectiva interdisciplinaria. Al poco tiempo comencé a asistir como oyente al Seminario mensual sobre historia intelectual que Terán presidía en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (hoy instituto UBA-CONICET), junto con un grupo de investigadores e investigadoras provenientes de la historia, la arquitectura, el psicoanálisis, la sociología, la antropología, la filosofía y las letras, algunos de los cuales ya habían fundado el actual Centro de Historia Intelectual de UNQ e integraban, también, el comité editor de la revista *Prismas*. En ese grupo, en

el cual sólo en contadas ocasiones me animé a hablar, al menos durante los primeros años, aprendí una forma de la discusión y de la reflexión sobre los textos que se transformó en una aspiración y una meta: mis producciones debían poder soportar el tipo de cuestionamientos y discusiones que allí se desplegaban. Ese grupo abierto, renombrado Seminario “Oscar Terán” desde 2008 (año del fallecimiento del querido profesor e intelectual), fue un auténtico espacio de formación, tanto en relación a los contenidos como a la metodología de trabajo.

En ese ámbito, como en los proyectos de investigación sobre literatura argentina y prensa a los que ingresé de la mano de Sylvia Sáita (a quien conocí cuando ella era jefa de trabajos prácticos en la materia Problemas de Literatura Argentina), fue clave la experiencia intergeneracional: de alguna manera, esa forma de trabajo del amplio campo de la izquierda intelectual de los años 70 fue trasvasando en otras generaciones que se desempeñaban, no obstante, en un contexto político, social y cultural ya muy diferente, concentrado, cada vez más, en los claustros académicos e institutos de investigación. Pero la rigurosidad intelectual, el compromiso con la producción de calidad, la honestidad en las discusiones, la autoexigencia como mecánica ineludible, han pervivido bajo diferentes formas en investigadores/as de una generación posterior y es través de verdaderas maestras como Sylvia Sáita que entré en contacto con ese legado. En el contexto actual, en el que las exigencias del sistema académico y científico están fuertemente fijadas en lo cuantitativo, y en el que la publicación de libros –aun en el ámbito de las humanidades– pierde “puntos” frente a

la cultura del *paper*, colocado preferentemente en revistas extranjeras, recordar esas formas heredadas del trabajo intelectual es un eje al cual volver para potenciar el propio trabajo y no morder el anzuelo de lo cuantitativo, cuyo único fin parece ser engrosar los antecedentes curriculares y aprobar los informes.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Poder deslindar lo extranjero de la nacional en relación a tradiciones intelectuales es complejo, creo que casi imposible y, seguro, inconducente si el objetivo es trazar blancos y negros. Sí es posible, en cambio, detectar los usos, diálogos, subversiones y transformaciones que en la Argentina se producen respecto de las ideas de ciertos referentes extranjeros, ya se trate de autores europeos o norteamericanos, o autores latinoamericanos. E identificar, así, el surgimiento de tradiciones y prácticas intelectuales propias al calor de ese intercambio.



Expositora sobre “La narrativa breve de Griselda Gambaro”. Homenaje a Griselda Gambaro organizado por el Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 46° Feria Internacional del Libro, Buenos Aires, 10 de mayo de 2022. Participaron: Cristina Bane-gas y Patricia Zangaro. (fotos de Mariano Sandá @maio.san)



Moderadora en la mesa “Literatura y universidad” en el Encuentro de escritoras mujeres y LGTBI+ bonaerenses, con la participación de María Pía López y María Valdez. Teatro Argentino de La Plata, La Plata, 21 de octubre 2021

En primer lugar, señalo que mi trabajo de investigación se inscribe en un amplio campo de estudios interdisciplinarios que en la Argentina no posee un nombre unívoco, pero que se imagina en las confluencias de la historia cultural, el análisis cultural, la sociología de la cultura y/o de la literatura, los estudios literarios, la historia de la prensa, y en menor medida –pero aun así presente– la historia de las ideas y de los intelectuales. No poder encontrar un solo nombre para lo que hacemos tiene que ver, por un lado, con las particulares torsiones teóricas que predominan en el área, mucho más atentas a las características del objeto o del problema detectado que a la obediencia a tradiciones teóricas o intelectuales fijas, y aun a disciplinas compartimentadas. Los trabajos suelen servirse de un amplio espectro de herramientas teóricas pensado *en función* del problema y no *para aplicar* forzosamente, exteriormente, a ese problema. Por otro lado, este mismo crisol interdisciplinario dificulta hacer pie en un nombre englobador, que dé cuenta de todas las prácticas.

En 2016, se publicó la traducción del libro Gisèle Sapiro, *Sociología de la literatura* (2014), una obra pensada como “manual” para sus estudiantes, en el que la autora concreta una apuesta política disciplinar: englobar dentro de la sociología de la literatura un amplio corpus de obras que en otros lugares se ha identificado, alternativamente, con la historia de la cultura, con la sociología de la cultura, con la crítica literaria y/o cultural, etc. Ella

parte de la perspectiva pionera de Gustave Lanson en el siglo XIX (“la tarea del crítico es restituir la obra a sus condiciones de producción, tomando en cuenta no sólo al autor sino también a la sociedad de su tiempo y su primera recepción”) y traza un recorrido por las obra de Robert Escarpit, Lucien Goldmann, Raymond Williams, George Lukács, Antonio Gramsci, Richard Hoggart, Arnold Hauser, Pierre Macherey, Frederic Jameson, Pierre Bourdieu, Itamar Even-Zohar, Roger Chartier, entre otros. Formada en literatura en sus estudios de grado y en sociología en el posgrado (actualmente es directora de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, EHESS), Sapiro maneja esa doble mirada sobre la literatura que atiende a un tiempo a las dimensiones de producción y de recepción, pero también a la inscripción de lo social *en las formas mismas*. Lejos de esa exterioridad que habita en ciertos estudios puramente sociológicos, Sapiro deja en claro que los procesos históricos, sociales, políticos

y culturales se verifican en la especificidad formal de lo literario y que todo investigador debe poder dar cuenta de sus hipótesis en la obra misma.

## soledad quereilhac cuando la ciencia despertaba fantasías

prensa, literatura y ocultismo  
en la argentina de entresiglos



XXI siglo veintiuno  
ediciones

Es muy curioso que, en la Argentina, ya tempranamente apareció formulado el problema de esta articulación en el libro *Literatura / Sociedad* (1983), de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo. Allí, el autor y la autora declaraban preferir no inscribir su trabajo en la sociología de la literatura, para no resignar formas de acercamiento a lo literario que no cuadraran estrictamente con la mirada “sociológica”. No obstante, también proponían un recorrido por las principales vertientes teóricas que nutrían la sociología de la literatura y la historia cultural, a la que sumaban el aporte pionero de los formalistas rusos en la provisión de un lenguaje para la crítica. Hacia el final, incluían trabajos de Ángel Rama, Antonio Cándido y de ellos mismos a modo de puesta en funcionamiento y discusión de los conceptos analizados. En uno y en otro libro —el de Sapiro, el de Sarlo/Altamirano—, pertenecientes a épocas y regiones diferentes, las preguntas que se le

formulan a la literatura son muy similares. Pero no hay consensos respecto de cómo llamar aquello que efectivamente les hacen a los textos y a los contextos.

A este mapa se suma la circunstancia, también apuntada por Sapiro —y que se verifica tanto en Francia como en Argentina— de la escasa institucionalización de la disciplina “sociología de la literatura”, en relación inversamente proporcional a la enorme cantidad de trabajos que se inscriben en ella. Existen las carreras de Letras y de Sociología; por extensión, las carreras de Historia, de Artes, entre otras, pero ese cruce interdisciplinario —o aún más, esa forma de concebir el objeto mismo— se produce más en una instancia de posgrado y en la concreción de los trabajos mismos, antes que en carreras específicas o institutos. “Demasiado ‘sociológica’ para los literatos y demasiado ‘literaria’ para los sociólogos”, apunta Sapiro, la disciplina está aún atravesada por tensiones que, si bien no impiden la riqueza de la investigación, sí complejizan la identificación disciplinar.

### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Buena parte del trabajo lo realizo en soledad. Alterno entre la lectura de textos teóricos y críticos de otros autores y autoras, con largas horas en la hemeroteca o consultando hemerotecas digitales y, en menor medida, archivos de autor. Me interesa la literatura que circuló originalmente por fuera del formato libro en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX —particularmente, literatura fantástica y de temprana ciencia ficción— y también los debates, reseñas, ensayos y artículos publicados en medios de prensa, así como los soportes mismos, vinculados a la literatura y a otras zonas de la cultura que han dialogado con ella (en mi caso particular,

el campo científico). Me interesa recuperar todos los documentos necesarios para leer la literatura en su contexto original de producción y circulación, y analizar su inserción en el “discurso social”, tal como lo concibe Marc Angenot. Mientras escribo, tanteo mis hipótesis en intercambios informales con mis compañeros de cátedra en las materias Literatura Argentina II y Problemas de Literatura Argentina, y con otros colegas del área. A pesar de que ya no se desempeña como directora de mis proyectos, Sylvia Sáitta sigue siendo una persona de consulta para mis hipótesis, y también para los escollos de una dimensión más personal del trabajo académico. Lo mismo sucede con compañeras como Claudia Roman, capaces de torcer el rumbo de todo un trabajo con apenas una intervención corta y certera, como la de los psicoanalistas, pero en este caso en relación a la producción intelectual. También, encuentro un prolífico ámbito de producción colectiva en el grupo que conforma Ahira – Archivo Histórico de Revistas Argentinas [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar) –, del que formo parte desde sus inicios en 2014.

Cada año, mantengo encuentros formales en mesas de discusión, congresos y/o

jornadas en los que expongo mi trabajo entre investigadores afines a mi especialidad. En los últimos tiempos, me ha resultado muy productivo el intercambio con otros colegas del exterior a través de la conformación de redes, ya sea de inscripción formal a través de un programa acreditado o en torno a la creación de un libro colectivo. Dos investigadoras del Reino Unido coordinaron, entre 2014 y 2017, la red de investigación “Science in Text and Culture in Latin America”, a la que se convocaron investigadores de academias norteamericanas, europeas y latinoamericanas para reflexionar sobre la gravitación de los imaginarios científicos en la cultura de la región y su articulación con las artes y la literatura. Se celebraron tres encuentros en Londres, San Juan de Puerto Rico y Buenos Aires, además de intercambios virtuales y reuniones informales; todo lo discutido en esas instancias fue luego reelaborado en un libro colectivo, de una cohesión acorde al trabajo previo. También me conecté con otro grupo de investigadores a propósito de las formas del gótico en Latinoamérica y más tarde, en torno a las formas de la ciencia ficción.

Otra instancia productiva fue entrar

en contacto, poco antes de que comenzara la pandemia de COVID-19, con investigadores de Chile y de España que se dedican a la historia cultural de las ciencias y que se interesan, como yo, en la dimensión de la divul-



Quereilhac integra el Consejo Editor de Ahira – Archivo histórico de Revistas Argentinas ([www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)), un repositorio digital dirigida por la Dra. Sylvia Sáitta



Lectora en la Maratón de lectura del Facundo de Sarmiento en el Museo Histórico Sarmiento, 7 de mayo de 2022 (fotografías: Ministerio de Cultura de la Nación).

gación, de la circulación de los saberes y discursos de las ciencias en otras áreas de la cultura (sobre todo en la prensa), y en las prácticas de recepción y apropiación activas de esos conocimientos por parte de los públicos. Ya me había vinculado años antes, en Argentina, con grupos interesados en las formas en que saberes expertos migran hacia otras disciplinas y van configurando nuevos usos de conceptos, teorías, un corpus léxico, una serie de metáforas. No son numerosos los grupos que trabajan con este tipo de articulación interdisciplinaria, y poder contar con ellos como interlocutores mejora radicalmente los resultados de mi propio trabajo. Durante el aislamiento por la pandemia, pude mantener algo de este contacto de manera virtual, a través de la presentación de libros, la participación en seminarios como invitada y las reuniones de trabajo.

Por último, otra instancia de producción, reflexión y puesta a prueba de los temas e hipótesis de investigación son los ámbitos de docencia universitaria. La renovación anual de los programas de los cursos que dicto—Problemas de literatura argentina, en la UBA; y Sociología de la literatura, en una maestría de la UNSAM— me obligan a una

actualización de lecturas pero, por sobre todo, al ejercicio permanente de repensar las categorías básicas que manejo, de explicarlas para otras y otros de manera sólida, y de proponer el debate con las y los estudiantes. En más de una oportunidad fue en la instancia de la preparación de una clase que descubrí una potencial línea de investigación o ideas nuevas sobre lo que estaba escribiendo en ese momento. Docencia e investigación se articulan de una manera estrecha; no podría pensar una sin la otra.

#### **4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?**

Como señalé anteriormente, en términos disciplinares es difícil hacer pie en un solo nombre. Combinando las herramientas de la historia cultural y la crítica literaria, yo investigo la literatura argentina de imaginación (fantástico, ciencia ficción, utopías) en el contexto de su surgimiento y las preguntas que me interesa saldar son: ¿por qué surgen esas formas literarias en ese momento específico? ¿de qué materiales se nutre esa literatura? ¿qué significaba la literatura en ese momento, cuál era su estatuto en la cultura? ¿qué se consideraba y no se consideraba literatura? ¿quiénes leían esos textos, para quiénes estuvieron pensados, quiénes terminaron leyéndolos o escuchándolos? ¿quién editó esa lectura, en qué formato se publicó: libro, diario, revista, folleto? ¿qué tensiones socio-históricas las atraviesan, cómo habla lo real material en las formas literarias, cómo se estructuran sus ideologemas?

Me interesan las formas no realistas del relato porque encuentro allí algo de la mecánica de los sueños, pero en un sentido social, colectivo: la reelaboración de la cultura a través de la invención y la fantasía, tras las cuales acecha la sombra de lo real, desde un fondo deformado. En las formas en que se imaginan otros mundos están inscriptas a fuego las tensiones, las violencias y las esperanzas del presente. Mientras la ciencia ficción suele encauzar miedos colectivos, la literatura de terror se concentra en la dimensión individual y subjetiva del miedo; la literatura fantástica

aparenta respetar las reglas del mundo conocido, pero súbitamente lo subvierte, y con esa intervención lo torna siniestro; las utopías, ucronías, distopías proyectan otros universos espacio-temporales posibles partiendo siempre de un estado de cosas actual, ya se trate de la dimensión fáctica, simbólica o imaginaria.

Muchas veces debo salir de la literatura para volver a ella. Ciertos temas me han llevado a concentrarme en otras zonas de la cultura que explican mejor el porqué de ciertos temas o de ciertas operaciones de la literatura. Desde mis estudios doctorales investigo la historia de los espiritualismos científicos del siglo XIX y principios del siglo XX, también llamados en la época “ciencias ocultas”, por muchos motivos: porque son un fenómeno pertinente e interesante en sí mismo, que informa sobre los lábiles

límites entre el campo científico tal como lo entendemos hoy y las practicas experimentales, ocultistas o atentas a lo paranormal del pasado; porque reconocidos intelectuales y escritores (y científicos) formaron parte de

sociedades espiritistas, teosóficas y magnetológicas, escribieron en sus revistas e intervinieron en debates públicos sobre el grado de “cientificidad” de estas prácticas; porque la temprana ciencia ficción argentina y buena parte de la literatura fantástica nació incentivada por el enorme impulso y conflictividad de estas tensiones en torno al conocimiento secular, la

experiencia de lo trascendente en un sentido más laico y las esperanzas sobre una ciencia del futuro, que literalmente lo descubriera todo. Rastrear noticias sobre ciencias y ciencias ocultas en los periódicos, identificar las polémicas, analizar la construcción de la imagen de los científicos, estudiar la visibilidad de las ciencias y de los espiritualismos (imágenes, fotografías, diseños), investigar en archivos de escritor (cartas, testimonios), entre otros, me permite rearmar una zona del discurso social –lo *decible*, lo *imaginable* en cierta época acotada– y entender mejor el tipo de respuesta que ejerció la literatura.

A veces me pierdo tanto por esos caminos que fantaseo con escribir, por ejemplo, una historia sobre los impactos tanto dentro y fuera de la medicina de los pioneros experimentos con rayos X en Argentina, desde 1896 hasta avanzado el siglo XX. Llegué



Sylvia Saítta me entrega el diploma de Doctora en Letras. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 5 de julio de 2013

a los rayos X a través de la literatura: Rubén Darío publicó en *La Nación* su relato “Verónica” (luego renombrado “La extraña muerte de fray Pedro”) a sólo tres meses del descubrimiento de Wilhelm Roentgen y a sólo pocos días del primer experimento celebrado en la entonces Facultad de Matemáticas de la UBA. Muchos otros relatos de Leopoldo Lugones, de Horacio Quiroga, de Pedro Angelici incorporan los rayos como elementos de sus ficciones, y poder rastrear el impacto de ese fantástico descubrimiento por fuera de sus usos médicos (y también cómo la medicina, de hecho, los incorporó), permite entender mejor qué hizo la literatura con esos materiales y qué horizonte imaginario de miedos y expectativas, de creencias y de sensibilidades, estaba interpelando. Esto es, rastrear las notas de los periódicos sobre los potenciales usos de estos rayos, los artículos de revistas, las viñetas de humor, su incorporación en la publicidad, las metáforas asociadas, las imágenes, entre otras fuentes, permite rearmar un escenario ampliado. Curiosamente, un colega que investiga temas afines—Mauro Vallejo, interesado en las trayectorias de médicos, hipnotizadores, curanderos, magnetizadores y en la interesantísima zona de cruces entre variadas prácticas de la salud, la ciencia, el espectáculo—también arribó a la importancia de reconstruir una historia de los rayos X desde una perspectiva cultural. Ojalá algún día algunx de nosotrxs—o ambxs—concretemos ese proyecto, pero lo que quiero resaltar aquí es que aún queda mucho trabajo por hacer en este área y que conocer mejor cómo migran los acontecimientos de ciertos campos expertos hacia otras prácticas sociales es un insumo también necesario para comprender las formas artísticas.

Por supuesto que en el caso de la literatura también debe atenderse a cuestiones puntualmente literarias vinculadas al campo: la colocación del autor en ese campo, su capital simbólico, las implicancias de sus elecciones genéricas, el grado de su profe-

sionalización, entre otros. Y también, cómo se posiciona su literatura respecto de una tradición anterior, qué referentes locales o extranjeros identifica para el desarrollo de su literatura y cuáles son las posibles lecturas que inspiran su propia obra. La mirada del investigador debe contemplar ese doble juego de entrar y salir de lo literario: de identificar con claridad la especificidad de producción y recepción de esa práctica—la literatura—pero también incorporar al análisis su inserción en lo social y sus vínculos con otras prácticas que le proveen materiales, un lenguaje, un corpus de imágenes.

Creo entonces, para cerrar esta respuesta, que las destrezas serían la capacidad de ejercer una lectura crítica, formal, de los textos literarios—poder entender de qué está hecho el juguete, desarmarlo un poco para luego volver a armarlo y conectar también con el goce de la lectura—y articular esa dimensión del análisis con el contexto en un sentido amplio, atendiendo tanto a las cuestiones vinculadas al campo literario, el “estado de literatura” de ese momento, las condiciones de producción, los soportes, la recepción; como a la inserción de esa forma de arte en lo social y sus diálogos con otras prácticas. También, la mirada del investigador y la investigadora debe estar atenta a aquello que, en su lenguaje, la literatura ofrece como forma de conocimiento.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

En términos amplios, la disciplina o cruce de disciplinas que practico está en un momento de prolífico desarrollo. Para retomar la simetría de mutuas desconfianzas que señala Sapiró (demasiado ‘sociológica’ para los literatos, demasiado ‘literaria’ para los sociólogos), he podido detectar una zona de trabajos que pro-

vienen de investigadores e investigadoras con formación de base en sociología (y, en menor medida, en historia), que abordan por ejemplo el estudio de la edición y la figura de los editores, que son muy sólidos en términos de la objetivación de los fenómenos, pero que por momentos mantienen cierta exterioridad con los textos, sobre todo los literarios. En otro polo, los trabajos que producen investigadores e



Con compañerxs docentes de la cátedra Literatura Argentina II, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, sobre la calle Puan. De izquierda a derecha: Marcelo Méndez, Martín Servelli, Paula Bien, Tania Diz, Elena Donato, Soledad Quereilhac, Sebastián Hernaiz. 20 de diciembre de 2010

investigadoras con formación de base en letras, tienen sobradas herramientas para el análisis textual pero, en ocasiones, no siempre la esperable sistematicidad de los aspectos cuantificables, sociológicos en un sentido más clásico o aun históricos (y me incluyo a mí misma en la recaída, por momentos, en estas falencias). Lejos de proponer una irresponsable generalización, apunto cierto efecto de lectura de algunos trabajos que he leído en la última década (me refiero a libros, pero sobre todo a *papers* y proyectos de investigación que, con frecuencia, me toca evaluar).

En relación a la literatura argentina, hay un debate que se ha suscitado en algunas universidades nacionales sobre qué se incluye y qué se deja afuera del gentilicio “argentina” que engloba nuestra literatura. Se propone gravitar temporalmente en torno al plural “literaturas argentinas” para deconstruir la fuerte impronta porteñocentrista, pampacentrista o urbanocentrista que atraviesa el canon nacional. La revisión de los mecanismos

de lo que Raymond Williams llama la “tradicción selectiva” es una actividad permanente de la literatura, de las formaciones culturales y de las instituciones literarias que van renovándose y pujando por la hegemonía. Esto hoy está vivo en relación al

corpus de autores y autoras que ocupan el centro de lo identificable como “literatura argentina”, y se busca hacer visible no sólo la pluralidad de nuestro acervo cultural, sino la existencia de regiones que se resisten a ser permanentemente referidas respecto de un “centro”.

Otra gran línea de revisión la integran los feminismos y la necesaria incorporación de una perspectiva de género en un sentido transversal, que involucra desde cómo volvemos a leer textos clásicos que revelan hoy otros sentidos, hasta cómo revisamos los mecanismos por los cuales muchas es-

critoras argentinas han quedado relegadas no sólo por los mecanismos de la tradición selectiva sino también por las mediaciones ideológicas de su recepción contemporánea.

En relación a la ciencia ficción tanto argentina como latinoamericana ha surgido en los últimos diez años un conjunto de trabajos que, entre sus muchos aportes, conquistan ese nombre –tradicionalmente asociado a la literatura anglosajona y, en menor medida, francesa– para Latinoamérica. Pero no lo hacen forzando una idea ajena o anacrónica del género para la producción regional; por el contrario, los investigadores y las investigadoras se concentran en las formas específicas de esas expresiones de imaginación científica tal y cómo se dieron en nuestros países de Centro y Sud América, atendiendo a las influencias de las metrópolis, al desarrollo de los campos científicos locales, a los materiales discursivos que alimentan la literatura, al tipo de experiencia *en la modernidad* que representa y simboliza la *sci-fi* vernácula. Se han publicado tesis doctorales, libros, historias colectivas de la ciencia ficción; se han celebrado simposios internacionales y reuniones; se van estableciendo redes entre quienes compartimos la necesidad de conquistar esa tradición para nuestras literaturas, en la medida en que detectamos la efectiva existencia de un rico y voluminoso corpus de utopías, relatos, novelas, historietas, novelas gráficas, ilustraciones y obras de artes visuales que han conjeturado universos haciendo un uso desviado, relocalizado, de las convenciones del género.

Otra zona de investigación que toca mi trabajo es, por un lado, la incorporación de revistas culturales como objeto ya ineludible de los estudios literarios y de la historia de los intelectuales; por otro, la paulatina incorporación de la prensa gráfica en general como objeto de estudio imprescindible para comprender la profesionalización y desarrollo del propio campo literario. Otra

vez, lo interdisciplinario atraviesa una gran zona de la producción de los últimos 20 años en torno a revistas culturales y en torno a las articulaciones prensa – literatura. En este sentido, no es menor la emergencia de los repositorios digitales de fuentes hemerográficas, que van ganado volumen en muchas ciudades latinoamericanas. Como parte de nuestro trabajo de investigadores e investigadoras, el grupo que integro en AHIRA –Archivo Histórico de Revistas Argentinas– entiende que el “giro material” que se ha producido en los últimos tiempos sobre cómo trabajar las fuentes hemerográficas, qué buscar en ellas, cómo entender su particular intervención en el campo intelectual y/o literario, demanda tener esos archivos a libre disposición. Buscando contribuir a la democratización de nuestro acervo cultural y con una mirada totalmente empática sobre qué herramientas de búsqueda precisamos los y las investigadoras, AHIRA ha ido incorporando más de doscientas colecciones completas de revistas culturales argentinas, junto con sus índices detallados y textos de presentación. La proliferación de proyectos como el nuestro en el país y en el extranjero garantizan las condiciones de acceso a las fuentes y por lo tanto la consolidación de esta área de investigación interdisciplinaria.

## Prácticas confusas Narrativa de formación

Paula Ripamonti

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Los recuerdos de mi formación intelectual me llevan de forma directa a cierto origen, precisamente, al cuarto año de mi escuela secundaria en 1986, cuando tuve Filosofía y conocí a Adriana Arpini. Eran los años del recomienzo democrático con Alfonsín. Nada fáciles, por cierto, hiperinflación, crisis, salarios magros, levantamientos militares,

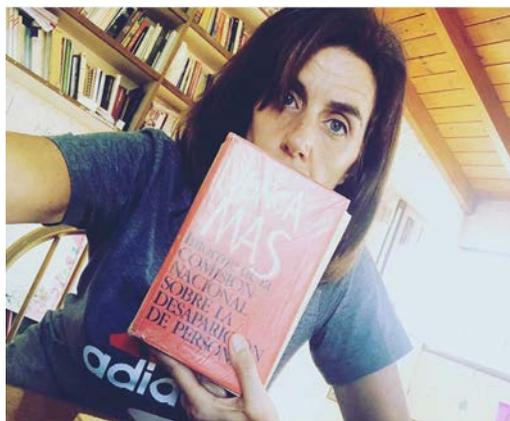


etc. El ámbito educativo también tenía sus dificultades. Sabemos que el ritmo de los cambios políticos no se imprime con rapidez en las instituciones escolares y menos en aquéllas, tan avasalladas por esa alternancia histórica de dictadura- democracia de más de 50 años. Como yo iba a una escuela normal nacional,

los paros docentes fueron frecuentes en aquél entonces y lo cierto es que a partir de aquéllas, pocas, clases de Filosofía sentí que había algo ahí que me gustaba. Dicho sea de paso, Adriana era la primera

**Paula Ripamonti:** paula.ripamonti@ffyl.uncu.edu.ar, <https://orcid.org/0000-0003-0187-1273>, Universidad Nacional de Cuyo, Profesora y Doctora en Filosofía (UNCuyo). Especialista en Docencia Universitaria (UNCuyo). Postulada en Investigación Educativa con Enfoque socio-antropológico (CEA-UNCórdoba- Ministerio de Educación de la Nación). Becaria de formación de posgrado y posdoctoral, por movilidad docente en el exterior para estancia investigativa en CSIC-Madrid- España. Docente Adjunta efectiva de la Facultad de Filosofía y Letras y de Derecho de la UNCuyo. Docente titular de Instituto Superior de Formación Docente 9-001. Realiza docencia de posgrado en Especialización, Maestría y Doctorado y formación continua docente. Posee experiencia en gestión educativa y curricular, en docencia y en producción de materiales didácticos en el área de la filosofía. Es Evaluadora federal de la Comisión Federal de Registro y Evaluación Permanente de las Ofertas de Educación a Distancia, del Consejo Federal de Educación por el periodo. Experiencia en dirección de proyectos de investigación en los campos de la filosofía, la educación y la historia de las ideas latinoamericanas con proyectos financiados por SECyTUNC, CONICET e INFOD (Ministerio de Educación de la Nación). Ha participado como ponente y conferencista en Congresos y Jornadas del ámbito de la Filosofía, la Antropología Filosófica, la Educación, la Formación docente y la Historia de las Ideas Latinoamericanas. Ha coordinado los libros y posee publicaciones en revistas académicas, como “Investigar a través de narrativas: notas epistémico-metodológicas” (2017), “Para una epistemología de la práctica docente. Revisión crítica de su caja de herramientas” (2019), “Relectura de Arendt en clave poscolonial para una analítica de las postergaciones” (2020), “Interpelaciones críticas a la antropología filosófica. Agenda de problemas y notas sobre escrituras alternativas”, con Adriana Arpini (2019), “Trayectorias escolares desde singularidades resistentes: una investigación educativa a través de relatos biográficos” (2020), junto con Patricia Lizana e “Intervenciones tácticas sobre la relación entre canon, filosofía y escritura” (2021), con Alejandro De Oto. Es directora de *Saberes y prácticas. Revista de Filosofía y educación*, miembro del Comité Editorial de la Revista *Cuyo* y miembro fundador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Filosofía en la Escuela (CIIFE-UNCuyo).

profesora que era autora del manual con el que trabajábamos. Eso creo que sumó algo de admiración a la cuestión. Mirábamos emocionadas su rostro y luego, ¡su nombre escrito en un libro! Sí, pertenezco a esa generación que aprendió con libros físicos, con manuales. No existían las fotocopias y era común la venta o tráfico de usados. Ahora que lo pienso, el contacto con los libros fue parte sustantiva de mi formación, sobre todo aquéllos que solían tener frases subrayadas, mensajes o carteles. Era



como conversar con alguien del otro lado del tiempo que te decía: “sí, yo también estuve aquí”. La cosa es que comencé a explorar textos que me hicieran pensar, primero en la biblioteca familiar y más tarde, en otras. Yo era una fanática lectora de literatura desde los 12 años. Pero a los 15 años fue como salir a la caza de temas existenciales. Hay dos encuentros fuertes, uno, apenas me hice socia del “Club del lector”, elegí un libro recién publicado, *Nunca más*, rezaba el extraño título. No tenía idea de qué se trataba pero le pedí a mi papá el dinero y me lo dio sin preguntar, porque si era para libros, no había discusión, un libro siempre estaba bien. El otro, *La caída en el tiempo* de Cioran. Estaban los grandes temas allí, la vida y la muerte, el valor y el miedo, la política y el tiempo, la contingencia histórica y lo terrible. ¿Los testimonios del *Nunca más* pertenecían a personas de mi país? ¿De qué hablaban? ¿Por qué esto no me lo habían enseñado en la escuela? ¿Era verdad o ficción? ¿Cómo había sido posible? ¿Qué cosa era eso del mal y esa anomalía del existir del que hablaba Cioran? Bueno, si mi interesaba esto, debía estudiar filosofía.

En 1988 ingresé al primer año de la carrera

de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional de Cuyo), junto con muy pocos compañeros. Se estrenaba un plan de estudios que buscaba modernizar el cursado y habilitaba diseñar trayectorias de forma personal. Pero al comenzar segundo año, quedé como única alumna. La soledad en mi formación fue proporcional al silencio en las aulas y pasillos. Aquella Facultad acusaba el impacto de la última dictadura. Si bien al comienzo,

no supe vincular aquél *Nunca más* con lo que vivía, más tarde supe de la ausencia de profesores cesanteados un poco antes, en 1975, como Enrique Dussel y Arturo Roig y desaparecidos, un poco después como Mauricio López, supe de estudiantes a quienes se les negó el título, otros expulsados y reincorporados en democracia, como mi amiga Sara Leticia Molina. Una fuerte orientación aristotélico tomista y la filosofía como mixtura intelecto-espiritual predominaban. La formación filosófica que recibí se focalizó en la experticia de la lectura y su traducción escrita, a través de monografías y oral, a través de coloquios en situación de examen. Podría decir que me brindó un mapa de la tradición filosófica occidental, casi sin fugas. No recuerdo haber leído textos de alguna mujer ni de varón que no fuera blanco. Claro que eso lo veo ahora, en retrospectiva. Pero el “casi” es importante. En primer lugar, porque tuve en este contexto, profesoras/es que se animaron a jugar con lecturas que no entraban en un canon estricto o que, simplemente, enseñaban de tal manera, que tensionaban los problemas filosóficos con los mapas categoriales. En algunos casos, se daban buenas discusiones áulicas. Me



Con Enrique Dussel y colegas en el XVIII Congreso Internacional de Filosofía “Pluralidad Justicia y Paz”, Chiapas (México) en 2016

acercaron a esa práctica caracterizada por Deleuze y Guattari en *¿Qué es la filosofía?* (1994), cuando dicen que se trata del arte de formar, inventar y fabricar conceptos y que filosofar es algo así como hacerse amigo, amante, pretendiente y hasta rival de estas singularidades. Así recuerdo clases de Hermenéutica filosófica y Estética (Lic. Luis María Muñoz), Filosofía de la ciencia (Dr. Ubaldo Mazzalomo y Dra. Marita Perceval), Antropología filosófica (Dr. Norberto Espinoza y Dra. Adriana Arpini), Filosofía del lenguaje (Dr. Edgardo Albizu), Filosofía contemporánea (Prof. Yolanda Russo), Didáctica General (Prof. Teresa Lucero y Prof. Miriam Quintero).

En segundo lugar, el “casi” alude a que tuve dos espacios poco comunes en las carreras universitarias de filosofía: Historia de la Filosofía Argentina (con Dr. Diego Pró y Dra. Clara Jaliff) e Historia de

la Filosofía Latinoamericana (con Dra. Clara Jaliff, Dra. Estela Fernández Nadal y Prof. Rosita Licata). Estos espacios hicieron lugar a un pensamiento filosófico situado, que confrontó el problema de la legitimidad desde un ejercicio genealógico que poco conocía en mi recorrido. Por supuesto que,

desde el inicio, me maravillé con la respuesta afirmativa a la pregunta por la existencia de una filosofía en nuestras tierras, aprendí que había una filosofía posible más allá de los sistemas, aún cuando estas los recuperaran en un resuelto propósito por alcanzar la normalización filosófica. Recuerdo también que la polémica entre A. Salazar Bondy y L. Zea marcó las coordenadas de lecturas



En un ágora queretana en virtud del taller “El saber de los relatos”, compartido con Jimena Aguirre y Patricia Roitman

posteriores, por la apuesta a una respuesta pragmática y política ante una pregunta ontológica y universal. Comprender la filosofía como discurso y desde allí, inscribir la posibilidad de intervenirlo desde otros, me mostró la perspectiva de un filosofar como praxis crítica y confrontar con esa tradición que lo postulaba, de acuerdo con lo vertido en el cursado, como sistema de un saber (racional, teórico, metódico, trascendental, absoluto, según las diferentes versiones).

Creo que, prácticamente, devoré mi carrera de grado, me recibí en cinco años, para luego alejarme totalmente de la Facultad por casi siete. Desde aquí, podría decir, se inició la confusión que me sostiene hasta hoy. Desde ese momento, la filosofía fue una con mi ejercicio en la docencia, leía, buscaba, exploraba y escribía siempre “para enseñar”. Tuve tres de mis cuatro hijas, me llené de horas, habité aulas y las disfruté discutiendo con cientos de estudiantes, problemas filosóficos clásicos e impertinentes, básicos o complejos, disparatados y no tanto, lo que ocurriera allí, estaba bien. Los debates educativos y la tendencia reformista (que nos impactaba desde la experiencia española) fueron momentos intempestivos de ese final de siglo XX. En la formación docente llegó de la mano del llamado PTFD (Plan de Transformación de la Formación Docente), implementado en 1993, en escuelas normales seleccionadas. Tenía 22 años cuando me hice cargo de un módulo nuevo llamado “Conocimiento”. Así nomás. ¿Quién lo había propuesto? Carlos Cullen. Fue él, quien en calurosas tardes sanjuaninas de una capacitación regional, nos instó a pensar el vínculo entre conocimiento y formación docente. Corrían tiempos neoliberales, bajo el primer gobierno menemista y lo público era considerado retrógrado. Las leyes de transferencia de los servicios educativos de la nación a las provincias iniciaba un viaje sin retorno. También pedían pista la Ley Federal de Educación N° 24195 y la aún vigente, Ley de Educación Superior N°

24521. Había que reformarse para progresar. Pero Cullen, allí, sentado arriba de la mesa del escritorio de un aula normalista, se animaba con una propuesta de otro orden. Con Marcela Quevedo, mi amiga filósofa de la Facu y colega desde siempre, lo mirábamos atónitas. Todavía guardo la copia mecanografiada de un documento de unas 90 páginas que anudan cosas como ¿qué es conocer? ¿Cómo se vinculan conocimiento y poder? ¿Qué significa el carácter público del conocimiento (o que este sea, cosa emparentada con lo público y se vincule con los derechos, la crítica y lo común)? ¿De qué modo interviene el debate epistemológico del siglo XX a la hora de diseñar saberes escolares? ¿Qué significa pensar la formación docente en escuelas normales? ¿Cómo proponerla en instituciones cuya jurisdicción estaba transitando desde lo nacional a lo provincial? ¿Acaso la ciencia normal kuhniiana no nos da alguna pista para pensar las operaciones curriculares que buscan formar docentes? Ese documento me inspiró por un tiempo prolongado. Ponía en situación temas de filosofía (de la ciencia, del lenguaje, de la educación) con los que había lidiado en la carrera de grado. De pronto, podía inscribir palabras filosóficas, en las que me había formado, en territorio pedagógico, en el que estaba ingresando sin documentación.

Con ese derrotero a cuestas, hacia el año 2000, volví a la Facu e inicié estudios de posgrado en Filosofía. Al fin y al cabo, esa era mi procedencia. De todas formas, mis elecciones seguirían confusas. En 2002, también me anoté en un posgrado en Docencia universitaria y obtuve una beca para realizar una postulación en investigación educativa con orientación socio-antropológica, financiada por el Ministerio de Educación de la Nación a través del CEA de la Universidad Nacional de Córdoba, programa que se interrumpió y luego pudo finalizarse en 2004 (por cosas como el fin del gobierno de De la Rúa y otras imperfecciones políticas que marcaron no

pocos destinos). Varias cosas rescato de la confusión. Por una parte, si bien el cursado de seminarios de doctorado fue heterogéneo en temas y lecturas, y cada módulo se dictó de forma atomizada, me acercó a Hannah Arendt de quien en ese entonces no tenía ni la más mínima referencia y, cuya obra, más tarde, sería el objeto de mi tesis. Y por otra, estos estudios de posgrado me brindaron la caja herramientas de los recorridos de investigación filosófica y educativa. Me reencontré con Adriana Arpini, lo cual significó, además de la posibilidad de ingresar como docente a su cátedra de Antropología filosófica en la carrera de Filosofía, la de incorporarme a proyectos de investigación dirigidos por ella. Al respecto, desde la cátedra, el programa abría la discusión filosófica acerca del sentido de la Antropología filosófica, su enclave moderno occidental y la necesidad de operar sospechas sobre la trama epistemológica y axiológica subyacente en la pregunta ¿qué es el hombre? A través de posiciones críticas latinoamericanas, exploramos los mapas que dibujan los discursos antropológicos con pretensión ontológica y universal y el modo en que, desde un *locus* de enunciación situado históricamente, conforman representaciones coloniales, opresivas o excluyentes (no meramente filosóficas sino de carácter político, cultural, social, económico). La idea de proponer una agenda de problemas y resignificar la disciplina interviniendo sus interrogantes clásicos, inscribió fisuras y otras operaciones en la práctica del filosofar acerca de la vida humana.

De forma contemporánea, y con muchas horas cátedra encima, fui trabajando en la construcción de la tesis doctoral y en ejercicios de investigación filosófica, desde el enfoque

metodológico de la historia de las ideas latinoamericanas, la hermenéutica crítica y el análisis del discurso, con las coordenadas de la ampliación propuesta por Arturo Roig. En particular, cómo leer un texto y detectar los múltiples cruces y funciones ideológicas del discurso, los modos de construcción crítica de la teoría y su vínculo con los procesos sociales en términos de significados, rupturas, conflictos, luchas o alianzas. En esta línea, también la siempre irresuelta, cuestión del sujeto y la necesidad de proponer otras claves de ingreso hacia subjetividades



Con Adriana Arpini y María Eugenia Aguirre, equipo de cátedra de Antropología filosófica de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo

concretas, vitales, me llevaron a encontrar en un proceder genealógico, la posibilidad de desplazar las formas epistémicas inauguradas desde los qué (esencias) o por qué (causas, origen fundante), hacia los cómo de las configuraciones de verdad, descubriendo en los límites de la tradición heredada, la especificidad de un filosofar perspectivo, contingente, accidentado, afectado, vuelto cuerpo. Esto era parte de una experiencia vital. Las frecuentes reuniones fueron espacios centrales de interlocución crítica, me vincularon con la potencia de un quehacer filosófico. En ellas compartimos avances de

tesis, ideas de cada nuevo proyecto, publicaciones, eventos y seminarios. Marcos Olalla, Alejandra Gabrielle, Sara Leticia Molina, Mariana Alvarado, Cristina Rochetti son solo algunas de las personas que conformaron esos espacios de invención filosófica que Adriana (nos) gestaba para crecer.

Aprendí una forma de gestionar tiempos y mezclarlos, preparar una clase era como preparar un archivo para un trabajo de investigación, una reunión de equipo fuera con colegas docentes o compañeros/as tesistas, era toda una oportunidad de participación y de pensar desde la perspectiva de otros. En un “entre” fronterizo, me encontré transitando recorridos que en la práctica suenan estar disociados. Investigación y docencia intersectaban sin problema en mi propia trayectoria. Mi CV no daba cabal cuenta de eso. Tenía un importante caudal de lecturas y de ejercicio en prácticas de investigación pero la mayoría, no documentadas. Yo transito aun con impunidad entre esas tareas, ambas, colectivas, interdisciplinarias y dialógicas.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

En primer lugar, quiero decir que no tengo una obra, sino un recorrido en los que se han mixturado, no siempre de modo proporcionado, la lectura y escritura filosófica, el ejercicio docente, la gestión, la extensión y la investigación. La carta de ciudadanía de mis trabajos es argentina. Desde aquí, lo extranjero es una configuración de mapa de discusión. Mi formación universitaria adjetivó filosofías no siempre mostrando los hilos de su legitimidad. En este contexto, mi tesis doctoral expresa en un primer registro, una parte de la respuesta. Abordé el pensamiento filosófico político de Hannah Arendt desplegando la tensión y mutua intervención de su biografía y su producción. Las reflexiones se traccionan desde las experiencias políticas

de su presente histórico, en el que el totalitarismo expresa una sincronía con ideologías omnicomprendidas de la historia y una política racial que funda el terror como principio. En ese nudo, intenté mostrar que una particular concepción del tiempo y de la historia sitúa a la vez que resignifica las categorías analíticas del pensamiento filosófico político. Pero en otro registro, lo fundamental, fue encontrarme con un pensamiento en el que tiempo y escritura aparecen ligados en la constitución de la



En ocasión de la Conferencia ‘Hannah Arendt. Comprensión, acción y pensamiento’, Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Querétaro, 2019

matriz filosófica, produciendo las condiciones de posibilidad de pensar inquisitivamente. Arendt interpeló la “mesa de disección” en que la filosofía de la tradición se asentó y discutió con el canon de la filosofía (con su objeto de preocupación, sus criterios de legitimación y devaluación del ámbito de la praxis y del sentido político de la vida). Para ello, se desplazó del territorio de la filosofía (“no pertenezco a la filosofía profesional”, dijo



Seminário Internacional de Experiências Formativas Inovadoras Do Observatório Da Profissão Docente No Mercosul, Cuiabá, Mato Grosso, 2019

expresamente, 1995) pero sin abandonarlo, lo habitó como paria consciente, procedía de la filosofía y tenía la autoridad para reclamar el derecho a comprender desde otro enclave.

En Arendt, parte del ejercicio de ese derecho, fue escribir. Tras la ruptura de la tradición, la comprensión arendtiana emerge no como un mero proceso de conocimiento ni de búsqueda de información o explicación, sino como la actividad mediante la cual aceptamos la realidad y nos reconciamos con ella, con lo que ha acontecido y con lo cual tenemos que seguir viviendo como sus herederos, tarea vital que supone aprender a habitar en las constelaciones de la historia, atendiendo al “fondo” del “a priori histórico” que la hace aparecer y formarse como racionalidad universal. Comprender exige la tarea arqueológica opuesta a la búsqueda de las causas vinculantes y regularizadoras del decurso histórico. Cuando desde mi tesis, reinicio una práctica de lectura y escritura filosóficas, la comprensión arendtiana comienza a traspasar la experiencia totalitaria para avanzar sobre el vínculo con la mía propia. Allí aparece otra presencia. La

escritura perfora el tiempo histórico, aún el más compulsivamente cerrado. Imposible no deslizarme hacia Benjamin, quien aún en la noche más oscura, fue capaz de pensar, de alejarse, de tomar distancia, de extrañarse, de observar desde el vínculo más profundo, el mundo que vivió.

Por otra parte, el enfoque etnográfico que había comenzado a asumir para las investigaciones educativas, también me brindaron herramientas epistemológicas para atender a la pluralidad de escrituras en Arendt. La noción de la descripción densa de Clifford Geertz y la tensión compromiso- distanciamiento planteada por Norbert Elías, me dieron un territorio de movimiento en un archivo que se convirtió rápidamente en el espacio de un trabajo de campo. “Hacer etnografía es como tratar de leer... un manuscrito extranjero, borroso, plagado de elipsis, de incoherencias, de sospechosas enmiendas y de comentarios tendenciosos...” y la posibilidad de leer tiene que ver con que la cultura es un documento activo y público para Geertz (*La interpretación de la cultura*, 2000, p. 24). Con Foucault (1991, *Arqueología del saber*)

también había perdido cierta inocencia, no podemos tratar los discursos como mero conjunto de signos, sino como prácticas complejas que forman sistemáticamente los objetos de que hablan y en las que los sujetos se constituyen, se posicionan y actúan constantemente, es necesario restituir al enunciado su singularidad de acontecimiento y mostrar que la discontinuidad se da en el hecho mismo de la enunciación.

Desde esta deriva, otras aristas fueron emergiendo. La perspectiva narrativa tomaba fuerza como enfoque metodológico pero también como una forma filosófica de reencuentro con la experiencia y la posibilidad de inquirir la praxis institucionalizada, normalizada. Desde la investigación narrativa y a través de algunas estrategias de los enfoques poscoloniales y feministas, reingresé a la complejidad de nuestras culturas, comprendiéndolas como un campo de construcción de sentidos en el que el ejercicio de comprensión se disputa ya no como caso particular y universal que lo subsume sino como la irresuelta tensión entre singularidad y pluralidad. Centrada en las historias que los sujetos cuentan (con énfasis en los significados, los contextos, las perspectivas), comencé a pensar la investigación como la construcción de un texto, ya no ajeno sino colectivo, a través de los sujetos que dialogamos. En esta línea, me siento a gusto con un escrito acerca de cómo investigar a través de narrativas (publicado en 2017), porque allí exploré la relación confusa que me une a la filosofía y la educación. Desde las narrativas, como un texto que habitamos, más allá de un género o un método, nos producimos en la medida que contamos una historia, en la que damos batalla tanto a las constricciones que nos pesan como a las estrategias de liberación que decidimos o podemos poner en juego. En la tensión posibilidad– limitación, el saber se convierte en esas extrañas conjeturas de las que podemos dar razones.

### 3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Imagino que la primera parte de la pregunta se refiere en especial a una tarea, la que de forma académica, llamamos investigación. En el ámbito de la filosofía, hay un lugar común que la asocia con una tarea casi escolástica, más bien solitaria, organizada y sistemática, que involucra operaciones de conceptualización y de construcción de argumentos con corrección lógica y predominio, generalmente, de lectura antes que de escritura. No puedo negar que la formación de grado dejó una impronta de ese tipo en mi tarea. Sin embargo, en la práctica concreta, pude ampliar el horizonte de lo que supone este hacer o quehacer filosófico. De a poco, me encontré con que las actividades son muchas, diversas e involucran el cuerpo, otras subjetividades y condiciones materiales específicas, relativas a objetos, recursos y espacios.

Tanto en filosofía como en educación, desde mi experiencia, el primer desafío fue impugnar el prejuicio que disocia las prácticas de lectura y escritura, bajo ese presupuesto que jerarquiza la erudición respecto de la inquietud y problematización como búsqueda y hallazgos. El ejercicio de la escritura es vital para trabajar y por esto tuve que reconciliarme con ella después del recorrido de formación. No significa que no escribiera (de hecho, la adolescente que consumía literatura también escribió su diario durante casi una década), sino que había que sortear el “monádico” registro monográfico, única expresión legítima para una estudiante de filosofía. En parte, lo había logrado desde una fuga: el registro pedagógico. Como profesora de secundaria, en un instituto de formación docente, en el grado y posgrado universitario, siempre escribí todo: clases, guías, hojas de ruta, guiones, cuadernillos, reflexiones. Así que al ingresar



saber y prácticas

REVISTA DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Filosofía en la Escuela (CIIFE)



Equipo editorial de *Saber y prácticas*, *Revista de Filosofía y Educación* de *Saber y Prácticas* de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo

a grupos de investigación, el desafío estaba allí. Puedo decir hoy que la escritura posee una dimensión epistémica y otra política. En el primer sentido, todo es escritura, porque es, básicamente, una praxis narrativa que constituye, conforma, preserva, expresa, sostiene o interrumpe aquello que busco pensar, y lo hace desde una trama. Tiene una especial relación con el tiempo, gesta memoria de recorridos y nudos reflexivos y habilita reabrir el expediente del pasado para resignificar, reformular o replantear. El tiempo adquiere un aspecto material clave en la escritura. Casi que la temporalidad es posible solo a través de ella. Leonor Arfuch se refiere a esto trayendo a Paul Ricoeur, “el tiempo mismo se torna humano en la medida que es articulado sobre un modo narrativo” (*El espacio biográfico*, 2010, p. 87). Jacques Derrida (2012) lo hace impugnando las prácticas monolingües a través de una escritura deconstructiva, en la que la

pulsión genealógica no coloca prótesis de origen sino que nos arroja a la traducción absoluta del presente, sin lengua de partida, con itinerario abierto. En cuanto a la dimensión política, considero que la escritura permite mostrarnos en la espacialidad dentro de la cual podemos ser parte. La escritura tiene la simiente de la conversación, conecta mundos, porta en términos relacionales, el quién y los quiénes de un hacer. Inscribe lo factual y lo ficcional, los confunde hasta que deja de tener sentido la diferencia, porque ella ocupa la relación, desplaza la adecuación. Afecta y nos afecta. Esto es político.

Por otra parte, la oralidad es co-sustancial a la escritura. De hecho, mi tarea siempre se inicia en espacios de trabajo colectivos y desde ellos, se recorta un equipo que toma decisiones y define un campo temático, analiza condiciones de posibilidad y gestiona propuestas. En este contexto, es fundamental la discusión sobre el conjunto de problemas que se buscará indagar, el archivo desde el cual se sostendrá la trama metodológica y analítica de los resultados a alcanzar. Para ello, diferentes espacios institucionales, son importantes: los pedagógicos de docencia de posgrado (seminarios de posgrado dictado con colegas como el de narrativas pedagógicas), los de investigación, desde los de las reuniones de equipo hasta los más formalizados como el Instituto de Filosofía Argentina y Americana de la FFyL de la UNCuyo (dirigido por Dante Ramaglia) y dentro de este, el CIIFE (Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Filosofía en la Escuela) (coordinado por Adriana). También, debo mencionar, el ámbito formativo que resulta ser *Saber y prácticas*, la *Revista de Filosofía y Educación* que tengo el placer de dirigir y editar junto a un equipo integrado por Jimena Aguirre, Mercedes Barischetti, Patricia Roitman, Andrea Benavidez y Facundo Price. La *Revista* es heredera y resultado



## SEMINARIO VIRTUAL DE POSGRADO NARRATIVAS PEDAGÓGICAS. ESCRITURAS EN PRÁCTICAS DE FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN.

03 DE  
SEPTIEMBRE  
AL 29 DE  
OCTUBRE DE 2018

PLATAFORMA VIRTUAL DE LA FFYL

DURACIÓN: 80 horas

DOCENTE:

Dra. Paula Ripamonti (FFYL-UNCUYO),  
Dra. Andrea Benavidez (Universidad  
Nacional de San Juan) y Dra. Jimena  
Aguirre (FCPyS- UNCUYO e IFDC  
Bariloche, Río Negro)

DESTINADO A: graduados, tesisistas,  
estudiantes avanzados de carreras de  
posgrado, docentes e investigadores  
del campo de las ciencias sociales,  
las humanidades, la educación,  
el arte y arquitectura.

INFORMES E INSCRIPCIONES:  
Subsecretaría de Posgrado  
Facultad de Filosofía y Letras  
cursosposgrado@ffyl.uncu.edu.ar  
+54 261 4494168

Afiche de la primera edición del Seminario de Narrativas pedagógicas. Escrituras en prácticas de formación e investigación (2018)”

de experiencias filosóficas en el marco de intensas jornadas de filosofía y educación y tiene la particular característica de tensar el tiempo cada vez que debemos proponer una agenda de temas y problemas en la frontera confusa de estos campos.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

En la actualidad desarrollo investigación en el contexto universitario, en la línea de un trabajo filosófico hermenéutico crítico que intersecta con el campo de la historia de las ideas latinoamericanas. En el ámbito del nivel superior, desde el enfoque narrativo que aborda problemas relativos a la formación docente, en perspectiva de las experiencias

y la praxis institucional en las que tienen lugar. Si tengo que definirlo, prefiero hablar de prácticas que se cruzan, confundidas, y que habitan el complejo *locus* de las ciencias sociales y humanas. Básicamente, en ambas líneas, trabajo con discursos que configuro como archivos desde problemas específicos. En este momento, en la primera línea, por ejemplo, estoy trabajando con las tesis doctorales de la Facultad de Filosofía y Letras (1954- 2021) para analizar algunos derroteros de la filosofía en Mendoza. En términos metodológicos, encuentro como desafío la conformación de un archivo al que debo hacer buenas preguntas, bajo el supuesto de que hay, en esos textos encuadrados bien ordenados en un estante de la Biblioteca, una potencia (poder, posibilidad, emergencia) que puede ser desordenada y reordenada. En la segunda línea, trabajo con un proyecto que busca pensar las prácticas de formación docente a través de trayectorias narradas en espacios colectivos de diálogo y escrituras biográficas pedagógicas. En términos metodológicos, encuentro como desafío el análisis narrativo y las posibilidades de traducción sin traicionar la polifonía ni operar impostaciones. Hay un saber interesado en los procesos de construcción del sentido pero eso no lo convierte en totalizante, dada la íntima filiación de él, con las rupturas, los flujos y los desfasajes. En todos los casos, el trabajo en equipo, la discusión y la autocrítica son fundamentales.

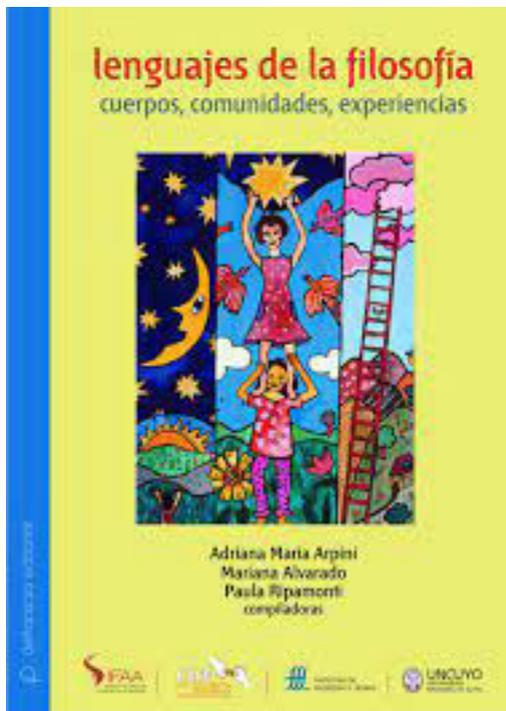
Por esto, sin ánimo de prescripción, me animo a responder que las destrezas se encuentran en ejercicios de lectura y escritura, conformación y sostenimiento de un equipo de trabajo que se entiende desde procesos de formación recíproca siempre dialógicos. Y de forma específica, cuando se trata de un proyecto que se conforma a partir de procesos de investigación, la destreza se orienta a plantear el proceso de investigación desde la horizontalidad (y no la verticalidad) de los componentes que lo traccionan: proble-

ma/ objetivos/ trama teórica y decisiones metodológicas. Cada momento reviste su importancia, como pensar y “elegir” un tema y “construir” un problema de investigación, la diferencia entre objetivos y propósitos y la configuración del estado del arte como espacio de interlocución entre lo sabido y lo vacante y el atravesar la arena en la que se libra la batalla de una trama (des)encuentros con los materiales. No se trata de preservar al conocimiento científico de su carácter de producción social, política, ideológica e históricamente situada, ni de soslayar que requiere de estrategias de indagación específicas, dispositivos de financiamiento y reconocimiento en los que se expresan ejercicios de poder. Entiendo que se trata de una posibilidad en las que se juegan decisiones y se habilita un proceder crítico.

**5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

¿Cuál es la disciplina que practico? Exigida por esta narrativa, pienso que quizás la idea de comprender la cultura como texto, idea básica pos giro lingüístico, es la piedra de toque de una (mi) mixtura singular entre filosofía, educación (docencia) e investigación, una forma que evidencia heridas desde su fondo de las disciplinas sociales y humanas. Estimo que la situación actual dibuja un campo más atomizado de lo deseable, dado el carácter de los problemas que le son propios y las respuestas centrípetas y marcadas desde determinada disciplina. Lo interdisciplinar queda muchas veces en un registro declarativo, no intercepta recorridos lineales ni logra herir prácticas endogámicas. Cuando Rita Segato se refiere a una “antropología por demanda”, cuando Boaventura De Souza Santos despliega lo que llama la “ecología de los saberes”, cuando Enrique Dussel se esfuerza por practicar la descolonización de la epistemología que

estructura el pensamiento filosófico o, cuando, Judith Butler entiende que los cuerpos aliados pueden penetrar los lenguajes políticos para interrogar si acaso todas las vidas valen, creo que expresan adecuadamente los



debates del ámbito disciplinar que practico. De forma estricta, lo denomino el campo de la filosofía práctica que se interesa por abordar la praxis humana (las acciones y relaciones humanas y la vida en común), comprender la historia, desentrañando desde los discursos y los acontecimientos, las contradicciones de nuestro pasado y presente y abrir nuevas perspectivas en torno del orden, las normas y las instituciones vigentes que regulan esas acciones y relaciones humanas en un tiempo y lugar determinados. Por esto, creo que encontrar caminos que tracen relaciones de reciprocidad entre la historia de las ideas latinoamericanas y los enfoques o perspectivas poscoloniales puede ser un interesante desafío, no para construir una teoría unificada o algún acuerdo universal,

nada más lejos de esto, sino para garantizar desde las fricciones, algunas analogías para pensar, en otras cuestiones, las estrategias críticas con potencia performativa que no subroguen ni desautoricen las otredades (como bien señala Bhabha, 2013).

Para finalizar, quiero hacer mención a un trabajo reciente, de exploración acerca de la relación entre filosofía, canon y archivo que escribí junto con Alejandro de Oto (2021). Allí mostramos que la disciplina filosófica es modelada fuertemente por un canon que produce y ordena una trama temporal, conceptual y que es fértil en términos de productividad. El canon como matriz disciplinar y materialidad histórica sostiene procesos y operaciones que se despliegan en un ejercicio de demarcación y legitimación recíproca y de alto voltaje identitario. Es tan difícil quebrar estas lógicas que, cuando se trata de traspasar y atravesar, las prácticas se tornan “confusas”, para una mirada disciplinar. Sin embargo, se vuelven híbridas, permiten reencontrarnos con la experiencia y abrir nuevas narraciones.

“La relación entre pensamiento y acción en la vida social no puede concebirse más en términos de sabiduría de lo que puede concebirse en términos de conocimiento experto. Cómo vaya a ser concebido todo

esto, cuáles vayan a ser las consecuencias de los juegos, los dramas y los textos que no sólo inventamos o presenciamos, sino que también vivimos, está lejos de ser claro. Para clarificarlo se necesitará el más cauteloso de todos los razonamientos cautelosos, en todos los lados de todas las divisiones.”

(Geertz, C. “Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social”. *American Schol*



**CURSO DE POSGRADO**  
NARRATIVAS  
PEDAGÓGICAS.  
ESCRITURAS EN  
PRÁCTICAS DE  
FORMACIÓN E  
INVESTIGACIÓN  
(CUARTA EDICIÓN)

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**INICIA:** 02 de agosto

**DÍAS:** Del 02 de agosto al 02 de octubre de 2021

**MODALIDAD:** A distancia

**DESTINATARIOS:** Graduados, tesisistas, estudiantes avanzados de carreras de posgrado, docentes e investigadores del campo de las ciencias sociales, las humanidades, la educación, la salud, el arte y arquitectura.

**DURACIÓN:** 80 horas reloj

**PROFESORAS:**

Dra. Paula Ripamonti (FFyL- UNCUYO),  
Dra. Andrea Benavidez (FFHA-FACSO-EUCS-UNSJ),  
Dra. Jimena Aguirre (IFDC Bariloche - FLACSO)

**MÁS INFORMACIÓN**

Secretaría de Posgrado. Contacto:  
cursosposgrado@ffyl.uncu.edu.ar  
+54 261 4494168



## Lo que nos trajo hasta aquí

Javier Trímboli

### 1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Aunque sea de manera sucinta, me veo obligado a remitirme al colegio secundario, a los años inmediatamente previos al desbarranco de la última dictadura y a los que le siguieron de cerca. Primero no fueron más que un puñado de lecturas, los guiños y las complicidades que disparaban; luego, la militancia política y en el centro de estudiantes, discusiones interminables y mucho andar de marcha en marcha. Leer quedó asociado a la alegría en franco ascenso, que entreveía gozosa el final de ese período político nefasto y, como si fuera en un mismo paso, también suponía una radicalización inminente de la democracia que nos colocaría ante un horizonte revo-



lucionario. Quizás los más avisados o los más grandes advertían, sin haber leído a Halperin Donghi, que nuevamente estaríamos ante un callejón, pero no apretaban el freno porque suponían que había chances esta vez de no estrellarnos. Ante *Facundo* en 1985: al menos en mi memoria la profesora Irene Weiss propone que lo leamos con *Martín Fierro* y con *La formación de la conciencia nacional* de Hernández Arregui, ambos haciéndole marca pegajosa. Segunda vuelta en el verano de 1986, en una escuela de formación partidaria: se lo mira con muy buenos ojos, aunque se pone en discusión si su incuestionable apuesta a favor del progreso y del desarrollo de las fuerzas productivas

es suficiente para perdonarlo del desprecio por las clases populares, de su enemiga con ellas. Por supuesto, a la vuelta de equina—o a partir del año 1987 y de la crisis de Semana Santa-, los libros y las discusiones giraron muchos grados en la búsqueda de entender qué había pasado en los setenta, cuál había sido su gravedad más punzante. En un doble aspecto: lo que se había desafiado, lo que se quiso tocar y, a la par, todo lo que la repuesta del terrorismo

de Estado había debilitado al movimiento popular y a nosotros mismos. Recién ahí me entero de Gramsci a quien me obstino, como tantos otros antes, en leer con Cooke al lado. Conozco tarde la librería Gandhi.

**Javier Trímboli:** javat66@gmail.com, Universidad Nacional de La Plata, Profesor de historia e historiador. Entre el año 1992 y 2000 integró la cátedra Pensamiento Argentina y Latinoamericano en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Coordinó el proyecto *A treinta años del golpe de Estado de 1976* del Ministerio de Educación de la Nación (2005/6). Desde la Televisión Pública asesoró en los contenidos de la serie documental *Huellas de un siglo en el Bicentenario* así como de las películas *Revolución. El cruce de los Andes* y *Belgrano. La película*. Fue parte del equipo que creó el Archivo Histórico de RTA y la página *Prisma*, y su primer coordinador. Entre sus libros se encuentran *Mil novecientos cuatro. Por el camino de Bialet Massé* (1999) y *Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución* (2017). Es profesor adjunto en la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata.

Otras lecturas de repente se revelaron insuficientes, dañadas, a veces incluso hechas trizas. Es esa coyuntura la que me empuja a poner distancia —de movida muy con-



Septiembre de 2017 en Librería Caburé

trariada y de bajón- con la militancia, y a abocarme a estudiar en la Facultad. No es entonces un paso virtuoso, pero significaba munirse de nuevas lecturas que desdibujaran un escenario, presente y pasado, que se había supuesto demasiado sencillo, con líneas por demás claras. Argumentos para el desencanto, digamos, aunque también para pergeñar una nueva vuelta. Al menos en la imaginación funcionaba así, o parecido. Comparto esta situación con amigos y amigas que venían de experiencias muy similares. Los grupos de estudio que animaba Ignacio Lewcowicz, aunque apenas era unos años mayor que quienes allí nos reuníamos, fueron bien importantes entre otras cosas para evitar una diáspora sumaria. Incluso para que empezáramos a hacer migas en esas circunstancias adversas. Siempre, claro, hablando de una franja escasa, delgadísima, esa que había recalado en Filosofía y Letras en la segunda mitad de los ochentas. Sólo con algo de sistema —ya que *El Capital*, los *Grundrisse* o Badiou, siempre estaban acompañados de empanadas, de vino barato, música y excursiones por la ciudad-, en mi

caso apenas durante un año fui parte de esos grupos que no obstante seguí satelitando, y cuya influencia fue mucho más duradera. Fruición por la lectura y el pensamiento, por explorar nuevas bibliotecas —una foto de Borges de mediana edad estaba pegada con una chinche en una pared de la casa de Nacho-, que a la par arrastraba la angustia de una militancia que había chocado sin sangre, a excepción de los compañeros del MTP. Y siempre con la sospecha, o un poco más incluso, de que el camino académico era lo que, de ser posible, teníamos que evitar. Más amplio y precavido: evitar encallar ahí

sin que quede resto para emprender alguna otra aventura intelectual. En los últimos meses de 1991 me incorporo junto con Fabio Wasserman a la cátedra Pensamiento Argentino y Latinoamericano que estaba a cargo de Oscar Terán. Recién hoy me doy cuenta que fue muy próximo a lo anterior, que una cosa y otra fueron casi vecinas. Antes de decir algo sobre la nueva situación, me permito referir a una deriva que allí se abrió y no fue menor. Nos invita Terán a sumarnos a la cátedra pero como no hay a la vista remuneración posible, al menos para los dos, me ofrece incorporarme como profesor en un colegio secundario privado, dictando una materia en cuyo programa él había tenido mucha participación, entiendo que por el vínculo de larga data que tenía con su director, Raúl García Orza. Acepto y muy gustoso, de hecho sigo trabajando en ese colegio aunque reformas curriculares de rigor hicieron que la materia, Formación Cultural Argentina se llamaba, desapareciera. Nada desaconsejable el esfuerzo por conversar con adolescentes a propósito de Alberdi, de la poesía de César Vallejo,



Clase pública, frente al Ministerio de Educación de la Nación (Palacio Pizzurno)

de la antropofagia y Tarsila do Amaral, de Walsh. Desgañitarse si hace falta. Como si fuera un núcleo de verdad que desde su irradiación primera no dejó de manifestarse, en una conversación que sostuvimos una tarde de los últimos y calurosos días de la primavera de 1991, Terán planteó dos perspectivas de difícil convivencia: que se había convertido en inexorable doctorarse antes de los treinta años y que volveríamos a acariciar la Revolución. O sus sueños. Sin embargo, sólo compartíamos desconuelos que, además, tenían distinta experiencia y fundamento detrás; y pocos o ningún augurio favorable veíamos a nuestra alrededor. Menos mal que Fabio puede corregir mi recuerdo. Las reuniones de cátedra muy pronto se convirtieron, hablo en estricta primera persona, en situaciones en las que lo mejor que se podía hacer era escuchar y tratar de abrir lo menos posible la boca; tomar alguna nota y disimular la tensión hasta que se diera por concluida. Luego se tornaron aún más solemnes y desvitalizadas, con preguntas a tono con el intento tardío -y engañoso- de reencontrarse y hacer las paces definitivas con una tradición liberal

que se hacía fuerzas por imaginar digna sino impoluta, asistida incluso por una preocupación social, moderada pero cierta. Que nos hubiera librado del peronismo. Concurrir al seminario de historia de las ideas del Ravnigani, en la óptica ya muy desenfocada de quien esto escribe, era sobre todo presenciar pequeñas batallas en las que se desplumaba al que llegaba distraído o inocentón con sus escritos que sólo a veces eran primeros. Claro, a mí también me ocurrió. Y, cada tanto, fenomenales intervenciones más que nada de Terán, transidas no obstante de desazón. No faltaban motivos. Como una incisión en esta vertical, no recuerdo bien cómo en diciembre de 1994 me ligo con la revista *El ojo mocho*, con Horacio González y luego sobre todo con Guillermo Korn y María Pía López. Cumpas, amigo y amiga queridos. Supuse que era posible que mis inquietudes intelectuales, digamos que un tanto adormecidas, despuntaran o no se enfriaran del todo, entre un espacio y otro. Tuvo bastante de equivocada la suposición, de insostenible. Entonces: no sé si maestros pero cuando escribo, entre otros y otras que no son muchos, tengo en mente

a Ignacio Lewkowicz, a Terán y a Horacio González. Qué les parecería, si tendrían algo que comentar o cuestionar; incluso si por respeto, o para no entorpecer la cosa, preferirían no plantearme nada y dejar la conversación para otra ocasión.



En la carpa de CTERA, (2017) frente al Congreso de la Nación. En la foto: Fabio W. Javier Trimboli, Sonia Alesso y Alejo De Michelis

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

En conversación con Raúl Fradkin y Gabriel Di Meglio, Piglia afirma que la “literatura es un estado de la lengua, entonces es el río en el que uno nada”. Aún a riesgo de ahogarme, aunque se note el resuello, me gustaría nadar por lo menos un trecho en el río de la escritura argentina. Arremolinado, helado o violento, como sea. En la vertiente del ensayo, con el pasado y la política entre ojo y ojo. Ir una vez más en busca de la “ideología argentina” pero también, como que dejó escrito casi al pasar González en su libro sobre Perón, saberme parte del “viejo topo argentino”. Siempre me seguirá interesando lo que registraron y pensaron Bialek Massé, José María Ramos Mejía, Alfredo

Varela y Hugo del Carril, así como Francisco Paco Urondo y Héctor Murena, sólo por poner nombres propios sobre los que escribí o me gustaría prontamente hacerlo. Pero no como piezas muertas a las que uno inspecciona con guantes, inmunizado para

quedar a salvo de que nos contagien, sino más bien para extraviarme con cada uno de ellos en sus desventuras, al fin y al cabo no tan distintas de las nuestras. Me corrijo: un par de escalones más valiosas que las nuestras, que la mía al menos. No hay suficiencia de método que permita predicar desde la altura -¿cuál sería esa torre?, ¿de qué estaría hecha?,

¿dónde radicaría esa superioridad?-, contándoles las costillas para menoscabarlas. En un artículo imprescindible de 1984, Beatriz Sarlo engloba a la escritura argentina, de *El matadero* a la *Carta a los amigos* de Walsh, bajo un signo infausto que en sus últimos estertores fue el de una “alucinación dispersa en agonía”. Por lo tanto, lo que hay que poner en la picota para dar lugar a otra historia. ¿Cuál? ¿Ésta? En parte sí, reconciliarse con la condición gris de la democracia, glosando a un politólogo italiano. Dejar una muesca más en esa “alucinación dispersa en agonía”, seguir bebiendo de ella hasta el final. En paralelo, continuar la senda de quienes borrarían fronteras entre disciplinas, que no dudaron en saltarlas. Para continuar con la inscripción que me gustaría: escribía Alberto Flores Galindo, a propósito de Mariátegui, que “el ensayo es esa capacidad para establecer relaciones

inéditas, casi impredecibles, entre las cosas.” Lograr aunque más no sea una pizca de esto nos regalaría una hora de alivio. Como Mariátegui, entre Sarmiento y Nietzsche. Cuánto más inactual mejor. Si algo bueno se puede alcanzar será desde ahí.

### **3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?**

Una parte de mi tarea, desde 2001 a estos días, se ha desenvuelto en lo que por un lado que se suele denominar “capacitación docente” y por otro “divulgación”, dos nombres por suerte inestables y con los que es muy difícil sentirse a gusto. Ambas líneas de intervención ocurrieron por el impulso de gestiones de gobierno que por momentos parecen definirse como políticas de Estado en relación con la educación y la cultura. Tal cosa, se sabe, no dura mucho; flojean los andamios, se descuajeringan y a moverse. En estos dos planos, todo es altamente colectivo pero a resguardo de cualquier bucólica al respecto. Como sea, áspero y con fricciones de todo tipo, vale. En lo que hace a la “divulgación” fue mucho lo que compartí con Julia Rosemberg, lo que pensamos en conversación, desde algunos programas en la Televisión Pública y Encuentro hasta un programa de radio, durante unos meses de 2021, hecho desde el Ministerio de Cultura, *Un poco sucio* se llamó, entre el desprolijo de Pappo y el ropavejero de Benjamín. Proyectos de otras características, como el de columnas sobre efemérides más o menos desviadas en la página web de Telam -una semana le tocaba a Di Meglio, la otra a mí, entre diciembre de 2013 y febrero de 2014-, y que luego confluyeron en sendos libritos, ayudaron a darle otro ritmo a la escritura, uno mucho más ágil, que no desconfiara de la pieza finalmente ensamblada porque no se le hubiera destinado por lo menos seis meses de reflexión y archivo. A la par,

en tanto se prestaba a la lectura rápida y a comentarios imprevistos que iban y venían, también adquirieron un perfil propio esas intervenciones, quizás un carácter. Volviendo a los libros pero sin ninguna mayúscula que los distingua: una buena parte de lo que escribí lo hice a cuatro manos. En un primer momento, aunque se trató de compilaciones, entrevistas y algunos artículos, fue con Roy Hora. Luego con Guillermo Korn, sobre todo *Los ríos profundos. Hugo del Carril y Alfredo Varela: un detalle en la historia del peronismo y la izquierda*. En cierto sentido, son éstas formas de desplazar o poner en entredicho la autoría como asunto individual, por demás asunto inevitablemente equívoco. Mucho entonces sometido a discusión que, confesémoslo, nos gustaría incluso que fuera más amplia, más viva también. Un libro tecleado por millones de dedos. El tema es que se correría el riesgo de que si ese libro existiera fuera el último, el definitivo, así que mejor que no exista.

### **4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?**

Algunas cosas ya planteé, sumo las que quedaron en el tintero. Hay una posición en la que entiendo confluyen pensamientos y escrituras tan divergentes—aunque ambas maravillosamente barrocas, americanas—como las de Tulio Halperin Donghi y, otra vez, Horacio González. Aunque quizás debería expandir este espacio e incluir en él de nuevo a Terán, pero también a Viñas, a toda escritura densa y con violencia más o menos contenida, por lo tanto, reñida con cualquier transparencia y con el ideal comunicativo de los tiempos que corren hace un montón, pero ahora a mayor velocidad. No interesan las ideas sin vidas en las que encarnen, sin los cuerpos sobre los que trabajan y alteran; ideas que en ese trance también se vuelven otras. O van al

naufregio, al muere juntos. Encarnaduras que las hacen tan distintas de lo que serían si sólo flotarían. Aunque no pueda ni quiera compartir a pleno la risa de Halperin, tiene de genial que desacraliza la tendencia a lo sublime de las ideas, su estatura sin falla. Es lo que logra al colocarlas sobre los accidentes de vidas muy concretas, pesadas, desorientadas. En González este asunto alimenta el drama, incluso la tentación de sacarle el cuerpo, de fugarse por las ideas. Sigo con otra cuestión que podría ser planteada con Carlo Ginzburg, pero antes la leímos en Nietzsche, en la *Segunda intempestiva*, atezados entre la crítica de Foucault y la recomendación de Nacho que pudo más. “El verdadero historiador debe tener la virtud de transformar las cosas más notorias en cosas insólitas”; devolverles entonces su más legítima rareza, su singularidad. Evitar la serie, la etiqueta general, incluso la límpida absorción por el proceso o el sistema; y más aún el tratamiento que indiferencia. “Historiadores neutros” llama Nietzsche –hay una versión más ofensiva- a quienes cualquier parcela del pasado les da más o menos lo mismo: “Las épocas y las personas más diferentes hacen vibrar pronto su lira con sonidos análogos.” Me dedique a lo que me dedique –me toque lo que me toque en el reparto de temas para hacer la carrera del historiador-, mi escritura, que no es exactamente mía –nunca lo es después de todo-, devolverá el mismo ladrillo. Disponerse a escuchar las piezas del archivo para sopesar si merecen nuestra atención y, al mismo tiempo, demorar lo necesario en encontrar cómo tratar con ellas para no uniformizarlas en un mismo sonido. El asunto con Nietzsche se pone más peliagudo, al punto que nos deja en un aprieto, cuando hace suya esta divisa: “El pasado no debe ser interpretado más que por un presente más fuerte que él.” No se puede adherir cerradamente a ella, pues nos dejaría en silencio, pero de todas formas atrae. El presente contra el que se lanza el autor de *Ecce Homo*, y que en tantos

sentidos prefigura al nuestro, se enorgullece de todo lo que conoce sobre las otras épocas –nunca se conoció tanto como hoy, tercera década del siglo XXI, sobre Juan Manuel de Rosas y su sistema de gobierno, nunca más que hoy sobre Mariano Moreno y su actuación relampagueante en la revolución, y así de seguido-, pero muy poco es lo que puede hacer. Con o sin ese conocimiento. Sobre el repliegue brutal de la “facultad de acción” escribe Hannah Arendt. Por lo tanto, inexorablemente en esta circunstancia se está desvalido ante el pasado, al que conocemos quizás con detalle pero no entendemos y, por lo tanto, muy poco podemos pensar a partir de él. Una posibilidad: exagerar esta inconmensurabilidad, hacer de ella la vía de entrada para acceder a lo insólito.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Como habrá percibido quien llegó a leer hasta aquí, me cuesta ubicarme en una disciplina. Las discusiones que alguna vez se llamaron intelectuales son las que me interesan, las que me gustaría reverdecieran. Pero a esta altura no sé si alguna vez ocurrieron tal como se las añora, tiendo a sospechar que no. Así que, por suerte, la melancolía al respecto crece floja, sin papeles. Sí, no obstante, difícil que no me gane la impresión del daño que ha hecho la profesionalización de la escritura de la historia al pensamiento con y sobre la historia. Pero, ¿podría ser de otra manera? ¿No es acaso esto una resultante de una sociedad de masas que tiene que encontrar la forma de administrar y regular la investigación de un tema o de cualquier otro, a la vez que su exposición, su comunicación? Halperin Donghi, en la entrevista que le hacíamos con Roy Hora en 1993, respondía acerca de la “normalidad” a la que había llegado la historiografía. Suponíamos de nuestra parte

un revés indeseado de la misma su poca circulación, el poco interés que despertaban las conclusiones a las que llegaba. El problema, decía Halperin, ya no es el revisionismo y su manto hegemónico en las conciencias sobre el pasado; “ahora por el contrario lo que se da es una especie de desleimiento, de disolución de la visión histórica. Estoy seguro de que si llegan a surgir nuevos conflictos, todo el pasado también se erizará de nuevo de conflictos que van a interesar a los historiadores, pero por el momento no es así.” Lo que siguió de nuestra experiencia colectiva fue cualquier cosa menos calmo; arrecian las crisis, no faltaron rebeliones ni conmociones políticas. Sin embargo, la impresión es que nada de esto alcanzó para “erizar” al pasado



de nuevas líneas de conflicto. Si hubo debates al interior del campo historiográfico y académico fueron en sordina, cosa que quizás se ve reforzada porque la escritura que se acepta es siempre la misma, tenue y respetuosa, incapaz de levantar la voz para mostrar una discrepancia. A lo sumo se mira con ojos más o menos antipáticos a Rosas o a la nueva izquierda argentina, pero el tratamiento es el de especialistas eficientes

ante sus objetos de estudio. Eso es el éxito de la profesionalización, el imperio de las reglas de la disciplina. Cuando una franja en nada menor de la sociedad se volvió a interesar por la historia, desde la profesión historiadora, salvo muy contadas excepciones, se menospreció o se le dio la espalda a esa renacida inquietud que quizás ya se apagó.

## Aproximaciones a la historia cultural de la ciencia desde una perspectiva crítica

Gustavo Vallejo

### 1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Por empezar, y moviéndome entre fronteras disciplinarias muy lábiles, partiré de entender mi relación con la historia intelectual o la historia de las ideas, desde un piso que sería el de tener para decir algunas cosas distintas a las contenidas en cierto sentido común expresado al abordar el pensamiento y las prácticas de



quienes participaron en la cultura científica de nuestro medio. De este modo me sumo aun sin saber exactamente si lo que hago es parangonable a lo que hace gente muy talentosa con la que comparto aquí un lugar con dudosos merecimientos, y empiezo por agradecer profundamente la invitación de Alejandro Herrero a participar en este dossier que prolonga una tarea de muchos años que ha dejado valiosísimos registros, desde aquel admirable texto de 1996, *Las Ideas y sus Historiadores*.

En distintas oportunidades usé la figura del palimpsesto para pensar en ciertos aspectos del devenir histórico. En este caso, apelaré a ella para intentar dar cuenta de un recorrido personal en tareas de investigación que pueden verse dentro de ese tipo de soporte, en el cual, las sucesivas escrituras no impiden que sigan percibiéndose las anteriores. Digo esto pensando en que mis intereses se sitúan en la historia cultural de la ciencia y dentro de ese vasto constructo epistemológico confluyen disciplinas, inquietudes, enfoques que, como capas, se superponen para alimentar mi mirada desde la proximidad y aun desde la distancia con problemas y

**Gustavo Vallejo:** 1208gvallejo@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0003-4730-2455>, Universidad Nacional de La Plata-CONCIET, Gustavo Vallejo es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata y realizó el Posdoctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es investigador Independiente del CONICET y docente en las Universidades Nacionales de La Plata y Tres de Febrero. En 2010 fue premiado por la Academia Nacional de Historia de Argentina. Individualmente es autor de: *Escenarios de la cultura científica argentina*, CSIC, Madrid, 2007; *Utopías cisplatinas*, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2009; *Proyecto urbano y sectores populares en la génesis de La Plata*, Prohistoria, Rosario, 2015; *José Gabriel y la crítica de la cultura*, Prometeo, Buenos Aires, 2021. En coautoría dirigió obras colectivas como: *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005; *Políticas del cuerpo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008; *Derivas de Darwin*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010; *Una historia de la eugenesia. Argentina y las redes biopolíticas internacionales (1912-1945)*, Biblos, Buenos Aires, 2012; *Saberes Transatlánticos*, Doce Calles, Madrid, 2017; *Darwin y el darwinismo desde el sur del sur*, Doce Calles, Madrid, 2018; *La historia de la salud y la enfermedad interpelada. Latinoamérica y España (siglos XIX-XXI)*, UNLa, Lanús, 2022. También co-dirigió 5 números especiales para revistas científicas, publicó numerosos papers, capítulos de libro y trabajos en otros formatos.

referentes de cada una de esas capas que puedo recordar.

Me gradué como arquitecto y realicé la carrera de posgrado en historia de la arquitectura y el urbanismo en la Universidad de Buenos Aires. En ese contexto conocí a Miguel Guérin, quien me ayudó a pensar la historia urbana desde el estructuralismo y así comenzaron mis investigaciones. También en lo estrictamente atinente a la historia urbana me interesé por los trabajos de Jorge Liernur y Adrián Gorelik. Después me topé con un histriónico Hugo Biagini, quien me hizo ver que todo lo que llevemos a cabo en el plano de las ideas está atravesado en nuestra región por las tensiones que se presentan entre las lógicas colonizadoras y descolonizadoras.

En la década de 1990 mis temas de interés incluyeron el impacto del higienismo en la historia urbana y la emergencia de la ciudad moderna como un tropo de la ciencia que vi, particularmente, en el nacimiento de La Plata y en su posterior reconfiguración como una ciudad universitaria. Finalizando esa década, problemas que advertía en la historia urbana se ensamblaron también con inquietudes compartidas con quien desde entonces fue mi compañera, Marisa Miranda, para generar un programa de trabajo consistente en valernos de la idea de recepción, planteada por Roger Chartier en la historia de la lectura, para indagar el impacto cultural del darwinismo social y la eugenesia en la Argentina.

Me doctoré en Historia en la Universidad Nacional de La Plata, en un trayecto formativo que, afortunadamente por lo que me permitió conocer, fue muy largo debido a mi “rara” procedencia disciplinaria. En verdad una muy estricta Comisión ante la que me presenté se encontró con un “*rara avis*” al

que quizás para desalentarlo impusieron una enorme carga horaria que cumplir sin imaginar, posiblemente, que esa decisión terminaría siendo un motivo de permanente agradecimiento. Mis más recordados profesores fueron, Gerardo Caetano, Sonia Mendonça, Waldo Ansaldi, Patricia Funes, José Escudero, Donna Guy y Dora Barrancos, por sus aportes teóricos sobre ciudadanía, género, educación, intelectuales y salud crítica. Pero también por sus instigaciones a profundizar el estudio de los clásicos, especialmente la Escuela de los *Anales* y Antonio Gramsci, y a sumergirme en la historia cultural con Pierre Bourdieu y Norbert Elías.

Antes de presentar y defender mi Tesis (*Escenarios de la cultura científica argentina*).



Con Marisa Miranda en el CSIC

*Ciudad y Universidad*), tuve un paso fundamental por el Instituto de Historia de la Ciencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España, en Madrid. El mismo se produjo a partir de un Sabático para investigadores extranjeros otorgado por el gobierno español que me abrió las puertas de un espacio académico verdaderamente impresionante. Raquel Álvarez Peláez, me alentó a postularme luego de haberme presentado ante ella por e-mail a través de trabajos que había realizado y, tras participar y obtener la plaza que se concursaba,

cuando en Madrid la conocí personalmente, todas las impresiones recogidas a través del ciberespacio resultaron insuficientes. En aquella gran referente sobre la historia de la eugenesia descubría a una persona única, en todo sentido, donde afloraba a cada instante su capacidad de trabajo, honestidad intelectual, generosidad y humildad.

En el CSIC entonces hallé importantes estímulos para complejizar mis preocupaciones y también el aliento para avanzar más en aquel incipiente programa de trabajo que habíamos elaborado con Marisa. Sobre el bagaje que traía, en 2002, comenzó una etapa crucial en mi carrera, junto a grandes personalidades que, con Raquel, le daban encarnadura a aquel gran Instituto. Allí estaban José Luis Peset, Rafael Huertas,

Miguel Ángel Puig Samper, Armando García González, Andrés Galera, Leoncio López Ocón y Antonio Lafuente, como principales figuras de un plantel exquisito, tanto en términos intelectuales como humanos. Si bien conocía y valoraba académicamente la producción de algunos de ellos, poder pasar a interactuar con todos significó un gran y muy productivo cimbronazo. En ese ámbito me sumergí a hurgar más acerca de la historia cultural de la ciencia, lo que me permitiría en adelante avanzar en indagaciones sobre la relación entre saber y poder desde una perspectiva foucaultiana donde, a su vez, era volcada la voluntad de producir trabajos que expresaran la aspiración de Benjamin de “cepillar la historia a contrapelo”.

Desde aquella estancia en Madrid, y las que luego se sucederían, consolidé mi labor con equipos de investigación del CSIC, principalmente en grupos organizados por Rafael

Huertas, quien no tardó en convertirse, a la vez, en un amigo y en un maestro en el más amplio sentido del término. A través de Rafael, una historia crítica de la medicina, abierta a agudas interpretaciones culturales me permitía pensar desde otros lugares mis objetos de estudio. Complementariamente, la vinculación con otra línea del CSIC, la liderada por Miguel Ángel Puig Samper, el gran referente de los estudios sobre el evolucionismo en el mundo hispano, posibilitó mi integración a una red internacional que me ayudó a ver con mayor profundidad los usos sociales de las teorías biológicas. Con Miguel Ángel, otro maestro, también emergió la problemática del colonialismo visual y las prácticas racistas que tienen el soporte de la imagen, y, trabajando dentro de ese



Álvaro Vallejo al centro con Isabel Jiménez Lucena (izquierda) y Álvaro Girón (derecha)

marco de ideas, me “reencountre” con Patricia Funes en la Facultad de Ciencias Sociales de Buenos Aires donde realicé el Posdoctorado. También en otra sede del CSIC, la situada en Barcelona con el nombre de Institución Milá i Fontanals, retomé labores conjuntas con Álvaro Girón, después de haber compartido la participación en un proyecto de Raquel

primero y en diversos Congresos internacionales después. Álvaro es un grandísimo estudioso de la relación del darwinismo con cultura científica de cuño anarquista y, con Oliver Hochadel, gestó un espacio para pensar el cruce de la historia urbana y la historia de la ciencia, en cuyo marco pude integrar ideas formuladas en torno al 1900 a un lado y al otro lado del Atlántico.

Podría decir así que las referencias más importantes que he tenido y aún conservo puedo identificarlas centralmente en investigadores que trabajan dentro de la historia cultural de la ciencia en el CSIC de España, empezando por Raquel Álvarez Peláez. Eso no fue óbice para pensar en problemas locales, sino todo lo contrario. Asimismo, en nuestro país, Marisa no ha dejado de enriquecer el campo en el que me inserto y un lugar importante lo ha ocupado Hugo Biagini, con quien seguí trabajando casi ininterrumpidamente desde que lo conocí en los años 90 y trabé una amistad que me enorgullece. Con él emergió el pensamiento alternativo como categoría analítica que dio lugar a un fructífero programa integrador de temas, problemas e ideas, en el cual no sólo hallé insumos importantes para repensar y caracterizar mejor a mis objetos de estudio, sino que también pasé con naturalidad a sentirme parte de él a través de lo que hacía y cómo lo hacía.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Siempre me resultó difícil encuadrar disciplinariamente lo que hago, puede que sea una forma transdisciplinaria (o poco disciplinada) de pensar la disciplina. Wittgenstein decía “si me clasificas me anulas”, y creo que me tomo muy a pecho esa cuestión. En mis trabajos, apuesto por generar nuevas miradas del pasado, desafiando los límites que puedan ser reconocidos en la recreación de una única tradición historiográfica.

Igualmente creo que, por sobre todas las cosas, lo que hago lleva la impronta de la crisis de 2001. Consciente o inconscientemente, no veo que ello pueda separarse de una huella indeleble que conservo de lo que fue un verdadero punto de inflexión. En ese contexto tan terrible, la obtención de una Beca de la Fundación Antorchas sirvió de paliativo para poder avanzar en la tesis, mientras veía como alrededor todo se derrumbaba. Incluso el CONICET, donde quedé en un limbo interminable del que recién salí a fines de 2002 cuando se confirmó mi paso de Becario a Investigador, también sufrió institucionalmente graves padecimientos que estuvieron al borde de resultar terminales. Vale la pena recordar que dentro de los ajustes acordados con el FMI y que condujeron al estallido de diciembre de 2001, estaba incluido el cierre del CONICET. Paradójicamente, el default posibilitó la normalización del CONICET. Y en una directa correlación, mi situación particular cambió drásticamente: tras una larguísima espera ingresé a la Carrera del Investigador, cuando ya había obtenido la plaza para desempeñarme en el CSIC. Al regresar, como condición laboral también el país había dado una vuelta de campana. Comprender culturalmente el significado de aquellos cambios cíclicos, que no serían los últimos, me hizo volver recurrentemente sobre las preguntas con las que Hanna Arendt interpeló el poder tratando de entenderlo a través del horror que era capaz de provocar preguntándose: ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo ha podido suceder?

Estas preguntas se ensamblaron al interés por una historia cultural que, desde mis estudios sobre la historia urbana, de la salud y de la educación, se extendían al positivismo y llegaba a través de la historia de las ideas a la eugenesia. La naturalización de un fatalismo que separaba tajantemente a quienes dentro de la sociedad podían tener derechos y quienes no, abría cada vez más interrogantes y me adentré a explorar esas cuestiones con creciente interés.

La estancia en Madrid había reforzado mis inquietudes por identificar problemas que lo eran en sí mismos y también porque en su desconsideración veía otro problema añadido. Diego Armus recurre frecuentemente a una figura que alguna vez usó Gombrich diciendo que “la historia es como un queso gruyere, está llena de agujeros”. La metáfora sugiere múltiples lecturas, entre ellas las de asumir que los vacíos forman parte de la historia, o también, como la pretendo analizar desde mi labor, identificando los agujeros para estudiarlos, junto a las preguntas acerca de ¿qué nos están diciendo? ¿cuánto hay en ellos de lo inefable, de aquello que por alguna razón no fue correcto decir y/o hacer? Y en tal caso interrogarnos acerca de si esa ¿no sería esa una manifestación de poder y el estudio de los agujeros un medio para interpelarlo?

Partiendo de preguntas de ese tenor me embarqué en buscar lo que expresaba el culto a homogeneidades normalizadas, indagando propuestas que bajo un ropaje científico contenían los más ancestrales prejuicios sin perder vigencia, frente a las cuales, también se alzaron resistencias culturales y distintas formas de desafiar lo que en esencia sostiene el poder: el determinismo en sus diversas facetas. En el caso argentino, la persistencia de un supremacismo que, con sus modulaciones elitistas, “pigmentocráticas” (al decir de Biagini), estigmatizadoras de lo diferente, cuando no lisa y llanamente fascistas, forman parte de una inacabada historia de larga duración que puede ser también entendida desde las correlaciones que presenta con las tendencias a acrecentar desigualdades. Porque, precisamente no hay desigualdad sin que tras ella exista algún grado de supremacismo, siendo ésta la racionalidad de la sinrazón que enmascara una forma de naturalizar la supuesta superioridad que unos despliegan sobre una otredad despreciada -con toda la cadena de significantes que conducen a someter o aniquilar tras “bajar el precio” - valiéndose siempre de algún discurso autorizado. ¿Cómo nacen esas autorizaciones?, ¿quiénes la encar-

nan?, ¿a través de qué manera se ejercen?, son también preguntas que me interesan explorar.

Si, básicamente, mi preocupación central se delimitaba a interpelar manifestaciones del poder en su ejercicio explícito y en su impregnación cultural, las formas a través de las cuales emprendí esa tarea fueron variadas. La recepción, en tanto mecanismo explicativo de las distintas maneras en que sociedades periféricas como la argentina adoptaron teorías gestadas en el hemisferio norte, tenía, además de Chartier, deudas importantes en el campo de la historia de la ciencia con Thomas Glick. Así, definidos los intereses y problemas en torno a cuestiones que buscaron ser iluminadas a través de la recepción de teorías biológicas modernas que derivaron en directas reconversiones en teorías sociales, dos grandes recipientes disciplinarios utilizados fueron la historia cultural urbana y la historia social y cultural de la ciencia (siempre atravesados por la historia de las ideas), a los que recurrí a partir de la realización de artículos y libros en forma individual o asociado y también co-organizando trabajos colectivos.

Insisto en lo que decía antes, no hay allí una única tradición animando esa labor, sino más bien una vocación por explorar desprejuiciadamente los agujeros del queso para pensar otras maneras de abordar la relación entre saber y poder en sus múltiples manifestaciones. Si bien allí sobrevuela una mirada foucaultiana, ello no impidió pensar en marcos teóricos que fueran, antes que una imposición apriorística sobre el objeto de estudio que se analiza, el producto particularizado de la construcción de ese mismo objeto.

### **3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?**

Tengo una forma bastante personal de desarrollar mi tarea. Puedo llevar a Congresos

ideas que me permitan poner en discusión problemas que estoy pensando, pero luego, trabajo de una manera individualista. Quizás también esa sea una huella del 2001, desde que me obligó a trabajar de ese modo en aquel contexto lamentable y perduró aún después de que se hiciera habitual mi integración a grupos de investigación de otros países. Igualmente, ni aun en los más oscuros momentos, en los que las preocupaciones estaban invadidas por resolver necesidades concretas del día a día, mi casa dejó de ser un ámbito de permanentes discusiones teóricas, sobre todo porque Marisa era, y lo sigue siendo, mi mayor interlocutora y polemista.

Con relación a la elaboración de los trabajos, creo que ese es siempre un proceso inacabado, que demanda sucesivas lecturas abiertas a constantes revisiones y contrastaciones con lo que leemos de otros autores, cuyas miradas ayudan a ver más allá de nuestras propias limitaciones. Entiendo también que existe una dinámica que el texto en sí establece entre lo que se quiere decir y los recursos argumentales y teóricos para poder plasmarlo. En otras palabras, no soy partidario de definir un plan muy rígido para ser continuado sin alteraciones en la elaboración de un texto, ni buscar una teoría que oriente unívocamente el enfoque. Por caso, pienso que algunos malos entendidos suscitados por Foucault residen en pretender hallar respuestas totalizadoras en lo que considero como valiosísimas hipótesis que no pierden su vigencia como ideas que merecen ser discutidas en su cruce con datos empíricos, para reconocer, a partir de ahí, la particularidad de cada circunstancia concreta que se estudia.

Precisando un poco más lo señalado, también creo que cada texto puede gestar la propia teoría en directa interacción con los problemas que se analizan, y en ese proceso el camino nunca es lineal, está plagado de idas y venidas, que implican repensar lo inicialmente postulado, abrir la mente para dialogar imaginariamente con otros autores

y volver una y otra vez al punto de partida de ese recorrido inicialmente pensado hasta convertir la producción del texto en un trayecto sinuoso y bastante tortuoso a veces.

Una anécdota del gran arquitecto norteamericano Frank Lloyd Wright me ayuda a pensar esa metáfora del camino que se sigue en la elaboración de un trabajo. Contaba Frank que siendo niño, un tío suyo muy religioso, cierta vez, lo llevó a hacer un paseo por las praderas nevadas de Wisconsin. Tras un largo trecho recorrido su tío le hizo volver la mirada hacia atrás para que viera los pasos que él daba siempre en línea recta, porque esa era la lección que quería darle acerca de cómo debía comportarse en la vida. Frank, sin embargo, recordaría que ese día aprendió una lección más importante. Sus movimientos zigzagueantes, no habían sido en vano: a diferencia de su tío, regresaba con las manos llenas de flores, aquellas que había recogido en un anárquico trajinar. Muchas veces pienso esto también en relación a la serendipia, aquello que se encuentra ocasionalmente sin ser buscado y que nos insta a despojarnos de dogmatismos para estar abiertos a reconocer como hallazgos cosas que inicialmente no nos proponíamos buscar. Creo entonces que existe una articulación eficaz entre la propia autonomía del acto creador que implica producir un texto y los cruces con otras miradas entabladas en el mismo proceso de elaboración, pensando a esa interacción más que como un condicionamiento como una posibilidad de ser más creativos.

#### **4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?**

Podría decirse que lo que hago tiene un hilo conductor que enhebra inquietudes por abordar problemas como el determinismo, la discriminación y la desigualdad, a través

de múltiples historias que se entrelazan, dentro de espacios culturales como la ciudad moderna, el campo de la salud y la enfermedad, las instituciones normalizadoras, y en interacción con ideas e ideologías pretendidamente proveedoras de legitimación científica como el darwinismo social, el malthusianismo y la eugenesia.

Me interesa analizar en la historia cultural aquellos aspectos de la ciencia en los que más claramente se evidencia el peso de los saberes normativos en la creación de subjetividades que delimitan la frontera de lo sano y lo enfermo (la medicina), lo justo y lo injusto (el derecho) y la virtud y el vicio (la moral, laica o religiosa). Como consecuencias directas del impacto normalizador de esos saberes autorizados, trato de indagar también lo que tienen para decirnos los estereotipos y los estigmas, en tanto expresiones culturales que no dejan de recrearse como metáforas desde un origen situado, en un caso, en la modernización de los medios de impresión a través de la invención de un molde inmodificable, y en el otro, en las señales utilizadas para identificar a los esclavos.

Asimismo, entiendo la historia cultural como un marco conceptual que me permite deslizar entre exploraciones sobre los espacios y los cuerpos que los habitan, así como explorar sus intersecciones que afloran en discursos pedagógicos, médicos o jurídicos.

Particularmente, me ha interesado indagar la reproducción periférica de un emergente de la cultura hegemónica finisecular como fue la eugenesia, cuya propagación en metrópolis latinas fue favorecida por redes internacionales a las que las llamadas “*histoires croisées*” nos ayudan a analizar desde un plano relacional atento también a las diferencias que también coexistieron. Allí se advierten, por ejemplo, cómo enfoques comunes acerca de la cuestión racial, compartiendo incluso la adscripción a una misma teoría, redundaron en estrategias de resolución de conflictos adaptadas a distintas realidades geográficas que, en el

mundo latino, de Europa a América, han incurrido en tópicos que se distinguen por privilegiar la sustitución racial, el control de la inmigración, los intentos de crear o recrear un imperio, o bien llevar a cabo un sostenido proceso de blanqueamiento de la población.

En este sentido, al historizar la eugenesia he venido buscando conocer más sobre una forma de gestionar “científicamente” las desigualdades sociales que atribuyó las exclusiones a un fatalista designio de la naturaleza, a través del cual fueron encubiertas expresiones profundamente racistas y clasistas. Allí pueden focalizarse problemas antes señalados, porque precisamente la eugenesia irrumpió sobre el sustrato de grandes desigualdades sociales, a las que la ciencia luego exacerbó en su afán de proveer de soluciones al anhelo alcanzar la reproducción diferencial entre quienes eran identificados como “superiores” o “inferiores”, con el fin de lograr que los primeros prevalecieran por sobre los segundos. La definición acerca de qué entidad está por encima de otra, nos remite al establecimiento de universos antagónicos que, a través de estereotipos y estigmas, lograron convertir una visión subjetiva en un amplio espacio cultural, trascendente a los intereses de las minorías que encarnaron esa visión. La eugenesia, en tal caso, sería también la expresión más drástica si se quiere, de lo que cabe entender como el largo itinerario seguido por la construcción de subjetividades en torno a un “nosotros” amenazado por la reproducción indiscriminada de una entidad disvaliosa.

Todas estas connotaciones señaladas hacen, a mi entender, que en la eugenesia pueda verse un núcleo de problematizaciones que interpela los campos en los que se desarrolló, como el científico y el político. De manera que, en torno a ella y aun con los avances alcanzados en los últimos años, existen múltiples interrogantes que merecen la pena ser explorados, sobre todo si pensamos que “cepillar la historia a contrapelo”

es un ejercicio necesario para ir más allá de las tradicionales caracterizaciones que se hicieron de la cultura política y la cultura científica en sociedades como la argentina.

### **5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

No sé si aquello que para mí es muy relevante lo es en la misma medida para otros investigadores, por eso prefiero hablar de mis intereses y desde allí expresar interrogantes que actualmente me movilizan a pensar algunas cuestiones en torno a la labor intelectual. En mi último libro me interesó explorar la biografía de José Gabriel, un personaje poco conocido a pesar de remitirnos a través de sus discursos y prácticas a episodios muy relevantes de una historia política y cultural muy rica de la Argentina del primer tercio del siglo XX. Lo que quiero señalar, especialmente, es que ese trabajo me llevó a plantear preguntas que creo que pueden seguir siendo pensadas para tener algunas precisiones más acerca de lo que entendemos por la figura del intelectual. Por caso, ¿cuál es o debería ser la relación del intelectual con la cultura popular para que ese vínculo no suponga un descrédito hacia aquel que lo explore? Si dentro de sus características le es inherente la cualidad de incomodar ¿cuánto es lícito incomodar, o más bien, a quiénes es lícito incomodar para detentar sin mayores sobresaltos esa condición de intelectual?, o también ¿hasta dónde el cálculo de las incomodidades evitadas puede llegar a complacer al mundo académico sin resignar la condición disruptiva que suponemos constitutiva del intelectual? Y por último ¿cómo se expresan esas cuestiones en las particularidades que presenta la labor del intelectual en Latinoamérica?

Pienso en preguntas de este tenor como disparadoras de muchas otras más que sería

conveniente formular y reformular para sacar a la figura del intelectual de las convenciones que se abalanzan sobre ella.

Avanzando sobre esas problematizaciones, considero que los determinismos atraviesan la vida social y la forma en la que no pocos intelectuales los han reforzado desde sus propias praxis que, sometidas a una mirada atenta, configuran para la historia enormes vías de exploración. En este sentido, creo necesario superar cierta tendencia a establecer categorías definitorias, allí donde hay cruces que es menester llevar a cabo. Con esto quiero decir que, por ejemplo, identificar a cierta figura como progresista en lo político no supone, automáticamente, acreditar que lo sea en lo cultural o en lo racial. Lo mismo puede pensarse sobre las disociaciones entre el decir y el hacer, producidas especialmente cuando el análisis se reduce al discurso sin considerar su relación con las prácticas.

Por su parte, cabe señalar que la Historia cultural de la ciencia ha sido un espacio abierto a estas formulaciones en lo que parecería extraño y no lo es. Recuerdo al gran colega español Ricardo Campos contar que al iniciar su carrera de investigador en historia y expresar que pretendía estudiar el poder, Peset lo condujo a indagar la historia de la medicina. Primero le pareció extraño, y luego reconoció aquella sugerencia como la mejor que recibió en su vida académica. Digo esto pensando en dos disociaciones que en nuestro medio es común hallar: entre quienes no ven como intelectuales a los profesionales de la salud que historizan y quienes no ven a la historia de la ciencia y la medicina como un lugar que merezca ser integrado a la historia de las ideas o también a la historia intelectual. En tal caso si la pregunta por el intelectual conlleva también la de sus funciones y los campos del conocimiento que estarían abiertos a incluir esa caracterización, creo que cabría hacer suficientes reformulaciones para que con

mayor naturalidad integremos trayectorias personales y espacios del saber que tienden a permanecer fuera de lo que privilegian ciertos enfoques tradicionales.

También creo que existen dos formas en las que el intelectual se posiciona y entiende su función dentro de un determinado campo: la primera sería aquella que parte de asumir la existencia de distintos espacios que canalizan miradas diversas, mientras que la segunda podría ligarse a la presuposición de la existencia de un único universo pequeño que es menester controlar ante el riesgo que, de no hacerlo, pudiera caer en manos indebidas. Existen suficientes razones para pensar que la primera alternativa es, no sólo deseable, sino también absolutamente necesario que lograra prosperar para hacer más fructífero el desarrollo de nuestro medio intelectual.

Asimismo, y si pensamos que la hegemonía neoliberal se sustenta culturalmente en una sistemática deshistorización que habilita a reincidir en las mismas prácticas que empobrecen a amplias mayorías, entiendo que una función central que es menester esperar del intelectual, sobre todo en nuestra región, sería la de contribuir a que pueda ser permanentemente reconstruida esa conexión entre pasado y presente. No se, exactamente, si esa necesidad que yo considero importante se compadece con la función que muchos asumen en la actualidad al desarrollar su labor. Participar de un incesante despliegue de novedades historiográficas puede, efectivamente, ser un ejercicio enriquecedor, pero creo que sólo a condición de que hacerlo no signifique evitar que sea abordada, de alguna manera, la función señalada de contribuir a conectar pasado y presente. No hace tanto tiempo que en nuestro medio irrumpió un debate que parecía resultar interminable acerca de si había llegado el fin de la historia, como lo postulaba Francis Fukuyama. El personaje pronto pasó al olvido, pero tras aquel absurdo cabría preguntarse ¿cuántos debates

que descentraron el eje de la función del intelectual se sucedieron desde entonces? Y en tal caso ¿no deberíamos reconocer que le sería inherente a su condición evitar dejarse llevar por cantos de sirenas? La pregunta tal vez entraña una obviedad, pero tras ella y las que podrían suscitarse seguiríamos por un sendero que no nos conduciría sino a la pregunta concluyente que en otro momento de crisis se formuló Bertolt Brecht al exclamar “¿Qué tiempos son estos en los que tenemos que defender lo obvio?”. Igualmente, advertía a continuación que podía ser peor el tiempo en el que “lo obvio no se puede defender”. Aprovecho entonces para preguntar por lo obvio cuando aún estamos a tiempo de defenderlo.

La pandemia de Covid-19 también puso en evidencia dos cuestiones que considero relevante discutir: por un lado, el rol del intelectual que cree legitimada su función social anticipándose a los hechos con el anuncio de lo que nunca sucederá, priorizando para ello el valor de la novedad por sobre el de la verdad. Y, por otro lado, el redescubrimiento de Foucault, cuando la cuarentena como única forma de detener el avance del virus, pareció obligar a ver allí panópticos y biopolíticas por doquier. Creo que también merece prestarle especial atención al rol del intelectual en una historia del tiempo presente, que no puede subsumirse en producir titulares para grandes medios de comunicación. Y si se admite que la biopolítica es un recurso interpretativo válido para ayudar en algunos aspectos a mirar la historia desde perspectivas alejadas de lo ya establecido, sería esperable que su uso implicara mucho más que darle un barniz ideológico a la cooptación del término “libertad” por parte de los sectores más concentrados de la sociedad. Después de todo, hay mucha biopolítica para analizar en el modo en que esos mismos sectores se convirtieron en lo que son, y mucha tarea intelectual para develar los mecanismos que legitimaron esa condición adquirida.

## Siempre estoy estudiando

Julio Vezub

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

El inicio del aprendizaje como historiador lo debo a un último acto de obediencia partidaria que, contradictoriamente, tendría consecuencias beneficiosas para mi formación y mis gustos. Tenía 24 años y había regresado de una estadía de diez meses en la República Democrática Alemana, donde hice estudios de marxismo-leninismo en la *Jugendhochschule Wilhelm Pieck*, apenas dos años antes de la caída del Muro de Berlín. A poco de regresar abandoné la carrera de



Derecho en la que había aprobado siete materias y como dudaba entre Sociología e Historia me inscribí en ambas. A la salida de la única clase de Sociología a la que asistí me encontré con los responsables de la Federación Juvenil Comunista, que me reprocharon la elección individualista que no consideraba que “nos faltaban cuadros” en la Facultad de Filosofía y Letras. Al día siguiente estaba cursando la Historia Social General de Luis Alberto Romero. El tránsito de los años 80 a los 90 reunió docentes notables en

Historia de la Universidad Nacional de Buenos Aires, una carrera con escaso entrenamiento para investigar (recién en el tramo final visité un archivo bajo el estímulo de Hilda Sabato), pero que era exigente en materia de lectura, erudición y polémica. Abandoné la militancia que había iniciado en la adolescencia convencido de que no podría transformar el mundo. Así fue como estudié Historia para tratar de interpretarlo.

Me recibí de profesor mientras trabajaba en una empresa constructora familiar, que me dio experiencia práctica y material, económi-

**Julio Esteban Vezub:** vezub@cenpat-conicet.gob.ar, <https://orcid.org/0000-0001-6582-3663>, IPCSH-CONICET, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Es Profesor de Historia por la Universidad Nacional de Buenos Aires y Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Se desempeña como Investigador del CONICET y es director del Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas en Puerto Madryn, Chubut. Es Profesor Titular Ordinario de Historia Argentina II (1852-1930) y Tesis de Grado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco en la sede Trelew. La historia indígena y regional, las guerras de expansión, y el proceso de colonización y formación de los estados nacionales en el sur de Argentina y Chile son su campo de investigación principal. Participa en iniciativas museográficas y de valorización de colecciones documentales junto con universidades, archivos y museos patagónicos, argentinos, latinoamericanos y europeos. Ha publicado *Indios y soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la “Conquista del Desierto”* (2002) y *Valentín Saygüique y la “Gobernación Indígena de las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)”* (2009). Ha editado con María Inés Rodríguez Aguilar *Patrimonios visuales patagónicos: territorios y sociedades* (2017). Es director de la colección de libros de Historia “Tanteando al elefante” de la Editorial Sb.

ca y laboral, además de conocer ámbitos socioculturales diferentes a los militantes y universitarios. Todo esto formó parte, retrospectivamente, de mi capital intelectual. Para transitar esa época de crisis, política, conceptual y afectivamente, fueron importantes los grupos de estudio que organizaba Ignacio Lewkowicz. Fabio Wasserman ya se ha referido en la primera edición de estas entrevistas a algunos compañeros con los que compartíamos debates y sociabilidad. Leí Althusser, Badiou y Nietzsche con ellos, Javier Trímboli, Irene Cosoy, Mariana Parma y Roy Hora entre quienes recuerdo que frecuentaban los mismos horarios en el departamento del piso 17 de Avenida Rivadavia en que vivía “Nacho”.



Roy Hora, Ignacio Lewkowicz, Mariana Parma, Julio Vezub y Fabio Wasserman, 1990

Tuve maestros buenos y malos, porque de estos también se aprende el oficio, las virtudes y los vicios. En algunos casos la relación fue distante y en otros genérica u ocasional, nunca discipular. En la cátedra de Hilda Sabato y Mirta Lobato aprendí a enseñar Historia Argentina y a plantear preguntas de investigación. Luis Emilio Burucúa fue influyente, sin proponérselo, para los cruces entre Historia Cultural y Antropología, Arte e Iconografía. Agradezco

al reglamento que permitía escapar de la escolástica y los finales de 2.000 páginas de lectura cursando materias optativas por fuera del currículo del Departamento de Historia. Fui parte del auditorio multitudinario que siguió el seminario de Ricardo Piglia en la carrera de Letras en 1990, tan sistemático y fascinante que veintiséis años después se publicó (*Las tres vanguardias: Saer, Puig, Walsh*, 2016). Tomé dos cursos memorables con Horacio González en la Facultad de Ciencias Sociales que saldaron la cuenta pendiente con la Sociología que arrastraba desde el inicio, participando en experimentos inusuales para la carrera de Historia, como escribir una monografía sobre el choque cultural y los conflictos étnicos en las obras de construcción que conocía por mi actividad laboral, y una etnografía de la estación Constitución del Ferrocarril Roca, que fueron los trabajos con los cuales aprobé estas materias.

Si mi carrera de grado fue lerdá (1988-1997) por la dispersión de motivaciones que referí, el posgrado fue conforme a la duración de las becas del CONICET. Realicé el doctorado en Historia en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires entre 2000 y 2005. Raúl Mandrini nucleaba un “fortín” de avanzada sobre historia indígena en las sierras de Tandil, allí donde perduran las marcas de las rastrilladas y los corrales de piedra, la inteligencia de los archivos regionales y la toponimia mapuche en el paisaje, que serían mis insumos de investigación hasta hoy. La paridad cambiaría permitía invitar docentes extranjeros que se combinaban con nacionales de excelente nivel. Destaco las clases de David Weber que alternaba la *New Western History* con fragmentos de películas del Lejano Oeste, las de Pilar González Bernaldo que me introdujeron

en los enfoques relacionales y espaciales en Historia, así como la morfología y el Análisis de Redes Sociales (ARS) que aprendí con Maurizio Gribaudo y sus consignas descontracturadas para la monografía: “escribí un cuento”, “mirá una fotografía”. El diálogo con ambos continúa hasta hoy.

El comienzo del doctorado coincidió con la migración a la Patagonia. Me radicué en Puerto Madryn en la provincia de Chubut. Hice carrera como becario e investigador del CONICET en el Centro Nacional Patagónico (CENPAT) donde dirijo actualmente el instituto de ciencias sociales, además de enseñar Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco a 70 km de Puerto Madryn en Trelew, donde Alejandro De Oto fue mi compinche intelectual hasta que se radicó en San Juan. Mi mudanza a la Patagonia fue determinante por la comprensión que posibilita vivir en la región que se estudia, pero también por el estímulo de formarse en Historia y Ciencias Sociales en un medio hegemonizado por las Ciencias Naturales. En la esgrima de las rencillas departamentales y las jerarquías de paradigmas gané entrenamiento en epistemología, interdisciplina, familiarización con la Arqueología y la Antropología, apertura hacia las variables ambientales y metodologías que eran novedosas para la práctica histórica de comienzos de siglo como los Sistemas de Información Geográfica (SIG). Rodolfo Casamiquela fue el anfitrión a disgusto y el tutor de mi beca inicial de posgrado. A él me refería particularmente cuando contaba que tuve maestros ambivalentes de los que he aprendido de un modo u otro. Polémico y singular, personaje de dudosa economía moral con prácticas institucionales arrastradas de la Dictadura, último dinosaurio histórico-culturalista, fue

para mí un desafío desandar su etnografía sin solución de continuidad con los científicos naturalistas del siglo XIX.

## 2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Rescato la dimensión artesanal del oficio historiador sin atreverme a llamar “obra” a mis publicaciones ni a asociarlas con tradiciones o membresías. Tampoco a fungir vanguardismo. Releo mi relato y está hecho de incomodidades, migraciones y desplazamientos, que fueron del interés por la política y la mirada porteño-céntrica que se cultiva en “Filo” a la historia regional en una periferia académica. Este posicionamiento en los márgenes, si se quiere marginal, ha sido rendidor para comprender fenómenos vidriosos desde la perspectiva de las metrópolis, por ejemplo, la manera en que la singularidad local se conecta con problemáticas globales y cómo esto perturba el encuadramiento de las historiografías nacionales. Ello me ha resultado provechoso para intervenir en una agenda



Julio Vezub y Nicolás Richard, París, octubre 2018

de temas como el conflicto mapuche y la historia transnacional de las islas Malvinas o el debate epistémico con otras áreas del conocimiento como las Ciencias Naturales.

La “Historia indígena” que consigno como mi especialidad en los informes de rutina a CONICET está en crisis desde el momento mismo en que se identificó como campo de estudio con cierta autonomía a fines de la década de 1980. De hecho, debo ser de los pocos que completa el casillero con esta etiqueta que tensiona distintos sujetos, actores y saberes. Hay colegas que prefieren denominar al campo como “Antropología histórica” o “Etnohistoria”, lo que deja al descubierto un problema de adjetivación y sustantivación de géneros que no está saldado. Como contribución a la discusión estoy atento a dos dimensiones, la primera es la búsqueda de marcos de referencia abiertos, que se superponen y organizan sobre coordenadas distintas como la Historia regional, aunque esta también sea una especialidad fragmentada, a menudo focal y con disputas de padrinazgos y madrinazgos dentro y fuera de la Patagonia. La segunda dimensión que me interesa es el seguimiento de las relaciones entre la historia mapuche y tehuelche con las de sujetos que no se definen ni son definidos étnicamente, así como el tendido de puentes con la historia del colonialismo y la expansión estatal en distintas regiones del continente y el mundo. Pensar en la clave de historias conectadas (antes que comparadas) es una salida al ensimismamiento que me permite jugar de visitante en lo que hace a las disciplinas, metodologías y variables espaciales y cronológicas, lo que resulta enriquecedor.

Estos reparos no significan que crea que se hace Historia en solitario o por fuera del espíritu de época. Como mito de origen podría señalar la polémica que sostuvieron Martha Bechis y Raúl Mandrini y por intermedio de este con el arqueólogo Alberto Rex González, que fue mucho más que una discusión por la caracterización de los cacicatos y las estructuras sociales fronterizas de Araucanía, Pampa y Patagonia. Se trató principalmente de maneras diferentes de relacionar la teoría con la producción del dato histórico y antropológico, un conflicto

movilizador en el que me reconozco. Compartí con colegas que hoy son de referencia los cursos donde Bechis y Mandrini escenificaban esa controversia de fin de siglo. Pero en materia de “mapuchegrafía” o de Historia indígena encuentro más provocativos los trabajos que han salido de las universidades de Chile, cuyos autores no se reconocerían como parte de una escuela nacional ni tampoco como grupo. Rolf Foerster, André Menard, Nicolás Richard, Álvaro Bello, Pablo Marimán, Jorge Pavez, Joaquín Bascopé y Cristian Perucci entre los principales animadores. La interlocución con ellos imita los intercambios de dones, la circulación de personas y el flujo de comunicaciones entre ambos lados de la Cordillera. Este campo intelectual es atractivo por sus pulsiones teóricas, la visión transnacional de los archivos y la etnografía sin la impostación de voz ni los mandatos misionales que predominan en la antropología argentina.

Sin temor a la incorrección puedo confesar que la literatura de los viajeros decimonónicos y sus continuadores de mediados de siglo XX me interesa más que las teorizaciones posteriores. Me refiero a los etnólogos, etnógrafos y etnohistoriadores que a propósito de Casamiquela decía que era desafiante leer a contrapelo para confrontar paradigmas. Generalmente esta historiografía es denunciada ideológicamente sin explotar sus contradicciones, ni la empatía que tuvo con los paisajes, las poblaciones y el registro arqueológico, lingüístico y geográfico. Esto vale para los exploradores como Guillermo Cox, Georges Claraz y George Musters. Ya en el siglo XX, vale también para el maestro y funcionario del Consejo Nacional de Educación Tomás Harrington, el médico de Gendarmería Nacional Federico Escalada y el más consagrado académicamente Milcíades Vignati, aquellos que la lingüista Verónica Domínguez define como intelectuales “periféricos centrales” y “centrales periféricos” de los Territorios Nacionales. A partir de aquí se aplica la máxima

antropológica del afecto entre generaciones alternas, esto es, que cada camada no lee a su precedente. Llama la atención el nulo lugar que ocupan en las citas históricas y antropológicas la ensayística de Liborio Justo (que firmaba con el seudónimo de Lobodón Garra y había heredado los archivos de su abuelo el comandante de la “Conquista del Desierto” Liborio Bernal), Álvaro Yunque, Mario Tesler y David Viñas. El último fue ensalzado y a la vez estereotipado como crítico literario cuando su *Indios, ejército y frontera* (1982) configuró a fines de la última dictadura el corpus y la heurística basal para historiar la sociedad indígena criolla de Pampa y Patagonia.

**3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?**

Al hacer a un lado las tradiciones se resaltan las lecturas y las metodologías en contrapunto con la evolución de temas e interpretaciones. Si repaso mis publicaciones hay algunas constantes en la extracción de rendimiento de pensamiento ajeno, intentando que las referencias bibliográficas y las fuentes impacten en el diseño de cada estudio de caso, aquello que Lila Caimari describe como el paso del “archivo dado” al “archivo propio” (*La vida en el archivo*, 2017). Gilles Deleuze y Félix Guattari son de preferencia con *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (1988), los rizomas y el “Tratado de nomadología” para seguir singularidades y pensar las fricciones entre sociedades con y sin Estado. Hay un ensayo poco consultado en la Argentina, *Barcos sobre la Pampa, las formas de guerra en Sarmiento*, publicado por Dardo Scavino

(1993), que es la interfase entre esta teoría nómada y las variables de análisis que nos ocupan a quienes historiamos la invasión de los Estados nacionales y provinciales al País Mapuche. He recurrido a Michel Foucault y Jacques Derrida para el concepto de “archivo”, aunque intuyo algo similar a Caimari sobre la obra del primero. En mi caso esto es que la metáfora etimológica del “arcano” como lugar de la ley, garantía de secretos y legitimidad puede resultar operativa para pensar articulaciones y prácticas archivísticas oficiales u oficiosas, pero al quedar atada al lamento por la invisibilidad del registro, procesos y actores, puede inhibir la desclasificación documental que encuentro más activa política y epistemológicamente.



Julio Vezub y André Menard, lago Pirehueico, Los Ríos, Chile, abril 2017

Respecto de la manera de realizar mi tarea, la escritura es la ocasión ideal para leer, sobre todo cuando me introduzco en temas nuevos. Soy cultor del “estado de la cuestión”, una técnica cuyos resultados no están dados de antemano ni son estables y que recién cobra forma al definir un problema, extrayendo de la literatura precedente (y simultánea) las líneas de fuerza por las que continuar la investigación. Definir dónde empiezan y terminan los antecedentes de un estudio de caso sin incurrir en la formalidad de la cita de compromiso, ni en las omisiones

injustificadas, es una ejercitación dificultosa en mis clases de Tesis de Grado en Historia de la UNPSJB. De aquí mi interés por las historiografías que están vinculadas con el campo temático de la Antropología y la Etnografía regionales. Escribo y publico con frecuencia en coautoría como efecto del ambiente científico en el que me formé y que me rodea, ya que, para los equipos de Arqueología, Antropología Biológica, Geografía, Ecología, etc., esta es una práctica aceptada que está ligada a las labores de campo y la dimensión experimental. La escritura colectiva es una gran oportunidad para darse a leer recíprocamente que he practicado con mis profesores, colegas de camada, grupos de proyecto y tesis de doctorado. La labor editorial, tanto la que realicé en la etapa fundacional de revista *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, como la actual de la colección de libros de Historia “Tanteando al elefante” de Editorial Sb, da otra chance de lectura, especialmente la colección, ya que me permite elegir los manuscritos con horizonte abierto y conforme al deseo.

A la manera de Fabio Wasserman, aunque con menos erudición, también podría responder que “siempre estoy leyendo otra cosa”, explotando la máxima de Aby Warburg de la que habla Burucúa, según la cual el libro que se busca en la biblioteca está en el estante de al lado de aquel en el que se está hurgando. En mi proceso de trabajo logro inspiración y surgen preguntas a partir de pensamientos laterales que no están directamente vinculados con la temática que estoy investigando. Podría invertir la ironía de otro amigo que respondió en la primera edición de este dossier, Omar Acha, que se reconoce como alguien “inclinado a volar con la teoría” a quien debieron imponerle el mandato de “que en una investigación historiográfica debía primar una pregunta clara articulada con el uso del archivo”. En mi caso me defino como empirista y no sabría pensar históricamente sin comen-

zar interpelando documentos. Junto con Omar estudiamos con Maurizio Gribaudi, que suele recordar a Goethe, para quién la teoría no está “fuera” sino “dentro” de los objetos. En esta dirección, pienso que en la disciplina a menudo se llama “teoría” a casos de estudio que ganaron su reputación por su localización en posiciones historiográficas centrales sin que necesariamente sirvan para aplicar a cualquier problemática o variable cronológica, espacial, etc.

Citar alguien dos veces es sugerente. Me gusta de Caimari como involucra a quien lee en los pasos de su pesquisa, haciendo de la vivencia y la anécdota una reflexión metodológica. Son estimulantes los libros de Federico Lorenz y Alejandro Rabinovich con sus historias de guerra y la conexión de fenómenos que en apariencia no tienen relación. Federico va a contrapelo del sentido dominante en Historia reciente, recuperando aquello que aprendimos sobre la nación como invento, que es enseñado en prácticamente todas las universidades y que se hizo carne en los teatros de batalla, pero que salvo excepciones no se confronta con las historias de Malvinas ni de los colonialismos (británico, chileno, argentino, etc.).

Levanto la vista por sobre la pantalla y en el estante de favoritos conviven sin clasificar la biografía de Marx escrita por Gareth Steadman Jones (2018), las *Esferas* de Peter Sloterdijk y su análisis del terrorismo atmosférico (2006), títulos de Antropología, Geografía e Historia Ambiental (y política) como *El peronismo entre las ruinas* de Mark Healey (2012) y *En un área de tránsito polar* de Bascope (2018), *Los dones étnicos de la Nación* de Diego Escolar (2007) sobre los huarpe de Cuyo, los ensayos sobre los indígenas en la guerra del Chaco compilados por Nicolás Richard (2008), la edición de Menard de los manuscritos del presidente de la Federación Araucana Manuel Aburto Panguilef (2013), *Paris ville ouvrière* de Gribaudi (2014), *War of a Thousand Deserts* de Brian DeLay (2008)

sobre los “malones” comanches durante la guerra entre EE. UU. y México, *Ruling the Savage Periphery* de Ben Hopkins (2020) que enlaza Afganistán, África, América del Norte y las pampas del siglo XIX, los tres tomos de *Los diarios de Emilio Renzi* de Piglia (2015-2017) junto a *Moby Dick* en la traducción de Enrique Pezzoni (1970) y la novela de Vasili Grossman, *Vida y destino* (2009).

Como en la lectura, trabajo en distintos frentes de escritura al límite de la dispersión, deudas y atrasos, pero que están lateral, política y poéticamente relacionados. La sensación favorable es que siempre estoy estudiando. Si la pregunta fuera por los formatos en



Pablo Alabarces, Federico Lorenz y Julio Vezub en la Feria del Libro, CABA, 4 de mayo de 2022

los que desearía expresarme, me gustaría documentar y plantear un problema histórico al estilo de las filmografías de Hito Steyerl y Harun Farocki (que descubrí por Bascopé), las narrativas *non-fiction* de Javier Cercas sobre un impostor catalán y de Carlos Busqued sobre un asesino de taxistas en el barrio de Mataderos durante la posguerra de Malvinas, texto mucho más sugerente del clima social porteño de fines de dictadura que me tocó vivir de adolescente que la mayor parte de la Historia reciente.

#### 4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Una marca de mi investigación ha sido buscar o definir las categorías de análisis al pie de las fuentes históricas, indagando el significado que tuvieron las palabras y los conceptos para los actores. Con este criterio trabajé mi tesis y escribí el libro sobre la Gobernación Indígena de las Manzanas, apegado a lo que el cacique Valentín Saygüequé y sus corresponsales entendían por ser “jefe”, básicamente la potestad de impedir robos y venganzas en ausencia del Estado. Ligado a

ello, mi destreza principal ha sido integrar corpus novedosos y trabajar con tipologías documentales heterogéneas. A contramano del paradigma antropológico que deplora el silencio de los archivos oficiales y del culturalismo que redujo el registro indígena a la oralidad fui parte de lo que con Ingrid de Jong denomina-

mos “el giro escritural de la historiografía mapuche”. En sintonía con Claudia Salomón Tarquini aportamos al análisis del discurso y la morfología comunicacional de la Pampa, Patagonia y Araucanía con la sistematización de más de 900 cartas intercambiadas entre caciques, comerciantes, hacendados, misioneros y autoridades de frontera entre 1850 y 1890. Confronté la documentación mapuche en español con los partes militares, fotografías y cartografía histórica, pero también con las formas de

la escritura no alfabética como la iconografía rupestre, la joyería y el arte mueble en colaboración con arqueólogas y museólogas. Seguí rastrilladas, caminos costeros y pasos de montaña cotejando las crónicas de viaje y las toponimias indígenas con las transformaciones del paisaje y el territorio a lo André Corboz, como palimpsestos que acumulan sucesivos trazos de borrado y escritura. Practiqué sin licencia el trabajo de campo etnográfico y con el tiempo gané sensibilidad para entender la agenda que el entorno regional considera relevante. Así fue como volteé la mirada hacia el mar y las relaciones sociales que circulan por el espacio líquido, la historia del extractivismo, las problemáticas socioambientales y la continuidad del conflicto autonómico mapuche. Junto a Jorge Bustos, director del Museo Histórico Regional de Carmen de Patagones y a Paz Núñez-Regueiro, responsable de la Unidad Patrimonial “Américas” del Museo del Quai Branly, hemos intentado hablar históricamente con objetos, el *toki* o clava de mando del *longko* Foyel, platería y mortajas tehuelche de cuero pintado, a jugar al chamán, revisando la estratigrafía de los depósitos, vitrinas e inventarios de museos. En ocasiones excepcionales tuve la fantasía del “descubrimiento”, por ejemplo, al armar series documentales que dieran sentido a la comprensión del pasado en diferentes planos, regional, global, conectado. Así lo viví al localizar a la vera de un arroyo neuquino los vestigios de la toldería y los corrales de un cacique baqueano que se ven en las fotografías de la “Conquista del Desierto”, al reconocer cráneos patagónicos escritos con tinta en el Museo del Hombre, y ante el aura de las cartas escritas con sangre del cacique Llanquitrú que se conservan en el Archivo General de la Nación.

La aplicación de tecnologías de cómputo al conocimiento histórico que ya mencioné, el campo amplio de las Humanidades Digitales, el ARS y los SIG, están dentro de las habilidades que sigo aprendiendo

asistido por especialistas en el uso de las herramientas. Generalmente, los archivos se buscan a partir de preguntas, inferencias e hipótesis de pesquisa. Pero con el tiempo también sucede lo contrario y a veces las fuentes vienen a uno, sobre todo en el plano grupal. Esto ha sucedido en mi Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas, que adquirió visibilidad como nodo de rescate de archivos regionales, recibiendo colecciones documentales en guarda, entre otras, de integrantes de la Comisión Argentina de Límites con Chile del tránsito del siglo XIX al XX. Esto reclama la destreza contraria, es decir, formular interrogantes ante el registro de fuentes “casuales” sobre temas y problemas que no estaban en los planes. Desde la tesis defendida en 2005 me he movido entre dos niveles de análisis, yendo del estudio de la política indígena y fronteriza de los siglos XIX y XX hacia la interpretación historiográfica de los discursos que se ocupan de aquella y viceversa. Gregory Bateson, una lectura que debo al editor Andrés Telesca, notó como curiosidad que los estudiantes católicos y los marxistas son especialmente capaces para identificar los presupuestos de un pensamiento científico para no desviarse de las premisas “correctas”. Algún saldo positivo dejó el entrenamiento ortodoxo de mis inicios y creo que me esmero para no incurrir en apriorismos.

**5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Ya anticipé algo de mi visión sobre la situación actual en los campos de la Historia indígena y patagónica. Más en general, mi lectura de la coyuntura disciplinar es ambivalente. Tiendo a mirar escépticamente el panorama intelectual si me guio por la práctica académica e institucional donde el oficio se degrada en rutinas y burocracia. En cambio, si atiendo a lo que sucede en la interacción entre los estudios históricos,

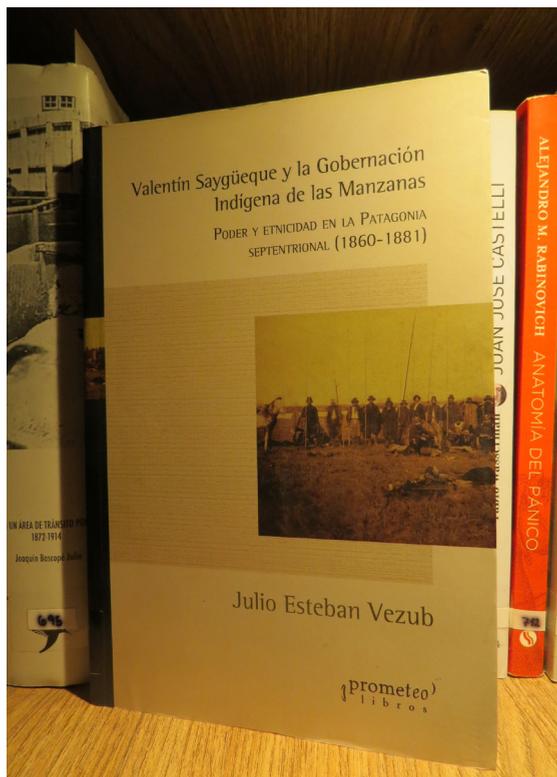
humanísticos y cada entorno las perspectivas tienden, sino al optimismo, por lo menos a la motivación. Al comenzar por la mirada sombría prima el paisaje de segmentación e híper especialización que dificulta el diálogo entre campos y disciplinas. Los congresos y reuniones científicas y la experiencia como integrante de comisiones de evaluación indican que pocos colegas opinan más allá de su estricto tema de dominio, por lo cual el intercambio teórico, metodológico y comparativo es muy limitado y reproduce lo que ya se hace o da lugar a las tendencias de moda. La masificación de la profesión, paradójicamente, tuvo consecuencias en este panorama al reducir la investigación a una secuencia de operaciones técnicas que desatiende la relevancia de los interrogantes, por un lado, mientras se despreocupa del control de calidad metodológico por el otro. Coincidió con la respuesta de

Daniel Lvovich a esta pregunta del dossier anterior, cuando advierte que la lógica del *Publish or perish* que promueven las universidades y las instituciones de Ciencia y Técnica provoca un desequilibrio entre la producción a escala industrial de artículos y la contracción de la demanda de lectores o, por lo menos, haciendo difícil discriminar los textos fundamentales de los accesorios. Por supuesto, este diagnóstico no es exclusivo de la Argentina y se repite en las academias de todo el mundo.

Claro está, si se añoran las épocas en que los usos de la Historia como *magistra vitae* tenían resonancias pedagógicas, sociales y políticas, incluso las grandes polémicas historiográficas que estudiábamos como modelos en las carreras de los Ochenta como las controversias con los revisionismos o sobre los orígenes del capitalismo, todo debate actual dejará gusto a poco y resultará micro climático. La Historia ha perdido predicamento frente a las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento que parecen aportar pautas explicativas del presente y predicciones del futuro, aunque las interpretaciones corrientes del pasado sigan siendo moneda de cambio en cualquier disputa retórica, nacional o internacional. En este sentido, sigo con interés la intervención cada vez más frecuente e imprevisible de colegas que se atreven en las redes sociales, preguntándome qué efectos tendrán

como intentos de recuperación del ágora y el rol consejero del Príncipe con el que surgió la Historia como disciplina moderna. La Asociación Argentina de Investigadores en Historia ha venido a ocupar un lugar refrescante y activador de debates en los últimos años principalmente por la pluralidad ideológica y la diversidad de corrientes y lugares de enunciación con la que está integrada.

Pese a la ambivalencia de la respuesta me animo a listar una serie de temas y problemas, yendo desde lo singular de mi especialización



hacia el plano más general de la disciplina. En primer lugar, la Historia indígena o la Antropología histórica, no solamente la patagónica ni la chaqueña, tienen latente dirimir la índole de su interlocución con los actores del pasado y el presente, superar la impostación de voces y cuestionarse qué sentido tienen los tribunales de la Historia. Algo similar a la tensión que se evidencia entre memoria e Historia reciente, donde las figuras del juez y el historiador se confunden. Ambos campos se alimentan sin reconocerlo del todo y la discusión por el compromiso social y político atraviesa a las últimas generaciones de la historiografía argentina. También dentro de la Historia regional y la Historia indígena, las relaciones entre el pasado, su procesamiento y los conflictos actuales son debates que profundizar, junto con la dimensión ambiental hasta hace poco desatendida.

En segundo lugar, un problema que las respuestas anteriores ubican en el centro de mis preocupaciones es el de la generalidad y la particularidad, las escalas de las historiografías nacionales, regionales y globales. Vale decir, cómo confrontar con las visiones jerárquicas y metropolitanas para definir las relaciones relevantes entre procesos, acontecimientos y actores en diferentes configuraciones y escalas de análisis superando el cliché del centro-periferia. Avanzar en este terreno ayudaría a que las historiografías nacionales sean reconocidas como un ámbito de enunciación sin identidad plena con los objetos de estudio ni sus variables cronológicas o espaciales, apenas historias locales en el concierto mundial.

En tercer lugar y en el plano más general, creo que volverán a estar a la orden del día las viejas discusiones sobre el estatus científico de la narrativa y el discurso histórico, lo verdadero y lo verosímil del pasado, así como las posibilidades de predicción de los comportamientos humanos, individuales y colectivos, o su retrospección, como efecto

de la evolución de las técnicas de cómputo y el uso de algoritmos. Vuelve la discusión por *El túnel del tiempo*, que era mi serie de televisión favorita de niño.

## Sobreviviendo a Escila y Caribdis: entre la historia de los intelectuales y la historia religiosa

José Zanca

**1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?**

Cursé la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en la década de 1990, una etapa de vigoroso florecimiento intelectual y de apertura historiográfica. También fue una década cruzada por la conflictividad, en especial el enfrentamiento con el gobierno menemista. Disfruté mucho el paso por Filosofía y Letras, es una facultad con un alto grado de politización y de debates intensos. Allí

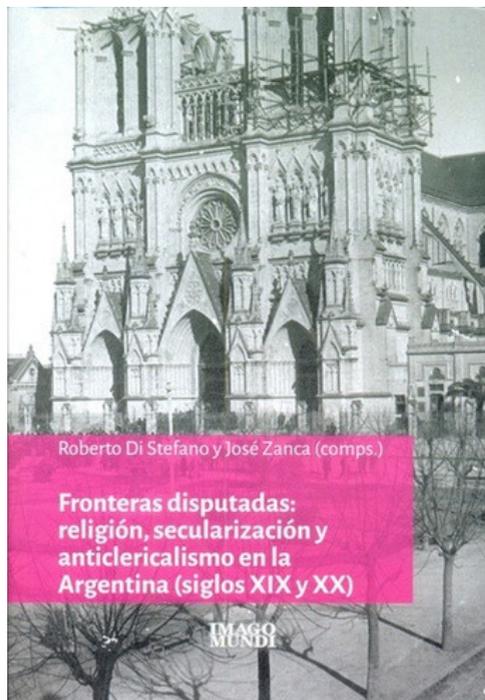


se despliega un tipo de sociabilidad característico de un espacio compartido por diferentes carreras, lo que le daba al paisaje un cariz mucho más irisado, con lo cual, la experiencia era también enriquecedora. Compartir de manera permanente cursos con futuros antropólogos, filósofos, científicos de la educación, estudiantes de letras... fue una rutina enriquecedora. Luego la misma lógica de la especialización va llevando a un angostamiento de ese horizonte. Uno mismo tiene que tratar de romper ese marco para no caer en una especie de barbarización. En términos académicos, casi todos mis profesores pertenecían a una nueva generación intelectual. Para cuando yo ingresé (1995), la “vieja guardia” había sido desplazada. Cada época tiene sus valores, yo agradezco haber podido disfrutar de las clases de Oscar Terán, Enrique Tandeter, Gastón Burucua, José Szabón, Luis Alberto Romero, Fernando Devoto e Hilda Sabato.

En los últimos años de la carrera comencé a participar en un seminario informal de estudiantes que formó Fernando Devoto en su cátedra de Historiografía. Nos reuníamos una vez por mes y nos daba a leer algún texto clásico de historia y ciencias sociales. Creo haber

**José Zanca:** [zanca@ishir-conicet.gov.ar](mailto:zanca@ishir-conicet.gov.ar), <https://orcid.org/0000-0002-0552-4618>, CONICET, José Zanca es profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Investigación Histórica y Doctor en Historia por la Universidad de San Andrés. Es investigador independiente del CONICET (Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Tecnológicas) con sede en el Instituto de Investigaciones Socio Históricas Regionales (ISHIR) de Rosario. Es miembro de la Red de Estudios de Historia de la secularización y la laicidad (REDHISEL). Ha publicado *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)* (2006); *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina (1936-1959)* (2013) y *Los humanistas universitarios. Historia y memoria* (2018). Ha coordinado numerosas obras colectivas, entre las que se destacan *Pasiones anticlericales. Un recorrido iberoamericano* (2014) y *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)* (2016) ambas junto a Roberto Di Stefano, y *La reforma universitaria cuestionada* (2018), junto a Diego Mauro. Ha publicado diversos artículos sobre la historia de los intelectuales y la religión en publicaciones académicas de la Argentina y del exterior.

aprovechado todas las oportunidades que nos brindó. No hay vuelta atrás, pero sin duda en esa relación tan particular entre



maestros y discípulos, uno no toma real dimensión de las oportunidades que se le abren. Recuerdo de sus charlas – y por supuesto, de sus clases – una invitación a valorar los abordajes historiográficos por su carácter intrínseco, más allá de que fueran más recientes o antiguos. Nos abrió a toda una tradición historiográfica del periodo de entreguerras europeo que había sido particularmente sensible respecto del pasado. Creo que nos introdujo – o al menos nos advirtió – sobre el verdadero carácter de nuestro trabajo, que tiende a ser un poco romantizado durante la carrera universitaria. En una época en la que se debatía – con justeza, por otro lado – mucho sobre el carácter gnoseológico de la historia, y el giro lingüístico estaba *à la page*, los maestros nos invitaban a volver a los archivos. Y nos advertían que, si queríamos decir algo sig-

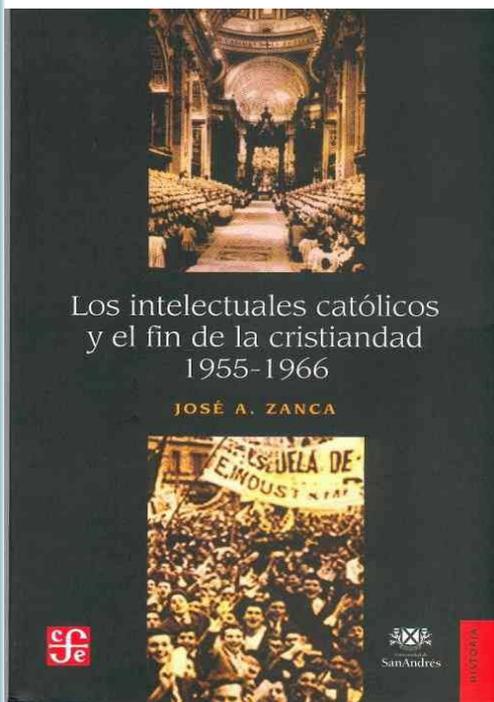
nificativo, allí nos pasaríamos buena parte de nuestra vida.

Por supuesto y por suerte, hubo muchísimos maestros. En esos años también nos ayudaba Nora Pagano y Pablo Buchbinder, que integraban la cátedra de Historiografía. Fue en 1999 que ellos tenían que renovar un UBACyT y los adscriptos les propusimos incorporar una línea sobre los historiadores católicos. Tuvimos una extensa charla con Devoto en la que, más o menos en una hora, organizó una agenda de investigación para diez años. Y hacia el año 2000 empecé a participar en un seminario sobre religión que coordinaban Luis Alberto Romero y Susana Bianchi, con reuniones mensuales con invitados, con una agenda muy abierta sobre distintas tradiciones religiosas en Argentina. Recuerdo que Susana, sin conocerme, me dedicó varias horas en el bar *Platón* para ayudarme con mi proyecto de investigación sobre los católicos. Siempre que alguien me pide una ayuda pienso en ese gesto y en su inmenso ejemplo de generosidad. Cuando Romero y Bianchi dieron por cerrado el ciclo del seminario, Claudia Touris y Mariela Ceva le dieron continuidad como un grupo de investigación en el Instituto Ravnigani. Excepto Mariela, el resto estábamos en distintas etapas de nuestras maestrías y doctorados, así que fue un espacio muy enriquecedor, en el que circulaban lecturas, ideas, referencias, datos sobre archivos y figuras.

El posgrado me llevó a la Universidad de San Andrés. Todavía pesaba, hace veinte años, un fuerte prejuicio contra las universidades privadas. Pero en Filosofía y Letras no existía una maestría en historia, y Devoto me desaconsejó hacer una licenciatura. En UdeSA conocí a Lila Caimari, que me guio durante más de una década. Ella no hacía mucho que se había repatriado, luego de hacer su carrera académica en el exterior. Coordinaba el posgrado y puso toda su pasión y esmero en los primeros años de ese

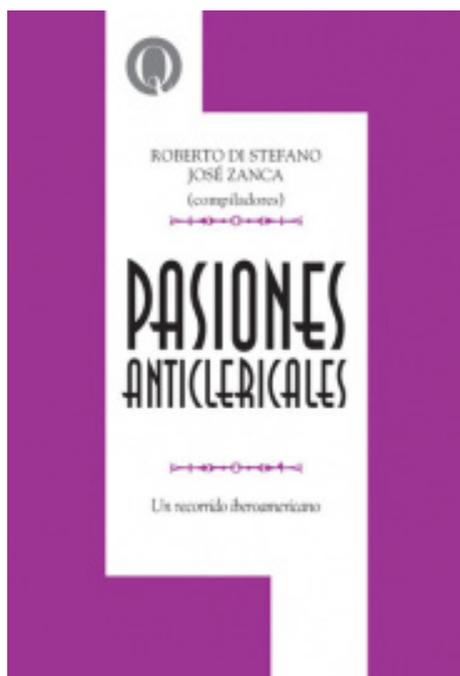
proyecto. Creo que viéndola – siempre es así ¿no? - aprendí cuestiones que fueron más allá del saber específico que me transmitió. Y de ese también, hubo muchísimo. Cuando leí *Perón y la iglesia católica* – antes de conocerla – realmente me sorprendí. Lila intentaba entender el conflicto que desencadenó el estallido de 1954 y 1955 tomándose muy en serio el imaginario de los católicos. El libro era, al mismo tiempo, una narración sobre el pasado y un ejemplo de metodología de trabajo. Luego, durante los años que me dirigí, fue una persona de total dedicación. Si bien ella ya estaba trabajando en temas de delito y sociedad, no dudó en ayudarme y, en especial, en pulir mi estilo un tanto tosco, en especial a la hora de adjetivar. Esa petulancia que también es un atributo de los sujetos de Puán. No solo a mí, Lila formó a toda una generación de historiadores que le debemos mucho.

Apenas terminar la carrera de grado comencé a dar clases en el Ciclo Básico



Común y en el Ciclo Básico de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Como miles de docentes de esta centenaria casa de estudios, lo hice *ad honorem* durante años. La contraprestación fue haber aprendido a enseñar junto a Palmira Dobaño. Corría el año 2002, el país se hundía en una crisis que parecía desintegrarlo, y Palmira había tomado esas clases masivas, en aulas interminables de la Ciudad Universitaria, como un espacio de reflexión colectiva. Pero también de formación de los jóvenes docentes que hacíamos nuestras primeras armas en un escenario tan intimidante: clases de cientos de alumnos, parciales de decenas de ojos fijos en el papel y finales orales en jornadas extenuantes. Vimos todo tipo de casos, nos forjaron bajo su atenta mirada, y aprendimos qué servía y qué no al frente de un curso.

Al poco tiempo comencé también a dictar clases en UdeSA, en el ciclo de grado. Ahí conocí a Roberto Di Stefano, que también ingresaba ese año como profesor y coordinador del posgrado. Junto a Lila Caimari, sin duda Roberto ha sido un gran maestro. De esos que cuando surge una duda, respecto de cómo resolver un problema que puede ir desde el enfoque de una fuente hasta el tratamiento de un problema cotidiano en una cátedra, uno se pregunta, para no errar el camino, cómo lo resolvería él. En 2010 formó un activo grupo que comenzó con reuniones informales para debatir trabajos propios y ajenos, novedades editoriales y obras clásicas y que se fue orientando hacia la temática de la secularización y la laicidad. Allí nos encontramos con Diego Mauro, Ignacio Martínez y Martín Castro, luego se sumaron también Miranda Lida y Ana Rodríguez. De allí surgió la iniciativa de crear un sitio web ([historiayreligion.com](http://historiayreligion.com)) que pretendía ser un espacio de encuentro (en una etapa en la que las redes sociales de carácter académico no tenían tanta difusión) y que luego se transformó en una Red (Red de Estudios de Historia de la Secularización y la



Laicidad) en la que participan historiadores y sociólogos de Argentina, América Latina y Europa. Anualmente llevamos adelante un workshop para jóvenes investigadores, en el que testistas de distintos grados académicos comparten sus proyectos o primeros borradores. Es una de las instancias que más me reconforta, creo que es una forma bastante democrática de acceder a una instancia de diálogo entre investigadores en sus distintas etapas de formación. En fin, maestros como se ve, afortunadamente tuve – y espero tener – muchísimos.

## 2. ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

No es una novedad que en las ciencias sociales y humanas existen furores académicos (el concepto de “moda” creo que lo trivializa). Ideas, autores, corrientes que surgen con fuerza, a las que hay que prestar atención, que generan intensos debates. Pero hay que ver cómo decantan. No quiere decir esto que no dejen huella, que no transformen el panorama científico, pero sólo puede verse

en perspectiva y, generalmente, no lo hacen ni con los objetivos, ni con el programa de sus impulsores. Por ejemplo, en los años noventa el debate “modernidad/posmodernidad” parecía abarcarlo todo. Hoy se trata de conceptos muy relativizados. Sin embargo, no han dejado de ser síntomas de preocupaciones y crisis bien palpables.

Durante la carrera de grado, la historia cultural – de la mano de la dupla Clifford Geertz y Robert Darnton – fue la que más me impactó. Era una corriente que lo invadía todo, una perspectiva que se amoldaba muy bien a una época que buscaba liberarse de los determinismos de la historia social o de la llanura de la historia política tradicional. La nueva “historia total” era el enfoque cultural. La mirada de Geertz sobre la cultura – que fue tan debatida entre los antropólogos y, por supuesto, entre los historiadores culturales – aportaba una serie de ideas que, como latigazos, nos ponían en otra vía. *La interpretación de las culturas* era un texto clásico en la antropología, que leí cuando ya tenía veinte años de su edición en inglés. *La gran matanza de gatos* apenas diez. En ambos casos, teniendo en cuenta que se trataba de dos disciplinas diversas, nos impulsaban a pensar la idea de la cultura como texto, la descripción profunda, los imaginarios sociales y las “sensibilidades”. Geertz proponía dos cuestiones que para mí eran muy importantes con relación al estudio del catolicismo como cultura: la primera, tratar de entender aquello a lo que no podemos sumarnos. Para pensar el catolicismo esto implicaba un salto, un encuadre muy propio de la tarea de campo que siempre intenté replicar en mi trabajo. Y la segunda, la idea que los antropólogos no estudian aldeas, sino que estudian *en* aldeas. Creo que ese siempre fue el desafío contra la hiper-especialización, la fragmentación infinita del campo y de los subcampos de estudios, la ausencia de “grandes preguntas” como siempre señala Roy Hora. Hay una mirada en la que Geertz y Paul Ricoeur

dialogan y en la que los científicos en general y los historiadores en particular buscan metáforas de distintos mundos para dar un molde a la – de otra manera – imperceptible “realidad”. Por supuesto, a estas lecturas se sumaron los que ya para ese momento eran clásicos de la microhistoria – Giovanni Levi y Carlo Ginzburg – que ponían en cuestión todo un enfoque sobre la historia social, la idea de totalidad, las formas de entender lo singular y lo generalizable. Por supuesto, toda esta historiografía tenía furiosos detractores – más allá de las conocidas diferencias entre los citados -, que la juzgaban como fragmentaria e irrelevante. Recuerdo a un profesor – un marxista muy conservador - que la llamaba con desprecio “la historia del *bidet*”.

De esos años – y como parte de un clima de época – también creo que pasó mucho en mi perspectiva la lectura de algunos debates sobre el estatuto de la ciencia, en particular, la obra de Paul Fayerabend. Su anarquismo metodológico, el cuestionamiento a las pretensiones del discurso científico – en una perspectiva democratizadora – también tuvieron un efecto en la forma de encontrarme con las fuentes, bajar del pedestal la tarea iluminadora del historiador, reconocer humildemente que los sujetos sobre los que posaba mi mirada tenían una perspectiva diversa - pero no por eso inferior-, a la mía sobre la realidad que les había tocado transitar. La crisis de la cultura moderna permitió que la tarea del investigador también se desacralizara.

Respecto del tema más específico de mi investigación de estos años – la historia de las ideas y los intelectuales católicos – la

extensa y dilatada tradición de la historiografía francesa fue una pieza ineludible: Jean Delumeau, Étienne Fouilloux, Denis Pelletier, Jean-Marie Mayeur, Olivier Compagnon, Jean Baubérot. A esta corriente se sumaba un círculo más amplio, el de la sociología de la religión gala, tan preocupada por la cuestión de la secularización y la laicidad.

La obra de Emile Poulat era un faro, pero también las diferencias que, con ese paradigma interpretativo, propusieron Danièle Hervieu-Léger, Jean-Marie Donegani, el mismo Pelletier, con los que me siento mucho más identificado. Esta agenda francesa se vio compensada por la tradición anglosajona, (Hugh McLeod, Callum Brown, Linda Woodhead, Grace Davie, James Beckford) mucho más abierta a los estudios sobre religión desde una perspectiva científica y académica. Tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, donde no existe, como en Francia (o Bélgica) el peso de una división cultural tan

fuerte entre el mundo religioso y el mundo laico me permitió percibir a los intelectuales católicos argentinos bajo otra luz. Un mundo mucho más intrincado y variado, complejo y diverso.

Finalmente, la sociología y la antropología de la religión que se practicaba en América Latina tuvieron un gran peso en la perspectiva que desarrollé. Estas disciplinas tenían una extensa tradición – mucho más densa que la historiografía – sobre el tema. En Argentina, desde los años ochenta la gente del CEIL fue pionera – con Fortunato Mallimaci, Alejandro Frigerio, Jorge Soncira, Floreal Forni y Aldo Ameigeiras – y después vino toda una nueva generación, con las que compartimos en esos años los proyectos de



José Zanca y Diego Mauro

doctorado (Luis Donatello, Juan Bonnin, Soledad Catoggio, Humberto Cucchetti) seguimos trabajando en la actualidad y compartimos muchos espacios de debate y producción académica.

### 3. ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

En general tengo proyectos de largo plazo que voy fraccionando para hacerlos posibles. Creo que hay una dimensión técnica, paralela a lo metodológico y específicamente instrumental de nuestro trabajo, difícil de ser transmitida en los cursos de grado y de posgrado, pero sobre la que es necesario reflexionar desde el inicio de cualquier carrera académica. En los últimos años me ha preocupado mucho la eficiencia. En dos sentidos. Por un lado, el trabajo debe estar justificado, es decir, debe implicar algún tipo de aporte, al campo de estudios específico, al campo historiográfico en general. No digo que lo logre, pero creo que es un horizonte que no hay que perder de vista. La vacancia temática no es, *per se*, una justificación. El segundo, el del uso racional del limitado tiempo – vital – que tenemos para empaparnos de un tema, hacer un trabajo de fuentes digno, y decir algo coherente.

Esto también tiene un matiz, no menor. Hace unos años estaba más obsesionado con la organización de los proyectos – personales y colectivos -: la fijación de objetivos, fases, calendarios, etc. Hoy creo que el producto tangible de nuestro trabajo es el decantado

de una serie de procesos que no podemos establecer con máxima precisión *a priori*, y que obedecen más a la constancia que a la inspiración. Es decir, antes creía que nuestro trabajo se parecía más al de un arquitecto, que diseña sobre el papel un proyecto historiográfico que después busca plasmar. Hoy me parece que se parece más al entrenamiento para una maratón, un proceso cotidiano, una transformación constante que luego cristaliza en bienes académicos. Un equilibrio entre ambos planos es, sin duda, un ideal: volverse experto y saber hacia dónde ir.

En ese marco sí, trato de ser muy exhaustivo en el estado del arte antes de decir algo, y afortunadamente tengo un grupo de colegas de diversos grupos de investigación en los que participo con los que comparto el trabajo. En los años de posgrado compartí talleres de investigación con atentas lectoras como Isabella Cosse, Rosa Aboy y Marcela Gene. Con Paula Bruno compartimos hace más de veinte años muchos proyectos académicos. Ella es una aguda observadora, sabia y leal consejera. Creo que encontrar buenos lectores es una gran fortuna, que analicen los trabajos desde los intereses de quien escribe y no, como lamentablemente muchas veces sucede, sin ser capaz de salirse de su propia agenda de investigación.

### 4. ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Finalmente, lo que uno hace se termina definiendo en un punto intermedio entre



el deseo y las posibilidades del campo. Creo que mi trabajo ha basculado en torno a dos continentes. Por un lado, la historia social de los intelectuales, con todas las variantes de abordaje que ofrece: historia de publicaciones, biografía, viajeros, sociabilidades, instituciones y una historia más tradicional de las ideas – con mucho dialogo con la filosofía, y en mi caso, con la teología -. Y el segundo continente es el de la historia del catolicismo, intentando pensar la religión como un espacio conflictivo. Sucede en otras religiones, pero en el cristianismo hay una clara tensión entre las elites ideológicas, sean laicas o sacerdotales, y el sistema de reproducción de la creencia. Así como existe una conflictividad vertical, entre consagrados y laicos. Yo me he enfocado en la primera, intentando acceder a los imaginarios en tensión a través de los intelectuales. Por otro lado, esos intelectuales habitualmente están reflexionando en forma crítica respecto de la modernidad. Lo que intento hacer es una historia de las culturas religiosas y su interacción con las culturas modernas.

Creo que la principal destreza de este subcampo es la de capturar la singularidad de los discursos de los actores religiosos, tratar de inscribir esas piezas en el entramado de sentido de los actores. Hacer un esfuerzo por tratar de interpretar la red de significados que dio sentido, justamente, a los deseos, las pasiones de actores con los que, sin duda, comparto poco. En principio, porque son sujetos de fe, es decir, se manejan con un horizonte explicativo en el que sobre los datos “positivos” – en base a los que se construye

nuestra mirada como “sujetos modernos y racionales” – existe otro nivel, y sus vidas se desarrollan tratando de hacer coincidir ambos imaginarios.

En segundo lugar, no debe perderse de vista que lo religioso, el lugar de enunciación de estos intelectuales es un campo en disputa. Lejos de la percepción social que se cuele,

por supuesto, en los debates académicos, eso que llamamos iglesia católica es un poder, en relación con otros poderes, pero que está lejos del modelo de “institución total”. Lo que uno encuentra – si lo quiere encontrar, claro – es una conflictividad permanente en torno a las definiciones más básicas de la fe, la figura de Cristo, la salvación, lo sacro y lo profano, en una constante disputa entre actores con diversas capacidades de intervención. Los intelectuales católicos no han sido nunca – ni en los años treinta ni en los años sesenta – meras figuras

que reprodujeran el discurso episcopal, que se alinearan en forma concéntrica con las posturas de los obispos. Siempre existe un descentramiento – uso esa imagen de la física – lo que genera una palanca, una tensión de mayor o menor envergadura.

Esa polémicas y debates se dan en un sistema de relaciones particular. Creo que allí es importante ser capaz de captar el estilo en el que se desenvuelven. Hay términos prohibidos, acusaciones que deben ser medidas. Existen autoridades sacramentalizadas – desde los sacerdotes hasta el Papa – a las que se cuestiona, pero en general en forma velada, a través de reinterpretaciones. Hay una semántica del discurso cristiano que



tiene sus propias reglas. Y existe un elemento que, si bien debemos poner entre paréntesis por su inaccesibilidad desde la ciencia (tal y como la conocemos) que es la *fe*, al mismo tiempo es el meollo de los discursos que estamos llamados a interpretar.

Creo que otra destreza propia de los que se aventuran a una historia de la religión, provenientes del campo científico académico, es la necesidad de deconstruir el secularismo. Lo que no implica enajenarse de los valores de la sociedad secularizada, en particular, la autonomía de la esfera pública y la construcción de una ciudadanía que se libere de los mandatos morales impuestos. El secularismo va más allá, tiene una condición normativa. Lo cual es un supuesto del cual, no siempre, estamos dispuestos a desprendernos. Es una cuestión de perspectiva. Creo que la generación a la que pertenezco dejó de ser custodia de la laicidad, vigilando con rigor a cualquiera que quisiera cruzar la frontera como un actor plausible de llevarnos de vuelta a la premodernidad. Hemos podido correr no solo de éste, sino de cualquier lugar normativo, para producir un discurso historiográfico. O al menos, ese es el horizonte.

##### **5. ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?**

Considero que en los veinte años que he estado vinculado a este campo de estudios los cambios han sido muy importantes. Sin duda se ha incrementado significativamente la producción sobre la historia de la iglesia y del catolicismo, las organizaciones laicas, las publicaciones, las militancias, y esas investigaciones se ha extendido en términos federales. Hoy adquiere el carácter de epopeya una historia de la iglesia – como la que escribieron Di Stefano y Zanatta a fines del siglo pasado – que no fuera encarada por un

equipo bastante nutrido de investigadores. La extensión no solo ha sido cuantitativa, ha sido también cualitativa. Estamos frente a un objeto que, sabemos ahora, es mucho más complejo, con una distribución desigual a lo largo del país, y que ha comenzado a ser pensado en sus propios términos.

Creo que ese crecimiento en el volumen de investigaciones se contrasta con el bajo



nivel de institucionalización, la poca presencia del tema en los programas de grado. Creo que esa ampliación no se ha visto reflejada por fuera del subcampo. No existen cátedras específicas en las universidades no confesionales, ni especializaciones de posgrado que pueda capitalizar ese desarrollo. Esa es, tal vez, una deuda pendiente.

No estoy seguro de que existan debates. Creo que hay líneas paralelas en las que se encuentran claras discrepancias, pero como las paralelas, nunca se encuentran. De hecho, cuando decidimos crear una publicación de la Red de Estudios de Historia de la Secularización y la Laicidad pusimos

nominarla “Debates de Redhisel”, lo cual es toda una aspiración a que efectivamente los debates se produzcan, confiando en su capacidad para consolidar un campo de estudios a través de la sinergia que generan.

Hay distintas percepciones sobre el carácter del catolicismo argentino y de la iglesia, hay categorías que tienden a homogeneizarlo y, en mi opinión, a simplificarlo, reduciendo su complejidad. Hay también diferencias en torno al vínculo histórico entre religión y política, ¿Si los actores religiosos intervienen en la esfera pública eso desnaturaliza la autonomía de lo político? ¿Implica una retracción de la secularización y la laicidad? ¿Hay un “peligro” religioso en América Latina, de la mano de actores que mezclan lo sacro y lo profano? Y en directa relación con lo anterior, esa intervención religiosa, a lo largo de la historia argentina ¿Cómo se ha vinculado con la modernidad – como proyecto – y a la modernización – como proceso -? ¿Cuán modernos o antimodernos han sido los actores religiosos? ¿Qué han hecho con sus palabras y que han hecho con sus acciones? Hoy que tenemos más claridad en torno a los usos de conceptos como republicanismo, liberalismo, igualitarismo, plebeyismo, democracia ¿Los católicos, a lo largo del siglo XX, se vincularon de la misma manera con cada una de estas tradiciones?

Finalmente creo que hay una tercera línea de clivaje en torno a la “singularidad” de la laicidad y la secularización en Argentina. Con la reinención democrática de los años ochenta, el campo académico buscó en las Fuerzas Armadas y la iglesia católica una base para explicar el fracaso del sistema político argentino. Se trataba de actores que, por su *esencia*, eran antidemocráticos. Había un problema “no resuelto”, vinculado a la tutela de estas instituciones - en donde anidaba el autoritarismo - sobre el estado. Como ejemplo, se citaba una larga historia de colonización de la iglesia sobre el ejército y otras fuerzas, y por otro lado

la sacralización de la vida pública. Creo que, como otros aspectos del estudio de la historia reciente, nuestra mirada se ha ampliado. Los avances en los derechos humanos en los últimos años nos han devuelto una pregunta sobre el supuesto condicionante religioso en el debate político. En el fondo, la secularización también es una narrativa, un imaginario de poder que no solo han construido las instituciones religiosas: el lugar de lo religioso en la sociedad es el producto de una intervención de lo más diversa. No sólo nuestro imaginario sobre lo religioso está condicionado por el discurso institucional, sino por todo un espectro de actores que va desde el Papa hasta los grupos más anticlericales.

Creo que estos debates – en los que lo académico se ha mezclado, sanamente, con lo masivo – le han dado un nuevo dinamismo a la historia de la religión en la Argentina. Y en eso estamos.